

Impresiones de África



Raymond
Roussel

Impresiones de África

Raymond Roussel

Traducido por Estela Canto
Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1973

Título del original:
Impressions d'Afrique, 1910
Jean-Jacques Pauvert éditeur, París, 1963

La paginación se corresponde
con la edición impresa

letrale

I

A eso de las cuatro, aquel 25 de junio, todo parecía listo para la coronación de Talú VII, Emperador de Ponukelé, Rey de Drelchkaff.

A pesar del sol declinante el calor seguía siendo abrumador en aquella región del África vecina al Ecuador, y cada uno de nosotros se sentía pesadamente molesto por la tempestuosa temperatura, no modificada por ninguna brisa.

Ante mi se extendía la inmensa plaza de Trofeos, situada en el corazón mismo de Ejur, imponente capital formada por chozas innumerables y bañada por el océano Atlántico, cuyos lejanos mugidos podía oír a mi izquierda.

El cuadrado perfecto de la explanada estaba bordeado por todos lados de una hilera de sicómoros centenarios; las armas, clavadas profundamente en la corteza de cada asta, sostenían cabezas degolladas, oropeles, adornos de todo tipo, colocados allí por Talú VII o por sus antepasados al regreso de tantas campañas triunfales.

A mi derecha, ante el punto medio de la hilera de árboles, se elevaba semejante a un guiñol gigantesco, un teatro rojo, en cuyo frontispicio las palabras "Club de los Incomparables" formaban tres líneas en letras de plata, brillantemente rodeadas de largos rayos dorados abiertos en todas direcciones, como alrededor de un sol.

Sobre la escena, visible en el momento, una mesa y una silla parecían destinadas a un conferenciante. Varios retratos sin marco, prendidos sobre el telón de fondo,

estaban acompañados por una etiqueta explicativa concebida así: *“Electores de Brandeburgo”*.

Más cerca de mí, en el perímetro del teatro rojo, se elevaba un gran zócalo de madera sobre el cual, de pie e inclinado, Naír, joven negro de apenas veinte años, se entregaba a un trabajo absorbente. A su derecha, dos picas plantadas cada una en un ángulo del zócalo, estaban ligadas en la extremidad superior por un hilo largo y flojo, que se curvaba por el peso de tres objetos colgados en fila, exhibidos como suertes de tómbola. El primer artículo era nada menos que un sombrero melón cuya copa negra exhibía la palabra “ATRAPADA” escrita en mayúsculas blancuzcas; después venía un guante de piel de Suecia de tono oscuro, dado vuelta del lado de la palma y adornado con una “P” superficialmente trazada con tiza; en último lugar se balanceaba una ligera hoja de pergamino que, cargada de extraños jeroglíficos, mostraba como encabezamiento un dibujo bastante grosero que representaba cinco personajes voluntariamente ridiculizados por la actitud general y la exageración de los rasgos.

Prisionero en su zócalo, Naír tenía el pie derecho sujeto por un entrecruce de cuerdas que engendraban un verdadero collar rectamente fijado a la sólida plataforma; semejante a una estatua viva, Naír hacía gestos lentos y puntuales, mientras murmuraba con rapidez frases aprendidas de memoria. Frente a él, colocada sobre un soporte de forma especial, una frágil pirámide hecha con tres trozos de corteza pegados parecía atraer toda su atención: la base, dada vuelta hacia él y sensiblemente más elevada, le servía de telar; sobre un anexo del soporte, tenía al alcance de la mano una provisión de carozos de frutas exteriormente adornados por una sustancia vegetal grisácea, que recordaba el capullo de las larvas prontas a convertirse en crisálidas. Pellizcando con dos dedos un fragmento de aquellas delicadas envolturas y retirando lentamente la mano, el joven creaba un hilo

extensible, parecido a esos hilos de la virgen que, en la primavera, se tienden en los bosques; aquellos filamentos imperceptibles le servían para componer un trabajo de hadas, sutil y complejo, pues las dos manos trabajaban con agilidad sin igual, cruzando, anudando, mezclando de todas maneras los ligamentos de ensueño, que se amalgamaban graciosamente. Las frases que recitaba a media voz servían para reglamentar aquellos manipuleos peligrosos y precisos; el menor error podía causar un perjuicio irreparable al conjunto y, sin el ayuda-memoria automático de cierto formulario sabido palabra por palabra, Naír no habría alcanzado jamás su propósito.

Abajo, a la derecha, otras pirámides acostadas al borde del pedestal, con la cúspide hacia atrás, permitían apreciar el efecto del trabajo terminado; la base, de pie y visible, estaba finamente indicada por un tejido casi inexistente, más tenue que una tela de araña. En el fondo de cada pirámide una flor roja, sujeta por el tallo, atraía poderosamente la mirada detrás del imperceptible velo de la trama aérea.

No lejos del escenario de los Incomparables, a la derecha del actor, dos picas a una distancia de cuatro o cinco pies sostenían un aparato en movimiento; sobre la más próxima asomaba un largo pivote, a cuyo alrededor se enroscaba una banda de pergamino amarillento, en espeso rollo; clavada sólidamente a la más lejana, una plancha cuadrada colocada como plataforma servía de base a un cilindro vertical, movido con lentitud por un mecanismo de relojería.

La banda amarillenta se desplegaba sin interrupción en toda la extensión del intervalo, enlazaba el cilindro que giraba sobre sí mismo y la atraía continuamente hacia su lado, en detrimento del lejano pivote, arrastrado a la fuerza por el movimiento giratorio.

En el pergamino, grupos de guerreros salvajes, dibujados en gruesos rasgos, se sucedían en las poses más

diversas: alguna columna, corriendo a velocidad loca, parecía perseguir a un enemigo en fuga; otra, emboscada tras un declive, esperaba con paciencia la ocasión de mostrarse; aquí dos falanges, igualadas en número, luchaban encarnizadamente cuerpo a cuerpo; allá, unas tropas frescas se precipitaban con grandes gestos en una lejana pelea. El desfile continuo ofrecía sin cesar nuevas sorpresas estratégicas, gracias a la multiplicidad infinita de los efectos obtenidos.

Frente a mí, en el otro extremo de la explanada, se extendía una especie de altar precedido de varios escalones, cubiertos por una mullida alfombra. Una capa de pintura blanca atravesada por líneas azuladas daba al conjunto, visto de lejos, la apariencia del mármol.

Sobre la mesa sagrada, representada por una larga plancha colocada a media altura del edificio y oculta por un lienzo, se veía un rectángulo de pergamino maculado de jeroglíficos y puesto vertical junto a una espesa alcuza llena de aceite. Al lado, una hoja más grande, hecha con resistente papel de lujo, llevaba una inscripción cuidadosamente trazada en letras góticas: "*Casa Remante de Ponukelé-Drehhkaff*"; en el encabezamiento un retrato redondo, especie de miniatura finamente coloreada, representaba a dos españolitas de trece a catorce años, tocadas con la mantilla nacional, dos hermanas gemelas a juzgar por el perfecto parecido de los rostros; en el primer momento la imagen parecía formar parte integral del documento; pero, tras una observación más atenta, se descubría una estrecha cinta de muselina transparente que, pegada a la vez alrededor del disco pintado y sobre la superficie del sólido lienzo, volvía casi perfecta la soldadura de los dos objetos, en realidad independientes el uno del otro; a la izquierda de la doble efigie el nombre "SUÁN" se mostraba en gruesas mayúsculas; abajo, el resto de la hoja había sido llenado con una nomenclatura genealógica que comprendía dos

ramas distintas, paralelamente surgidas de las dos graciosas íberas, que formaban la cumbre suprema: una de estas líneas terminaba con la palabra “Extinción”, y los caracteres, casi tan importantes como los del título, refrendaban brutalmente el efecto; la otra, en cambio, descendía un poco menos que su vecina, y parecía desafiar al porvenir por la carencia de toda línea que la detuviera.

Cerca del altar, a la derecha, verdeaba una palmera gigantesca, cuyo admirable desarrollo demostraba su ancianidad; un rótulo, pegado a la estipa, presentaba esta frase conmemorativa: “*Restauración del Emperador Tabú IV sobre el trono de sus padres.*” Protegido por las palmas, un poyo clavado en tierra mostraba un huevo cocido sobre la plataforma cuadrada formada por la cúspide.

A la izquierda, a igual distancia del altar, una planta alta, vieja y lamentable, hacía triste figura junto a la resplandeciente palmera: era un gomero sin savia, casi podrido. Una litera de ramas, instalada bajo su sombra, sostenía el cadáver yacente del rey negro Yaúr IX, clásicamente vestido como la Margarita de *Fausto*, con un vestido de lana rosa con sobrefalda corta y una tupida peluca rubia, cuyas gruesas guedejas, pasando sobre los hombros, llegaban hasta la mitad de la pierna.

A mi izquierda, contra la fila de sicómoros y frente al teatro rojo, una construcción de color piedra recordaba, en miniatura, la Bolsa de París.

Entre este edificio y el ángulo noroeste de la explanada se alineaban muchas estatuas de tamaño natural.

La primera evocaba a un hombre herido mortalmente por un arma clavada en el corazón. Instintivamente llevaba las dos manos a la herida, mientras las piernas se doblaban bajo el peso del cuerpo, echado hacia atrás, pronto a caer. La estatua era negra y parecía, a primer golpe de vista, hecha de un solo bloque; pero la mirada

descubría poco a poco una porción de ranuras trazadas en todos los sentidos y formando en general numerosos grupos paralelos. La obra, en realidad, se componía sólo de innumerables ballenas de corsé, cortadas y dobladas según las necesidades del modelado. Unos clavos de cabeza chata, cuya punta sin duda se curvaba por el interior, soldaban aquellas flexibles láminas, que se yuxtaponían con arte, sin mostrar nunca el menor intersticio. La figura misma, con sus detalles de expresión dolorosa y angustiada, estaba hecha de trozos bien ajustados, que reproducían fielmente la forma de la nariz, de los labios, de los arcos superciliares y del globo ocular. El mango del arma clavada en el corazón del moribundo daba impresión de una gran dificultad vencida, gracias a la elegancia de la empuñadura, donde se encontraban huellas de dos o tres ballenas cortadas en pequeños fragmentos, redondos como anillos. El cuerpo musculoso, los brazos crispados, las piernas nerviosas y casi dobladas, todo parecía palpitar o sufrir, debido al movimiento conmovedor y perfecto dado a las invariables láminas oscuras.

Los pies de la estatua descansaban sobre un vehículo muy simple, de plataforma baja y cuatro ruedas, también hechas con otras ballenas negras ingeniosamente combinadas. Dos rieles rectos, hechos con una sustancia cruda, rojiza y gelatinosa, que no era otra cosa que bofe de ternero, se alineaban sobre una superficie de madera ennegrecida y daban, por el modelado, ya que no por el color, la ilusión exacta de una porción de vía férrea: aquí se adaptaban, sin aplastarse, las cuatro ruedas inmóviles.

El suelo del vehículo estaba formado por la parte superior de un pedestal de madera negro en su totalidad, cuya cara principal mostraba una inscripción blanca concebida en estos términos: "La Muerte del Iloa Saridakis". Abajo, siempre en caracteres níveos, se veía una imagen, mitad griega, mitad francesa, acompañada de un delicado saludo:

DUAL { ἥστου
ἥστην

Al lado del ilota un busto de pensador con el ceño fruncido tenía una expresión de intensa y fecunda meditación. En el zócalo se leía este nombre:

EMMANUEL KANT

Después venía un grupo escultural que representaba una escena conmovedora. Un caballero con una expresión huraña de esbirro parecía interrogar a una religiosa, de pie junto a la puerta de su convento. En segundo plano, en bajorrelieve, otros hombres de armas, montados sobre briosos caballos, esperaban órdenes de su jefe. En la base el siguiente título, en cinceladas letras: “La Mentira de Sor Perpetua”, seguido por una frase interrogativa: “¿Es aquí donde se ocultan los fugitivos?”.

Algo más lejos una curiosa evocación, acompañada por estas palabras explicativas: “El Regente se Inclina ante Luis XV, mostraba a Felipe de Orleans respetuosamente curvado ante el niño rey que, a los diez años, mostraba una pose llena de majestad natural e inconsciente.

En contraste con el ilota, el busto y los dos temas complejos parecían de terracota.

Norbert Montalescot, tranquilo y vigilante, paseaba en medio de sus obras, prestando atención especial al ilota, cuya fragilidad hacía más temible el contacto indiscreto de algún paseante.

Tras la última estatua se elevaba una casilla sin salidas, cuyas cuatro paredes, de longitud semejante, estaban formadas por una espesa tela negra que, sin duda, debía engendrar una oscuridad absoluta. El techo, levemente inclinado, en dirección única, estaba formado por extrañas hojas de libros, amarillas por el tiempo y cortadas en forma de tejas; el texto, muy amplio y exclusivamente en inglés, había palidecido o se había borrado, pero algunas páginas, cuya parte alta era visible, llevaban el

título de *The Fair Maid of Perth*, todavía trazado con nitidez. En medio del techo se veía una ventanilla, herméticamente cerrada que, a guisa de vidrios, mostraba las mismas páginas coloreadas por el uso y la vejez. El conjunto de la ligera cobertura debía dejar pasar una luz amarillenta y difusa, llena de reposante dulzura.

Una especie de acorde, que recordaba de manera muy atenuada el timbre de los instrumentos de cobre, escapaba a intervalos regulares del centro de la casilla, dando la sensación exacta de una respiración musical.

Frente a Naír, una lápida, colocada en la hilera de la Bolsa, servía de apoyo a las diferentes piezas de un uniforme de zuavo. Un fusil y unas cartucheras se unían a aquel residuo militar destinado, según todas las apariencias, a perpetuar piadosamente la memoria del sepultado.

Tendido verticalmente detrás de la losa funeraria, un panel tapizado de tela negra presentaba a las miradas una serie de doce acuarelas, dispuestas en grupos de tres y tres sobre cuatro estanterías simétricas. Debido a la similitud de los personajes, esta serie de cuadros parecía representar algún relato dramático. Abajo de cada imagen se leían, a manera de título, algunas palabras trazadas con pincel.

En la primera lámina un suboficial y una mujer rubia, con un atuendo provocativo, estaban instalados en el fondo de una lujosa victoria; las palabras “Flora y el teniente Lecurou” señalaban someramente a la pareja.

Después venía la “Representación de *Dédalo*”, indicada por un gran escenario donde un cantante, con ropas griegas, parecía cantar con toda su voz; en la primera fila de un palco *avant-scène* volvíamos a ver al teniente sentado junto a Flora, que enfocaba sus impertinentes hacia el artista.

En la “Consulta” una mujer vieja, vestida con un amplio miriñaque, llamaba la atención de Flora hacia un

planisferio celeste clavado en el muro y tendía doctoralmente el índice en dirección a la constelación de Cáncer.

La “Correspondencia secreta”, que iniciaba una segunda fila de grabados, presentaba a la mujer en rotonda ofreciendo a Flora una de esas *rejas* especiales que, necesarias para descifrar ciertos criptogramas, están formadas por una simple hoja de cartón, curiosamente horadada.

La “Señal” tenía como decorado la terraza casi desierta de un café, donde un zuavo moreno, solo en una mesa, señalaba al mozo una gran campana en la cúspide de una iglesia vecina; abajo se leía un breve diálogo: “Mozo: ¿por qué tañen las campanas?” “Es el Salve”. “Entonces, sírvame un *arlequín*”.

Los “Celos del Teniente” evocaban, el patio de un cuartel donde Lecrou, levantando cuatro dedos de la mano derecha, parecía dirigir una furiosa reprimenda al zuavo visto en la lámina precedente; la escena estaba brutalmente acompañada por esta frase del *argot* militar: “¡Cuatro botones!”.

Colocada a la cabeza de la tercera fila, la “Rebelión del *Bravo*” introducía en la intriga un zuavo muy rubio que, rehusando ejecutar una orden de Lecrou, contestaba una sola palabra, “No”, escrita en la acuarela.

La “Muerte del Culpable”, señalada por la orden de “Fuego”, se componía de un pelotón de ejecución que apuntaba, bajo las órdenes del teniente, hacia el corazón del zuavo de cabellos de oro.

En “Préstamo Usurario” reaparecía la mujer del miriñaque tendiendo muchos billetes de banco a Flora que, sentada frente a un escritorio, parecía firmar algún reconocimiento de deuda.

La última fila se iniciaba con la “Policía en el garito”. Esta vez se veía un gran balcón por el que Flora se precipitaba en el vacío, y que dejaba ver, por una ventana abierta, una gran mesa de juego, rodeada de juga-

dores trastornados por la intempestiva llegada de varios personajes vestidos de negro.

El penúltimo cuadro, titulado “La Morgue”, presentaba de cara un cadáver de mujer exhibido tras un vidrio y acostado sobre una losa; al fondo una cadena de plata colgada muy destacadamente se estiraba por el peso de un valioso reloj.

Por fin el “Aliento Fatal” terminaba la serie con un paisaje nocturno; en la penumbra se veía al zuavo moreno abofeteando al teniente Lecrou, y en el fondo, contra una selva de mástiles, una especie de cartel iluminado por un poderoso reverbero, mostraba tres palabras: “Puerto de Bougie”.

Detrás de mí, como oponiéndose al altar, un sombrío edificio rectangular de dimensiones muy pequeñas, tenía por fachada una ligera reja de delgados barrotes de madera pintados de negro; cuatro presos, dos hombres y dos mujeres de raza indígena, erraban en silencio en el interior de la prisión exigua; encima de la reja estaba escrita la palabra “Depósito” con letras rojizas.

A mi lado estaba de pie el numeroso grupo de los pasajeros del *Lyncée*, aguardando la aparición del desfile prometido.

II

Pronto se oyó ruido de pasos; todas las miradas se volvieron a la izquierda y, por el rincón sudoeste de la explanada, se vio avanzar un extraño y pomposo cortejo.

A la cabeza los treinta y seis hijos del emperador, agrupados en seis filas por orden de estatura, formaban una falange negra de diversas edades, entre los tres y los quince años. Fogar, el mayor de todos, colocado detrás entre los más altos, llevaba en sus brazos un inmenso cubo de madera transformado en dado de juego

con unas pinceladas de blanco salpicadas de pocitos redondos pintados de negro. A una señal de Rao, indígena encargado de dirigir el desfile, el grupo de niños avanzó a pasos lentos hacia el lado de la explanada ocupado por la Bolsa.

Después venían, en seductora línea, las diez esposas del soberano, graciosas ponukelianas llenas de atractivos y de belleza.

Finalmente apareció el emperador Talú VII, curiosamente ataviado como cantante de café-concert, con vestido azul escotado que formaba atrás una larga cola, sobre la cual se destacaba el número "472" en cifras negras. Su cara de negro, llena de energía salvaje, no carecía de cierto carácter, bajo el contraste de una peluca femenina de magníficos cabellos rubios cuidadosamente ondulados. Llevaba de la mano a su hija Sirdah, esbelta criatura de dieciocho años, cuyos ojos convergentes estaban velados por espesas cataratas, y cuya frente negra llevaba un *capricho* rojo en forma de minúsculo corsé, estrellado con trazos amarillos.

Detrás marchaban las tropas ponukelianas, compuestas de soberbios guerreros de piel de ébano, pesadamente armados bajo sus ornamentos de plumas y de amuletos.

El cortejo seguía poco a poco la misma dirección que el grupo de niños.

Al pasar frente a la sepultura del zuavo, Sirdah, que sin duda había contado sus pasos, se acercó a la piedra sepulcral y sus labios depositaron allí dulcemente un largo beso, impregnado de la más pura ternura. Cumplido este piadoso deber, la joven ciega volvió a tomar cariñosamente la mano de su padre.

Al llegar al extremo de la explanada, los hijos del emperador, dirigidos por Rao, giraron a la derecha para extenderse por el lado norte del vasto cuadrilátero; al llegar al ángulo opuesto evolucionaron una segunda vez y descendieron hacia nosotros, mientras el desfile, siem-

pre alimentado en la base por numerosas cohortes, seguía exactamente sus huellas.

Al fin, cuando los últimos guerreros negros hicieron su entrada en el momento en que la vanguardia infantil tocaba el límite sur, Rao hizo despejar los accesos al altar, y los recién llegados se amontonaron en orden sobre las dos caras laterales con el rostro vuelto hacia el punto central de la plaza.

De todas partes una multitud negra, formada por la población de Ejur, se reunía bajo los sicómoros para participar en el atractivo espectáculo.

Los hijos del emperador, formando siempre seis filas, llegaron al centro de la explanada y se detuvieron frente al altar.

Rao tomó de brazos de Fogar el dado monstruoso, lo balanceó varias veces y lo lanzó al aire con toda su fuerza; el enorme cubo de cincuenta centímetros de lado, subió girando, como una blanca masa salpicada de negro; después, describiendo una curva cerrada, dio vueltas en el suelo antes de posarse. Con una mirada, Rao leyó el número *dos* sobre la cara superior y, avanzando hacia la dócil falange, señaló con el dedo la segunda fila, que era la única que había permanecido en su lugar: el resto del grupo, tras recoger el dado, corrió a mezclarse con la muchedumbre de guerreros.

A pasos lentos, Talú se unió entonces a los elegidos por la suerte para servirle de pajes. Pronto, en medio de un profundo silencio, el emperador se dirigió majestuosamente hacia el altar, escoltado por los seis niños privilegiados, que llevaban a manos llenas la cola de su vestido.

Tras subir los escalones que llevaban a la mesa sumariamente adornada, Talú hizo acercar a Rao, que sostenía entre las dos manos, presentándolo a la inversa, el pesado manto de la coronación. Inclínándose, el emperador pasó la cabeza y los brazos por tres aberturas

de la tela, cuyos largos pliegues, al caer, lo envolvieron hasta los pies.

Así ataviado, el monarca se volvió con orgullo hacia la asamblea, como para ofrecer su nuevo atuendo a todas las miradas.

La tela, rica y sedosa, representaba un gran mapa de África con indicaciones de los principales lagos, ríos y montañas.

El amarillo pálido de las tierras se recortaba contra el azul matizado del mar, que se extendía por las dos costas, tan lejos como lo exigía la forma general del manto.

Finas rayas de plata marcaban zig-zags curvos y armoniosos sobre la superficie del océano, a fin de evocar, en una especie de esquema, la continua ondulación de las olas.

Sólo la mitad sur del continente era visible entre el cuello y los tobillos del emperador.

Sobre la costa occidental, un punto negro, acompañado por el nombre "Ejur", estaba situado cerca de la desembocadura de un río, cuyo nacimiento, muy hacia el este, surgía de un macizo montañoso.

A ambos lados de la vasta corriente de agua una inmensa mancha roja representaba los Estados del todopoderoso Talú.

Para halagar, el autor del modelo había hecho retroceder indefinidamente los límites, por otra parte mal conocidos, de la imponente comarca sometida a un solo cetro: el deslumbrante carmín, distribuido con amplitud al norte y al este, se extendía por el sur hasta la punta terminal, donde las palabras "Cabo de Buena Esperanza" se destacaban en gruesas letras negras.

Un momento después Talú se volvió hacia el altar: en su espalda la otra parte de la estola mostraba la parte norte del África, cayendo por atrás en medio del mismo encuadre marítimo.

Se acercaba el minuto solemne.

El monarca, con voz fuerte, inició la lectura del texto indígena trazado en jeroglíficos sobre una hoja de pergamino pegada en medio de una tabla recta.

Era una especie de bula por la cual, en virtud de su poder religioso, Talú, ya emperador de Ponukelé, se coronaba a sí mismo rey de Drelchkaff.

Terminada la proclama, el soberano tomó la alcuza destinada a representar la santa ampolla y, colocándose de perfil, extendió el aceite por el extremo de la mano y se aceitó en seguida la frente con la punta de los dedos.

En seguida volvió a dejar la alcuza en su sitio y, bajando los peldaños del altar, llegó en unos pasos hasta la litera de hojas bajo la sombra del gomero. Allí, con el pie puesto sobre el cadáver de Yaúr, lanzó un largo suspiro de alegría y levantó triunfalmente la cabeza como para humillar ante todos los despojos del rey difunto.

Cumplido este acto orgulloso, entregó a Rao el espeso manto que fue rápidamente retirado.

Escortado por sus seis hijos, que de nuevo sostenían la cola, marchó con lentitud en dirección a nosotros; después se volvió hacia el Teatro de los Incomparables y se mostró a la multitud.

En ese momento las esposas del emperador avanzaron hasta el centro de la explanada.

Rao se unió pronto a ellas, trayendo una pesada cazuela que depositó en el suelo.

Las diez jóvenes se precipitaron alrededor del recipiente, lleno de un espeso alimento negruzco que devoraron con apetito, usando las manos para llevarlo hasta los labios.

Después de unos minutos la cazuela, totalmente vacía, fue retirada por Rao y las negras, hartas, ocuparon sus puestos para la *Luennn'chetuz*, danza religiosa que, muy honrada en la comarca, estaba especialmente reservada para las grandes solemnidades.

Comenzaron con lentas evoluciones mezcladas a movimientos gráciles y ondulantes.

De vez en cuando dejaban escapar por las bocas, muy abiertas, formidables eructos que, muy pronto, se multiplicaron con prodigiosa rapidez. En lugar de disimular estos ruidos repugnantes, los lanzaban con más fuerza, parecían rivalizar en la sonoridad y el estrépito a obtener.

Este coro general que acompañaba, a guisa de música, aquella pavana calma y silenciosa, nos reveló las virtudes particulares de la sustancia desconocida que acababan de absorber.

Poco a poco se animó la danza y adquirió un carácter fantástico, mientras los eructos, en poderoso *crescendo*, aumentaban sin cesar su frecuencia e intensidad.

Hubo un momento de impresionante apogeo, en el cual los ruidos secos y ensordecedores ritmaron una diabólica zarabanda: las bailarinas afiebradas, desgredadas, sacudidas por sus terribles regüeldos y por golpes de puño, se cruzaban, se perseguían, se contorsionaban en todo sentido, como presas de un vertiginoso delirio.

Después todo se calmó progresivamente y, tras un largo *diminuendo*, el ballet terminó en una apoteosis, marcada por un acorde final eternizado en nota de órgano.

Pronto las jóvenes, todavía agitadas por tardíos eructos, volvieron a pasos lentos a su puesto primitivo.

Durante la ejecución de la *Luenn'chetuz*, Rao se había dirigido al lado sur de la explanada para abrir la prisión a un grupo de raza negra, formado por una mujer y dos hombres.

Ahora una única reclusa erraba sola tras la fuerte reja.

Rao, abriéndose paso entre nosotros, condujo hasta el lugar pisoteado por las bailarinas a los tres recién llegados, cuyas manos estaban atadas por delante.

Un silencio angustioso pesó sobre toda la asamblea,

conmovida en espera de los suplicios que debía sufrir aquel trío de ligados.

Rao sacó de la cintura una fuerte hacha, cuya hoja, bien afilada, estaba hecha de una madera rara, tan dura como el hierro.

Varios esclavos se le unieron para asistirlo en su tarea de verdugo.

Sostenido por ellos, el traidor Gaiz-duh debió arrodillarse, con la cabeza baja, mientras los otros dos condenados seguían inmóviles.

Rao blandió el hacha con las dos manos y golpeó tres veces la nuca del traidor. Al tercer golpe la cabeza rodó por el suelo.

El lugar estaba indemne de toda mancha de sangre debido a la curiosa madera cortante que, al penetrar en las carnes, producía una inmediata coagulación sanguínea, aspirando las primeras gotas cuya efusión no podía ser evitada. El cuello y el tronco ofrecían en la parte seccionada el aspecto escarlata y sólido de algunas piezas de carnicería.

Uno pensaba sin querer en esos muñecos de feria que sustituyen hábilmente al actor gracias a un doble fondo del mueble, y que son adecuadamente cortados sobre la escena en pedazos provistos de antemano de un disfraz sanguinolento. Aquí la realidad del cadáver volvía impresionante esta rojez compacta, debida en general al arte del pincel.

Los esclavos sacaron los restos de Gaiz-duh y el hacha, ligeramente manchada.

Volvieron pronto para depositar ante Rao un brasero ardiente, donde enrojecían, en la punta, dos grandes hierros puntiagudos, con grosero mango de madera.

Mossem, el segundo condenado, se arrodilló frente al altar, con las plantas de los pies bien expuestas y las uñas de los dedos gordos tocando el suelo.

Rao tomó de manos de un esclavo un rollo de perga-

mino que desplegó ampliamente: era un falso certificado mortuorio de Sirdah, trazado por Mossem.

Con ayuda de una inmensa palma un negro, lleno de vigor y gallardía, atizaba sin cesar el hogar.

Con una rodilla en tierra detrás del paciente y sosteniendo el pergamino con la mano izquierda, Rao tomó del brasero un hierro ardiente y apoyó la punta en uno de los talones que se ofrecían.

La carne crepitó y Mossem, sujetado por los esclavos, se retorció de dolor.

Inexorable, Rao prosiguió con su tarea. Copiaba servilmente el texto mismo del pergamino sobre el pie del falsario.

A veces volvía a meter en el fuego el hierro en uso para recoger el otro, rutilante al salir de las brasas.

Cuando la planta izquierda quedó totalmente cubierta de jeroglíficos, Rao continuó la operación con el pie derecho, utilizando siempre alternativamente las dos puntas de hierro al rojo vivo, hasta que empezaban a enfriarse.

Mossem, ahogando sordos rugidos, hacía monstruosos esfuerzos para sustraerse a la tortura.

Cuando finalmente el acta mentirosa fue copiada hasta el último signo, Rao se levantó y ordenó a los esclavos que soltaran a Mossem, quien, presa de atroces convulsiones, expiró ante nuestros ojos, vencido por el largo suplicio.

El cuerpo fue retirado, junto con el pergamino y el brasero.

Vueltos a su puesto, los esclavos se apoderaron de Rui, una ponukeliana extremadamente hermosa, única sobreviviente del infortunado trío. La condenada, cuyos cabellos lucían largas agujetas de oro en forma de estrellas, llevaba, encima del taparrabo, un corsé de terciopelo rojo casi hecho trizas; este conjunto ofrecía un no-

table parecido con la extraña marca de la frente de Sirdah.

Arrodillada en el mismo sentido que Mossem, la orgullosa Rui intentó una resistencia desesperada.

Rao sacó de la cabellera una de las agujas de oro y luego, aplicando perpendicularmente la punta sobre la espalda de la paciente, escogió, a la derecha, el redondel de piel visible por el primer ojal del corsé rojo, con cintas nudosas y gastadas; después con un impulso lento y regular, hundió la punta aguda, que penetró profundamente en la carne.

Ante los gritos provocados por el atroz pinchazo, Sirdah, reconociendo la voz de su madre, se echó a los pies de Talú para implorar la clemencia del soberano.

En seguida, como para recibir órdenes inesperadas, Rao se volvió hacia el emperador que, con gesto inflexible, ordenó la continuación del suplicio.

Una nueva aguja sacada de las trenzas negras fue clavada en el segundo agujero y, poco a poco, toda la hilera se erizó de brillantes alfileres de oro; reiniciada a la izquierda, la operación terminó despoblando la cabellera y colmando sucesivamente todos los ojales.

Desde hacía un momento la desdichada había cesado de gritar: una de las puntas le había provocado la muerte al llegar al corazón.

El cadáver, levantado bruscamente, desapareció como los otros.

Tras levantar a Sirdah, muda y angustiada, Talú se dirigió hacia las estatuas alineadas cerca de la Bolsa. Los guerreros se apartaban para dejarle paso y, cuando nuestro grupo se le unió, el emperador hizo una seña a Norbert quien, acercándose a la baranda, llamó a su hermana en alta voz.

Pronto la puerta de la abertura practicada en el techo se levantó con lentitud y cayó hacia atrás, empujada desde el interior por la fina mano de Louise Montalescot

que, surgiendo por el agujero, parecía elevarse progresivamente por los peldaños de una escala.

Bruscamente se detuvo, cuando ya había sacado medio cuerpo, y se volvió hacia nosotros. Estaba muy hermosa con su disfraz de oficial, con sus largos rizos rubios que escapaban libremente de un estrecho gorro de policía inclinado sobre la oreja.

La casaca azul, que moldeaba un cuerpo soberbio, estaba adornada, a la derecha, con agujetas de oro finas y brillantes; era de allí que partía el discreto acorde que se había escuchado a través de las paredes de la casilla, y que era producido por la respiración misma de la joven, gracias a una comunicación quirúrgica establecida entre la base del pulmón y el conjunto de presillas curvadas que servían para disimular unos tubos flexibles, libres y sonoros. Los herretes dorados, colocados en el extremo de las agujetas como cuentas graciosamente prolongadas, eran huecos y estaban provistos interiormente de una lámina vibratoria. A cada contracción del pulmón una parte del aire expirado pasaba por los múltiples conductos y, poniendo las láminas en movimiento, provocaba una armoniosa resonancia.

Una urraca domesticada se mantenía, inmóvil, sobre el hombro izquierdo de la seductora prisionera.

De pronto Louise percibió el cuerpo de Yaúr, siempre yacente con su traje de Margarita a la sombra del caído gomero. Una violenta emoción se pintó en sus rasgos y, ocultando los ojos con las manos, lloró nerviosamente, el pecho sacudido por terribles sollozos que acentuaban y precipitaban los acordes de las agujetas.

Talú, impaciente, pronunció con severidad algunas palabras ininteligibles, que llamaron al orden a la desdichada joven.

Conteniendo su dolorosa angustia, tendió la mano derecha hacia la urraca, cuyas patas se posaron prestamente sobre el índice ofrecido de pronto.

Con un amplio gesto, Louise tendió el brazo como

para lanzar el pájaro que, tras tomar vuelo, fue a caer sobre la arena, ante la estatua del ilota.

Dos aberturas apenas apreciables y distantes a más de un metro, estaban abiertas a ras de tierra, en la faz visible del zócalo negro.

La urraca se acercó a la abertura más lejana, y su pico penetró allí, brusco, para hacer entrar en juego un resorte interior.

De inmediato la plataforma se puso a balancear lentamente, hundiéndose a la izquierda en el interior del zócalo, para elevarse a la derecha por encima del nivel habitual.

Roto el equilibrio, el vehículo encargado de la estatua trágica se desplazó dulcemente sobre los rieles gelatinosos, que ofrecían ahora una pendiente bastante evidente. Las cuatro ruedas en láminas negras estaban a cubierto de cualquier descarrilamiento por un borde interior, que sobrepasaba un poco la llanta sólidamente mantenida sobre la vía.

Al llegar al extremo del corto descenso, la vagoneta se vio bruscamente detenida por el borde del zócalo.

En los escasos segundos que duró el trayecto, la urraca, a saltitos, se dirigió hacia la otra abertura, en cuya profundidad su pico desapareció con viveza.

Tras un nuevo movimiento, el balanceo se efectuó en sentido inverso. El vehículo, izado progresivamente —arrastrado luego hacia la derecha por su propio peso— giró sin motor sobre la vía silenciosa y fue a chocar contra el borde opuesto del zócalo, cuya pared se elevaba ahora como obstáculo frente a la plataforma descendida.

El ir y venir se reprodujo varias veces, gracias a la maniobra de la urraca, que oscilaba sin cesar entre una y otra abertura. La estatua del ilota seguía pegada al vehículo, cuyos viajes seguía, y el conjunto era de una ligereza tal que los rieles, pese a su inconsistencia, no ofrecían ninguna huella de aplastamiento ni de ruptura.

Talú contemplaba maravillado el éxito de la peligrosa

experiencia, que él mismo había imaginado sin creerla realizable.

La urraca cesó por sí misma sus maniobras y alcanzó, en unas aletadas, el busto de Emmanuel Kant; en lo alto del poste asomaba, a la izquierda, una pequeña percha, sobre la cual fue a posarse.

En seguida una poderosa luz iluminó el interior del cráneo, cuyas paredes, excesivamente delgadas a partir de la línea de las cejas, estaban dotadas de una transparencia perfecta.

Bruscamente la urraca voló para descender de inmediato sobre su percha, apagando e iluminando sin cesar el hueco craneano, que brillaba con mil fuegos, mientras la cara, las orejas y la nuca seguían en la oscuridad.

A cada movimiento parecía que una idea transcendente nacía en el cerebro bruscamente refulgente del pensador.

Abandonando el busto, el pájaro se posó sobre el amplio zócalo consagrado al grupo de esbirros; aquí nuevamente el enfurecido pico se introdujo en una delgada tripa vertical, poniendo en movimiento cierto mecanismo invisible y delicado.

A la pregunta: “¿Es aquí que se ocultan los fugitivos?” la monja, de pie ante el convento, contestaba “No”, con persistencia, balanceando la cabeza de derecha a izquierda después de cada profundo picotazo dado por el ave, que parecía picotear y nada más.

La urraca tocó al fin la plataforma, unida como una plancha sobre la que se elevaban las dos últimas estatuas; el lugar elegido por el inteligente animal representaba un fino rosetón, que se hundió media pulgada bajo su ligera carga.

En el mismo momento el Regente se inclinó aun más profundamente ante Luis XV, indiferente a esta cortesía.

El pájaro, saltando en su sitio, provocó muchos saludos ceremoniosos y después regresó, volando, al hombro de su ama.

Tras lanzar una larga mirada a Yaúr, Louise volvió a descender al interior de la casilla y cerró con rapidez la portezuela como apurada por iniciar de inmediato alguna misteriosa tarea.

III

La primera parte de la sesión había terminado y podía ya abrirse la función de gala de los *Incomparables*.

Antes tendría lugar una suprema sesión de especulación.

Los guerreros negros se apartaron primero para librar los bordes de la Bolsa, a cuyo alrededor se agruparon los pasajeros del *Lyncée*.

Cinco agentes de cambio, representados por los banqueros asociados Hounsfeld y Cerjat, asistidos por tres comisionados, ocupaban cinco mesas dispuestas bajo la columnata del edificio, y bien pronto enunciaron en voz alta órdenes rimadas que los pasajeros les confiaban sin cesar.

Los valores eran designados por los nombres mismos de los Incomparables, cada uno representado por cien acciones, que subían o bajaban según los pronósticos personales de los jugadores sobre el resultado del concurso. Todas las transacciones se arreglaban al contado, en billetes de banco o en especie sonante.

Por un cuarto de hora los cinco intermediarios aullaron sin cesar lamentables alejandrinos, que los especuladores, según las fluctuaciones de la casaca, improvisaban rápidamente, con gran refuerzo de clavijas.

Al fin Hounsfeld y Cerjat señalaron al levantarse el fin del tráfico, después bajaron, seguidos por los tres comisionados, para unirse al mismo tiempo que yo a la

multitud de jugadores, que volvían a apelotonarse en su antiguo puesto, dando la espalda a la cárcel.

Los guerreros negros volvieron a ocupar sus puestos primitivos, evitando de todos modos, por sugerencia de Rao, los alrededores inmediatos a la Bolsa, adecuados a proporcionar un pasaje utilizable.

Comenzó la representación de gala.

En primer lugar hicieron su aparición los cuatro hermanos Boucharessas, todos vestidos con el mismo atuendo de acróbatas, compuesto de una malla rosa y de un calzón de terciopelo negro.

Los dos mayores, Héctor y Tommy, adolescentes Henos de flexible vigor, llevaban, en un sólido tamborín, seis pelotas de goma oscura; marchaban en sentido contrario y bien pronto quedaron frente a frente, detenidos en dos puntos bastante distantes.

Bruscamente, lanzando un ligero grito a manera de señal, Héctor, colocado ante nuestro grupo, se sirvió de su tamborín para lanzar una tras otra las pelotas a todo lo que daban.

Al mismo tiempo Tommy, de pie frente al altar, lanzó sucesivamente con su disco resonante, sujeto en la mano izquierda, todos los proyectiles de goma, que se cruzaron con los de su hermano.

Cumplida esta primera tarea, cada jugador empezó a rechazar individualmente las pelotas del contrincante, en un continuo intercambio que se prolongó sin interrupción. Los tamborines vibraban simultáneamente y los doce proyectiles formaban una especie de arco alargado siempre en movimiento.

Gracias a la perfecta similitud de los gestos, unida a un gran parecido, los dos hermanos, uno de los cuales era zurdo, daban la ilusión de un objeto único, reflejado en un espejo.

Durante muchos minutos la hazaña triunfó con precisión matemática. Al fin, tras una nueva señal, cada ju-

gador recibió en la parte hueca de su tamborín la mitad de los proyectiles, cuyo ir y venir cesó bruscamente.

De inmediato Mario Boucharessas, niño de diez años, de rostro despierto, avanzó corriendo, mientras los dos mayores se apartaban.

El chico llevaba en los brazos, sobre los hombros y hasta en lo alto de la cabeza, una colección de gatitos, todos con una cinta roja o verde en el pescuezo.

Con el extremo del talón trazó sobre la arena, paralelamente a la Bolsa, dos líneas distantes unos doce o quince metros, y los gatos, saltando por sí mismos a tierra, se colocaron en dos bandos iguales tras estos límites convencionales. Las cintas verdes de un lado, las cintas rojas del otro se encontraron así alineados frente a frente, sin mezcolanzas.

A una señal de Mario los graciosos felinos iniciaron una alegre partida de *rescate*.

Para *iniciar*, uno de los verdes avanzó hasta el campo de los *rojos*, y tocó tres veces, con la punta de las uñas apenas asomadas, la pata que le tendía uno de los adversarios; al primer golpe escapó rápidamente, seguido de cerca por el *rojo*, que procuraba alcanzarlo.

En este momento otro *verde* atacó al perseguidor, que se vio obligado a retroceder hasta encontrar el apoyo de uno de sus compañeros; este último se lanzó sobre el segundo *verde*, que a su vez se vio obligado a huir.

El mismo manejo se repitió varias veces hasta el momento en que un *rojo*, después de lograr golpear a un *verde* con la pata, lanzó un maullido victorioso.

La partida se interrumpió y el prisionero *verde*, al llegar a territorio enemigo, dio tres pasos en dirección a su campo y después conservó una inmovilidad total.

El gato a quien correspondía el honor de la captura se dirigió al campo de los *verdes* y *provocó* de nuevo, dando tres golpes secos sobre una pata tendida, ofrecida en grande.

De inmediato recomenzaron las persecuciones alterna-

tivas, que dieron como resultado el arresto de un *rojo*, que dócilmente se inmovilizó en el campo adversario.

Vivo y cautivante, el juego prosiguió sin infracción a las reglas. Los prisioneros se acumulaban en dos filas simétricas y veían a veces disminuir su número gracias a algún rescate debido al contacto hábil de un compañero. Cuando un corredor alerta, llegaba sin tropiezos al campo opuesto, se volvía intocable mientras permaneciera más allá de la línea gloriosamente franqueada.

Al fin la cantidad de prisioneros *verdes* fue tan considerable que Marius, con voz imperiosa, decretó la victoria del grupo *rojo*.

Los gatos rodearon sin demora al niño, treparon por su cuerpo y tomaron las posiciones que tenían al llegar.

Al alejarse Marius fue reemplazado por Bob, el último de los hermanos, un encantador rubiecito de cuatro años, con grandes ojos azules y largos cabellos ondulados.

Con habilidad inaudita y con un talento de milagrosa precocidad, el encantador niño inició una serie de imitaciones acompañadas de gestos elocuentes: diversos ruidos de un tren sacudido, gritos de todos los animales domésticos, chirridos de la sierra al tallar una piedra, salto brusco de un corcho de *champagne*, glu-glu de un líquido derramado, fanfarria de un cuerno de caza, un solo de violín, el canto lloroso del violoncelo, formaban un repertorio aturdidor, capaz de dar, si uno cerraba un instante los ojos, la ilusión completa de la realidad.

El niño prodigio se apartó de la muchedumbre para unirse a Marius, Héctor y Tommy.

Pronto los cuatro hermanos se apartaron para dejar paso a su hermana Stella, encantadora adolescente de catorce años que, disfrazada de *Fortuna*, apareció de pie sobre una rueda delgada, en constante movimiento bajo sus pies.

La muchacha hizo evoluciones en todos los sentidos, mientras mantenía, con la punta de cada suela y por

medio de saltos ininterrumpidos, la estrecha llanta en continuo movimiento.

En la mano llevaba un vasto cuerno, profundo y curvado, de donde brotaba, como un torrente de piezas de oro, monedas de papel, brillantes y ligeras que, al caer lentamente a tierra, no producían ninguna resonancia metálica.

Los luises, los doble luises y los grandes discos de cien francos formaban una deslumbrante cola detrás de la bonita viajera que, con la sonrisa en los labios, realizaba, sin perder nunca contacto con el suelo, milagros de equilibrio y velocidad.

Como esos conos de prestidigitación de los cuales se ven surgir indefinidamente flores de todas las especies, el receptáculo, de escudos parecía inagotable. A Stella le bastaba sacudirlo dulcemente para sembrar riquezas, cuya capa densa e inconsistente era aplastada en parte por las vueltas de la rueda vagabunda.

Tras muchas vueltas y revueltas la muchacha se eclipsó como un hada, desparramando, hasta el último instante, sus monedas de pseudometal.

Todas las miradas se volvieron ahora hacia el tirador Balbet, que acababa de tomar las cartucheras sobre la tumba del zuavo; las había fijado a sus flancos, al igual que el arma, un fusil Gras, de factura muy antigua.

Marchando rápido hacia la derecha, el ilustre campeón, objeto de la atención general, se detuvo frente a nuestro grupo y eligió con cuidado su puesto mirando hacia el norte de la plaza.

Exactamente frente a él, bajo la palmera conmemorativa, se elevaba a la distancia la estaca cuadrada, sobre la que había un huevo cocido.

Más lejos, los indígenas apostados por curiosidad detrás de la fila de sicómoros, se apartaron ante un signo de Rao, descubriendo un amplio espacio.

Balbet cargó el fusil y luego, colocándolo con cuidado sobre el hombro, apuntó un rato e hizo fuego.

La bala, que rozó la parte superior del huevo, sacó una parte de la clara y puso la yema al descubierto.

Muchos proyectiles, tirados uno tras otro, continuaron el trabajo comenzado; poco a poco desapareció la envoltura albuminosa, dejando a la vista el elemento interno, siempre intacto.

A veces, entre dos detonaciones, Héctor Boucharessas iba corriendo a dar vuelta el huevo que, por medio de esta maniobra, ofreció sucesivamente a los golpes de las balas todos los puntos de su superficie.

Detrás, uno de los sicómoros obstaculizaba las balas, y todas penetraron en el tronco, parcialmente abollado para evitar rebotes.

Los veinticuatro cartuchos que formaban la provisión de Balbet alcanzaron justo para terminar la experiencia.

Cuando el último humo surgió del caño del arma, Héctor tomó el huevo en la palma de la mano y lo mostró en redondo.

Ninguna huella de blanco había quedado en la delicada membrana interior que, enteramente al desnudo, rodeaba siempre la yema, sin la menor raspadura.

Luego, por ruego de Balbet, preocupado por mostrar que un cocimiento exagerado no había facilitado el ejercicio, Héctor cerró un instante la mano para hacer correr entre sus dedos la yema, perfectamente líquida.

Puntual a la cita, el constructor La Billaudière-Maisonial acababa de aparecer, arrastrando tras él, como un amolador, cierta manivela extrañamente complicada.

Deteniéndose en medio de la plaza, colocó en el eje del altar la voluminosa máquina, sostenida en perfecto equilibrio por dos ruedas y dos pies.

El conjunto se componía de una especie de piedra de molino que, accionada por un pedal ponía en movimiento todo un sistema de ruedas, bielas, elevadores y resortes que formaban un inextricable nudo metálico:

por uno de los lados asomaba un brazo articulado, terminado en una mano armada de un florete.

Tras volver a dejar sobre la tumba del zuavo el fusil Gras y las cartucheras, Balbet sacó de una especie de banco recto, que formaba parte integral del nuevo aparato, un lujoso equipo de esgrima, formado por una máscara, un escudo, guantes y florete.

En seguida La Billaudière–Maisonnial, con la cara vuelta hacia nosotros, se sentó en el banco que había quedado libre y, con el cuerpo velado a nuestros ojos por el sorprendente mecanismo colocado ante él, apoyó el pie en el largo pedal destinado a hacer girar la piedra.

Balbet, vistiendo la máscara, los guantes y el escudo, trazó vivamente con la punta de su florete una línea recta en el suelo; después, con la suela izquierda apoyada en el trazo inmutable, se puso en guardia con elegancia ante el brazo articulado que, saliendo por la izquierda, se destacaba neto contra el fondo blanco del altar.

Los dos aceros se cruzaron y La Billaudière–Maisonnial, poniendo su pie en movimiento, hizo girar la piedra con cierta velocidad.

De inmediato el brazo mecánico, tras algunas fintas sabias y rápidas, se alargó brusco para dar un golpe directo a Balbet, quien, pese a su habilidad universalmente conocida, no pudo parar aquella estocada infalible y maravillosa.

El codo artificial se había replegado hacia atrás, pero la piedra de amolar evolucionaba siempre y bien pronto otra gimnasia engañosa, completamente distinta de la primera, fue seguida por un ataque brusco, que tocó a Balbet en pleno pecho.

El asalto continuó así con estocadas múltiples: la cuarta, la sexta, la tercera, o la primera, la quinta y la octava se mezclaban a los “suelten”, “doblen” o “corten”, formando golpes sin nombre, inéditos y complejos, que llegaban respectivamente a una finta imprevista, rápida como el relámpago, y que daba siempre en el blanco.

Con el pie izquierdo fijado a la línea límite, Balbet sólo intentaba parar, buscaba desviar el florete adversario, hacer que se deslizara al lado, sin encontrarlo. Pero el mecanismo accionado por la piedra era tan perfecto, las estocadas desconocidas contenían tretas tan desconcertantes que, a último momento, las combinaciones defensivas del esgrimista eran regularmente deshechas.

De vez en cuando La Billaudière-Maisonnial, tirando y rechazando varias veces seguidas una larga caña dentada, cambiaba totalmente la disposición de los distintos rodajes y creaba así un nuevo ciclo de fintas ignoradas por él mismo.

Esta maniobra, capaz de engendrar una infinidad de resultados fortuitos, podía compararse a esos golpecitos ligeros que, aplicados al tubo de un caleidoscopio, dan nacimiento en el terreno visual a mosaicos de cristales de una policromía eternamente nueva.

Balbet terminó por renunciar a la lucha y se despojó de sus accesorios, encantado por la derrota que le había dado ocasión de apreciar una obra de arte de la mecánica.

Levantando dos cortas camillas fijadas detrás del banco que acababa de dejar, La Billaudière-Maisonnial se alejó lentamente, haciendo girar con esfuerzo su sorprendente manubrio.

Después de la partida un negrito de unos doce años, con cara traviesa y sonriente, avanzó de pronto, en medio de saltos.

Era Rhejed, uno de los hijos del emperador. Bajo el brazo izquierdo llevaba una especie de roedor de pelo rojo que movía en todas direcciones las orejas, erguidas y delgadas.

En la mano derecha el niño llevaba una ligera puerta pintada de blanco, que parecía retirada de algún armario pequeño.

Colocando en el suelo el delgado batiente, Rhejed tomó

por una empuñadura cierto estilete de forma grosera deslizado debajo de su taparrabo rojo.

Sin esperar, mató de un golpe al roedor, con una estocada seca de la estrecha hoja, que se hundió en la nuca peluda y quedó allí clavada.

El niño tomó vivamente por las patas traseras el cadáver todavía caliente y lo puso encima de la puerta.

Pronto una baba pegajosa manó del cuello colgante.

Este fenómeno parecía previsto por Rhejed quien, después de un momento, giró la puerta para mantenerla oblicua a corta distancia del suelo.

El chorro viscoso, extendido sobre esta nueva faz del batiente, formó en poco tiempo una capa circular de cierta extensión.

Finalmente, cuando la fuente animal se secó brusca, Rhejed acostó al roedor en el centro mismo del charco fresco. Después enderezó la puerta sin preocuparse del cadáver que, pegado por la extraña goma, quedó fijo en el mismo lugar.

Con un movimiento seco Rhejed desató su taparrabos cuyo extremo pegó a la primera faz del batiente, más someramente bañada que la primera.

La tela roja se adhirió sin dificultad al barniz baboso, que cubrió totalmente.

La puerta, acostada, ocultó un fragmento del largo cinturón, exponiendo a las miradas el roedor engomado.

Rhejed, girando sobre sí mismo para desenvolver el taparrabos, se alejó unos pasos y luego quedó inmóvil, como quien espera.

Desde hacía unos instantes un olor extraño, proveniente de la baba, se había propagado con violencia desconocida por la plaza de los Trofeos.

Al parecer, sin sorprenderse por la fuerza de las emanaciones, Rhejed levantó los ojos como para atisbar la aparición en pleno cielo de algún visitante inesperado.

Muchos minutos transcurrieron en silencio.

De pronto Rhejed lanzó una exclamación de triunfo y

señaló hacia el sur, un inmenso pájaro de presa que, planeando muy alto, se acercaba con rapidez.

Ante la viva alegría del niño, el ave de brillante plumaje negro se posó sobre la puerta, colocando sobre el roedor dos patas delgadas, casi tan largas como las de una garza.

Sobre el pico torcido dos aberturas estremecidas, semejantes a los hoyos de una nariz, parecían dotadas de gran potencia olfativa.

El olor revelador se había expandido sin duda hasta la morada del pájaro que, atraído primero y después guiado por aquel perfume sutil, acababa de descubrir, sin vacilar, la presa ofrecida a su voracidad.

Un primer golpe de pico hábilmente aplicado al cadáver fue seguido de un grito penetrante de Rhejed, que hizo con los dos brazos un gran gesto amplio e indómito.

Aterrado, el pájaro desplegó las alas gigantescas y voló de nuevo.

Pero las patas, presas en la goma tenaz, arrastraron la puerta, que se elevó horizontalmente en el aire sin soltar la tela roja pegada a la cara inferior.

A su vez Rhejed dejó el suelo y empezó a balancearse en el extremo del taparrabo, gran parte del cual le ceñía aún los riñones.

A pesar del peso, el robusto volador subió con rapidez, estimulado siempre por los gritos del niño, cuyas carcajadas indicaban una alegría loca.

En el momento del rapto, Talú se precipitó hacia su hijo dando muestra del más violento terror.

Fue demasiado tarde y el desdichado padre tuvo que seguir con mirada angustiada las evoluciones del travieso, que se alejaba siempre sin tener conciencia del peligro.

Un profundo estupor inmovilizó a la muchedumbre, que esperaba con ansiedad el fin del terrible incidente.

Los preparativos de Rhejed y la cuidadosa manera con que había pegado el contorno del roedor inerte de-

mostraban la premeditación de este paseo aéreo, del que nadie había sido confidencialmente informado.

Entretanto, el ave inmensa, de la cual sólo se veía la punta de las alas asomando tras la puerta, se elevaba siempre hacia regiones más altas.

Empequeñecido ante nuestros ojos, Rhejed se balanceaba furiosamente del extremo de su taparrabo, multiplicando así las mortales posibilidades de caída, ya tan numerosas por la fragilidad del vínculo que unía la tela roja a la puerta y a las dos patas invisibles.

Al fin, sin duda agotado por el peso inusitado, el pájaro mostró cierta tendencia a acercarse a tierra.

El descenso se aceleró muy pronto y Talú, lleno de esperanza, tendió los brazos hacia el niño, como para atraerlo a sí.

El ave, sin fuerzas, bajaba a aterradora velocidad.

A unos metros del suelo Rhejed, desgarrando el taparrabo, cayó graciosamente sobre sus pies, mientras el pájaro detestado huía hacia el sur, remolcando siempre la puerta adornada con un trozo de tela roja.

Demasiado feliz para pensar en la reprimenda merecida, Talú se precipitó a su hijo y lo abrazó largamente en medio de transportes.

Cuando se disipó la emoción, hizo su entrada el químico Bex, empujando una inmensa jaula de vidrio colocada sobre una plataforma de caoba provista de cuatro ruedas bajas y semejantes.

El cuidado manifiesto en la fabricación del vehículo, muy lujoso dentro de su gran sencillez, demostraba el valor de la frágil carga, a la que se adaptaba con precisión.

Las ruedas giraban blanda y perfectamente gracias a unos espesos neumáticos que las adornaban, y los finos rayos metálicos parecían recién niquelados.

Detrás, dos barras de cobre subían y se curvaban con elegancia, y estaban ligadas en la extremidad superior

por otra barra de apoyo, cuyo ornamento de caoba apretaba Bex entre sus manos, al marchar.

El conjunto, mucho más delicado, recordaba a esos sólidos vehículos que sirven en las estaciones para el transporte de bultos y valijas.

Bex se detuvo en medio de la plaza y dejó que todos examinaran con atención el aparate.

La jaula de vidrio encerraba un inmenso instrumento musical que comprendía pabellones de cobre, cuerdas, arcos circulares, clavijas mecánicas de todos los tipos y un rico arreo destinado a la batería.

Contra la jaula había un gran espacio reservado en el frente de la plataforma, con dos vastos cilindros, uno rojo y otro blanco, puestos en comunicación por un tubo de metal con la atmósfera encerrada tras las paredes transparentes.

Un termómetro excesivamente alto, en el que cada grado se encontraba dividido en diez, asomaba su frágil cuerpo fuera de la jaula, en la que sólo se sumergía la fina cubeta, llena de un deslumbrante líquido violeta. Ninguna montura rodeaba el esbelto tubo diáfano colocado a algunos centímetros del borde rozado por los dos cilindros.

Mientras todas las miradas escrutaban la curiosa máquina, Bex dio con precisión una serie de claras y sabias explicaciones.

Nos enteramos que el instrumento pronto iba a funcionar ante nosotros gracias a un motor eléctrico disimulado en su interior.

Regidos simultáneamente por la electricidad, los cilindros perseguían dos metas opuestas: el rojo contenía una especie de calor infinitamente poderoso, mientras el blanco fabricaba sin cesar un frío intenso, capaz de licuar cualquier gas.

Pues varios órganos de la orquesta automática estaban hechos con *bexium*, metal nuevo químicamente dotado por Bex de una prodigiosa sensibilidad térmica. La

fabricación del conjunto sonoro tenía como única función sacar a la luz, de manera sorprendente, las propiedades de la extraña sustancia descubierta por el hábil inventor.

Un bloque de *bexium* sometido a temperaturas diversas cambiaba de volumen en proporciones que podían ir del uno al diez.

Sobre este hecho se basaba todo el mecanismo del aparato.

En lo alto de cada cilindro, una manija que giraba hábilmente sobre sí misma servía para regimentar la abertura de una canilla interior que comunicaba por el conducto de metal con la jaula de vidrio. De este modo Bex podía cambiar a voluntad la temperatura de la atmósfera interna; debido a las perturbaciones continuas los fragmentos de *bexium*, que actuaban poderosamente sobre ciertos resortes, accionaban e inmovilizaban por turno tal clavija o tal grupo de pistones que, llegado el momento, se sacudían banalmente en medio de discos con incisiones.

Pese a las oscilaciones térmicas, las cuerdas conservaban invariablemente su justeza, gracias a cierta preparación imaginada por Bex para volverlas especialmente rígidas.

Dotado de una resistencia a toda prueba, el cristal usado para las paredes de la caja era maravillosamente fino, y el sonido era apenas velado por este obstáculo delicado y vibrante.

Terminada la explicación, Bex fue a colocarse al frente del vehículo, con los ojos fijos en la columna del termómetro y las manos crispadas sobre los dos cilindros.

Haciendo girar la manija roja lanzó hacia la caja una fuerte corriente de calor; después detuvo bruscamente el chorro aéreo y se vio al líquido violeta alcanzar, tras una ascensión rápida, la subdivisión buscada.

Con un movimiento vivo, como reparando un olvido venial, Bex hizo bajar, como un escalón de calesa, un

pedal móvil, disimulado entre los dos cilindros, que alcanzó, al desplegarse, el nivel del suelo.

Oprimiendo con la suela este apoyo de resorte flexible, hizo funcionar el motor eléctrico sumergido en el instrumento, y algunos órganos tomaron vuelo.

Primero fue una lenta cantilena que se elevó, tierna y quejosa, acompañada por arpegios tranquilos y regulares.

Una rueda llena, semejante a una rueda de moler en miniatura, frotaba como un arquito interminable cierta larga cuerda tendida sobre una placa resonante; sobre esta cuerda de sonido puro unos martillos accionados automáticamente descendían como los dedos de un virtuoso, se elevaban luego ligeramente, creando sin lagunas todas las notas del pentagrama.

La rueda, cambiando de velocidad, ejecutaba toda serie de tonalidades, y el resultado daba como timbre la impresión exacta de una melodía de violín.

Contra uno de los muros de cristal se erguía un arpa, y cada cuerda estaba agarrada por un pequeñísimo gancho de madera que la pellizcaba y se apartaba para volver en seguida, por medio de una curva, a la posición primera; los ganchos estaban fijos en ángulo recto a lo alto de las barras móviles, cuyo juego flexible y delicado engendraba lánguidos arpegios.

Tal como lo había predicho el químico, la envoltura transparente tamizaba apenas las vibraciones, cuya sonoridad penetrante se propagaba con encanto y vigor.

Sin esperar el fin de este idilio sin palabras, Bex detuvo el motor soltando el pedal. Después, haciendo girar la manija roja, elevó aun más la temperatura interna mientras vigilaba el termómetro. Tras unos segundos cerró la canilla del calor y oprimió de nuevo el resorte colocado bajo su pie.

De inmediato otra rueda-arco, más gruesa que la primera y que frotaba una cuerda más voluminosa, hizo oír unos sonos de violoncelo llenos de dulzura y de atractivo. Al mismo tiempo un clavecín mecánico, cuyas teclas

bajaban por sí solas, se puso a ejecutar un acompañamiento denso y difícil, de movimientos peligrosamente rápidos.

Después de esta muestra de sonata-dúo, Bex realizó otra maniobra, y el líquido violeta se elevó un décimo de grado.

El pseudo-violín se unió entonces al piano y al violoncelo para dar tonalidades al adagio de algún trío clásico.

Pronto una división suplementaria, ganada en el mismo sentido, cambió el trozo lento y grave en *scherzo* saltarín, conservando la misma combinación de instrumentos.

Accionando maquinalmente el pedal, Bex hizo girar ahora la manija blanca y la columna violeta descendió casi hasta el cero, colocado a mitad del tubo de vidrio.

Dócilmente estalló una brillante fantasía, que surgía de una cantidad de pabellones de grueso desigual colocados en grupo compacto. Toda la familia de los broncees estaba representada en aquel rincón especial, desde el bajo inmenso hasta el trombón alerta y estridente. Marcando diferentes subdivisiones en la porción del termómetro situada por debajo del hielo, la manija blanca, maniobrada varias veces, suscitó sucesivamente una marcha militar, un solo de trombón, un vals, una polka y ardientes clarinadas.

Bruscamente, abriendo del todo la canilla del frío, Bex obtuvo con rapidez un enfriamiento terrible, cuyo efecto fue sentido por los espectadores más próximos a través de las paredes diáfanas. Todas las miradas convergieron hacia un fonógrafo de gran corneta, de donde surgía una voz de barítono amplia y poderosa. Una amplia caja agujereada para dejar pasar el aire y colocada sobre el aparato contenía sin duda una serie de discos que podían, a cada vuelta del rollo, hacer vibrar telefónicamente la membrana sonora por medio de un hilo particular, ya que imperceptibles fluctuaciones, controladas con cuidado por el químico en el ambiente hiperbóreo, permitían

hacer oír una serie de recitativos y romanzas cantados por dos voces de hombre o de mujer, cuyo timbre y registro ofrecían la mayor variedad. El arpa y el clavecín compartían las tareas secundarias y acompañaban alternativamente los trozos, a veces alegres, a veces trágicos del inagotable repertorio.

Queriendo poner de relieve la flexibilidad inaudita de su prodigioso metal, del que ningún fragmento era visible, Bex maniobró la manija roja y esperó unos segundos.

La heladera no tardó en convertirse en horno y el termómetro subió hasta los últimos grados. Un grupo de flautas y de pífanos ritmó de inmediato una marcha entusiasta con golpes de tambor secos y regulares. Aquí, igualmente, diferentes oscilaciones térmicas produjeron resultados imprevistos. Varios solos de pífano, sostenidos discretamente por una fanfarria de bronce, fueron seguidos por un gracioso dúo que, basado en una imitación del eco, presentaba dos veces consecutivas las mismas vocalizaciones, ejecutadas sucesivamente por una flauta y por una flexible voz de soprano que emanaba del fonógrafo.

El fluido violeta, dilatado de nuevo, se elevó hasta lo alto del tubo, que pareció a punto de estallar. Varias personas retrocedieron, súbitamente molestas por la ardiente velocidad de la caja donde tres cuernos de caza, fijados no lejos del arpa, lanzaban con entusiasmo un sonido ensordecedor. Ínfimos enfriamientos dieron de inmediato una muestra de las principales fanfarrias cinegéticas, y la última fue un halalí lleno de alegría.

Después de haber hecho participar a los principales rodajes de su orquesta, Bex ofreció someter a nuestra elección el grupo de instrumentos que deseáramos oír de nuevo.

Cada uno, por turno, formuló un deseo rápidamente satisfecho por el químico que, sin ayuda de las manijas, hizo desfilar por segunda vez en orden fortuito las diversas combinaciones polifónicas, no sin cambiar el título

de los trozos por una especie de coquetería que engendraba imperceptibles diferencias termométricas.

Al fin Bex logró una serie de subdivisiones especialmente notables, que se trazaron en rojo sobre el tubo. Luego casi todos los órganos del instrumento trabajaron simultáneos, ejecutando una sinfonía grande, majestuosa, a la que se unió un coro del fonógrafo, de tonalidad neta. La batería, formada por una gruesa caja de címbalos, el tambor ya requerido y varios accesorios de timbre diverso, vivificaron el conjunto con su ritmo franco e igual. El repertorio de trozos para orquesta era de una riqueza infinita, y Bex nos presentó toda suerte de danzas, de poturrís, de oberturas y de variaciones. Terminó con un pasodoble endiablado que sometió a la gorda caja a una terrible prueba; después levantó el pedal móvil antes de colocarse detrás del vehículo, que empujó como un cochecito de niño.

Mientras Bex se daba vuelta para alejarse, las conversaciones estallaron por todas partes, con el *bexium* como tema único, y se comentaron los maravillosos resultados conseguidos con el empleo del nuevo metal, cuya sorprendentes cualidades había sido claramente mostradas por el instrumento.

Bex desapareció velozmente detrás de la Bolsa, pero regresó de inmediato conduciendo de pie, con las dos manos, una gigantesca mesa de un metro de lado y el doble de altura, hecha con un metal gris apagado semejante a la plata.

Una delgada ranura longitudinal se abría en medio de la placa gigante; pero aquí el ensanche circular destinado al paso de los botones estaba colocado a medio camino de la ranura y no en su extremidad.

Con una mirada, sin acercarse, el químico comprobó la atención general; después nos señaló, nombrando la sustancia de cada uno, diez grandes botones expuestos

verticalmente, el uno junto al otro, en la parte baja de la ranura.

El conjunto formaba una línea brillante y multicolor, cargada de los más variados reflejos.

En lo alto, el primer botón, en oro sin pulir y unido, ofrecía una superficie resplandeciente. Abajo, el segundo, todo de plata, se recortaba apenas sobre el fondo parejo de la mesa. El tercero de cobre, el cuarto en platino, el quinto de estaño y el sexto en níquel, mostraban sus discos del mismo tamaño y desprovistos de todo adorno. Los cuatro siguientes estaban hechos por una cantidad de piedras preciosas, delicadamente soldadas: uno estaba formado únicamente por diamantes, el otro por rubíes, el tercero por zafiros y el último era de refulgentes esmeraldas.

Bex dio vuelta la mesa para mostrarnos su otra cara.

En la parte de abajo pendía un trozo de tela azul, a la que estaban cosidos todos los botones.

Diez hojas, de metal gris muy delgado, aplicadas sobre la tela, estaban en fila a lo largo de la ranura, cuya longitud exacta tenían. Ocupaban, de este lado del objeto, el lugar correspondiente al de los botones, que en diámetro debían igualar su altura. Diez agujas de hilo metálico, en apariencia gris, servían para el sólido amarre de los preciosos discos, y formaban en pleno centro, sobre cada fina placa rectangular, un barullo de múltiples cruces que terminaban en un grueso nudo de contención, debido a los ejercitados dedos de alguna hábil obrera.

Bex hundió en la arena la base levemente filosa de la mesa que, plantada verticalmente contra la Bolsa, presentaba de cara el reverso de los botones a la escena de los Incomparables.

Tras algunos pasos realizados fuera de nuestra vista, reapareció trayendo en cada brazo cinco largos cilindros pesados, hechos del mismo metal gris del que la mesa era ya un amplio muestrario.

Atravesó toda la explanada para depositar la abrumadora carga frente al teatro rojo.

Cada cilindro, mostrando en uno de los extremos un capuchón metálico sólidamente metido, semejaba un inmenso lápiz provisto de un banal capuchón protector.

Bex, colocando todo en el suelo, formó una figura ingeniosa, de regularidad geométrica.

Cuatro lápices monstruos, tendidos uno junto a otro en la arena, proporcionaban la base del edificio. Una segunda fila, superpuesta a la primera, comprendía tres lápices acostados en las estrechas fosas debidas a la forma redonda de los que los habían precedido. El piso siguiente, más exiguo, contaba con dos lápices que, a su vez, sostenían el segundo y último piso, formado por un lápiz solitario en lo alto del andamiaje de fachada triangular.

De antemano Bex había calado el conjunto con dos pesadas piedras extraídas de sus bolsillos.

Había sido después de un orden y elección cuidadosamente determinados que el químico había apilado todos los cilindros, y se había aplicado al reconocimiento de cada uno de ellos por medio de una marca especial grabada en algún punto del circuito.

Los capuchones de metal tendían su punta hacia la lejana mesa, que servía de blanco a los diez lápices gigantes, alineados como caños de cañón.

Antes de continuar la experiencia Bex retiró los gemelos de sus puños, que estaban formados por cuatro aceitunas de oro; después retiró de sus ropas el reloj, el portamonedas y las llaves, y tendió el conjunto a Balbet, quien prometió vigilar el brillante depósito.

De regreso a su puesto y encorvado bajo el amasijo de cilindros, Bex tomó con la mano un gran anillo fijado a la punta del guardaminas más alto.

Una ligera tracción, que operaba a tirones, bastó para hacer deslizar el capuchón de metal que, pronto, fue a caer como un balancín contra las piernas del químico.

Puesta al desnudo, la parte hasta ese momento invisible y culminante del cilindro se convirtió en punto de mira de todos los ojos. El asta argentada, parecida a un verdadero lápiz perfectamente tallado, se retraía en forma de cono, dejando sobresalir una espesa mina de ámbar, lisa y redondeada.

Bex, repitiendo la maniobra, destapó sucesivamente los diez cilindros, y todos dejaron asomar, saliendo de la extremidad regularmente adelgazada, la misma mina amarillenta y diáfana.

Terminado este trabajo, el químico atravesó de nuevo la explanada, llevando en sus brazos los diez cortos estuches que depositó cerca de la mesa.

Era necesaria una explicación. Bex tomó la palabra para revelarnos el fin de sus diferentes actividades.

Las minas de color ámbar encerradas en los lápices gigantes estaban hechas de una materia muy compleja, preparada por Bex y bautizada por él *imantina*.

Pese a las trabas acumuladas, la imantina era solicitada a distancia por tal metal determinado, o por alguna joya especial.

Gracias a ciertas diferencias de composición, las diez minas colocadas ante nuestros ojos correspondían, como atracción, a los diez botones sólidamente retenidos en la ranura de la mesa.

Para volver posible y práctico el manejo de la imantina recientemente inventada, se había hecho indispensable el descubrimiento de un cuerpo aislador. Después de muchas búsquedas Bex había obtenido el *etanchio*, metal gris poco brillante creado tras laboriosas manipulaciones.

Una delgada lámina de etanchio, al obstaculizar un rayo de imantina, aniquiló el poder de atracción que las más densas materias no podían disminuir.

Los lápices y los guardaminas eran todos de etanchio, al igual que la mesa y las diez láminas rectangulares colocadas a lo largo de la ranura.

Las puntadas del hilo que pegaba los botones a la

tela eran también del mismo metal, ablandado e hilado. Al conducir sucesivamente hacia el redondel de la ranura los brillantes discos ahora invisibles, Bex, arqueado contra la mesa, podía provocar el brusco desplazamiento de los cilindros, haciendo que todos se precipitaran con fuerza contra el cuerpo especial puesto ante la mina color ámbar.

Esta última revelación produjo en los asistentes un movimiento de pánico y de retroceso.

En efecto, se podían temer muchas contusiones de parte de los lápices que, atraídos por nuestras alhajas, nuestros relojes, nuestro dinero, nuestras llaves o nuestros dientes orificados, se lanzaran bruscamente hacia nosotros.

La extremidad aparente de cada mina escapaba al poder protector del etanchio y justificaba plenamente estos sanos temores.

Bex, con calma, se apresuró a tranquilizar a su público. Para provocar el fenómeno de irresistible imantación, el objeto deseado debía actuar en profundidad sobre la mina de ámbar, cuya longitud igualaba la de cada cilindro. Los metales o joyas colocadas en el eje de la extraña batería eran los únicos susceptibles de ser afectados. Además, la mesa era lo bastante amplia para cubrir con su pantalla toda la zona amenazada: sin ella la atracción se ejercería a cualquier distancia sobre los navios que surcaban el Atlántico, e incluso hasta las costas americanas, si la curvatura de la Tierra no volviese esto imposible. Muy expuesto como operador, parece que Bex había rechazado de antemano todo elemento sospechoso, comprendidas las hebillas del chaleco y del pantalón; los botones de la camisa y de otras ropas eran todos de hueso, y una simple faja de seda atada al talle reemplazaba los tiradores, de inevitable montura metálica. Definitivamente se había inmunizado a última hora, confiando a Balbet sus objetos más preciosos. Por

una feliz circunstancia sus dientes, excelentes y puros, estaban libres de todo apoyo extraño.

En el momento en que el químico terminaba las explicaciones, un fenómeno inesperado fue señalado por un murmullo de la multitud, que lentamente había vuelto a acercarse.

Se señalaban, con sorpresa, las piezas de oro sembradas por Stella Boucharessas.

Desde hacía cierto rato los luises, dobles luises y monedas de cien francos se agitaban dulcemente en el suelo, sin sorprender a nadie con aquel movimiento ligero, imputable a alguna brisa caprichosa.

En realidad las imponderables monedas sufrían la influencia del cilindro culminante, que actuaba poderosamente: ya algunas piezas volaban en línea recta hacia la mina de ámbar, donde se fijaban con solidez. Siguieron otras, algunas redondas e intactas, otras arrugadas y estrujadas por los pies.

Bien pronto el suelo quedó vacío, siguiendo una banda estrictamente regular, bordeada a cada lado por el resto de los escudos situados fuera de la zona de atracción.

La mina desaparecía ahora bajo un verdadero tapón de papel dorado, cubierto de milésimos y de esfinges.

Algunos átomos de oro verdadero debían entrar en ínfima parte en la composición de toda esta riqueza de oropel.

En efecto; por su posición misma la mina sobrecargada correspondía, sin equívoco posible, al botón de oro destinado antes que los otros a llenar con su disco el redondel central de la mesa. Su poder, muy especial, no habría podido ejercerse en una imitación totalmente desprovista de todo elemento aurífero.

La lentitud de las piezas, al comienzo llenas de indecisión, tenía por sola causa una gran insuficiencia de oro puro.

Sin preocuparse del incidente, que para nada turbaba sus proyectos. Bex tomó por la extremidad superior todo

el ancho de la tela azul y la atrajo, sin sacudimientos, hacia lo alto de la mesa.

Aquel deslizamiento, cómodo y regular, no exigía ningún esfuerzo.

La tela, encogida a lo largo de la ranura, ocultó poco a poco el ensanche circular que, invisible aunque fácilmente adivinable, encuadró bien pronto la primera lámina de etanchio.

Entonces Bex, con la ayuda de las rodillas y de la mano izquierda, tuvo que contener la mesa, solicitada con fuerza por el grupo de cilindros.

En efecto, detrás de la tela, el botón de oro correspondiente a la primera lámina se encontraba desde hacía poco rodeado por la sesgadura redonda. Dos fragmentos del disco, desprovisto de toda coraza de etanchio, entraban en comunicación directa con las minas de ámbar apuntadas hacia ellos.

La resistencia de Bex hizo ceder el primer cilindro que, lanzado bruscamente, atravesó la explanada como una bomba y fue a pegar su punta junto a la estrecha lámina protectora.

Sin dejar de apuntar sólidamente, el químico tuvo cuidado de retirar su cuerpo hacia la derecha, para dejar totalmente libre el recorrido previsto para el lápiz monstruo.

El choque hizo vacilar la mesa que, sujeta por Bex, recobró pronto el equilibrio.

El lápiz, ahora inmóvil, formaba una especie de suave declive, desde su extremo no tallado, que acababa de fijarse en el suelo, hasta la punta de ámbar fuertemente pegada al botón de oro, pese al obstáculo del género azul.

Las monedas de papel no habían contrariado en modo alguno la atracción del metal puro; aplastadas en el momento del encuentro, adornaban siempre la mina con su resplandor falso.

A través de la tela, Bex maniobró con suavidad el

botón de oro, que quería elevar hasta la continuación vertical de la ranura.

Pero la mina de ámbar se mantenía fija y volvía difícil la operación.

El químico, a falta de un medio más práctico, se obstinó. Pero todo sacudimiento separador fue impotente. Sólo la interposición lenta y gradual de un tabique de etanchio pudo vencer a la larga la prodigiosa adherencia de los dos cuerpos.

Una serie de esfuerzos continuos logró el resultado deseado.

Dominando completamente la sesgadura, el botón de oro, siempre invisible, había encontrado un abrigo total tras las dos paredes de la mesa, reunidas en aquel punto por su fiel y rígida lámina.

Bex enderezó verticalmente el inmenso lápiz.

Con el borde cortante de un guardaminas intentó desnudar la punta de ámbar, siempre recargada de papel dorado.

La delgada lámina redondeada, raspando de cerca la superficie amarilla, venció pronto las livianas monedas, cuya aleación, muy diluida, sólo opuso una débil resistencia.

Cuando todas las piezas, mezcladas, cayeron lentas a tierra, Bex colocó el guardaminas sobre el lápiz, que pudo ahora hacer a un lado sin temor de que apuntara hacia cualquier punto del espacio.

Volviendo luego hacia la mesa, tomó dulcemente todo el ancho de la tela para elevarla en el mismo sentido.

Una segunda experiencia, idéntica a la primera, provocó el viaje aéreo de un nuevo lápiz, cuya mina corrió a aplicarse con violencia contra el invisible botón de plata que había aparecido en la sesgadura.

Liberado por medio del paciente procedimiento ya empleado, el lápiz, provisto de un guardaminas, fue prontamente dejado de lado.

A su vez el botón de cobre, adivinado tras la tela

azul, atrajo hacia sí un tercer cilindro que, rápidamente ensombrerado con etanchio, fue a reunirse al primero y al segundo.

Los dos países superiores faltaban ahora en la fachada triangular primitivamente formada por el apilamiento de los lápices.

Bex prosiguió con su maniobra invariable. Uno tras otro, los botones llevados a la sesgadura atraían a las minas de ámbar pese a la distancia, para emboscarse en seguida en la parte superior de la ranura.

Terminado su papel los lápices, provistos sin demora de capuchones metálicos, se fueron alineando en el suelo.

Los cuatro últimos discos, suntuosamente compuestos por piedras finas, correspondían a la hilera más baja de cilindros, única que subsistía ahora frente al teatro de los Incomparables.

Su fuerza de atracción no cedía en nada a la de los metales, y el choque de las dóciles minas ambarinas fue de prodigiosa violencia.

Terminada la prueba Bex volvió a tomar la palabra y nos informó acerca de insensatas ofertas con las cuales algunos bancos deseosos de explotar su descubrimiento, habían intentado seducirlo.

En efecto: la colección de cilindros podía ser base de una fortuna ilimitada, ya que eran capaces de determinar con precisión los yacimientos de metales y piedras preciosas.

En lugar de revolver al azar para cavar el suelo, los mineros, guiados con precisión por algún instrumento de fácil fabricación, alcanzarían de golpe los más ricos filones, sin tanteos ni trabajos estériles.

Pero los sabios más ilustres habían instituido, desde hacía tiempo, con su desinterés proverbial, una tradición profesional que Bex deseaba perpetuar.

Tras rechazar, pues, millones y hasta billones, sabiamente se había contentado con aquella mesa gigantesca

que, junto con los cilindros, daba relieve a su descubrimiento, sin perseguir ninguna finalidad práctica.

Mientras hablaba, Bex había recogido los diez lápices inmunizados con el guardaminas.

Desapareció con su carga adelantándose a Rao, que llevaba la mesa, rápidamente desenraizada.

Tras un breve intervalo percibimos al húngaro Skarioffszky, moldeado en su túnica roja de gitano y tocado con un gorro de la policía del mismo color.

La manga derecha, levantada hasta el codo, dejaba ver un grueso brazaletes de coral, que daba seis vueltas al brazo desnudo.

Vigilaba con atención a tres portadores negros que, cargados con diversos objetos, se detuvieron como él en el centro de la explanada.

El primer negro tenía en los brazos una cítara y un soporte plegadizo.

Skarioffszky abrió el soporte, cuyas cuatro patas tocaron con fuerza el suelo. Después, sobre el esbelto bastidor a bisagras desplegado horizontalmente, acostó la cítara, que resonó con el leve choque.

A la izquierda del instrumento se erguía vertical, tras un ligero recodo, una caña metálica fijada al bastidor del soporte y dividida en forma de horqueta en su extremidad: a la derecha la acompañaba otra caña en todo similar.

El segundo negro trajo, sin gran esfuerzo, un largo recipiente transparente que Skarioffszky colocó como puente sobre la cítara, metiendo los dos extremos en las horquetas metálicas.

Por su forma, el nuevo objeto se prestaba a este tipo de instalación. Similar a una artesa, estaba formado por cuatro hojas de mica. Las dos hojas principales, igualmente rectangulares, engendraban una base cortante al unir oblicuamente sus dos planos. Además, dos hojas triangulares que se enfrentaban y se adherían al estrecho

lado de los rectángulos completaban el diáfano aparato, semejante al compartimento rígido y abierto de par en par de algún inmenso portamonedas. Una ranura del ancho de un garbanzo cubría en toda su extensión la arista inferior de la translúcida artesa.

El tercer negro acababa de dejar en tierra una gran cazuela, llena hasta el borde de un agua límpida que Skarioffszky quiso hacer sopesar por uno de nosotros.

La Billaudière-Maisonnial, tomando una escasa ración en el hueco de la mano, manifestó de pronto la más viva sorpresa, afirmando que el extraño líquido se le antojaba tan pesado como el mercurio.

Entretanto, Skarioffszky acercó el brazo derecho a la cara, pronunciando algunas palabras de llamada llenas de dulzura.

Vimos entonces al brazaletes de coral, que era un inmenso gusano grueso como el índice, desenrollar por sí mismo los dos primeros anillos y tenderse lentamente hacia el húngaro.

La Billaudière-Maisonnial, volviendo a ponerse de pie, debió prestarse a una nueva experiencia. A pedido del gitano tomó el gusano, que saltó sobre su mano abierta. La muñeca vaciló ante el brusco choque del intruso que, al parecer, pesaba como plomo macizo.

Skarioffszky alejó el gusano, siempre adherido a su brazo, y lo colocó sobre el borde de la artesa de mica.

El reptil ganó el interior del recipiente vacío, haciendo avanzar el resto de su cuerpo, que giraba con lentitud alrededor de la carne del gitano.

Pronto el animal tapó la ranura de la arista inferior con su cuerpo alargado horizontalmente y sostenido por dos estrechos rebordes internos formados por las placas rectangulares.

El húngaro levantó, no sin trabajo, la pesada cazuela y virtió todo el contenido en la artesa, que casi desbordó.

Colocó luego una rodilla en tierra y, bajando de lado la cabeza, depositó la cazuela vacía bajo la cítara, en un

punto estrictamente determinado por una mirada dirigida de abajo hacia arriba, sobre el reverso del instrumento.

Cumplido este último deber Skarioffszky se irguió rápido y metió las manos en los bolsillos, como limitándose al papel de espectador.

La culebra, dejada a sí misma, levantó de pronto, y de inmediato volvió a dejar caer, un breve fragmento de su cuerpo.

Una gota de agua que tuvo tiempo de deslizarse por el intersticio fue a caer pesadamente sobre una cuerda vibrante, que produjo al chocar un *do* grave, puro y sonoro.

Más lejos, un nuevo sobresalto del cuerpo obturador dejó pasar una segunda gota que, esta vez, golpeó en *mi* lleno de estrépito.

Un *sol* y después un *do* agudo, atacados de la misma manera, completaron el acorde perfecto que el gusano desplegó sobre una octava entera.

Tras el tercero y último *do*, las siete notas consonantes, golpeadas al mismo tiempo dieron una especie de conclusión a este prelude de ensayo.

Así, ya en forma, la serpiente inició una lenta melodía húngara llena de tierna dulzura y de languidez.

Cada gota de agua, lanzada por un estremecimiento deliberado de su cuerpo, percutía con justeza una cuerda determinada, cortándola en dos fragmentos iguales.

Una banda de fieltro, pegada en buen lugar sobre la madera de la cítara, amortizaba la caída del pesado líquido que, sin ella, hubiera producido molestas crepitaciones.

El agua, acumulada en charcos redondos, penetraba en el interior del instrumento por dos aberturas circulares abiertas en la placa resonante. Cada una de las previstas cascadas se vertía en silencio en un estrecho afelpado interno, especialmente destinado a recibirlas.

Un chorro fino y líquido, saliendo por alguna abertura

aislada, se formó pronto bajo la cítara y fue a dar con precisión en el desaguadero de la cazuela cuidadosamente colocada por Skarioffszky. El agua, siguiendo la pendiente del estrecho canal también afelpado, se deslizaba sin ruido hasta el fondo de la enorme vasija, que preservaba al suelo de toda inundación.

La sierpe proseguía siempre con sus contorsiones musicales, atacando a veces dos notas a la vez, a la manera de los tocadores de cítara profesionales, que llevan una varita en cada mano.

Muchas melodías quejosas o alegres siguieron sin interrupción a la primera cantilena.

Después, sobrepasando el cuadro del repertorio habitual del instrumento, el reptil se lanzó a la ejecución polifónica de un vals extrañamente danzante.

El acompañamiento y el canto vibraban a la vez en la cítara, igualmente limitada a la flaca producción de dos sonidos simultáneos.

Para dar relieve a la parte principal la sierpe se elevaba, lanzando así sobre la cuerda, con violencia, mayor cantidad de agua.

El ritmo un poco vacilante daba discretamente al conjunto ese no sé qué original de las orquestas gitanas.

Después del vals, danzas de todo tipo vaciaron poco a poco la artesa transparente.

Abajo la cazuela se llenaba gracias al chorro continuo, ahora detenido. Skarioffszky la agarró y derramó por segunda vez todo el contenido en el ligero recipiente antes de volver a colocarla debidamente en el suelo.

Completamente reprovista, la sierpe inició una czarda punteada de tonos salvajes y brutales. De pronto los inmensos movimientos del cuerpo rojizo producían estruendosos *fortissimos*; de pronto imperceptibles ondulaciones, que apenas dejaban escapar finas gotitas, reducían a un simple susurro la cítara, bruscamente apaciguada.

Ningún elemento mecánico entraba en esta ejecución

personal, llena de fuego y de convicción. La serpiente daba la impresión de un virtuoso jornalero que, según la inspiración del momento, debía presentar de manera cada vez distinta tal o cual pasaje ambiguo, cuya interpretación deseada podía ser materia de discusión.

Un largo *potpourri* de opereta, que siguió a la czarda, agotó de nuevo la provisión líquida. Skarioffszky hizo el rápido traspaso de recipientes y anunció el trozo final.

Esta vez la serpiente atacó con un movimiento vivo una cautivante rapsodia húngara, en la que cada compás parecía erizado de terribles dificultades.

Las notas ágiles se sucedían sin tregua, encadenadas por trinos y gamas cromáticas.

Bien pronto el reptil acentuó por medio de enormes sobresaltos cierto canto de amplia contextura, donde cada nota escrita soportaba sin duda algún espeso trémolo. Alrededor de este tema, establecido como base, corría mucho encaje ligero, que daba lugar a simples estremecimientos del flexible cuerpo.

El animal se embriagaba de armonía. Lejos de manifestar el menor cansancio, se exaltaba más y más al contacto incesante de los efluvios sonoros desencadenados por él.

Su embriaguez se comunicaba al auditorio, extrañamente conmovido por el timbre expresivo de tales sonos, semejantes a súplicas, y por la increíble velocidad puesta de relieve gracias a diversos encadenamientos de trisillos.

Un *presto* frenético llevó a la cumbre el entusiasmo delirante del reptil que, durante muchos minutos, se entregó sin reserva a una gimnasia desordenada.

Al fin prolongó la cadencia perfecta con una especie de improvisación amplificadora, alambicando los últimos acordes hasta agotar por completo el líquido percutante.

Skarioffszky acercó su brazo desnudo a cuyo alrededor se enroscó de nuevo la serpiente, tras descender la pendiente de mica.

Los negros retiraron los diferentes objetos, comprendida la cazuela, tan repleta como a la llegada.

El cortejo, precedido por el húngaro, desapareció velozmente detrás de la Bolsa.

IV

Obedeciendo las órdenes de Rao, toda la porción de multitud negra apelonada hacia la derecha dio media vuelta y retrocedió unos pasos a fin de contemplar de cara el teatro de los Incomparables.

De inmediato nuestro grupo se acercó para ver mejor a Talú, que acababa de aparecer en escena seguido por Carmichaël, joven marsellés, cuyo banal traje oscuro formaba un extravagante contraste con el atuendo imperial.

Con ayuda de una voz de falsete que, al copiar el timbre femenino se ponía a tono con su vestido y con su peluca, Talú ejecutó *l'Aubade*, de Daricelli, trozo de vocalización más que peligrosa.

Carmichaël, con la música en mano, soplabá compás tras compás el aire, acompañado del texto francés, y el emperador, fiel eco de su guía, hizo oír varios trinos que, tras algunos minutos de esfuerzo, produjeron, en el registro sobreagudo, una nota final muy pura.

Terminada la romanza, el cantor y el apuntador fueron a mezclarse al público, mientras el historiador Juillard, que los sucedió sobre la escena, se instalaba a nuestra izquierda frente a su mesa de conferencista, cargada de diferentes papeles, que él se puso a hojear.

Durante veinte minutos el maravilloso orador nos tuvo bajo el hechizo de su elocución cautivante, con una rápida exposición que, llena de claridad espiritual evocadora, tomaba por tema la historia de los electores de Brandeburgo.

A veces tendía la mano hacia una de las efigies fijas

en el telón de fondo, llamando nuestra atención sobre algún rasgo característico o alguna expresión del rostro que sus palabras acababan de mencionar.

Para terminar, resumió un brillante período sintético y, al retirarse, nos dejó una impresión de deslumbramiento debido a las coloridas imágenes de su verbo reluciente.

Después el ictiólogo Martignon avanzó hasta el centro de la escena llevando entre las manos un acuario de perfecta transparencia, en el cual evolucionaba, dulcemente, cierto pez blancuzco, de forma extraña.

En pocas palabras, el sabio naturalista nos presentó la Raya Esturionada, espécimen aún desconocido que él había conseguido la víspera, tras un feliz sondeo realizado en pleno mar.

El pez que teníamos ante los ojos era producto de un cruzamiento de razas: sólo las huevas de raya fecundadas por un esturión podían engendrar las dobles particularidades netamente caracterizadas que reunía en sí el fenómeno del acuario.

Mientras Martignon se alejaba lentamente, acariciando con los ojos el notable híbrido descubierto por él, Tancredo Boucharessas, padre de los cinco niños cuya habilidad habíamos admirado, hizo una entrada impresionante empujando personalmente, hasta las candilejas, un voluminoso instrumento sobre ruedas.

Sin piernas y manco de ambos brazos, Tancredo, metido en un traje de gitano, se movía alertamente, saltando sobre los muñones de los muslos. Trepó, sin ayuda, sobre una plataforma baja situada en medio del mueble que acababa de arrastrar y, dando la espalda al público, encontró a la altura de la boca una gran flauta de Pan que, rodeando su mentón, estaba formada por un conjunto vertical de tubos regularmente colocados de mayor a menor. A la derecha un gran acordeón presentaba, en el extremo de su fuelle, una espesa correa de cuero cuya

hebilla se adaptaba exactamente al bíceps incompleto, que sobrepasaba apenas diez centímetros el hombro del hombrecito. Del otro lado, un triángulo suspendido por un hilo estaba listo a vibrar bajo los golpes de una artesa de hierro fijada de antemano por sólidas ligaduras al muñón izquierdo del ejecutante.

Tras adoptar una buena postura, Tancredo, que por sí solo daba la ilusión de una orquesta, atacó con vigor una brillante obertura.

Su cabeza oscilaba sin cesar y rápidamente para que los labios pudieran encontrar en la flauta las notas de la melodía, mientras los dos bíceps trabajaban a la vez: uno haciendo alternar el acorde perfecto y el acorde de novena, agitando en dos sentidos el fuelle del acordeón; el otro bajando en el momento requerido, sobre la base del triángulo, la artesa de hierro, semejante a un badajo de campana. A la derecha, vista de perfil y formando una de las caras laterales del mueble, una gran caja con mazo mecánico tenía como contraparte, del lado izquierdo, un par de címbalos fijados a la extremidad de dos sólidos soportes de cobre. Sin cesar, por medio de un hábil salto que sólo movía sus hombros dejando la cabeza independiente, Tancredo ponía en movimiento una plancheta a resorte sobre la que se mantenía erguido; bajo el peso de su cuerpo, que caía pesadamente, la delgada superficie móvil accionaba simultáneamente el mazo y el par de címbalos, cuyo frote ensordecedor se confundía con el golpe sonoro de la gran caja.

La obertura magistral, de tonos finos y variados, terminó en un *presto* lleno de entusiasmo, durante el cual los muslos cortados del fenómeno, al recaer cada vez sobre la plancheta, ritmaban una vertiginosa melodía, acompañada por un *fortissimo* sobre la base vibrante del acordeón, unido a los múltiples tintineos del triángulo.

Tras el acorde final el hombrecito, siempre vivaz, dejó su puesto para desaparecer entre bambalinas, mientras sus dos hijos, Héctor y Tommy, encargados de lim-

piar el escenario, retiraban sin pérdida de tiempo el instrumento, al igual que la mesa y la silla del conferenciante.

Terminada la tarea, avanzó un artista sobre la escena: vestía correctamente un frac negro y llevaba un sombrero de copa entre las manos enguantadas de blanco. Era Ludovic, el famoso cantante de voz cuádruple, cuya boca, por sus colosales dimensiones, atrajo todas las miradas.

Con bonito timbre de tenor, Ludovic dulcemente inició el célebre canon de *Frère Jacques*; pero sólo la extremidad izquierda de su boca estaba en movimiento y pronunciaba las palabras conocidas: el resto de aquel enorme abismo se mantenía inmóvil y cerrado.

En el momento en que, tras las primeras notas, las palabras “Dormid” resonaron en la tercera superior, una segunda división bucal atacó *Frère Jacques* a partir de la tónica; Ludovic, gracias a largos años de trabajo, había logrado dividir sus labios y su lengua en porciones independientes las unas de las otras, y articular al mismo tiempo sin dificultad muchas partes encadenadas, diferentes por la melodía y las palabras; en este momento la mitad izquierda se movía enteramente, mostrando los dientes, pero sin arrastrar en estas ondulaciones a la parte derecha, que permanecía cerrada e impasible.

Pero una tercera fracción labial entró bien pronto en el coro, copiando exactamente a las fracciones precedentes; entretanto la segunda voz entonaba: “Dormid”, protegida por la primera, que introducía un elemento nuevo en el conjunto repitiendo “Sonad a maitines” con un ritmo alerta y argentino.

Las palabras “*Frère Jacques*” se escucharon por cuarta vez, pronunciadas ahora por el extremo derecho, que acababa de romper su inacción para completar el cuarteto; la primera voz terminaba en ese momento el canon con las sílabas “Ding, ding, dong”, que servían de base a

“Sonad a maitines” y a “Dormid”, matizadas por las dos voces intermedias.

Con los ojos fijos, las pupilas dilatadas, Ludovic necesitaba una atención espiritual continua para acompañar sin error este esfuerzo inimitable. La primera voz había retomado la canción al comienzo, y los compartimentos bucales, diferentemente renovados, compartían el texto del canon, cuyos cuatro fragmentos ejecutados simultáneamente se amalgamaban de manera sensacional.

Poco a poco Ludovic acentuó su timbre para comenzar un vigoroso *crescendo* que daba la ilusión de que un grupo lejano se acercaba a pasos rápidos.

Hubo un *fortissimo* de varios compases, durante el cual, evolucionando siempre en el ciclo perpetuo de una caja labial hacia otra, los cuatro motivos, ardientes y sonoros, se extendieron con fuerza en un movimiento levemente acelerado.

Al establecerse otra vez la calma el coro imaginario pareció alejarse y perderse a la vuelta de un camino; las últimas notas se redujeron a un débil murmullo y Ludovic, agotado por el terrible esfuerzo mental, salió de la escena secándose la frente.

Tras un minuto de intervalo se vio aparecer a Filippo, presentado por Jenn, su inseparable “barnum”.

Una simple cabeza de cincuentón colocada sobre un amplio disco rojo sostenida por un armazón de hierro que le impedía caer, tal era Filippo; una barba corta e hirsuta añadía fealdad al rostro, divertido y simpático, de inteligente bufonería.

Jenn, tomando con ambas manos el disco unido, especie de mesa redonda desprovista de pie, mostró al público aquella cabeza sin cuerpo, que se puso a charlar alegremente, con la facundia más original.

La mandíbula inferior, muy saliente, provocaba a cada palabra un chorro de escupitajos que, escapando en gavi-lla de la boca, caían a alguna distancia.

Aquí no se admitía ninguno de los subterfugios utiliza-

dos por el clásico *decapitado parlante*. Bajo la mesa no existía ningún sistema de espejos, y Jenn la manejaba al azar, sin precauciones sospechosas. Además, el “barnum” avanzó hasta las candilejas y tendió la plataforma redonda al primer espectador deseoso de examinarla.

Skarioffszky avanzó algunos pasos y recibió a Filippo, que empezó a pasar de mano en mano, y que sostuvo, con cada uno, una breve charla, imprevista y espiritual; algunos sostenían la mesa con el brazo tendido, para evitar dentro de lo posible los innumerables escupitajos lanzados por la boca del fenómeno, cuyas sorprendentes respuestas suscitaban entre nosotros continuas carcajadas.

Después de dar una vuelta completa, Filippo volvió al punto de partida y fue devuelto a Jenn, que había permanecido de pie en medio de la escena.

De inmediato el “barnum” apretó un resorte secreto que abría, al igual que una caja prodigiosamente chata, la mesa redonda, formada en realidad de dos partes unidas por una fina bisagra.

El disco inferior bajó de perfil en plano vertical, mientras que, sostenida por Jenn, la rónдела que hasta hacía un momento desempeñaba el papel de tapa, sostenía siempre horizontalmente la cara barbuda.

Abajo pendía ahora, cubierto por la clásica malla color carne, un minúsculo cuerpo humano que, debido a una atrofia absoluta, podía mantenerse dentro del estrecho escondrijo de la mesa hueca, cuyo espesor era sólo de tres centímetros.

Esta visión súbita completaba la persona de Filippo, enano locuaz que, provisto de una cabeza normalmente desarrollada, vivía en perfecta salud, pese a lo exiguo de su impresionante anatomía.

Escupiendo siempre al hablar, el sorprendente charlatán agitó en todos sentidos sus miembros de marioneta, como dando libre curso a su alegría, plena de inaprensible exhuberancia.

Luego, tomando a Filippo por la nuca, tras apartar el

armazón de hierro móvil sobre varias bisagras de detención, el “barnum”, con la mano izquierda, bajó el disco superior, cuya abertura dio fácilmente paso al imponente cuerpo vestido de rosa.

La ágil baratija, cuya cabeza, más grande que la de Jenn, igualaba en altura al resto del individuo, aprovechó la reciente independencia de sus movimientos para frotarse furiosamente la barba, sin interrumpir la húmeda verborrea.

Cuando Jenn lo llevaba entre bastidores, Filippo se agarró alegremente un pie con cada mano y desapareció balanceándose mientras un último discurso enviaba a lo lejos numerosas gotas de su abundante saliva.

En seguida el bretón Lelgoualch, vestido con el traje legendario de su provincia, avanzó saludando con el sombrero redondo, mientras las tablas resonaban bajo los golpes de su pierna de palo.

En la mano izquierda llevaba un hueso vaciado, netamente agujereado, como una flauta.

Con fuerte acento bretón el recién llegado, recitando un cuento preparado de antemano, nos dio los siguientes detalles sobre su persona:

A los dieciocho años Lelgoualch, que ejercía el oficio de pescador, recorría todos los días con su pequeña barca las costas vecinas de Paimpol, su aldea natal.

Dueño de una gaita, el joven era considerado el mejor gaitero de la comarca. Todos los domingos se reunía la gente en la plaza pública para oírlo tocar, con encanto muy personal, una cantidad de aires bretones que formaban en su memoria una reserva inagotable.

Un día, cuando la fiesta de Paimpol, al trepar a la punta de un palo enjabonado, Lelgoualch cayó al suelo desde lo alto y se fracturó un muslo. Avergonzado de una torpeza que toda la aldea había presenciado, Lelgoualch se levantó y recomenzó la ascensión, que logró a fuerza de muñeca. Después volvió a su casa como pudo, con-

siderando siempre un punto de honor ocultar sus sufrimientos.

Cuando tras una larga espera llamó al fin al médico, el mal, terriblemente desarrollado, había desencadenado una gangrena.

Se juzgó necesaria una amputación.

Lelgoualch, prevenido de antemano, contempló la situación con entereza y, pensando únicamente en sacar el mejor partido a la cosa, pidió al operador que le guardara su tibia, que pensaba emplear de manera misteriosa.

Actuaron de acuerdo a su deseo y un día el pobre amputado, provisto de una nueva pierna de palo, se dirigió a casa de un guitarrero a quien entregó, con instrucciones precisas, un paquete cuidadosamente envuelto.

Un mes después Lelgoualch recibió, en un estuche negro forrado de terciopelo, el hueso de su pierna transformado en una flauta extrañamente sonora.

El joven bretón aprendió pronto el nuevo teclado e inició una carrera lucrativa ejecutando aires de su país en los *café-concerts* y en los circos. Lo raro del instrumento, cuya procedencia era explicada cada vez, llamaba la atención de los curiosos y hacía aumentar en todas partes los ingresos de taquilla.

La amputación se remontaba a veinte años atrás y, desde entonces, la resonancia de la flauta había mejorado sin cesar, como los violines que se ennoblecen con el tiempo.

Al terminar el relato Lelgoualch llevó su tibia a los labios y se puso a tocar una melodía bretona llena de lenta melancolía. Los sonidos puros y aterciopelados no se parecían a nada; el timbre, a la vez cálido y cristalino, de una limpidez inexpresable, convenía maravillosamente al encanto particular de la canción apacible y cantarina cuyos contornos evocadores transportaban el pensamiento a plena Armórica.

Varios refranes, alegres o patrióticos, enamorados o

danzantes, siguieron a la primera romanza y todos guardaron gran unidad, de la que se desprendía un intenso color local.

Tras una dulce queja final, Lelgoualch se retiró con paso vivo, golpeando de nuevo las tablas con su pierna de palo.

El jinete Urbano hizo entonces su aparición, con chaqueta azul, pantalón de gamuza y botas con reborde, guiando un magnífico caballo negro, lleno de sangre y de vigor. Sólo un elegante cabestro adornaba la cabeza del animal, cuya boca no sufría ninguna traba.

Urbano dio algunos pasos por el escenario y colocó de frente al espléndido corcel, a quien presentó como Rómulo, llamado en lenguaje circense el *caballo del resorte*.

Ante un pedido del jinete, que solicitó al auditorio una palabra cualquiera, Juillard pronunció el vocablo “Ecuador”.

Entonces, repitiendo lentamente una por una las sílabas que Urbano le soplabá en voz alta, el caballo pronunció con claridad: “E... cua... dor...”

La lengua del animal, en lugar de ser cuadrada como la de sus congéneres, tenía la forma puntiaguda de un resorte humano. Esta particularidad, notada casualmente, decidió a Urbano a intentar la educación de Rómulo, quien, al igual que un loro, se había acostumbrado, tras dos años de entrenamiento, a reproducir netamente cualquier sonido.

El jinete recomenzó la experiencia, pidiendo ahora a los espectadores frases completas, que Rómulo repetía con él. Bien pronto, ya sin apuntador, el caballo con facundia reprodujo todo su repertorio, incluidos algunos proverbios, fragmentos y fábulas, juramentos y lugares comunes, recitados al azar, sin muestra alguna de inteligencia o de comprensión.

Al fin de aquel discurso abracadabrante, Urbano sacó a Rómulo, que murmuraba todavía vagas reflexiones.

El hombre y el caballo fueron reemplazados por Whirligig que, esbelto y ligero en su traje de payaso y su cara enharinada, llevaba por el borde, con ayuda de sus manos y sus dientes, tres profundos canastos, finamente trenzados, que depositó en el escenario.

Imitando hábilmente el acento inglés, se presentó como un filibustero que acababa de obtener gran beneficio con dos juegos diferentes.

Al mismo tiempo mostró los canastos, efectivamente llenos de centavos, de piezas de dominó y de naipes azul oscuro.

Después de tomar primero la canasta con el dinero y trasladarla a la derecha, Whirligig, empujando con ambas manos las monedas de cobre, edificó en el borde del estrado una curiosa construcción, adosada a la pared.

Los centavos grandes y pequeños se apilaban rápidamente bajo los dedos ejercitados del payaso, que parecía avezado en el trabajo. Pronto pudo percibirse el basamento de un castillo feudal, atravesado por una amplia puerta, cuya parte superior faltaba aún.

Sin un instante de reposo, el ágil obrero prosiguió su trabajo, que iba acompañado de un tintineo metálico lleno de sonora alegría. De cuando en cuando estrechas troneras se abrían en el muro redondeado, que se elevaba a ojos vistas.

Al llegar a la altura marcada por el nivel de la puerta, Whirligig sacó de la manga una larga artesa, delgada y chata, cuyo color oscuro podía confundirse con el tinte sucio de los cobres. Esta viga resistente, colocada como puente sobre los dos montantes del pequeño golfo, permitió que el payaso continuara su obra sobre un apoyo sólido y completo.

Las monedas se amontonaban todavía en abundancia y, cuando el canasto quedó vacío, Whirligig señaló con gesto orgulloso una alta torre artísticamente almenada, que parecía formar parte de alguna antigua fachada en la que una única esquina parecía un decorado.

Con un montón de piezas de dominó sacadas a manotones del segundo canasto, el payaso quiso construir lue en el extremo derecho de la escena, una especie de muro en equilibrio.

Los rectángulos uniformes, colocados en un solo espesor, se superponían simétricos, presentando muchos reverses negros mezclados a caras blancas más o menos moteadas.

Pronto una pantalla, erguida en una vertical absolutamente perfecta, mostró, sobre el fondo blanco, la silueta negra de un sacerdote con larga sotana y un sombrero tradicional. Ya acostados, ya de pie, según la necesidad de los contornos, los dominós, engendrando el diseño con la hábil alternancia de sus costados, parecían soldados por los estrechos bordes gracias a la precisión puesta en el trabajo.

Whirligig, trabajando así sin llana ni mortero, terminó en escasos minutos un muro de tres metros de largo que se alejaba hacia el fondo de la escena en dirección ligeramente oblicua, engendrando un bloque rigurosamente homogéneo. El primer tema se repetía en toda la extensión del mosaico, y se veía ahora todo un desfile de curas que parecían marchar en grupitos hacia una meta desconocida.

Acercándose al tercer canasto el payaso sacó y desplegó un gran trozo de tela negra, en dos de cuyos extremos había un anillo, lo que permitió colgarlo a dos ganchos colocados de antemano en el telón de fondo y en la pared de la izquierda de la escena.

La colgadura negra caía hasta el suelo y formaba un amplio cortinado, hasta el que llegaba, partiendo de la torre de monedas, el eje del muro de dominós.

Frescamente expuesta al aire por la maniobra de Whirligig, la cara visible de la tela apareció cubierta de un pegote húmedo, una especie de goma nueva y brillante.

El payaso se colocó graciosamente contra este blanco,

contra el que lanzó, con extraordinaria habilidad, los naipes que sacaba a puñados de su depósito.

Cada leve proyectil, girando sobre sí mismo, iba infaliblemente a pegar su espalda azul a la colgadura y quedaba allí prisionero del tenaz pegote: el operador parecía lograr un éxito al colocar simétricamente las cartas que, negras o rojas, fuertes o débiles, se juntaban al azar, sin distinción de valor ni de categoría.

En poco tiempo los diamantes, los tréboles, las picas y los corazones, sucediéndose en líneas rectas, diseñaron sobre el fondo negro la silueta de un techo; después fue una fachada completa agujereada por algunas ventanas y una amplia puerta, en el umbral de la cual Whirligig trazó con cuidado, con un juego entero, la silueta de un eclesiástico con sombrero, que salía de su casa y parecía recibir al grupo de colegas que iba hacia él.

Hecha la hazaña, el payaso se volvió para explicar en estos términos sus tres obras maestras:

—Una cofradía de sacerdotes sale de la torre de un viejo claustro para visitar al cura en su parroquia.

Después, siempre ágil y ligero, dobló la tela negra con todas las cartas que contenía y demolió en algunos segundos el muro evocador y la torre oscura.

Todo fue luego reintegrado a los sólidos canastos, con los que Whirligig se eclipsó, como un duendecito.

Un rato después el tenor belga Cuijper apareció en escena, apretado dentro de un estrecho redingote.

Tenía entre las manos un frágil instrumento de metal que ofrecía, dentro de lo posible, a las miradas del público, haciéndolo girar lentamente para exponer alternativamente todas sus fases.

Era un objeto parecido, aunque algo más grande, a esos juguetes gangosos que imitan la voz de Polichinela.

Cuijper nos contó brevemente la historia de esta fruslería que, inventada por él, lograba, al centuplicar su

voz, sacudir los cimientos del Teatro de la Moneda de Bruselas.

Todos recordamos el ruido que hicieron los diarios acerca de la *Práctica de Cuijper*, que ningún fabricante de instrumentos había logrado imitar.

El tenor guardaba celosamente cierto secreto concierne a la composición del metal y a la forma de numerosas circunvoluciones, que otorgaban al precioso juguete fabulosas cualidades de resonancia.

Con el temor de aumentar las posibilidades de robo y las indiscreciones, Cuijper se había limitado a la fabricación de un solo espécimen, objeto de constante vigilancia; por lo tanto teníamos ante los ojos la misma “práctica” que, durante toda una temporada, le había servido para cantar los primeros papeles en el Teatro de la Moneda.

Al terminar estas explicaciones preliminares, Cuijper anunció la gran aria de *Gorloes* y se llevó la “práctica” a la boca.

Súbitamente una voz sobrehumana, que parecía poder oírse a varias leguas a la redonda, brotó de su garganta e hizo trastabillar a todos los espectadores.

Esta fuerza colosal no dañaba en modo alguno el encanto del timbre, y la misteriosa “práctica”, a causa de aquel increíble aumento, aclaraba en vez de desnaturalizar la elegante pronunciación de las palabras.

Evitando todo esfuerzo, como jugando, Cuijper revolucionaba las capas de aire, sin que jamás una entonación chillona turbara la pureza del sonido, que recordaba a la vez la flexibilidad del arpa y la potencia del órgano.

Por sí solo él llenaba el espacio más que un coro inmenso: sus *forte* habrían podido cubrir el rugido del trueno, y sus *piano* conservaban una amplitud formidable, sin dejar por esto de dar la impresión de un ligero murmullo.

La nota final, tomada con dulzura, hinchada con arte y cortada en pleno apogeo, provocó en la muchedumbre una sensación de estupor que duró hasta la partida de

Cuijper, cuyos dedos manejaban nuevamente la extraña “práctica”.

Un estremecimiento de curiosidad reanimó al público a la entrada de la gran trágica italiana Adinolfi, vestida con un sencillo vestido negro que acentuaba la tristeza fatal de su fisonomía, ensombrecida ya por unos hermosos ojos de terciopelo y por una opulenta cabellera oscura.

Tras un breve anuncio, Adinolfi se puso a declamar en italiano versos del Tasso, amplios y sonoros; sus rasgos expresaban un dolor intenso, y algunos estallidos de su voz rozaban casi el sollozo; se retorció las manos con angustia y toda su persona vibraba dolorosamente, ebria de exaltación y desesperación.

Pronto verdaderas lágrimas brotaron de sus ojos, demostrando la turbadora necesidad de su prodigiosa conmoción.

A veces se arrodillaba, torciendo la cabeza bajo el peso de su dolor, y se levantaba luego, con los dedos juntos y tendidos hacia el cielo, al que parecía dirigir con fervor sus desgarradores acentos.

Sus cejas se agitaban sin cesar mientras que, apoyados por una mímica impresionante, los versos del Tasso resonaban ásperos, dichos en tono salvaje y conmovido, adecuado para evocar la peor tortura moral.

Después de un último verso enfático, en el que cada sílaba fue aullada aisladamente con voz enronquecida por el esfuerzo, la genial trágica se alejó con paso lento, con la cabeza entre las manos, no sin derramar hasta el fin su llanto límpido y abundante.

De inmediato dos cortinas de damasco rojo, manejadas por una mano invisible, partieron simultáneas de los extremos del escenario vacío, que ocultaron perfectamente, uniéndose en el punto medio.

Pasaron dos minutos durante los cuales Carmichaël fue a colocarse a la izquierda ante el teatro, lleno de invisible y ruidosa actividad.

Súbitamente el telón se abrió de nuevo sobre un cuadro vivo lleno de pintoresca alegría.

Con voz sonora Carmichaël, señalando la inmóvil aparición, articuló este breve apostrofe:

—“El festín de los dioses del Olimpo.”

En medio del escenario, sobre un fondo de colgaduras negras, Júpiter, Juno, Marte, Diana, Apolo, Venus, Neptuno, Vesta, Minerva, Ceres y Vulcano sentados con grandes atuendos ante una mesa lujosamente servida, elevaban sonriendo sus copas bien llenas. Dispuesto a brindar alegremente en ronda, Mercurio, representado por el cómico Soreau, parecía sostenido en el espacio por las alas de sus sandalias y planeaba por encima del banquete sin vínculo visible con el techo.

El telón, al cerrarse, hizo desaparecer la sobrehumana asamblea; después volvió a abrirse —tras un removerse de unos instantes— para mostrar, en un cuadro diferente, una visión muy compleja.

El lado izquierdo de la escena evocaba apaciblemente alguna napa de agua oculta por un seto de rosales. Una mujer de color que, por su traje y sus adornos parecía pertenecer a alguna tribu salvaje de Norteamérica, pisaba, inmóvil, el fondo de una ligera barca. Sola junto a ella en el frágil esquife, una muchachita de raza blanca sostenía con ambas manos la caña de una red de pescar, con ayuda de la cual, en un gesto brusco, sacaba de las ondas un lucio caído en la trampa; abajo se veía asomar entre la malla la cabeza del pez, pronto a sumergirse de nuevo en su elemento.

La otra mitad de la escena representaba una ribera cubierta de hierba. En primer plano, un hombre que parecía correr a todo lo que daban sus piernas llevaba

sobre los hombros una cabeza de jabalí de cartón que, ocultando completamente su cabeza, le daba el aspecto de un jabalí con cuerpo humano. Un hilo de acero, formando un arco muy amplio, se unía por las dos extremidades a las muñecas aprisionadas, que el corredor tendía hacia adelante a altura desigual. Un guante, un huevo y una pajita, que realizaban un vuelo ficticio, estaban atravesados por el hilo metálico en tres puntos diferentes de la graciosa curva. Las manos del fugitivo se abrían hacia el cielo como para hacer juglarías con los tres objetos fijados en la carrera aérea. El arco, inclinado oblicuamente, daba una impresión de acarreamiento rápido e irresistible. Visto de perfil, perdido y atraído en apariencia por una fuerza invisible, el juglar se alejaba hacia el fondo de la escena.

En segundo plano una oca viva guardaba una postura de vertiginoso empuje gracias a una goma cualquiera que fijaba en el suelo, en un paso inmenso, sus patas prodigiosamente distantes. Las dos alas blancas se separaban ampliamente como para activar esta loca huida. Detrás del ave, Soreau, vistiendo unas ropas flotantes, representaba a Eolo enfurecido: de su boca salía una larga corneta de cartón gris azulado que, cruzada por finas rayas longitudinales y copiada en los grandes soplos puestos por los diseñadores en los labios de unos céfiros moletudos, representaba con arte un aliento de tempestad; el extremo ancho del ligero cono rozaba a la oca, lanzándola hacia adelante por el desplazamiento del aire. Finalmente, Eolo, sosteniendo en la mano derecha una rosa de elevado tallo espinoso, se preparaba fríamente a castigar a la fugitiva para acelerar su carrera. Dada vuelta casi de frente, el ave estaba a punto de cruzar al juglar, y cada uno parecía describir en sentido inverso el rápido giro de una misma parábola.

En tercer plano se elevaba un rastrillo de oro, tras el cual la burra Milenkaya tendía hacia una artesa llena de salvado intacto su mandíbula cerrada y atravesada de

arriba a abajo por un sedal. Algunas particularidades dejaban adivinar el subterfugio empleado para simular aquella traba dolorosa e infamante. Sólo los dos extremos visibles del sedal existían realmente, pegados a la piel de la burra y terminados respectivamente en un bastoncillo transversal. A primera vista el efecto obtenido daba muy bien la idea de un cierre absoluto, que condenaba a la pobre bestia a un continuo suplicio de Tántalo.

Carmichaël, mostrando a la muchachita que estaba de pie sobre la barca y que no era otra que Stella Boucharesses, pronunció claramente esta breve explicación:

—Úrsula, acompañada por la hurona Maffa, da su apoyo a los hechizados del lago Ontario.

Los personajes guardaban todos una inmovilidad escultural. Soreau, apretando entre los dientes la punta de su largo cornetín color del espacio, hinchaba las mejillas lisas y congestionadas, sin dejar que temblara la rosa erguida en el extremo de su brazo tendido.

Las cortinas volvieron a juntarse y pronto, tras su impenetrable obstáculo, se escuchó una batahola prolongada, provocada por algún trabajo afiebrado y presuroso.

De pronto reapareció la escena, totalmente transformada.

El centro estaba ocupado por una escalera cuya curva se perdía en el techo.

A media altura un viejo ciego, vestido a lo Luis XV, estaba de frente en la vuelta de la escalera. En la mano izquierda llevaba un oscuro ramo verde compuesto de numerosas ramas de acebo. Al observar la base de la hierba se descubrían poco a poco todos los colores del arco iris, representados por siete lazos diferentes atados individualmente a los tallos agrupados en gavillas.

Con la mano libre armada de una pluma de ganso, el ciego escribía sobre la rampa que, colocada a su derecha, ofrecía por su forma chata y su color blancuzco una superficie lisa y cómoda.

Numerosos comparsas acomodados sobre los escalones vecinos espiaban gravemente los movimientos del viejo. El más cercano, portador de un gran tintero, parecía acechar la pluma para mojarla de nuevo.

Con el dedo tendido hacia la escena, Carmichaël tomó la palabra en estos términos:

—Haendel componiendo mecánicamente el tema de su oratorio *Vesper*.

Soreau, en el papel de Haendel, se había fabricado una ceguera convencional maquillando sus párpados, que mantenía casi cerrados del todo.

La escena se eclipsó tras su velo de cortinas y un largo intervalo se marcó solamente por los murmullos de la concurrencia.

—“El zar Alejo descubriendo al asesino de Plechaiev.”

Esta frase, lanzada por Carmichaël en el momento en que las cortinas se deslizaban por su soporte, se aplicaba a una escena rusa del siglo XVII.

A la derecha Soreau, que representaba al zar, sostenía verticalmente a nivel de sus ojos un disco de vidrio rojo que ofrecía el aspecto de un sol poniente. Su mirada, al atravesar aquel vidrio redondo, se fijaba hacia la izquierda en un grupo de hombres del pueblo que rodeaban a un moribundo que, con el rostro y las manos completamente morados, acababa de caer en convulsiones entre sus brazos.

La visión duró poco y fue seguida por un entreacto fugaz al que dio fin este anuncio de Carmichaël:

—“El eco del bosque de Arghyros enviando a Constantino Canaris el aroma de las flores evocadas”.

Soreau, que componía el personaje del ilustre marino, estaba de perfil en primer plano, con las manos como portavoz alrededor de la boca.

Cerca de él varios compañeros guardaban una actitud de sorpresa maravillada.

Sin moverse, Soreau pronunció claramente la palabra “Rosa”, que pronto fue repetida por una voz entre bambalinas.

En el momento preciso en que resonó el eco, un perfume de rosas, intenso y penetrante, se expandió por la Plaza de los Trofeos, llegó a todas las narices y se desvaneció casi en seguida.

La palabra “clavel”, lanzada de inmediato por Soreau, tuvo la misma repercusión fonética y olorosa.

Poco a poco las lilas, los jazmines, los nomeolvides, el timo, la gardenia y las violetas fueron convocados en alta voz y cada vez el eco propagó poderosos efluvios odoríferos, en perfecto acuerdo con el vocablo dócilmente repetido.

Las cortinas se cerraron sobre este poético cuadro y la atmósfera se liberó prontamente de todo vestigio embriagador.

Luego de una monótona espera, la escena brutalmente descubierta fue señalada por Carmichaël, que acompañó su gesto con este breve comentario:

—“El riquísimo príncipe Savellini, atacado de cleptomanía, asalta a los vagabundos de los suburbios pobres de Roma.”

Por primera vez Soreau se mostró en traje moderno, envuelto en un elegante sobretodo de piel y adornado de piedras preciosas, que brillaban en la corbata y en los dedos. Frente a él, un círculo de siniestros vagabundos rodeaba curiosamente a dos combatientes armados de cuchillos. Aprovechando la tensión de espíritu de los contempladores, demasiado absorbidos por el duelo para notar su presencia, el hombre de sobretodo de piel exploraba furtivamente, por detrás, los bolsillos repugnantes, cuyo sórdido contenido retiraba. Sus manos tendidas aferraban en este momento un viejo reloj jorobado, un portamonedas grasiento y un gran pañuelo a cuadros, aún

a medias sumergido en las profundidades de un saco rasposo.

Cuando el acostumbrado y ágil cierre hubo ocultado este hecho policial a la antítesis, Carmichaël dejó su puesto, dando así fin a la serie de apariciones sin movimiento.

La escena fue rápidamente devuelta a la mirada de los espectadores para dar entrada a la vieja bailarina Olga Chervonenkoff, gruesa lituana bigotuda que, vestida como bailarina y adornada con hojas, hizo su aparición sobre la espalda del alce Sladki, a quien abrumaba bajo su peso formidable: el gracioso animal recorrió dos veces el escenario y después volvió entre bambalinas, libre de la corpulenta amazona, que se puso en pose para ejecutar *El Paso de la Ninfa*.

Con la sonrisa en los labios, la ex estrella inició una serie de rápidas evoluciones, marcadas aún por ciertos vestigios de su pasado talento: bajo los pliegues raídos de la pollerita de tul, sus piernas monstruosas, moldeadas por una tensa malla rosada, realizaban la sabia tarea con agilidad suficiente y con un resto de gracia que, en verdad, sorprendía.

De pronto, al atravesar la escena a pasos cortos, los dos pies erguidos sobre la punta del dedo gordo, Olga cayó pesadamente, dando gritos de dolor.

El doctor Leflaive dejó nuestro grupo y se precipitó hacia el escenario, donde pudo constatar el estado lamentable de la enferma, inmovilizada por una recaladura.

Con la ayuda de Héctor y Tommy Boucharessas el hábil médico, con mil precauciones, levantó a la infortunada, que fue llevada a otro sitio para recibir todos los cuidados requeridos.

En el momento del accidente, Talú, como para evitar

toda interrupción en el espectáculo, había dado unas discretas órdenes a Rao.

Cubriendo de inmediato los gritos lejanos de la pobre Olga, un coro inmenso resonó. Estaba formado por voces de hombre, graves y vibrantes.

Al oír el ruido todos se volvieron hacia el lado oeste, donde los guerreros negros, en cuclillas junto a sus armas depositadas en el suelo, cantaban la *Jeruka*, especie de orgullosa epopeya creada por el emperador, que había tomado como tema el relato de sus propias hazañas.

El aria, de ritmo y tonalidades extrañas, se componía de un solo tema, bastante grave, reproducido indefinidamente con palabras siempre nuevas.

Los cantantes acompañaban cada estrofa con ajustados golpes de manos del conjunto y una impresión grandiosa surgía de aquella gloriosa queja, cuya ejecución no carecía de amplitud ni de carácter.

Con todo, la repetición continua de una única frase, eternamente semejante, engendró poco a poco una invencible monotonía, acentuada por las inevitables posibilidades de duración que ofrecía la *Jeruka*, fiel relato de la vida entera del emperador, cuyas elevadas hazañas eran muy numerosas.

El texto ponukeliano, enteramente inaccesible a los oídos europeos, se desenvolvía en estrofas confusas, sin duda llenas de acontecimientos capitales, y la noche caía progresivamente sin que nada hiciera prever el término de aquella fastidiosa melopea.

De pronto, cuando ya se desesperaba de escuchar el verso final, el coro, deteniéndose por su propia cuenta, fue reemplazado por la voz de una cantante —voz maravillosa y penetrante, que resonó con pureza en la penumbra ya opaca.

Todos los ojos, al buscar el lugar de donde partía este nuevo canto, descubrieron a Carmichaël que, de pie en el extremo izquierdo de la primera fila de coristas, terminaba la *Jeruka* fraseando solitario, sin cambiar nada

el motivo musical, el capítulo adicional consagrado a la *Batalla de Tez*.

Su milagrosa voz de cabeza, copiando a maravilla las vibraciones de una garganta femenina, se desenvolvía a gusto en la amplia sonoridad del aire libre, sin sentirse molestada por la difícil pronunciación de los vocablos incomprensibles de que estaban hechas las estrofas.

Después de algunos instantes Carmichaël, al principio tan seguro de sí, se vio obligado a interrumpirse, traicionado por la memoria, que le rehusaba una palabra en la serie de sílabas ininteligibles concienzudamente aprendidas de memoria.

Talú sopló de lejos, en voz alta, el fragmento olvidado por el joven marsellés quien, recobrando el hilo del relato, llegó sin nuevas vacilaciones hasta el fin de la última estrofa.

Entonces el emperador dijo algunas palabras a Sirdah que, traduciendo en excelente francés la frase dictada por su padre, infligió a Carmichaël un plantón de tres horas como castigo por el leve olvido.

VI

Los guerreros negros, levantándose todos a la vez, recogieron sus armas.

Reformado bajo la dirección de Rao, el cortejo del principio, aumentado por nuestro grupo y por la mayoría de los Incomparables, se puso rápidamente en marcha hacia el sur.

El barrio meridional de Ejur fue atravesado a paso vivo, y pronto apareció la llanura, limitada a la izquierda por los grandes árboles de Behulifruen, magnífico jardín lleno de esencias prodigiosas y desconocidas.

Rao, bruscamente, detuvo la inmensa columna en un sitio muy extenso, cuyas mismas dimensiones lo volvían

propicio para cierta experiencia fonética de largo alcance.

Stéphane Alcott, vigoroso guapetón de tórax prominente, salió de nuestras filas con sus seis hijos, jóvenes entre quince y veinticinco años, cuya fabulosa flacura se transparentaba de manera impresionante bajo las simples mallas rojas muy ajustadas.

El padre, vestido como ellos, se puso de pie en un punto cualquiera, con la espalda hacia el poniente; luego, efectuando con cuidado un cuarto de vuelta hacia la derecha, quedó de pronto inmóvil, afectando la rigidez de una estatua.

Partiendo del lugar preciso, ocupado por Stéphane, el mayor de los seis hermanos marchó oblicuo en dirección a Behulifruen, bordeando exactamente la línea trazada por el rayo visual de su padre y contando en voz alta sus pasos lentos e inmensos, a los que con atención dio una medida rigurosamente invariable. Se detuvo en la cifra ciento diecisiete y, volviendo el rostro a occidente, siguió el ejemplo paterno y tomó una pose estudiada. El hermano siguiente, que lo había acompañado, realizó hacia el sudoeste un paseo del mismo género y, tras setenta y dos pasos mecánicamente parecidos, se fijó como un maniquí, con el pecho hacia el levante. Por turno los cuatro menores ejecutaron la misma maniobra, eligiendo cada vez como punto de partida la meta convencional alcanzada por el último medidor y aportando a la realización de su breve etapa, maravillosamente controlada, la perfección matemática reservada habitualmente a los trabajos geodésicos.

Cuando el menor estuvo en su puesto, las siete comparsas, a distancias desiguales, aparecieron escalonadas sobre una extraña línea quebrada, donde cada uno de los cinco caprichosos ángulos estaba formado por dos talones unidos.

La aparente incoherencia de la figura se debía voluntariamente al número estricto de zancadas regulares, don-

de los seis totales respectivos habían evolucionado constantemente entre un mínimo de sesenta y dos y un máximo de ciento cuarenta y nueve.

Una vez en guardia cada uno de los siete hermanos, hundiendo violentamente el pecho y el vientre con un penoso esfuerzo de músculos, formó una amplia cavidad que la presión de los brazos, pegados en círculo como bordes suplementarios, volvió aun más profunda. Las mallas gracias a cierta goma, se adherían siempre a cada punto de la epidermis.

Poniendo las manos como portavoz el padre, con timbre grave y sonoro, gritó su propio nombre en dirección al mayor.

De inmediato, a intervalos desiguales, las cuatro sílabas de *Stéphane Alcott* fueron repetidas sucesivamente en seis puntos del enorme zig-zag, sin que los labios de los figurantes se hubiesen movido.

Era la voz misma del jefe de familia que acababa de repercutir en el antro torácico de los seis jóvenes, quienes, gracias a su prodigiosa flacura, cuidadosamente mantenida con un régimen terrible, ofrecían al sonido una superficie huesosa suficientemente rígida como para reflejar todas las vibraciones.

Este primer ensayo no satisfizo del todo a los ejecutantes, que modificaron levemente su lugar y su postura.

Preparar las cosas llevó algunos minutos durante los cuales Stéphane clamó con frecuencia su nombre, espiando el resultado cada vez perfeccionado por sus hijos que, moviendo a veces apenas los pies, ganaban un centímetro en una dirección cualquiera, o se inclinaban más para preparar el rápido paso del sonido.

Se trataba, en apariencia, de algún instrumento imaginario que, difícil de poner a tono, hubiera reclamado para su ajuste un cuidado minucioso y paciente.

Cuando al fin una prueba le pareció buena, Stéphane, con una breve palabra que, a su pesar, tuvo seis reper-

cusiones, ordenó a los éticos centinelas la más completa inmovilidad.

Entonces empezó el verdadero espectáculo.

Stéphane, a plena voz, pronunció toda clase de nombres propios, interjecciones y palabras comunes, variando el infinito registro de la entonación. Y cada vez el sonido, pasando de pecho en pecho, se reproducía con pureza cristalina, de pronto fuerte y vigoroso, después débil hasta el último balbuceo, que se parecía a un murmullo.

Ningún eco de bosque, de gruta o de catedral habría podido luchar contra aquella combinación artificial, que realizaba un verdadero milagro de acústica.

Obtenido por la familia Alcott como premio a largos meses de estudios y de tanteos, el trazo geométrico de la línea quebrada debía sus sabias irregularidades a la forma especial de cada pecho, cuya estructura anatómica ofrecía un poder resonador de amplitud más o menos grande.

Varios personajes del cortejo se acercaron a cada vibrante centinela y pudieron constatar la ausencia de toda superchería. Las seis bocas seguían herméticamente cerradas, y solo el verbo inicial hacía el gasto de la múltiple audición.

Queriendo dar a la experiencia la mayor extensión posible, Stéphane articuló rápidamente unas frases cortas, que fueron servilmente recogidas por el sextuple eco; algunos versos de cinco estrofas, recitados uno tras otro, fueron percibidos distintamente sin tropiezos ni mezclas; carcajadas varias, graves “oh”, “oh” agudos y estridentes “bi” evocaron a maravilla una burla ligera e impasible; gritos de dolor o de alarma, sollozos, exclamaciones patéticas, toses en eco, estornudos cómicos se registraron unos tras otros con idéntica perfección.

Pasando de la palabra al canto, Stéphane lanzó unas fuertes notas de barítono que, resonando a placer en los diversos codos de la línea, fueron seguidas por vocaliza-

ciones, trinos y fragmentos de arias y por alegres refranes populares dados en partes.

Para terminar el solista, tras inhalar hondamente, hizo interminables arpegios con el acorde perfecto en los dos sentidos, utilizando generosamente toda la extensión de su voz y dando la ilusión de un coro impecablemente justo, gracias a la amplia y durable polifonía producida por todos los ecos mezclados.

De pronto, privados de la fuente musical que Stéphane ya sin aliento, acababa de interrumpir callándose, las voces falsas se apagaron una a una y los seis hermanos, recobrando con visible satisfacción su posición normal, pudieron relajarse voluptuosamente, lanzando grandes suspiros.

El cortejo, rápidamente reunido, volvió a dirigirse otra vez al sur.

Tras una etapa breve y fácil, realizada en la oscuridad invasora, la vanguardia alcanzó el borde del Tez, gran río tranquilo cuya ribera derecha se vio pronto ocupada por el despliegue de la columna.

Una piragua provista de remeros indígenas recibió a bordo a Talú y a Sirdah, que fueron trasladados a la otra orilla.

Allí, saliendo sin ruido de una choza de bambú, el hechicero negro Bachkú, con una copa de marfil en la mano, se acercó a la joven ciega y la guió, llevándola por el hombro, hacia el océano.

Pronto ambos penetraron en el lecho del río y se fueron hundiendo progresivamente, a medida que se alejaban de la costa.

Tras algunos pasos, sumergido hasta el pecho, Bachkú se detuvo y levantó en alto en la mano izquierda la copa semillena de un líquido blancuzco, mientras que, cerca de él, Sirdah desaparecía casi enteramente en las aguas sombrías y rumorosas.

Mojando dos dedos en el bálsamo lechoso, el hechicero

frotó dulcemente los ojos de la muchacha, y luego esperó con paciencia que el remedio tuviera tiempo de actuar. Transcurrido el tiempo necesario, con ayuda de dos golpes de pulgar netamente aplicados sobre el globo de cada ojo, desprendió bruscamente las cataratas, que cayeron a la corriente y pronto desaparecieron hacia el mar.

Sirdah lanzó un grito de alegría, demostrando el éxito total de la operación que, en efecto, acababa de devolverle la vista.

Su padre respondió con una delirante exclamación, seguida de numerosos clamores entusiastas proferidos por el cortejo entero.

De vuelta a tierra firme, la feliz muchacha se precipitó en brazos del emperador, que la retuvo largo tiempo abrazada con conmovedora emoción.

Ambos volvieron a ocupar su sitio en la piragua que, atravesando el río, los depositó en la ribera derecha, mientras Bachkú volvía a su choza.

Sirdah guardaba preciosamente sobre sí la intensa humedad debida a las aguas sagradas del río, testigo de su curación.

Guiada por Rao, la columna remontó la ribera unos cien metros, y se detuvo ante un vasto aparato que, sostenido por cuatro postes, avanzaba sobre la corriente de agua como la arcada de un puente.

La noche había llegado poco a poco y, sobre la costa, un faro de acetileno fijado a una estaca aclaraba, con ayuda de un poderoso reflector colocado con esmero, todos los detalles de la sorprendente maquinaria, hacia la que convergían todas las miradas.

El conjunto, enteramente metálico, daba al primer golpe de vista la idea bien definida de un telar.

En el medio, paralela a la corriente, se extendía cierta *cadena* horizontal, formada por una infinidad de hilos azul claro que, colocados uno tras otro en una sola fila,

sólo ocupaban en extensión un espacio de dos metros, debido a su fabulosa riqueza.

Varios *telares* que comprendían hilos verticales, respectivamente provistos de un ojal, formaban uno tras otro planos perpendiculares a la cadena que atravesaban de parte a parte. Ante ellos pendía un *batán*, especie de inmenso peine metálico en el cual los dientes imperceptibles e innumerables igualaban la cadena, como si fuese una cabellera.

A la derecha, un gran panel de un metro cuadrado que bordeaba la cadena se componía de una cantidad de alvéolos separados por finas paredes; cada una de estas cajas abrigaba una estrecha lanzadera, cuya *canilla*, frágil bobina fijada de adelante hacia atrás, llevaba una provisión de seda multicolor. Todos los tonos imaginables, que varían delicadamente las siete muestras del prisma, se encontraban representados por la guarnición interna de las lanzaderas, cuyo número podía calcularse en mil. Los hilos, más o menos devanados según su alejamiento, terminaban a la derecha en el ángulo inicial de la cadena y engendraban un extraño encaje, prodigiosamente policromo.

Abajo, casi a flor de agua, numerosas paletas de todas dimensiones dispuestas en perfecto cuadrado, como un escuadrón, formaban toda la base del aparato, sostenido de un lado por la ribera y, por el otro, por dos pilares clavados en el lecho del río. Cada paleta, sostenida entre dos varas estrechas, parecía pronta a hacer girar una correa de transmisión que, abarcando a la izquierda una porción libre del delgado cubo, erguía verticalmente dos cintas paralelas.

Entre las paletas y la cadena se extendía una especie de cofre largo que, sin duda, contenía el misterioso mecanismo destinado a mover el conjunto.

Los cuatro postes soportaban, en lo alto, una espesa plataforma rectangular de donde descendían las lanzaderas y el batán.

Las paletas, el cofre, el techo, el panel, las lanzaderas, los postes y las piezas intermedias, todo, sin excepción alguna, estaba hecho en acero fino, de una tonalidad gris claro.

Después de situar a Sirdah en primera fila para iniciarla en la confección automática de cierto manto que él deseaba ofrecerle, el inventor Bedu, héroe del momento, oprimió un resorte del cofre a fin de poner en movimiento la preciosa máquina creada por su industriosa perseverancia.

De inmediato diferentes partes se sumergieron a medias en el río, entregando sus paletas a la potencia de la corriente.

Invisiblemente accionado por las correas de transmisión, cuya parte superior se perdía en las profundidades del cofre, el panel provisto de lanzaderas se deslizó horizontalmente hacia el eje de la corriente. Pese a este desplazamiento, los innumerables hilos fijos al ángulo de la cadena guardaron una rigidez perfecta gracias a un sistema de tensión retrógrado de que estaban provistas todas las lanzaderas: abandonada a sí misma cada *punteadora*, o broche que, sostenida la canilla, giró en sentido inverso al de devanar, por efecto de un resorte que oponía una resistencia muy débil a la extracción de seda. Algunos hilos se acortaron mecánicamente y otros se alargaron y la red de encaje conservó su pureza primera, sin mezcla de flaccidez.

El panel estaba sostenido por un espeso huso vertical que, describiendo una brusca quebrada, penetraba horizontalmente en el interior del cofre. Allí, una larga ranura que no podíamos percibir desde la ribera permitía sin duda el patinaje silencioso que se efectuaba desde hacía un momento.

Pronto el panel se detuvo para moverse en elevación. La porción vertical del huso se alargó dulcemente, revelando un juego de compartimentos deslizantes parecidos a los de un telescopio; controlado por un conjunto de

cuerdas y poleas internas, sólo un poderoso resorte podía provocar aquella ascensión discreta, que terminó tras un momento.

La evolución del panel coincidió con un movimiento sutil de los telares, y algunos hilos descendieron mientras otros se elevaban. El trabajo se realizaba fuera de nuestra vista en el espesor del techo, que sólo utilizaba delgadas ranuras para dar paso a inmensas franjas tendidas abajo por una legión de plomos estrechos apenas superiores al nivel del cofre. Cada seda de la cadena, atravesando aisladamente el ojal de uno de los hilos, había bajado varios centímetros.

De pronto, a la velocidad del rayo, una lanzadera, empujada por un resorte del panel, pasó ante el conjunto de sedas desniveladas, franqueando toda su extensión para llegar a un compartimento único, fijado en un lugar previsto y calculado. Devanado fuera de la frágil máquina, un hilo transversal se extendía ahora en el medio de la cadena, formando el principio de la trama.

Empujado por un huso móvil en una ranura del cofre, el batán fue a golpear el hilo con sus innumerables dientes, para recobrar de inmediato la postura vertical.

Los hilos de los telares, al moverse de nuevo, produjeron un cambio completo en la disposición de las sedas, que, operando un rápido entrecruce, hicieron un importante recorrido en altura y en profundidad.

Empujada por un resorte del compartimento de la izquierda, la lanzadera, dotada de vivo impulso, atravesó la cadena en sentido inverso para reintegrarse a su alvéolo; un segundo hilo devanado por su canilla recibió un golpe brutal del batán.

Mientras las lanzaderas realizaban un curioso ir y venir, el panel, fiel a un plan único, empleó simultáneamente sus dos modos de desplazamiento para moverse en dirección oblicua, colocado en el punto determinado, un segundo alvéolo aprovechó el momento de de-

tención para expulsar una lanzadera que, precipitándose como un proyectil en el ángulo colectivo de las sedas, vino a hundirse de frente en el fondo del compartimento, siempre quieto.

Un golpe del batán sobre el nuevo manajo de hilos fue seguido de un amplio, movimiento de los telares, que prepararon el camino de regreso a la lanzadera, bruscamente arrojada hasta su caja.

El trabajo siguió con una marcha invariable. Gracias a su maravillosa movilidad, el panel colocaba cada vez, frente al compartimento fijo, una lanzadera cuyo doble viaje coincidía perfectamente con la tarea del batán y de los telares.

Poco a poco la cadena ganaba de nuestro lado, arrastrada por la lenta rotación del *enjulio*, gran cilindro transversal al que estaban unidos todos los hilos. El tejido se efectuaba rápidamente, y pronto una rica tela apareció ante nuestros ojos, en forma de una banda lisa y regular de tonos finamente coloreados.

Abajo, las paletas manejaban todo por sí solas gracias a su maniobra compleja y precisa —algunas quedaban casi incesantemente sumergidas, mientras otras se bañaban apenas unos instantes en la corriente; algunas, entre las más pequeñas, sólo rozaban la onda un breve instante y se elevaban bruscas, después de dar apenas un cuarto de vuelta, y volvían a descender de la misma manera fugitiva tras un breve reposo. Su cantidad, el escalonamiento de su talla, el aislamiento o la simultaneidad de las zambullidas, breves o largas, formaban un coro infinito de combinaciones que favorecían la realización de las concepciones más audaces. Se hubiera dicho que había algún instrumento mudo que aplacaba o hacía arpegios de acordes, de pronto débiles, de pronto prodigiosamente cargados, donde el ritmo y la armonía se renovaban sin cesar. Las correas de trasmisión, como resultado de una flexible elasticidad, se prestaban a continuas alternativas de alargamiento y de contracción.

Todo el aparato, notable desde el punto de vista de la disposición y el engrase, funcionaba con silenciosa perfección, dando la impresión de una pura maravilla mecánica.

Bedu llamó nuestra atención hacia los telares, únicamente accionados por las paletas, donde un electroimán transmitía la influencia del cofre al techo; los hilos conductores estaban disimulados en uno de los dos postes de atrás, y este método excluía el empleo de cartones con agujeros, como en el telar Jacquard. Ningún límite se imponía a las variantes sin nombre obtenidas con el arranque de algunos grupos de hilos, combinados con el descenso de otros. Unido al polícromo ejército de las lanzaderas, esta multiplicidad de figuras, sucesivamente creadas según la manera de separación de la cadena, volvía posible la ejecución de tejidos feéricos, semejantes a los cuadros de los grandes maestros.

Fabricada en el lugar por una anomalía que reclamaba el extraordinario aparato, especialmente destinado a funcionar con un público atento, la banda de tela crecía velozmente, mostrando todos sus detalles poderosamente iluminados por las proyecciones del faro. El conjunto representaba una amplia napa de agua, en cuya superficie hombres, mujeres y niños, con los ojos dilatados por el terror, se aferraban desesperadamente a algunos trozos flotantes aquí y allá en medio de objetos de todo tipo; y tan grande era el ingenio de las fabulosas combinaciones de la máquina que el resultado podía compararse a las más finas acuarelas; los rostros, llenos de expresión enloquecida, tenían admirables tonalidades de carne, desde el moreno reseco del viejo y el blanco lechoso de la doncella, hasta el rosa infantil del niño; las olas, agotando la gama de azules, se cubrían de reflejos irisados y variaban su transparencia según los lugares.

Movido por una correa de transmisión que salía de una abertura del vasto cofre al que lo sujetaban dos soportes, el enjullo atraía la tela, que ya se enrollaba

a su alrededor. La otra extremidad de la cadena ofrecía una fuerte resistencia debido a un listón de acero que, al servir de límite a las sedas, estaba tomado entre dos deslizadores paralelos, fijados al cofre por una serie de husos verticales. Sobre el deslizador de la izquierda estaba colocado el compartimento inmutable, donde cada lanzadera venía a hacer una breve estación.

El cuadro de la tela se completaba poco a poco, y se vio emerger una montaña hacia la cual grupos humanos y animales de toda especie se dirigían a nado; al mismo tiempo una cantidad de rayas transparentes y oblicuas atravesaron todo el espacio, e hicieron comprender el tema, tomado de la descripción bíblica del Diluvio. Tranquila y majestuosa sobre la superficie de las aguas, el Arca de Noé elevó bien pronto su silueta maciza y regular, ocupada por finos personajes, que vagaban en medio de un cuantioso zoológico.

El panel solicitaba sin cesar todas las miradas, por la maravillosa seguridad de su gimnasia alerta y cautivante. Usadas por turnos, las tonalidades más diversas eran lanzadas a la cadena en forma de manojo de hilos, y el conjunto de estos hilos semejaba una paleta infinitamente rica. A veces el panel realizaba grandes desplazamientos para utilizar una tras otra lanzaderas bastante distantes; en otros momentos varios manojos sucesivos, que pertenecían a una misma región, requerían sólo viajes mínimos. La punta de la lanzadera elegida encontraba siempre paso entre los otros hilos que, saliendo de alvéolos vecinos y tendidos en dirección única, no presentaban más que un camino abierto, incapaz de crear obstáculos.

Sobre la tela, la montaña a medias cubierta por las aguas era ahora visible hasta la cumbre. En todas partes, en sus flancos, los desdichados condenados, de rodillas en aquel último refugio que pronto iba a desaparecer, parecían implorar al cielo con grandes gestos de desesperación. La lluvia diluviana caía en cataratas

desde todos los puntos del cuadro, sembrado de grupos de islas donde se repetían las mismas escenas de súplicas y desesperación.

El cielo se agrandaba gradualmente hacia el cenit, y nubes inmensas se diseñaron pronto, gracias a una amalgama de sedas grises finamente elegidas, desde los tonos más transparentes hasta los más fuliginosos. Espesas volutas de vapor se desenvolvían majestuosamente en los aires, guardando en sus flancos reservas inagotables, prontas a alimentar constantemente la terrible inundación.

En ese momento Bedu detuvo la máquina, apretando un nuevo resorte del cofre. De inmediato se inmovilizaron los rodajes, dejando de llevar la vida a las diversas piezas, que quedaron así rígidas e inactivas.

Bedu, poniendo el enjullo al revés, con ayuda de una hoja bien afilada, cortó por los lados todos los hilos que sobrepasaban la tela, que bien pronto quedó libre; después, con una puntada de seda preparada de antemano, frunció la parte superior bordeada por las ondulantes nubes. Preparada así la tela, menos larga que ancha, había adquirido la forma de un manto simple y flotante.

Bedu se acercó a Sirdah y puso sobre sus hombros los pliegues del maravilloso vestido, que rodeó graciosamente, hasta los pies, a la feliz y agradecida muchacha.

El escultor Fuxier acababa de acercarse al faro con el propósito de mostrarnos en su mano abierta varias pastillas azules de exterior parejo que, según supimos, contenían en su interior toda suerte de imágenes en potencia, creadas por sus cuidados. Tomó una y la lanzó al agua, un poco abajo del telar, ahora inactivo.

Pronto, sobre la superficie iluminada por los resplandores del acetileno, se formaron remolinos que netamente trazaron en relieve una silueta bien determinada, que todos pudimos reconocer como la de Perseo llevando la cabeza de la Medusa.

Sólo la pastilla, al derretirse, había provocado esta agitación, artística y prevista.

La aparición duró algunos segundos; después, las aguas se achataron poco a poco, y recobraron su unidad de espejo.

Hábilmente lanzada por Fuxier, una segunda pastilla se hundió en la corriente. Los redondeles concéntricos provocados por su caída se habían disipado apenas, cuando surgió una nueva imagen, en remolinos finos y numerosos. Esta vez eran unas bailarinas con mantilla, de pie sobre una mesa servida, ejecutando entre los manjares y las jarras un arrebatador paso, que ellas ritmaban con castañuelas en medio de los aplausos de los comensales. El diseño líquido era tan logrado que se distinguían partes con la sombra de las migas sobre el mantel.

Diluida esta alegre escena, Fuxier renovó la experiencia sumergiendo una tercera pastilla, cuyo efecto no se hizo esperar. El agua, ondulándose brusca, evocó, en un cuadro muy grande, a un soñador que, sentado junto a una fuente, anotaba sobre el cuaderno el fruto de alguna inspiración; detrás, apoyado sobre las rocas de la cascada naciente, un viejo de barba larga, como una personificación del río, se inclinaba sobre el vate para leer por encima de su hombro.

—El poeta Giapalu se deja hurtar por el viejo Var los admirables versos debidos a su genio —explicó Fuxier, y lanzó una pastilla a las tranquilas ondas.

La nueva agitación tomó la forma de un inmenso semicuartante con extrañas indicaciones. La palabra “MEDIODÍA”, claramente trazada en relieve en el agua, ocupó el lugar habitualmente reservado a la hora tres; después seguían hacia abajo, en un solo cuarto de círculo, todas las divisiones, desde la una hasta las once; en el extremo inferior, en lugar de las cifras “VI”, se leía “MEDIANOCHE”, escrita con todas las letras en el eje del diámetro; después, hacia la izquierda, once nue-

vas divisiones llegaban a una segunda edición de la palabra “MEDIODÍA”, que reemplazaba a las nueve horas. Representando el papel de aguja solitaria una larga cinta, semejante al gallardete de una banderita, se unía al punto exacto que hubiera representado el centro completado del cuadrante; supuestamente impulsada por el viento, la flexible banderita se alargaba hacia la derecha, marcando las cinco de la tarde con su punta fina y estirada. El reloj, elevado en lo alto de una columna sólidamente plantada, adornaba un paisaje descubierto donde paseaban algunos transeúntes, y toda la reproducción líquida era sorprendente de precisión y de verdad.

—El reloj a viento de Jauja —prosiguió Fuxier, que amplió el anuncio con el siguiente comentario:

En el dichoso país en cuestión el viento, perfectamente regular, se encargaba benévolamente de indicar la hora a los habitantes. A mediodía justo soplaba violentamente del oeste y se iba apaciguando progresivamente hasta la medianoche, poético momento en que reinaba una calma chicha. Pronto una leve brisa del este se elevaba poco a poco y no cesaba de aumentar hasta el mediodía siguiente, cuando marcaba su apogeo. Se producía entonces un salto brusco y de nuevo la tempestad venía desde el poniente, para recomenzar su evolución de la víspera. Notablemente adaptado a las fluctuaciones invariables, el reloj presentado en efígie a nuestra apreciación cumplía con su cometido mejor que el banal cuadrante solar, cuya tarea, únicamente diurna, es sin cesar estorbada por el paso de las nubes.

El país de Jauja había abandonado la napa líquida y la corriente, otra vez lisa, tragó una última pastilla lanzada por Fuxier.

La superficie, plegándose con arte, dibujó un hombre semidesnudo llevando un pájaro en el dedo.

—El príncipe de Conti y su arrendajo —dijo Fuxier, mostrando su mano vacía.

Cuando las ondulaciones se nivelaron, el cortejo reto-

mó el camino de Ejur, hundiéndose en la noche negra, que ya no disipaba la claridad del faro, bruscamente apagado por Rao.

Hacía algunos minutos que marchábamos cuando de pronto, por la derecha, un ramillete de fuegos artificiales iluminó la oscuridad y produjo numerosas detonaciones.

Un manajo de cohetes subió por los aires y pronto, en el punto culminante de la ascensión, el núcleo incandescente estalló con un ruido seco, sembrando en el espacio numerosos retratos luminosos del joven barón de Ballesteros, destinados a reemplazar la habitual y banal serie de lluvias de fuego y de estrellas. Cada imagen, al salir de su envoltura, se desplegaba por sí misma, y flotaba luego al azar con un leve balanceo.

Estos dibujos en trazos llameantes, de una ejecución notable, representaban al elegante *clubman* en las poses más variadas, y todas se distinguían por un color especial.

Aquí el rico argentino, azul zafiro de la cabeza a los pies, aparecía en traje de noche, con los guantes en la mano y una flor en el ojal; allá, un trazo de rubíes lo mostraba en traje de sala de armas, listo para el asalto; más allá, un busto de colosales dimensiones, de frente y diseñado en líneas de oro, era vecino de un deslumbrante grabado violeta, donde el joven, con galera y un levitón abotonado, se presentaba de perfil hasta mitad de las piernas. Más lejos unos trazos de diamante evocaban al brillante deportista en traje de *tennis*, blandiendo graciosamente una raqueta lista a golpear. Otras imágenes irradiantes se extendieron por todos lados, pero lo principal del conjunto era, sin duda, cierto gran cuadro verde esmeralda donde, irreprochablemente montado en un caballo al trote, el héroe de esta fantasmagoría saludaba respetuosamente el paso de alguna invisible amazona.

El cortejo se detuvo para contemplar a gusto aquel atrayente espectáculo.

Los retratos, descendiendo lentamente y proyectando sobre una vasta extensión su poderosa luz policroma, se mantuvieron algún tiempo sin perder su brillo. Después se apagaron sin ruido, uno por uno, y la sombra poco a poco volvió a tenderse sobre la llanura.

En el momento en que el último rasgo de fuego se desvanecía en la noche, el empresario Luxo se unió a nosotros, orgulloso del soberbio efecto producido por aquella obra maestra pirotécnica, que él mismo había lanzado al aire.

De pronto se escuchó un rugido lejano, sordamente prolongado: las detonaciones de los cohetes habían provocado evidentemente la tempestad que, desde hacía rato, se preparaba en la atmósfera sobrecargada. De inmediato el mismo pensamiento resonó en el espíritu de todos: “Djizmé va a morir”.

Bajo una señal de Talú, el cortejo volvió a ponerse en marcha y, atravesando con rapidez la parte sur de Ejur, desembocó una vez más en la Plaza de los Trofeos.

La tempestad estaba cerca: los relámpagos se sucedían rápidos, seguidos de truenos cada vez más sonoros.

Rao, que se había adelantado, apareció guiando a unos hombres pesadamente cargados con un curioso lecho, que instalaron en medio de la explanada. A la luz de los relámpagos se podía contemplar la extraña composición de ese mueble, cuyo aspecto era a la vez cómodo y aterrador.

Una armazón levantada sobre cuatro patas de madera sostenía una mullida estera blanca enteramente cubierta por finos dibujos separados, que recordaban por su forma y dimensión a las viñetas que cierran los capítulos en algunos libros; los temas más diversos estaban reunidos en esta colección de minúsculos cuadros independientes y aislados: paisajes, retratos, parejas soñadoras, grupos danzantes, navíos en peligro, puestas de sol, eran tratados con un arte concienzudo e ingenuo que no care-

cía de encanto ni de interés. Un almohadón se había deslizado hacia uno de los extremos de la estera, preparada así para sostener la cabeza del durmiente; detrás del lugar eventualmente destinado al occipucio se erguía un pararrayos que dominaba con su brillante lanza el conjunto del largo mueble de pereza. Un casco de hierro, ligado por un hilo conductor a la base de la alta aguja vertical, parecía pronto a cernir la frente de algún impresionante condenado llamado a tenderse sobre el lecho fatal; al frente, dos zapatos metálicos, uno al lado del otro, comunicaban con la tierra por medio de un nuevo hilo cuya punta acababa de clavar en el suelo el mismo Rao.

La tempestad, llegada a su apogeo con la rapidez meteórica que es propia de las regiones ecuatoriales, se desencadenó ahora con extrema violencia; un viento terrible acarreaba gruesas nubes negras, cuya conflagración era incesante.

Rao había abierto la cárcel para hacer salir a Djizmé, joven nativa graciosa y bella que, después de la triple ejecución del comienzo, había quedado sola tras la sombría reja.

Djizmé, sin oponer resistencia, fue a echarse sobre la estera blanca, puso por sí misma la cabeza en el capuchón de hierro y metió los pies en los rígidos zapatos.

Prudentemente, Rao y sus ayudantes se apartaron del peligroso aparato, que quedó así totalmente aislado.

Entonces Djizmé tomó con ambas manos un pergamino que llevaba colgado al cuello por un fino cordón y lo contempló largamente, aprovechando el resplandor de los relámpagos para exhibirlo ante los ojos de todos con una expresión de alegría y de orgullo. Una palabra jero-glífica trazada en medio del flexible rectángulo, estaba rayada a la distancia, hacia la derecha, por un triple dibujo exiguo que representaba tres fases lunares diferentes.

Pronto Djizmé dejó caer el pergamino y lanzó miradas

oblicuas que, normalmente situadas como para contemplar de frente el teatro rojo, fueron a fijarse en Naír; éste, siempre sobre su zócalo, había abandonado el delicado trabajo desde la aparición de la condenada, a quien devoraba con los ojos.

En ese momento el trueno rugía sin interrupción, y los relámpagos eran tan frecuentes como para dar ilusión de un día ficticio.

De pronto, acompañado por un terrible estruendo, un enceguecedor *zigzag* de fuego se recortó en el cielo y terminó en la punta del pararrayos. Djizmé, cuyos brazos se habían tendido hacia Naír, no pudo terminar su gesto: el rayo atravesó su cuerpo y ahora la estera blanca sólo sostenía un cadáver con los ojos muy abiertos y los miembros inertes.

Luego del corto silencio guardado por la tempestad tras el ensordecedor trueno, unos atroces sollozos hicieron que todos se fijaran en Naír, que derramaba lágrimas de angustia sin dejar de mirar a la muerta.

Los cargadores levantaron el aparato sin retirar el cuerpo de Djizmé; después esperamos, en un estupor doloroso, el apaciguamiento gradual de los elementos.

El viento arrastraba siempre las nubes hacia el sur, y el trueno se alejaba velozmente, perdiendo a cada momento algo de su fuerza y su duración. Poco a poco el cielo se despejó ampliamente y un espléndido claro de luna brilló sobre Ejur.

VII

En la claridad descolorida aparecieron diez esclavos trayendo un gran fardo que depositaron en el lugar mismo en que había expirado Djizmé.

El nuevo objeto se componía principalmente de un muro blanco que, enfrentándonos, era mantenido en equilibrio por dos largos travesaños de hierro aplicados en el suelo, de un solo lado.

De lo alto del muro caía una amplia marquesina cuyos dos extremos avanzados correspondían, sobrepasándolos en seis pies, las puntas de los travesaños.

Los cargadores se alejaron y el hipnotizador Darriand avanzó lentamente, llevando de la mano al negro Seil-kor, pobre loco de veinte años que, al marchar, pronunciaba en un francés carente de todo acento unas palabras dulces e incoherentes.

Darriand dejó un instante al enfermo para examinar el muro blanco y, sobre todo, la marquesina, a la que pareció prestar toda su atención.

Entretanto, Seil-kor, dejado a sí mismo, gesticulaba con placidez, mostrando bajo el radiante claro de luna las rarezas de un atuendo de carnaval, formado por un bonete, un antifaz y una golilla, todos recortados en papel.

La golilla estaba tallada únicamente en las tapas azules de la revista *Naturaleza*, cuyo título aparecía en diversos puntos; el antifaz presentaba en toda su superficie un grupo compacto y numeroso de firmas diferentes, impresas en facsímil; en lo alto del bonete la palabra "Tiembra" se exhibía en grandes letras, visibles con ciertos movimientos de cabeza del joven que, así adornado, parecía una figura de charada hecha para hechizar la corte de los últimos Valois.

Los tres objetos, demasiado pequeños para Seil-kor, parecían más bien convenir a las medidas de un niño de doce años.

Darriand, tras reclamar con algunas palabras la atención general, empujó hacia atrás el muro blanco, para que todos pudieran ver el interior de la marquesina que servía de techo, enteramente adornada por unas plantas rojizas que le daban el aspecto de una jardinera dada vuelta.

Volviendo a enderezar el aparato, el hipnotizador nos proporcionó algunos detalles sobre cierta experiencia que quería intentar.

Las plantas que acabábamos de ver, plantas raras y preciosas, cuyas semillas había obtenido en un lejano viaje a Oceanía, poseían propiedades magnéticas extremadamente fuertes.

Un sujeto colocado bajo el perfumado techo sentiría penetrar en él turbadores efluvios, que lo sumergirían prontamente en un verdadero éxtasis hipnótico; primero, con la cara vuelta hacia el muro, el paciente veía desfilar sobre el fondo blanco, gracias a un sistema de proyecciones eléctricas, toda suerte de imágenes coloridas, que la sobreexcitación momentánea de sus sentidos le hacía tomar por realidades; la vista de un paisaje hiperbóreo enfriaba inmediatamente la temperatura del cuerpo, hacía tiritar los miembros y castañetear las mandíbulas; por el contrario, un cuadro que simulaba un hogar incandescente, provocaba abundante transpiración y podía, a la larga, diseminar graves quemaduras en toda la epidermis. Al presentar de esta manera un sorprendente episodio de la biografía personal de Seil-kor, Darriand esperaba despertar la memoria y la razón, que el joven negro había perdido recientemente a consecuencia de una herida en la cabeza.

Terminado el anuncio, Darriand tomó a Seil-kor de la mano y lo llevó bajo la marquesina, con el rostro orientado como para recibir directamente el reflejo del muro blanco. El pobre demente fue de inmediato presa de una violenta agitación: respiraba más rápidamente que de costumbre y palpaba con todos los dedos la golilla, el bonete y el antifaz, como si encontrara en el contacto imprevisto de estos tres objetos algún recuerdo íntimo y doloroso.

De pronto, alumbrada por la acción de alguna pila invisible, una lámpara eléctrica, colocada en el centro mismo de la porción baja del reborde de la marquesina, proyectó brillantemente sobre el muro un gran cuadrado de luz, debido a los esfuerzos combinados de una lente y un reflector. La fuente misma del hogar estaba disi-

mulada, pero se veía netamente la deslumbrante hierba, que descendía y se alejaba, progresivamente aumentada hasta encontrar el obstáculo, sombreado en parte por la cabeza de Seil-kor.

Darriand, que había provocado personalmente la iluminación, giraba ahora con lentitud una manivela silenciosa, colocada a la altura de la mano, sobre el extremo izquierdo del muro. Pronto, provocada por alguna película coloreada puesta ante la lámpara, se diseñó una imagen sobre la pantalla blanca, presentando a las miradas de Seil-kor una deslumbrante niña rubia de unos doce años, llena de encanto y de gracia; bajo el retrato se leían las palabras: “La joven candiota”.

Ante esta visión Seil-kor, presa de un delirio, se arrojó gritando: “Nina... Nina”, con voz temblorosa de alegría y emoción. Todo en su actitud demostraba que la agudeza de sus sentidos, centuplicada por las intensas emanaciones de las plantas de Oceanía, le hacía creer en la presencial real y viva de la adorable muchachita, nombrada con embriaguez.

Luego de un instante de inmovilidad, Darriand giró de nuevo la manivela, accionando así, por un sistema de cilindros y de banda diáfana, cuyo mecanismo oculto se adivinaba, una serie de imágenes listas a desfilar ante la lente luminosa.

El retrato se deslizó hacia la izquierda y desapareció de la pantalla. Sobre la superficie brillante se leía ahora: “*Corrèze*”, en medio del mapa de un departamento francés donde la prefectura, gran punto negro, llevaba un simple signo de interrogación en lugar de la palabra “*Tulle*”. Ante esta súbita interrogación, Seil-kor se agitó nervioso, como en busca de alguna respuesta que no encontraba.

Pero, con el título “Pesca del Torpedo”, un cuadro conmovedor reemplazó al mapa. Aquí, vistiendo un traje azul marino y pesadamente armada de una caña larga y flexible, la muchachita que Seil-kor había llamado

Nina caía desvanecida al tomar en sus manos un pez blanco que saltaba en la punta del anzuelo.

Darriand prosiguió su maniobra y las imágenes y encabezamientos se sucedieron sin tregua, impresionando profundamente a Seil-kor que, siempre de rodillas, lanzaba suspiros y gritos que testimoniaban su creciente exaltación.

Tras la “Pesca del Torpedo” vino la “Martingala”, que mostraba en los escalones de un gran edificio a un negro todavía niño que, haciendo saltar entre las manos unas fichas blancas, se dirigía hacia la puerta de entrada sobre la que se leían tres palabras: “Casino de Trípoli”.

La “Fábula” se componía de una hoja de libro apoyada de pie contra un inmenso pastel de Savoya.

El “Baile” consistía en una alegre reunión de niños que danzaban formando parejas en un amplio salón. En primer plano se acercaban Nina y el joven negro de las fichas blancas, tendiendo los brazos el uno hacia el otro, mientras una mujer de sonrisa cariñosa parecía alentar el tierno abrazo.

Pronto el “Valle de Oo”, paisaje verde y profundo, fue seguido por “Bolero en la Cochera”, donde se veía a Nina y a su compañero bailando afiebradamente en un local primitivo, lleno de carretas y de arneses.

La “Pista Conductor” representaba un bosque inextricable, por donde avanzaba valerosamente Nina. Tras ella, como jalonando su retirada a la manera de Pulgarcito, el joven negro arrojaba al suelo, sacudiendo la punta del cuchillo, un pedazo blanco, que sin duda había cortado en ese mismo momento de un pesado queso suizo, que sostenía en la mano izquierda.

Dormida sobre un lecho de musgo en la “Primera Noche de Adviento”, Nina reaparecía de pie en la “Orientación”, con el dedo levantado hacia las estrellas.

Finalmente la “Quinta” evocaba a la joven heroína sacudida por una tos terrible y sentada, con la pluma en la mano, ante una hoja casi llena. En un extremo

del cuadro, una gran página, vista de frente, parecía reproducir en mayor tamaño el trabajo colocado bajo la mano de la muchachita: bajo una serie de líneas apenas perceptibles el título "Resolución", seguido de una frase inacabada, hacía pensar en la terminación de un examen de catecismo.

Durante esta sucesión de imágenes Seil-kor presa de viva emoción, no había cesado de moverse febrilmente, tendiendo los brazos hacia Nina, a quien llamaba tiernamente.

Dejando la manivela, Darriand apagó bruscamente la lámpara y levantó a Seil-kor para sacarlo fuera, pues la agitación del joven negro, llevada al paroxismo, hacía temer los funestos efectos de una permanencia demasiado prolongada bajo la embrujadora vegetación.

Seil-kor recobró pronto la calma. Liberado por Darriand de sus oropeles de papel, miraba con frecuencia a su alrededor, como alguien que despierta. Después murmuró dulcemente:

—Oh, recuerdo, recuerdo... Nina... Trípoli... el Valle de Oo...

Darriand observaba ansioso, percibiendo con alegría los primeros síntomas de curación. Bien pronto el triunfo del hipnotizador fue deslumbrante, pues Seil-kor, reconociendo todos los rostros, se puso a contestar con cordura una multitud de preguntas. La experiencia, maravillosamente lograda, había devuelto la razón al pobre loco, lleno ahora de gratitud hacia su salvador.

Muchas felicitaciones se prodigaron a Darriand, mientras los cargadores retiraban el admirable objeto de las proyecciones, cuyo poder acababa de manifestarse de manera tan feliz.

Después de un momento se vio aparecer por la izquierda, arrastrado sin dificultad por un esclavo, una especie de carro romano cuyas dos ruedas, al girar, producían

sin interrupción un *do* muy agudo, lleno de exactitud y pureza, que vibraba claramente en la noche.

Sobre la estrecha plataforma del vehículo un sillón de mimbre sostenía el cuerpo flaco y débil del joven Kalj, uno de los hijos del emperador; junto al eje marchaba Meisdehl, muchachita negra graciosa y encantadora, que entretenía alegremente a su abatido compañero.

Cada uno de los niños, de unos siete u ocho años, llevaba un tocado rojizo, que contrastaba con su cara de ébano: el de Kalj, especie de toca muy simple, hecha con la hoja de un diario ilustrado, mostraba en su alrededor iluminado por el disco lunar, una carga de coraceros ricamente coloreada, señalada por la palabra “Reichshoffen”, texto incompleto de una leyenda explicativa; en el caso de Meisdehl se trataba de un bonete de credencia similar, donde los tonos rojos, provocados por los resplandores de un incendio representado abundantemente, estaban justificados por la palabra “Comuna”, legible en uno de los bordes.

El carro atravesó la plaza lanzando siempre su *do* resonante y se detuvo frente a la escena de los Incomparables.

Kalj descendió y desapareció hacia la derecha arrastrando a Meisdehl, mientras la muchedumbre se apiñaba de nuevo frente al teatrillo para asistir al cuadro final de *Romeo y Julieta*, montado según una serie de asociaciones tomadas del manuscrito auténtico de Shakespeare.

Pronto se abrieron las cortinas mostrando a Meisdehl que, tendida de perfil sobre un camastro elevado, personificaba a Julieta, sumida en su sueño letárgico. Detrás del lecho mortuorio, unas ondas verdosas coloreadas por sales marinas se escapaban de algún poderoso brasero sumergido en el fondo de un sombrío recipiente metálico, del que sólo se veían los bordes.

Tras unos instantes Romeo, representado por Kalj, apareció en silencio para contemplar dolorosamente el cadáver de su compañera idolatrada.

A falta de trajes tradicionales, los dos tocados rojizos, de forma legendaria, evocaban la pareja shakespiriana.

Embriagado por un último beso depositado en la frente de la muerta, Romeo llevó a los labios un diminuto frasquito que arrojó lejos después de haber bebido el contenido envenenado.

De pronto Julieta abrió los ojos, se incorporó con lentitud y descendió del túmulo ante los ojos del azorado Romeo. Los dos amantes, el uno en brazos del otro, cambiaron numerosas caricias, abandonándose a una estremecida alegría.

Después Romeo corrió al brasero y extrajo de las llamas un hilo de amianto, cuya extremidad sobrepasaba el reborde del recipiente de metal. Esta presilla incombustible llevaba, colgados en toda su extensión, muchos carbones ardientes que, tallados como piedras preciosas y enteramente rojos por la incandescencia, semejaban deslumbrantes rubíes.

Avanzando hasta el proscenio, Romeo ató la extraña joya al cuello de Julieta, cuya piel soportó sin la menor sacudida el contacto quemante de las terribles alhajas.

Pero los primeros estremecimientos de la agonía golpearon de pronto, en plena dicha, al amante lleno de esperanza y de confianza. Con gesto desesperado mostró el veneno a Julieta quien, contrariamente a la versión acostumbrada, descubrió en el fondo del frasquito un resto de líquido, que bebió con deleite.

Semitendido en los escalones del túmulo, Romeo, bajo la influencia del mortal brebaje, iba a convertirse en juguete de conmovedoras alucinaciones.

Todos esperaban este instante para ver el efecto de ciertas pastillas rojas debidas al arte de Fuxier, las que, lanzadas una tras otra en el brasero por Ardinolfa, oculta detrás del lecho fúnebre, iban a crear en las nubes de humo las formas evocadoras.

La primera aparición surgió brusca entre las llamas,

bajo la forma de un vapor intenso que, moldeado con precisión, representaba la Tentación de Eva.

En el centro la serpiente, enroscada en el tronco de un árbol, tendía su cabeza chata hacia Eva, graciosa y descuidada, cuya mano, ostensiblemente tendida, parecía rechazar al mal espíritu.

Los contornos, primero netos, se espesaban a medida que la nube trepaba por el aire: pronto todos los detalles se confundieron en un bloque moviente y caótico, que desapareció en el techo.

Una segunda emanación de humo reprodujo el mismo cuadro, pero esta vez Eva, ya sin luchar, tendía los dedos hacia la manzana que se aprestaba a agarrar.

Romeo lanzaba enloquecidas miradas hacia el hogar, donde las llamas verdes iluminaban las bambalinas con resplandores trágicos.

Un espeso humo minuciosamente esculpido surgió otra vez del brasero y creó ante el agonizante una alegre bacanal: unas mujeres ejecutaban una afiebrada danza ante un grupo de desorbitados con sonrisas depravadas; en el fondo se veían los restos de un festín, mientras que, en primer plano, el que parecía desempeñar el papel de anfitrión, señalaba a la admiración de sus invitados las bailarinas flexibles y lascivas.

Romeo, como si reconociera la visión, murmuró unas palabras:

—Thisias... la orgía de Sión...

Ya la escena vaporosa se elevaba, deshilachándose en partes. Tras un nuevo envío un humo nuevo, surgido de la fuente habitual, reeditó los mismos personajes en una postura diferente: la alegría había dejado paso al terror, las bailarinas y los libertinos, entremezclados y aterrados, bajaban la cabeza ante la aparición de Dios Padre, cuyo rostro curtido, inmóvil y amenazante en medio de los aires, dominaba todos los grupos.

Una brusca creación de niebla moldeada sucedió al

ballet interrumpido y fue saludado por unas palabras de Romeo:

—¡San Ignacio!

El humo formaba aquí dos temas superpuestos, que podían admirarse por separado: abajo, San Ignacio, entregado a las fieras del circo, no era más que un impresionante cadáver, inerte y mutilado; arriba, un poco atrás, el paraíso, poblado de frentes nimbadas y presentado bajo el aspecto de una isla encantadora rodeada de tranquilo oleaje, atraía hacia él una segunda imagen del santo que, más transparente que la primera, evocaba al alma separada del cuerpo.

—¡Feior de Alejandría!

Esta exclamación de Romeo se dirigía a un fantasma que, hecho de nebulosidad ciselada, acababa de emerger del brasero después de San Ignacio. El nuevo personaje, de pie en medio de una muchedumbre atenta, semejaba algún iluminado sembrando la buena nueva: su cuerpo de asceta, enflaquecido por los ayunos, parecía flotar en su túnica grosera, y su rostro estragado hacía resaltar por contraste sus sienes voluminosas.

Esta aparición fue el comienzo de una intriga rápidamente continuada por una segunda proyección de bruma, de puros contornos. Allí, en medio de una plaza pública, dos grupos, que ocupaban en el suelo dos recuadros perfectamente distintos, estaban formados, uno exclusivamente por viejos, el otro por jóvenes; Feior, tras algún apostrofe violento, era presa de la cólera de los jóvenes, que lo habían tirado por tierra sin piedad por culpa de la debilidad de sus héticos miembros.

Un tercer episodio aéreo mostró a Feior de rodillas, en una pose extática provocada por el paso de una cortesana rodeada de un cortejo de esclavos.

Poco a poco el humo constituido de grupos humanos expandió sobre el escenario un velo impalpable y móvil.

—¡Jeremías ... el sílex!

Tras estas palabras inspiradas por una erupción opaca y fugitiva, que mostraba, sobre el hogar, a Jeremías lapidado por una muchedumbre, Romeo, ya sin fuerzas, cayó muerto entre los brazos de la enloquecida Julieta quien, siempre adornada por el collar, que era ya menos rojo, se convirtió a su vez en presa del alucinante brebaje.

Una luz brilló súbita a la izquierda, tras el telón de fondo, iluminando una aparición visible a través de un fino enrejado pintado, que hasta ese momento había parecido tan opaco y homogéneo como el frágil muro del que formaba parte.

Julieta se volvió hacia el torrente de luz gritando:

—¡Mi padre!

Capuleto, representado por Soreau, estaba de pie, con una larga túnica de seda dorada y flotante; su brazo se tendía hacia Julieta en un gesto de odio y de reproche, debido sin duda al culpable matrimonio realizado en secreto.

De pronto la oscuridad reinó de nuevo y la visión desapareció tras el muro, que volvió a la normalidad.

Julieta, arrodillada en actitud suplicante, se levantó, sacudida por los sollozos, y permaneció algunos instantes con la cabeza oculta entre las manos.

Una nueva iluminación le hizo erguir la cabeza y la atrajo hacia la derecha, ante una evocación de Cristo que, montado en su asno legendario, se encontraba apenas velado por otro enrejado pintado, que formaba en el tabique una contraparte del primero.

Era Soreau quien, rápidamente transformado, representaba el papel de Jesús, cuya sola presencia acusaba a Julieta de haber traicionado su fe al buscar voluntariamente la muerte.

Inmóvil, el espectro divino, bruscamente fuliginoso, se evaporó detrás de la muralla y Julieta, como enloquecida de pronto, se puso a sonreír dulcemente ante algún nuevo sueño que iba a hechizar su imaginación.

En ese momento apareció en escena un busto de mujer, fijado sobre un zócalo con rueditas, que una mano desconocida había empujado lateralmente desde el fondo izquierdo de las bambalinas, con ayuda de una rígida vara disimulada a ras del suelo.

El busto blanco y rosado, semejante a una muñeca de peluquería, tenía grandes ojos azules con largas pestañas y una magnífica cabellera rubia separada en trenzitas que se desparramaban por todos lados. Algunas de estas trenzas, visibles gracias al azar que las había colocado sobre el pecho y los hombros, mostraban muchas monedas de oro aplicadas de arriba abajo sobre su cara exterior.

Julietta, encantada, avanzó hacia la visitante pronunciando su nombre:

—¡Urgela!

De pronto el zócalo, sacudido de derecha a izquierda por medio de la vara, comunicó sus sacudimientos al busto, y los cabellos se balancearon con violencia. Innumerables monedas de oro, mal cosidas, cayeron en lluvia abundante, demostrando que, por detrás, las trenzas ignoradas no estaban menos provistas que las otras.

Por algún tiempo el hada derramó sin cuento sus deslumbrantes riquezas, hasta que, atraída por la misma supuesta mano, se eclipsó en silencio.

Julietta, como apenada por este abandono, dejó vagar sus miradas, que fueron por sí solas a fijarse en el brasero, siempre despierto.

De nuevo un torrente de humo se elevó sobre las llamas.

Julietta retrocedió, gritando con acento de gran terror:

—¡Pergovedula... las dos terneras!

La intangible y fugaz escultura evocaba ahora a una mujer de cabellos revueltos que, frente a una monstruosa comida que abarcaba dos terneras cortadas en grandes trozos, blandía ávidamente un enorme tenedor.

El vapor, al disiparse, descubrió tras el hogar una trágica aparición, que Julietta designó con el nombre de

“Pergovedula”, pronunciado con creciente angustia.

Era la trágica Adinolfi, que acababa de erguirse bruscamente, maquillada con extraño arte: toda su cara, cubierta por una capa amarillo ocre, era cortada por sus labios verdes que, al adoptar el tinte de la humedad, abrían en un ancho y aterrador rictus; sus cabellos hirsutos le daban cierto parecido con la última visión creada por el brasero, y sus ojos se clavaban con insistencia en Julieta, llena de pánico.

Un humo denso, desprovisto esta vez de contornos determinados, escapaba aún del brasero, ocultando el rostro de Adinolfi, que no se volvió a ver tras la evaporación del efímero velo.

Menos brillantemente adornada por el collar, que se apagaba progresivamente, Julieta, ya en agonía, se dejó caer sobre los peldaños del túmulo, con los brazos caídos, la cabeza echada hacia atrás. Sus miradas, ya sin expresión, terminaron por fijarse en un segundo Romeo, que descendía lentamente hacia ella.

El nuevo comparsa, representado por un hermano de Kalj, personificaba al alma ligera y viva del cadáver inerte tendido junto a Julieta. Un tocado rojizo, semejante al del modelo, adornaba la frente de este perfecto sosias que, con los brazos tendidos, venía sonriente en busca de la moribunda para llevarla a la inmortalidad.

Pero Julieta, como privada de razón, volvía la cabeza con indiferencia, mientras el espectro, contrito y renegado, volaba sin ruido hacia el techo.

Tras unos últimos movimientos débiles e inconscientes, Julieta cayó muerta junto a Romeo, en el momento en que las dos cortinas de la escena se cerraban rápidas.

Kalj y Meisdehl nos habían sorprendido a todos con su mímica maravillosa y trágica, y con algunas frases francesas pronunciadas sin errores y sin acento extranjero.

Los dos niños regresaron a la explanada y partieron veloces.

Arrastrado por el esclavo y fielmente escoltado por

Meisdehl, el carro, lanzando de nuevo su nota alta y continua, llevó hacia la izquierda al débil Romeo, visiblemente agotado por el esfuerzo de sus múltiples juegos sobre el escenario.

El *do* vibraba aún a lo lejos cuando Fuxier avanzó hacia nosotros, teniendo contra el pecho, con la mano derecha desplegada, una maceta de tierra de donde emergía una cepa de viña.

En la mano izquierda llevaba un bocal cilíndrico y transparente que, provisto de un gran tapón de corcho atravesado por un tubo metálico, mostraba en la parte de abajo un conjunto de sales químicas en forma de graciosos cristales.

Colocando los dos bultos en el suelo, Fuxier sacó del bolsillo una linternita sorda, que acostó chata sobre la superficie de tierra que afloraba del borde de la maceta de asperón. Una corriente eléctrica, puesta en actividad en el seno de este faro portátil, proyectó de pronto un deslumbrante haz de luz blanca, dirigido hacia el cénit por una poderosa lente.

Levantando entonces el bocal que mantenía horizontalmente, Fuxier hizo girar una llave colocada en el extremo del tubo metálico, cuya abertura, dirigida con cuidado hacia una porción determinada de cepa, dejó escapar hacia el exterior un gas violentamente comprimido. Una breve explicación del operador nos hizo saber que ese fluido, puesto en contacto con la atmósfera, provocaba parcialmente un calor intenso que, unido a ciertas propiedades químicas, muy particulares, haría madurar ante nuestros ojos un racimo de uvas.

Apenas había terminado el comentario cuando ya la aparición anunciada se reveló a nuestras miradas en forma de imperceptible racimito. Poseedor del poder que otorga la leyenda a ciertos faquires de la India, Fuxier realizaba ante nuestros ojos el milagro del brote súbito.

Bajo la acción de la corriente química, los granos se

desarrollaban rápidamente y bien pronto un racimo de uvas blancas, pesado y maduro, pendió aislado al costado de la cepa.

Fuxier depositó el bocal en el suelo tras cerrar el tubo con otra vuelta de llave. Después, llamando nuestra atención hacia las uvas, señaló unos minúsculos personajes prisioneros en el centro de los diáfanos globos.

Ejecutando de antemano, en el germen, un trabajo de modelado y de colorido aun más minucioso que la tarea exigida para la preparación de las píldoras azules o rojas, Fuxier había depositado en cada uva el germen de un gracioso cuadro, cuyo desenvolvimiento acababa de seguir las fases de aquella madurez tan fácilmente obtenida.

A través del pellejo de las uvas —particularmente fina y transparente— se escrutaban sin dificultad, al acercarse, los diferentes guipes que iluminaba por detrás el haz eléctrico.

Las manipulaciones operadas en el germen habían dado como resultado la desaparición de las semillas, y nada turbaba la pureza de aquellas estatuas liliputienses, translúcidas y coloreadas, cuya materia estaba formada por la pulpa misma.

—Un vistazo a la antigua Galia —dijo Fuxier, tocando con el dedo la primera uva, donde se veían muchos guerreros celtas preparándose para el combate.

Todos admiramos la fineza de los contornos y la riqueza de los tonos, tan bien puestos de relieve por los efluvios luminosos.

—Eudes cortado por un demonio en el sueño del conde Valtguire —prosiguió Fuxier, señalando un segundo grano.

Esta vez se percibía, tras la delicada envoltura, un hombre durmiendo, con armadura, tendido al pie de un árbol: un humo parecía escapar de su frente para representar algún sueño y contenía, en sus tenues ondulaciones, un demonio armado de una larga sierra cuyos

dientes acerados cortaban el cuerpo de un condenado crispado por el sufrimiento.

Otra uva, sumariamente explicada, mostraba el circo romano repleto de una muchedumbre alentando un combate de gladiadores.

—“Napoleón en España”.

Estas palabras de Fuxier se aplicaban a un cuarto grano, donde el emperador, con su casaca verde, paseaba a caballo como vencedor en medio de un pueblo que parecía detestarlo, a juzgar por su actitud sordamente amenazadora.

—El Evangelio de San Lucas —prosiguió Fuxier, mostrando una junto a otra, en una misma rama madre triplemente ramificada, tres uvas gemelas, con tres escenas compuestas por los mismos personajes.

En primer lugar se veía a Jesús tendiendo la mano hacia una muchachita que, con los labios entreabiertos y la mirada fija, parecía cantar algún trino delicado y prolongado. Al lado, sobre un jergón, un muchacho inmovilizado en el sueño de la muerte guardaba entre sus dedos una larga antena de mimbre; cerca del túmulo fúnebre el padre y la madre, abrumados, lloraban en silencio. En un rincón una niña jorobada y escuálida se mantenía humildemente aparte.

En la uva del medio, Jesús, vuelto hacia el jergón, miraba al joven muerto que, milagrosamente vuelto a la vida, trenzaba con habilidad de experto la flexible y ligera antena de mimbre. La familia, maravillada, testimoniaba con gestos de éxtasis su dichosa sorpresa.

El último cuadro, compuesto por el mismo decorado y los mismos comparsas, glorificaba a Jesús tocando a la joven enferma, súbitamente embellecida y derecha.

Dejando de lado la breve trilogía, Fuxier levantó la parte de abajo del racimo y nos mostró una uva soberbia, con este anuncio: “Hans el leñador y sus seis hijos.”

Allí, un viejo extrañamente robusto llevaba sobre los

hombros una formidable carga de leña formada por troncos enteros mezclados a haces de ramas atadas con lianas. Detrás, seis jóvenes transportaban, todos por separado, un fardo semejante, infinitamente más liviano. El viejo, volviendo a medias la cabeza, parecía reprender a los demorados, menos resistentes y menos vigorosos que él.

En la penúltima uva, un adolescente vestido con un traje a lo Luis XV miraba con emoción, mientras paseaba como un transeúnte cualquiera, a una joven de vestido escarlata, parada en el umbral de una puerta.

—La primera sensación amorosa experimentada por el *Emilio*, de Jean Jacques Rousseau —explicó Fuxier y, moviendo los dedos, hizo jugar los rayos eléctricos sobre los reflejos rojo vivo del deslumbrador vestido.

El décimo y último grano contenía un duelo sobrehumano, que Fuxier presentó como un cuadro de Rafael. Un ángel, planeando a escasos pies del suelo, hundía la punta de su espada en el pecho de Satanás, que trastabillaba dejando caer el arma.

Después de pasar revista al racimo entero, Fuxier apagó la linterna sorda y volvió a ponerla en su bolsillo; luego se alejó llevando, como a su llegada, la maceta de tierra y el recipiente cilíndrico.

VIII

Todavía seguíamos con los ojos el racimo evocador, cuando apareció Rao, guiando a sus esclavos, cargados por un objeto voluminoso de forma bastante alargada.

Junto al grupo, Fogar, hijo mayor del emperador, marchaba en silencio, llevando en la mano derecha una magnífica flor violeta con el tallo erizado de espinas.

El nuevo bulto fue dejado en el lugar de costumbre, y Fogar quedó solo, montando guardia mientras los otros se alejaban rápidamente.

El objeto, libremente expuesto al claro de luna, era una cama primitiva, una especie de cuadrado poco confortable adornado por una cantidad de atributos heteróclitos.

A la derecha, en la parte más elevada destinada a recibir el busto del durmiente, una maceta encerraba la raíz de una planta inmensa y blanca que, en el aire, se curvaba sobre sí misma para formar una especie de dosel.

Por encima de este gracioso baldaquín, un faro, actualmente sin luz, estaba sostenido por una vara metálica de punta recurvada.

El lado más alejado del cuadrado presentaba muchos adornos colocados en orden.

Casi en el ángulo de la derecha, una larga superficie triangular, semejante a la bandera de un pabellón, se desplegaba de costado en el extremo elevado de una esbelta pica de madera pintada de azul. El conjunto ofrecía el aspecto de la insignia de alguna nación desconocida debido a los colores de la etamina —que tenía un fondo crema sembrado de líneas rojas poco simétricas y dos puntos negros bastante juntos, colocados uno bajo el otro en la base vertical del triángulo.

Un poco más a la izquierda se erguía su minúsculo pórtico de unos dos decímetros. Colgado en el travesaño superior, una franja de vestido o de traje balanceaba al menor sacudimiento sus numerosos filamentos blancuzcos y regulares, todos igualmente terminados en un punto rojo vivo.

Siguiendo el examen en el mismo sentido, se encontraba un recipiente poco profundo, de donde emergía un jabón blanco cubierto por una espesa espuma.

Después venía una alcoba de metal conteniendo una esponja fina y voluminosa.

Junto a la alcoba una plataforma frágil sostenía un ánfora de extraño contorno, contra la que se tendía un objeto cilíndrico provisto de una hélice.

Finalmente, terminando en la extremidad izquierda de esta serie incoherente de ornamentos, había una placa de cinc redonda y horizontal, colocada en equilibrio sobre un estrecho pilar.

El lado del cuadrado que enfrentaba la planta y el faro no estaba menos repleto.

Contra el ángulo vecino a la placa de cinc se veía en primer término una especie de bloque gelatinoso, amarillento e inerte. Más cerca, en la misma alineación, aparecía, pegada a un trozo de alfombra, una delgada capa de cemento seco, donde cien agujas de jade, finas y puntiagudas, se clavaban verticalmente en dos hileras iguales.

El bloque y la alfombra descansaban uno junto a la otra, sobre una breve plancha de dimensiones estrictamente suficientes.

Tres lingotes de oro, cuyo perfecto escalonamiento parecía prolongar la línea mediana del cuadro, se erguían desde tres soportes de hierro que los sostenían firmemente en sus garras. No se los podía distinguir entre sí, a tal punto su forma de cilindros con los dos extremos redondeados era regular y parecida.

Bordeando el exiguo espacio ocupado por los tres preciosos rollos, una nueva plancha, más cerca de nosotros, hacía “pendant” a la primera.

Se veía, primero, una canasta con tres gatos que, prestados por Mario Boucharessas, eran tres *verdes* del partido de “rescate”, todavía adornados con sus cintas.

Al lado, un delicado objeto, parecido a la puerta de una jaula, estaba formado por dos finas planchitas que, colocadas horizontalmente a unos centímetros una de otra, apretaban entre sus cuatro extremidades inferiores dos frágiles montantes verticales. Amueblando el rectángulo así formado, dos crines negras se extendían a corta distan-

cia anudadas exteriormente de arriba abajo a la salida de unos imperceptibles agujeros en las dos láminas de madera. En el mismo lugar yacía una ramita muy derecha que, cortada a lo largo, mostraba su cara interna levemente resinosa.

Finalmente, de pie sobre la plancha misma contra el nuevo ángulo del cuadro, una gruesa vela estaba junto a dos piedras oscuras.

Casi en el medio del lecho, a la izquierda del posible durmiente, se veía surgir una vara de metal que, verticalmente, hacía un recodo brusco hacia la derecha y terminaba en una especie de manija torcida en forma de muleta.

Fogar examinó con atención las diversas partes de la cucheta. En su cara de ébano brillaba una inteligencia precoz, cuya llama sorprendía en un muchacho tan joven, apenas adolescente.

Aprovechando el único lugar libre, trepó sobre el lecho cuadrado y se tendió lentamente, haciendo coincidir su axila izquierda con la manivela curvada, que se adaptó allí con justeza.

Con los brazos y las piernas totalmente rígidos se inmovilizó en una actitud cadavérica, tras colocar la flor violeta al alcance de su mano derecha.

Las pupilas habían cesado de batir sobre los ojos fijos, desprovistos de expresión, y los movimientos respiratorios se debilitaban gradualmente bajo la influencia de un sueño letárgico y poderoso, que lo invadía poco a poco.

Al cabo de un momento la postración fue absoluta. El pecho del adolescente quedó inerte, como si estuviera muerto, y la boca entreabierta parecía privada de aliento.

Bex dio unos pasos y sacó del bolsillo un espejito oval que colocó frente a los labios del joven negro: ningún vapor oscureció la brillante superficie, que mantuvo todo su resplandor.

Aplicando entonces la mano sobre el corazón del ya-

cente, Bex hizo un signo negativo, que expresaba la ausencia de todo latido.

Transcurrieron unos segundos en silencio. Bex, dulcemente, había retrocedido, dejando el terreno libre alrededor del lecho.

Bruscamente, como si encontrara en el seno de su sopor un resto de conciencia, Fogar efectuó un movimiento imperceptible con el cuerpo, que hizo actuar su axila sobre la manija.

De inmediato se iluminó el faro, proyectando verticalmente, en dirección al suelo, un haz eléctrico de deslumbrante blancura, cuyo brillo se duplicaba bajo la acción de un reflector cargado de nuevo.

La planta blanca abovedada como baldaquín recibió de pleno esta luz intensa, que parecía destinada para ella. Por transparencia se veía en la parte que caía un fino cuadro neto y vigoroso, unido al tejido vegetal coloreado en todo su espesor.

El conjunto daba la extraña impresión de un vitral admirablemente unido y fundido gracias a la ausencia de toda soldadura y de todo reflejo brutal.

La imagen diáfana evocaba un lugar de Oriente. Bajo un cielo puro se tendía un espléndido jardín lleno de flores seductoras. En el centro de una fuente de mármol un chorro de agua, brotando de un tubo de jade, diseñaba una graciosa y esbelta curva.

Al lado se erguía la fachada de un suntuoso palacio, donde una ventana abierta enmarcaba a una pareja abrazada. El hombre, personaje gordo y barbudo, vestido como un rico comerciante de *Las mil y una noches*, llevaba en su fisonomía sonriente una expresión de alegría expansiva e inalterable. La mujer, una mora pura a juzgar por el traje y el tipo, permanecía lánguida y melancólica, pese al buen humor de su compañero.

Bajo la ventana, no lejos de la fuente de mármol, había un joven de cabellera rizada, cuyo atuendo, como época y lugar, parecía coincidir con el del comerciante.

Levantando hacia la pareja su rostro de poeta inspirado, cantaba alguna elegía, sirviéndose de un altavoz mate y argentado.

La mirada de la mora espiaba ávida al poeta, que, por su lado, permanecía extasiado ante la impresionante belleza de la joven.

De pronto, un movimiento molecular se produjo en las fibras de la planta luminosa. La imagen perdió su pureza de color y de contorno. Los átomos vibraron todos a la vez, como buscando fijarse según un nuevo agrupamiento inevitable.

Pronto se formó otro cuadro, tan resplandeciente como el primero e igualmente inherente a la fina y translúcida textura vegetal.

Aquí, una gran duna con tonalidades de oro guardaba sobre su vertiente árida diferentes huellas de pasos. Él poeta de la primera imagen, inclinado sobre el friable suelo, posaba dulcemente los labios en la huella profunda dejada por un pie gracioso y menudo.

Tras una inmovilidad de algunos instantes los átomos, presas de vértigo, recomenzaron su turbadora tarea, que dio como resultado un tercer cuadro, lleno de vida y de color.

Esta vez el poeta ya no estaba solo: a su lado un chino con túnica violeta mostraba con el dedo un ave de presa cuyo vuelo majestuoso tenía, sin duda, algún sentido profético.

Una nueva crisis de la sensible planta puso en escena, en un curioso laboratorio, al mismo chino recibiendo del poeta algunas monedas de oro a cambio de un manuscrito ofrecido y aceptado.

Cada extraño aspecto de la planta tenía idéntica duración: poco a poco los cuadros siguientes desfilaron sobre la pantalla como baldaquín.

Al laboratorio sucedió una sala de festín ricamente decorada. Sentado a la mesa puesta, el comerciante gordo y barbudo olfateaba un plato que sostenía entre las

manos. Sus ojos se cerraban pesados bajo la influencia del apetitoso humo cargado de alguna sustancia traicionera. Frente a él, el poeta y la mora espiaban con deleite la llegada del pesado sueño.

Después surgió un maravilloso edén en el cual el sol de mediodía lanzaba sus quemantes rayos. Al fondo corría una graciosa cascada con el agua teñida de verdes reflejos. El poeta y la mora dormían uno junto al otro, a la sombra de una flor fabulosamente parecida a una anémona gigante. A la izquierda llegaba un negro presuroso, como para prevenir a los amantes amenazados un peligro inminente.

El mismo decorado, evocado una vez más, mostraba a los enamorados montando una cebra ardiente, que tomaba aliento para una carrera desenfrenada. Sentada en la grupa tras el poeta sólidamente montado, la mora blandía, riendo, una bolsa que contenía algunas monedas de oro. El negro asistía a la partida sugiriendo un respetuoso adiós.

El lugar encantador se eclipsó definitivamente para dejar lugar a una ruta soleada, a cuyo borde se levantaba una tienda ambulante, cargada de vituallas. Tendida en medio del camino y sostenida por el angustiado poeta, la mora, casi sin fuerzas, pálida, recibía algunos alimentos dados por una vendedora celosa y atenta.

En la aparición siguiente la mora, otra vez de pie, vagaba con el poeta. Cerca de ella, un hombre de extraño aspecto parecía murmurar sombrías frases, que ella escuchaba con turbación y angustia.

Una última imagen, que según toda evidencia representaba el fin trágico del idilio, mostraba un terrible abismo, erizado de agujas rocosas. La mora, herida por aquellos innumerables puñales, caía atrozmente, siguiendo el imán vertiginoso de una cantidad de ojos sin cuerpo ni rostro, cuya expresión severa estaba cargada de amenazas. En lo alto, el poeta, enloquecido, se precipitaba de un salto tras su amante.

Esta escena dramática fue reemplazada por el inesperado retrato de un lobo con ojos llameantes. El cuerpo del animal ocupaba tanto lugar como todos los cuadros precedentes; abajo se leía, en grandes mayúsculas, esta inscripción latina: "LUPUS". Ningún vínculo de proporción o de color unía esta silueta gigante con la serie oriental, cuya unidad era flagrante.

El lobo se borró pronto y vimos reaparecer la imagen del principio, con el jardín y su fuente de mármol, el poeta cantor y la pareja de la ventana. Todos los cuadros volvieron a pasar en idéntico orden, separados por intervalos de la misma duración. El lobo cerró la serie, que fue seguida por un tercer ciclo exactamente similar a los primeros. Indefinidamente la planta repetía curiosas revoluciones moleculares, que parecían ligadas a su propia existencia.

Cuando por cuarta vez el jardín inicial volvió con su fuente, las miradas, hartas de la monotonía del espectáculo, se fijaron en Fogar, siempre inanimado.

El cuerpo del joven negro y los objetos colocados en los bordes del lecho estaban cubiertos de reflejos multicolores, provenientes del extraño baldaquín.

Como las baldosas de una iglesia, que reproducen al sol los menores detalles de un vitral, todo el espacio ocupado por el lecho cuadrado plagiaba servilmente los contornos y los colores fijados en la pantalla.

Se reconocían los personajes, el chorro de agua, la fachada del palacio que, agrandada por la proyección, se tendía suntuosamente, abrazando las formas variadas hasta lo infinito, los diversos obstáculos o asperezas puestos allí por la casualidad.

Los efluvios policromos desbordaban ampliamente el suelo, donde se recortaban, en ciertos lugares, unas sombras fantásticas.

Sin levantar siquiera los ojos hacia la planta, se notaba, se quisiera o no, cada cambio puntual, que producía

por reverberación un nuevo cuadro, ya familiar y previsto.

Pronto llegó a su fin la postración de Fogar. Su pecho se elevó levemente, señalando la vuelta de la función respiratoria. Bex apoyó la mano sobre el corazón tanto tiempo detenido, y después volvió a su puesto, mencionando tímidas palpitations apenas apreciables.

De pronto un agitarse de los párpados indicó el completo regreso a la vida. Los ojos perdieron su fijeza anormal y Fogar, con un movimiento brusco, se apoderó de la flor violeta al alcance de su mano derecha.

Con una espina del tallo se hizo un corte longitudinal en la cara interior de la muñeca izquierda, abriendo así una vena saliente e hinchada, de donde retiró, para depositar sobre el lecho, un coágulo de sangre verdosa, enteramente solidificada.

Después, con un pétalo de la flor que arrancó con presteza y estrujó entre sus dedos, formó numerosas gotas de un eficaz líquido que, al caer sobre la vena, cerró súbitamente los bordes separados.

Entonces la circulación, libre de todo obstáculo, se restableció fácilmente.

Dos operaciones idénticas, hechas por el mismo Fogar en su pecho y cerca del ángulo interno de la rodilla derecha, produjeron nuevos coágulos, semejantes al primero. Requeridos para soldar las venas, dos nuevos pétalos faltaban ahora a la flor violeta.

Las tres piedras que Fogar sostenía ahora en la mano izquierda parecían delgados bastones de una transparencia angélica y pegajosa.

El joven negro había logrado el resultado buscado en su voluntaria catalepsia, cuyo único fin, en efecto, era provocar una condensación parcial de la sangre, capaz de proporcionar tres fragmentos solidificados, llenos de tonalidades delicadas.

Vuelto hacia la derecha y mirando la llama del pa-

bellón rayado de rojo, Fogar tomó una de las piedras de sangre y la elevó dulcemente hacia la alabarda azul.

Súbitamente se produjo un estremecimiento en el estambre blancuzco, cubierto de reflejos venidos desde arriba; el triángulo, inmóvil hasta ese momento, descendió aferrándose a su tallo; en lugar de una simple tela tuvimos ante los ojos un animal extraño, dotado de instinto y de movimiento. Las rayas de tono rojo eran poderosos vasos sanguíneos, y el par de puntos simétricos y negros eran dos ojos turbadores y fijos. La base vertical del triángulo adhería a la alabarda por numerosas ventosas, que una serie de contorsiones desplazaba desde hacía unos momentos en dirección constante.

Fogar, levantando siempre su piedra verde, llegó junto al animal, que descendía con regularidad.

Sólo las ventosas superiores quedaron pegadas. Las de abajo, separadas de la alabarda, se apoderaron ávidamente de la piedra abandonada por el adolescente.

Gracias a un trabajo de glotona succión, las bocas aspirantes, ayudándose entre ellas, absorbieron pronto la pasta sanguínea, de la que parecían prodigiosamente ávidas.

Terminada la comida, las ventosas volvieron a pegarse a la alabarda y el conjunto, inmovilizado, recobró su aspecto de bandera rígida, de colores desconocidos.

Fogar puso la segunda piedra frente al frágil pórtico levantado a la izquierda de la alabarda azul, en el borde del lecho.

Pronto la franja colgada a la cara inferior del travesano horizontal se agitó febrilmente, como atraída por un poderoso estímulo.

La arista superior estaba formada por un sistema de ventosas semejante al del animal triangular.

Un trabajo de acrobacia le permitió alcanzar una de las vigas y dirigirse verticalmente hacia la golosina que le ofrecían.

Los tentáculos flotantes, dotados de vida y de fuerza, aferraron con delicadeza la piedra para entregarla a otras ventosas que, dejando el poste, no tardaron en regodearse.

Cuando la presa fue enteramente asimilada, la franja se irguió por el mismo camino hasta llegar al travesaño alto, donde recobró su posición familiar.

La última piedra fue depositada por Fogar en el fondo del recipiente lleno de jabón blanco.

Bruscamente vimos moverse la espuma espesa, formada en la parte superior del bloque, unido y resbaladizo.

Un tercer animal acababa de revelar su presencia, disimulada hasta ese momento por una inmovilidad absoluta, unida a un aspecto engañoso.

Un caparazón de nieve cubría el cuerpo de la extraña bestia que, trepando con lentitud, dejaba escapar a intervalos regulares un gemido seco y quejoso.

Los reflejos del baldaquín adquirirían un vigor especial sobre el tegumento inmaculado, que se teñía con notable nitidez.

Al llegar al borde del jabón, el animal descendió a pico, para llegar al fondo del recipiente. Allí, lleno de glotonería impaciente, tragó el guijarro de sangre y después se inmovilizó en silencio, para iniciar con pesadez una digestión tranquila y voluptuosa.

Fogar se arrodilló en el lecho para alcanzar más fácilmente los objetos que estaban alejados de él.

Con la punta de los dedos desplazó una delgada palanca fijada exteriormente a la alcoba de metal que seguía al bloque jabonoso.

En el mismo momento una brillante luz incendió la esponja expuesta a todas las miradas. Varios tubos de vidrio, atravesados por una corriente luminosa, se alinearon horizontalmente sobre las paredes de la alcoba, súbitamente inundada de rayos.

Vista así por transparencia, la esponja mostraba, en medio de su tejido casi diáfano, un verdadero corazón humano en miniatura, al que se unía una red sanguínea bastante compleja. La aorta, bien diseñada, arrastraba una multitud de glóbulos rojos que, por toda suerte de vasos ramificados hasta lo infinito, distribuían la vida hasta las porciones más lejanas del organismo.

Fogar tomó el ánfora que estaba junto a la alcoba y derramó sobre la esponja algunos chorros de agua pura y límpida.

Pero esta mojadura inesperada pareció desagradar al sorprendente ejemplar, que se contrajo vigorosamente, como para exprimir el inoportuno líquido.

Una abertura central, en el nivel inferior de la placa de la alcoba, daba paso al agua rechazada, que caía así al suelo como un hilo delgado.

Varias veces el adolescente recomenzó la maniobra. En el centro de la irradiación eléctrica, las gotas, convertidas en diamantes, presentaban a veces reflejos de piedras preciosas debido a las proyecciones multicolores perpetuamente renovadas.

Fogar dejó el ánfora en su lugar y tomó el cilindro a hélice que estaba al lado.

Este nuevo objeto, completamente metálico, de dimensiones muy restringidas, contenía una poderosa pila que el joven utilizó apretando un botón.

Como obedeciendo a una orden, la hélice, fijada en el extremo del cilindro como a la popa de un navío, giró rápidamente con un ligero ruido.

Pronto el instrumento, paseado por Fogar, dominó la placa de cinc horizontal, siempre en equilibrio en lo alto del pilar.

Colocada abajo, la hélice abanicaba constantemente la superficie grisácea, cuyo aspecto se modificó poco a poco; el céfiro, acariciando sucesivamente todos los puntos del contorno, provocó una contracción del extraño disco, que se redondeaba como una cúpula: se hubiera

dicho que alguna gigantesca membrana de ostra se crispaba bajo la acción de un ácido.

Fogar, sin prolongar la experiencia, detuvo el ventilador y lo colocó junto al ánfora.

Privados de viento los bordes de la cúpula se levantaron dulcemente, y en pocos instantes el disco recobró su antigua rigidez, perdiendo, de su falsa apariencia, la vida animal que acababa de manifestarse en él.

Girando a la izquierda, hacia la otra cara de su lecho cuadrado, Fogar levantó el bloque gelatinoso y lo colocó con cuidado sobre las cien agujas de azabache plantadas verticalmente en su lecho de cemento; abandonado por el joven negro, el inerte amasijo de carne se hundió lentamente por efecto de su propio peso.

Bruscamente, bajo la impresión de dolor agudo causado por el pinchazo de las cien puntas negras, un tentáculo, colocado en la parte anterior del bloque, se irguió en señal de preocupación, desplegando en la extremidad tres ramas divergentes, terminadas por una estrecha ventosa presentada de frente.

Fogar sacó de la canasta los tres gatos, semi dormidos. Durante este movimiento la sombra de su cuerpo cesó de cubrir el bloque, sobre el que se proyectó en parte la enorme silueta del antifaz, presente por décima vez o más en el espesor de la pantalla vegetal.

Uno a uno los tres gatos fueron pegados por el lomo a las tres ventosas, que parecían pertenecer al brazo de un pulpo, y que retuvieron su presa con fuerza irresistible.

Entretanto las cien puntas de azabache penetraban cada vez más en la carne del animal informe, cuyo creciente sufrimiento se manifestaba en un movimiento giratorio de las tres ramas, mudas como los rayos de una rueda.

Las vueltas, lentas al principio, se aceleraban febril-

mente, con gran perjuicio para los gatos, que se debatían sin esperanza, sacando las uñas.

Pronto todo se confundió en un torbellino desenfrenado que provocaba un furioso concierto de maullidos.

El fenómeno no provocaba ninguna torsión del tentáculo, que desempeñaba el papel de soporte. Gracias a algún cubo de rueda sutil y misterioso, el conjunto sobrepasaba en fuerza y en interés el espectáculo ilusorio dado por una rueda giratoria.

La velocidad de evolución se acentuó aun más bajo la influencia de los cien pinchazos, cada vez más profundos y más torturantes; el aire, desplazado violentamente, producía un rumor continuo, cuyo diapasón subía sin cesar; los gatos, confundidos, formaban un disco ininterrumpido rayado de verde, de donde escapaban enloquecidas quejas.

Fogar levantó el bloque y lo dejó en su sitio primitivo.

La supresión del dolor provocó de inmediato la disminución y luego el fin de los sorprendentes giros.

Con ayuda de tres violentos sacudones, Fogar liberó a los gatos, que depositó, aturcidos y gimiendo, en la canasta, mientras el tentáculo de tres ramificaciones volvía a caer inerte en medio de reflejos regularmente transformados.

Inclinándose hacia la derecha el adolescente volvió a tomar el ánfora y vertió sobre el jabón blanco cierta cantidad de agua, que pronto cayó por detrás como lluvia, gracias a estrechas aberturas en el fondo del recipiente.

El ánfora, absolutamente vacía, fue vuelta a colocar cerca del cilindro a hélice, y el joven negro tomó con toda la mano el jabón humedecido en sus seis caras chatas de cubo ligeramente alargado.

Después, retrocediendo lo más posible hacia la cabecera del lecho, Fogar, con el ojo izquierdo cerrado, contempló largamente los tres lingotes de oro, que veía

uno tras otro en perfecta alineación entre la canasta de los gatos y la alfombrilla de cien puntas negras.

De pronto el brazo del joven se tendió flexible.

El jabón pareció ejecutar una serie completa de saltos peligrosos, describió una alta curva y después fue a caer sobre el primer lingote; rebotó luego, girando siempre como una rueda, hasta el segundo rollo de oro, que apenas rozó un instante; una tercera trayectoria, acompañada solamente por dos saltos más lentos, lo llevó al tercer cilindro macizo, donde quedó en equilibrio, parado e inmóvil.

La viscosidad deliberada del objeto empleado, unida a la redondez superior de los tres lingotes, volvía muy meritorio este acto de habilidad.

Tras dejar el jabón en su recipiente especial, Fogar continuó su exploración, y tomó con cuidado en la mano izquierda el delicado aparato en forma de puerta de jaula.

Después, con tres dedos de la mano derecha que secó en el taparrabo, se apoderó de la ramita cortada a lo largo.

Este último objeto, utilizado a guisa de arco, le sirvió para rasguear, como una cuerda de violín, una de las crines negras tendidas entre los montantes del arpa rectangular.

La rama efectuaba el frote con su cara interna, donde una goma resistente, hecha con algún producto natural, cumplía con éxito el oficio de colofonia.

La crin vibraba poderosamente, produciendo a la vez, debido a cierta nudosidad muy curiosa, dos sonidos perfectamente distintos, separados por un intervalo de quinta; se veían, de arriba a abajo, dos zonas de oscilación bien definidas y netamente desiguales.

Fogar, cambiando de lugar, paseó su arco sobre otra crin, que por sí sola, produjo una tercera mayor, igualmente justa.

Uno a uno todos los hilos sonoros, probados aisladamente por el ir y venir de la ramita, dieron dos sonidos simultáneos de amplitud parecida. Justos o disonantes, los intervalos diferían todos, dando a la experiencia una divertida variedad.

El adolescente, dejando el arpa y el arco, tomó las dos piedras oscuras y las golpeó violentamente una contra la otra sobre la espesa candela colocada en un ángulo del lecho; un grupo de chispas, brotadas al primer golpe, cayeron en parte sobre la mecha, muy combustible, que llameó en seguida.

Cargada de una brusca rareza, revelada por la cercana iluminación de la tranquila y recta llama, la sustancia misma de la candela pareció ser la pulpa porosa y apetitosa de algún fruto de delicadas nervaduras.

Pronto la atmósfera fue sacudida por un formidable crepitar, surgido de la candela que, al consumirse, imitaba el ruido del trueno.

Un corto silencio separó el primer trueno de otro ruido todavía más violento, seguido por algunos rugidos sordos, que señalaron un período de apaciguamiento.

La candela ardía rápida y pronto la evocación de la tempestad adquirió una prodigiosa perfección. Algunos golpes de rayo, de terrible ruido, alternaban con la voz lejana de ecos murientes y prolongados.

El deslumbrante claro de luna contrastaba con aquella batahola característica y furiosa, donde sólo faltaban el silbido del huracán y los relámpagos.

Cuando la vela, cada vez más corta, desapareció casi del todo, Fogar, con un soplido, apagó la mecha y el apacible silencio se restableció sin transición.

De inmediato los cargadores negros, que habían vuelto desde hacía un rato, levantaron el lecho, donde el adolescente se tendió perezoso.

El grupo se alejó sin ruido en medio de los resplandores

siempre cambiantes creados por las proyecciones policromadas.

Era ahora el momento solemne de proceder a la distribución de recompensas.

Juillard sacó del bolsillo, en forma de colgante recordado en una delgada hoja de hierro blanco, un triángulo equilátero que, representando la mayúscula griega *delta*, llevaba sobre una de sus puntas una argolla poco importante, colocada por una voluntaria torsión de equilibrio en un plano perpendicular al del conjunto.

Este juguete de apariencia niquelada, unido a una enorme cinta azul circular que pasaba por el anillo de suspensión, constituía el *Gran Cordón de la Orden del Delta*, cuyo poseedor debía enriquecer a los accionistas avisados que habían tenido fe en él.

Escogiendo por criterio único la actitud tomada por el público negro durante cada una de las exhibiciones, Juillard llamó sin vacilar a Mario Boucharessas, cuyos gatitos, al jugar al rescate, habían desencadenado sin cesar el entusiasmo ponukeliano.

Adornado con la insignia suprema, el niño se volvió, feliz y orgulloso, admirando sobre su pecho el efecto de la cinta azul que cortaba diagonalmente la pálida malla rosada, mientras que, a su lado izquierdo, el brillante pendiente, cargado de rayos de luna, se destacaba vivamente sobre el fondo negro del calzón de terciopelo.

En el grupo de especuladores habían estallado algunos gritos de alegría, lanzados por los accionistas de Mario, entre los cuales iba a repartirse pronto una prima de diez mil francos.

Después de prender el Gran Cordón, Juillard mostró seis *deltas* más pequeñas que la primera, aunque de forma idéntica, y talladas en el mismo metal. Esta vez cada argolla, abandonada en el plan general, estaba atravesada por una delgada cinta azul de algunos centímetros

de largo, que llevaba, en la doble extremidad superior, un par de alfileres verticales ligeramente curvos.

Siempre guiado imparcialmente por la unánime aprobación aborigen de los diversos candidatos, Juillard hizo que se acercaran Skarioffszky, Tancredo Boucharesses, Urbano, Lelgoualch, Ludovic y La Billaudière-Maison-nial, para fijar en el pecho de cada uno, sin fórmulas ni discursos, una de las seis nuevas condecoraciones que simbolizaban el grado de *Caballero del Delta*.

La hora del descanso había sonado.

Tras una orden de Talú que, a grandes pasos, dio él mismo la señal de retirada, los nativos se dispersaron en Ejur.

Nuestro grupo, en su totalidad, se dirigió al barrio especial que le estaba reservado en el seno de la extraña capital, y pronto dormimos todos al abrigo de nuestros refugios primitivos.

IX

Al día siguiente Norbert Montalescot nos despertó al amanecer.

Vestidos rápidamente, tomamos en grupo compacto el camino de la Plaza de los Trofeos, gustando voluptuosamente el relativo frescor de la hora matinal.

Prevenidos también por Norbert, el emperador y Sirdah desembocaron en la explanada al mismo tiempo que nosotros. Abandonando su atuendo de la víspera, Talú llevaba su traje habitual de jefe indígena.

Norbert nos llamó al cuartito donde Louise había pasado trabajando toda la noche. Levantado con los primeros claros del alba, Norbert se había presentado a recibir órdenes de su hermana que, elevando la voz sin mostrarse, le había ordenado sustraernos de inmediato al sueño.

De pronto, produciendo un ruido seco y desgarrante, una lámina brillante, presentada parcialmente ante nuestros ojos, pareció tallar por sí misma una de las paredes del cuartito.

El tajo, aserrando con fuerza el espeso tejido, terminó por formar un vasto agujero rectangular; el cuchillo era manejado desde el interior por Louise, y bien pronto, arrancando el trozo de tela cortada, ella salió fuera, llevando una enorme valija muy cargada.

—Todo está listo para la experiencia —exclamó, con una sonrisa de dichoso triunfo.

Era alta y encantadora, con su apariencia de guerrera acentuada por unos ahuchados pantalones, retenidos en finas botas de montar.

En la abertura recientemente hecha aparecieron, mezclados sobre una mesa, toda suerte de redomas, de cuernos y de cubetas chatas, que convertían el cuartito en un curioso laboratorio.

La urraca acababa de escapar y revoloteaba libremente de uno a otro sicomoro, llenándose de independencia y de aire puro.

Norbert tomó la pesada valija de manos de su hermana y se puso a marchar junto a ella hacia el sur de Ejur.

Toda la escolta, con Talú y Sirdah a la cabeza, siguió al hermano y a la hermana, que caminaban velozmente en la creciente claridad.

Luego de salir de la ciudad Louise marchó aún un momento; después, seducida por ciertas combinaciones de tonos, se detuvo justo en el punto en que nosotros habíamos contemplado el día anterior los fuegos artificiales.

La aurora, aclarando por detrás los magníficos árboles de Behulifruen, producía juegos de luces curiosos e inesperados.

Talú escogió por sí mismo un lugar favorable al cautivante ensayo prometido y Louise, abriendo la valija que había traído su hermano, sacó un objeto plegado que, una

vez armado y puesto en posición ordinaria, formaba un caballete rigurosamente vertical.

Una nueva tela, bien tensa sobre su marco interno, fue colocada a la mitad del caballete y firmemente sujeta por un garfio móvil que Louise bajó hasta el nivel requerido. Después la joven, con mucho cuidado, tomó, de una caja preservadora de todo contacto, una paleta preparada de antemano, que se adaptó exactamente a cierta armadura de metal fijada al lado derecho del caballete. Los colores, en manchas bien aisladas, estaban alineados en semicírculo con una precisión geométrica sobre la parte superior de la frágil hoja de madera que, al igual que la tda a pintar, estaba frente a Behulifruen.

La valija contenía, además, un soporte articulado parecido al pie de un aparato fotográfico. Louise lo tomó, alargó las tres patas extensibles y lo colocó en el suelo, no lejos del caballete, controlando con solicitud la altura y estabilidad del conjunto.

En ese momento, obedeciendo las indicaciones de su hermana, Norbert sacó de la valija, para colocarlo tras el caballete, un pesado cofre, cuya cobertura de vidrios dejaba ver varias pilas alineadas una junto a otra.

Entretanto Louise desempaquetó lentamente, con infinito cuidado, un utensilio sin duda muy frágil, que apareció a nuestros ojos bajo el aspecto de una placa espesa y maciza, protegida por una cubierta de metal perfectamente adaptada a su forma rectangular.

Recordando sucintamente el esqueleto de una balanza rígida, la parte culminante del soporte de tres patas, se componía de una especie de tenedor muy abierto, bruscamente terminado por dos montantes verticales, sobre los cuales, con un gesto de precaución, Louise fijó uno de los largos lados de la placa, utilizando dos finas aberturas, profundas y bien colocadas, que mantenían al aire libre un par de cortas ranuras posteriores, manejadas con un fácil vaivén en el borde que encerraba la cubierta.

Para apreciar la disposición de los diferentes artícu-

los, la joven, guiñando los ojos, retrocedió hasta Behulifruen, a fin de juzgar mejor las respectivas distancias. Ella veía ahora a su derecha el soporte y, a la izquierda, el caballete que precedía al cofre y, en el medio, la paleta cargada de colores.

La placa rectangular exponía directamente al fuego de artificio de la aurora su cubierta lisa, que podía agarrarse por un anillo central; el reverso, desprovisto de todo velo, daba nacimiento a una miríada de hilos metálicos prodigiosamente finos que, presentando el aspecto de una cabellera regular, servían para hacer comunicar cada imperceptible región de la sustancia con un aparato provisto de una fuente de energía eléctrica. Los hilos, al reunirse bajo una cubierta aisladora, formaban una espesa trenza terminada por un lingote alargado que Louise, de vuelta en su puesto, hundió, bajándose sobre una abertura lateral del cofre con pilas.

La valija proporcionó aún, bajo forma parcial de apoyo fotográfico, un fuerte tubo vertical que, bien plantado sobre la pesada base circular, estaba flanqueado en la punta por un tornillo fácilmente manejable que podía fijar a una altura cómoda un poste interior de hierro.

Colocando el aparato frente al caballete, Louise levantó el poste móvil y lo sacó del tubo, y cerró el tornillo tras verificar cuidadosamente el nivel alcanzado por la punta suprema, que se encontraba colocada justo frente a la tela, aún intacta.

Sobre esta punta estable y aislada la joven hundió con solidez, como si fuera una bolita, cierta gran esfera de metal, provista horizontalmente por una especie de brazo como pivote y articulado, cuyo extremo, dirigido hacia la paleta, tenía una decena de pinceles parecidos a los rayos de una rueda en posición acostada.

Pronto, gracias a los cuidados de la operadora, un hilo

doble estableció comunicación entre la esfera y el cofre eléctrico.

Antes de comenzar la experiencia, Louise, sacando una pequeña alcuza, echó una gota de aceite en las cerdas de cada pincel. Norbert hizo a un lado la molesta valija, casi vacía desde que la joven había extraído la esfera de metal.

Durante los preparativos el día había ido saliendo, y el Behulifruen se llenaba ahora de resplandores deslumbrantes, formando un conjunto feérico y multicolor.

Louise no pudo retener un grito de admiración al volverse hacia el espléndido jardín, cuya iluminación parecía mágica. Juzgando el minuto incomparable y milagrosamente apropiado a la realización de sus proyectos, la joven se acercó al soporte triplemente ramificado y tomó por la argolla la cubierta adaptada a la placa.

Los espectadores se agruparon cerca del caballete para no poner obstáculo a los rayos luminosos.

Louise estaba visiblemente emocionada en el momento de intentar la gran prueba. Su respiración orquestal se aceleró, dando mayor frecuencia y vigor a los acordes monótonos continuamente exhalados por las agujetas. Con un gesto brusco arrancó la cubierta y luego pasó tras el soporte y el caballete, y vino a unirse a nosotros para espiar los movimientos del aparato.

Privada del obturador que la joven mantenía siempre entre las manos, la placa surgió ahora desnuda, mostrando una superficie parda, lisa y brillante. Todas las miradas se fijaron ávidas en esta misteriosa materia, dotada por Louise de extrañas propiedades foto-mecánicas. Súbitamente un ligero estremecimiento agitó, frente al caballete, el brazo automático, hecho en suma con una simple lámina horizontal y brillante, soldada en el medio; el ángulo móvil del codo tendía a abrirse lo más posible bajo la acción de un resorte bastante poderoso, contrariado por un flexible hilo de metal que, saliendo de

la esfera, aferraba la punta del brazo controlando así la apertura; en este momento el hilo, al alargarse, dejaba que el ángulo se agrandara progresivamente.

Este primer síntoma provocó un ligero movimiento en el público ansioso y turbado.

El brazo se tendió lento hacia la paleta, mientras la rueda, horizontal y sin llanta, creada en el extremo por la estrella de pinceles, se elevaba gradualmente en la punta de un eje vertical, movido en el sentido de elevación por cierta ródela dentada que una correa de transmisión llena de elasticidad ligaba directamente a la esfera.

Los dos movimientos combinados condujeron la punta de un pincel hacia una densa provisión de azul acumulado en lo alto de la paleta. Las cerdas se tiñeron rápidamente; luego, tras un breve descenso, colocaron las parcelas tomadas en una porción virgen de la superficie de madera. Algunos átomos de color blanco, tomados de la misma manera, fueron depositados en el lugar recién teñido de azul, y los dos colores, perfectamente amalgamados por un prolongado frote, dieron como resultado un celeste muy atenuado.

Ligeramente doblado por la tracción del hilo metálico, el brazo se balanceó dulcemente y se detuvo, en lo alto, frente al ángulo izquierdo de la tela fijada al caballete. Pronto el pincel impregnado de aquel tono delicado trazó automáticamente sobre el borde del futuro cuadro una banda de cielo, estrecha y vertical.

Un murmullo de admiración saludó este primer trazo y Louise, segura ya del éxito, lanzó un gran suspiro de satisfacción, acompañado por una ruidosa fanfarria de sus agujetas.

La rueda de pinceles, que había vuelto a colocarse frente a la paleta, giró súbitamente sobre sí misma, movida por una segunda correa de transmisión que, hecha como la primera, de una tela extensible, desaparecía en el interior de la esfera. Se oyó un ruido seco, produ-

cido por un freno, que fijó sólidamente, en el lugar privilegiado, un nuevo pincel, con las cerdas nuevas e intactas. Pronto varios colores primarios, mezclados en otra porción de la paleta, formaron un tono amarillo oro lleno de fuego que, transportado al cuadro, continuó la banda vertical ya comenzada.

Volviéndose hacia el Behulifruen, se podía constatar la exactitud absoluta de aquella sucesión brusca de dos colores, que formaban una línea netamente marcada en el cielo.

El trabajo proseguía con precisión y rapidez. Ahora, tras cada visita a la paleta, varios pinceles efectuaban por turnos sus diferentes amalgamas de colores; llevados ante el cuadro, desfilaban de nuevo en orden, y todos depositaban sobre la tela, a veces en proporción ínfima, sus colores frescos y especiales. Este procedimiento volvía accesibles las más sutiles gradaciones de tono y, poco a poco, un trozo de paisaje lleno de interés verdadero se mostró ante nosotros.

Sin dejar de mirar el aparato, Louise nos daba útiles explicaciones.

Sólo la placa parda ponía todo en movimiento por un sistema basado en el principio de electro-imantación. Pese a la ausencia de todo objetivo, la pulida superficie, debido a su extrema sensibilidad, recibía impresiones luminosas muy poderosas que, transmitidas por los innumerables hilos del reverso, animaban todo un mecanismo en el interior de la esfera, cuya circunferencia debía medir más de un metro.

Como pudimos comprobar con nuestros ojos, los dos postes verticales que terminaban el soporte a tres patas estaban hechos de la misma materia parda de la placa misma; gracias a una perfecta adaptación, formaban con ella un bloque homogéneo y contribuían así, en su región especial, al perpetuo extenderse de la comunicación fotomecánica.

Según las revelaciones de Louise, la esfera contenía

una segunda placa rectangular que, provista de un nuevo centro de hilos, le aportaba las sensaciones policromas de la primera y estaba recorrida de corte en corte por una estrecha rueda metálica, capaz de mover eléctricamente, por una corriente establecida por ella, un complejo conjunto de bielas, pistones y cilindros.

La tarea avanzaba progresivamente hacia la derecha, siempre por bandas verticales trazadas una tras otra, de arriba abajo. Cada vez que la rueda sin llanta giraba ante la paleta o frente a la tela, se oían los llamados estridentes del fijador, destinado a mantener sucesivamente tal o cual pincel durante el breve trabajo. Este ruido monótono copiaba, con mucha mayor lentitud, los chirridos prolongados de los torniquetes de feria.

Toda la superficie de la paleta aparecía ahora manchada o embadurnada; las mezclas más heteróclitas estaban una junto a otra, y eran modificadas sin cesar por cada nuevo aporte de color fundamental. Ninguna confusión se producía pese a aquel abigarramiento, ya que cada pincel seguía consagrado a cierta categoría de tonos que le conferían una especialidad más o menos definida.

Pronto quedó terminada la mitad izquierda del cuadro.

Louise espiaba con alegría las acciones del aparato, que hasta ese momento había funcionado sin accidente ni error.

El éxito no se desmintió un instante mientras se terminaba el paisaje, cuya segunda mitad fue pintada con maravillosa seguridad.

Unos segundos antes de la terminación de la experiencia, Louise pasó de nuevo detrás del caballete y luego detrás del soporte, para colocarse cerca de la placa sensible. En ese momento no quedaba ya en el extremo derecho del cuadro más que una estrecha línea blanca, que fue adecuadamente colmada.

Tras la última pincelada, Louise colocó vivamente la

cubierta obturadora sobre la placa parda, inmovilizando con este gesto el brazo articulado. Libre de toda preocupación relativa al trabajo mecánico, la joven pudo examinar con tranquilidad el cuadro tan curiosamente ejecutado.

Los grandes árboles de Behulifruen estaban fielmente reproducidos con sus magníficas ramas, cuyas hojas, de tonos y formas extrañas, se cubrían de multitud de intensos reflejos. Por tierra unas grandes flores azules, amarillas o encarnadas, brillaban entre la hierba. Más lejos, entre los troncos y la enramada, resplandecía el cielo; abajo, una primera zona horizontal de un rojo sangre se atenuaba para dejar lugar, un poco más arriba, a una banda amarilla que, aclarándose, hacía nacer un amarillo oro muy vivo; después venía un celeste apenas marcado, en cuyo seno brillaba, hacia la derecha, una última estrella demorada.

La obra, en su conjunto, daba una impresión de colorido singularmente poderoso y repetía rigurosamente el modelo, como todos pudimos comprobar lanzando una simple mirada hacia el jardín.

Louise, ayudada por su hermano, movió el gancho del caballete y reemplazó el cuadro por un bloque del mismo tamaño, formado por la espesa yuxtaposición de unas hojas blancas ligadas por el borde. Después, quitando el último pincel utilizado, colocó en el lugar libre un lápiz cuidadosamente tallado.

Algunas palabras revelaron el fin de la ambiciosa joven que, para presentar un simple dibujo, forzosamente más preciso que el cuadro como finura de contornos, sólo tenía que hacer jugar cierto resorte colocado en lo alto de la esfera para modificar ligeramente el mecanismo interior.

Dispuestos a proporcionar un tema animado y tupido, quince o veinte espectadores, a pedido de Louise, fueron a agruparse a corta distancia, en el terreno abarcado por

la placa. Buscando un efecto de vida y movimiento, se colocaron como transeúntes de una calle concurrida; algunos, evocando con su actitud una marcha rápida, inclinaban la frente con aire de profunda preocupación; otros, más tranquilos, formaban parejas holgazanas, mientras dos amigos, desde lejos, cambiaban un saludo familiar al cruzarse.

Recomendando, como si fuera un fotógrafo, la más total inmovilidad a los figurantes, Louise, colocada tras la placa, levantó la cubierta con un golpe seco, y después dio la vuelta como de costumbre para vigilar de más cerca el manejo del lápiz.

El mecanismo, renovado y modificado por la acción del resorte oprimido sobre la esfera, llevó suavemente hacia la derecha el brazo articulado. El lápiz se puso a correr de arriba abajo sobre el papel blanco, siguiendo las mismas secciones verticales precedentemente trazadas por los pinceles.

Pero esta vez no hubo ningún desplazamiento hacia la paleta, ningún cambio de instrumento, ninguna maceración de colores, cosas no correspondientes a la tarea actual, que avanzaba con velocidad. El mismo paisaje apareció en el fondo, pero su interés, ahora secundario, quedaba aniquilado por los personajes de primer plano. Los gestos, tomados a lo vivo —los *habitus*, muy definidos— las siluetas, curiosamente divertidas —y los rostros gritando el parecido— tenían la expresión deseada, sombría o alegre. Algún cuerpo, algo inclinado hacia el suelo, parecía presa de vivo deseo de marchar hacia adelante; una cara radiante denotaba la grata sorpresa de un encuentro inesperado.

El lápiz se deslizaba ágilmente sobre la hoja, de la que se retiraba de vez en cuando, y el papel quedó colmado en unos minutos. Louise, de vuelta a su puesto en el tiempo requerido, colocó el obturador sobre la placa y llamó a los figurantes que, contentos de moverse un

poco después de la prolongada inmovilidad, fueron corriendo a admirar la nueva obra.

Pese al contraste del decorado, el dibujo daba la idea exacta de una afiebrada circulación callejera. Cada uno se reconocía sin dificultad en medio del grupo compacto, y las más vivas felicitaciones fueron prodigadas a Louise, conmovida y radiante.

Norbert se encargó de desmontar todos los artefactos y ponerlos en la valija.

Entretanto, Sirdah manifestaba a Louise la completa satisfacción del emperador, maravillado de la manera en que la joven había cumplido todas las condiciones estrictamente impuestas por él.

Diez minutos después todos habíamos regresado a Ejur.

Talú nos llevó hasta la Plaza de los Trofeos, donde percibimos a Rao acompañado por un guerrero indígena.

Ante todos, el emperador señaló a Carmichaël, comentando su gesto con algunas breves palabras.

De inmediato Rao se acercó al joven marsellés y lo llevó hasta uno de los sicómoros vecinos al teatro rojo.

El guerrero quedó en guardia para vigilar al pobre castigado que, de pie, con el rostro vuelto hacia el árbol, comenzó las tres horas de penitencia durante las cuales debía repetir la *Batalla de Tez*, mal recordada la víspera.

Sacando de las bambalinas desiertas la silla de Juillard, fui a sentarme bajo las ramas del sicómoro, y propuse a Carmichaël facilitarle la tarea con mi ayuda. Él me tendió de inmediato una gran hoja suelta, donde la pronunciación bárbara del texto ponukeliano se encontraba minuciosamente transcrita en caracteres franceses. Estimulado por el temor a un nuevo fracaso, se puso a recitar con atención la extraña lección, canturreando la tonada a media voz, mientras yo seguía cada línea sílaba

por sílaba, pronto a revelar el menor error o a soplar algún fragmento olvidado.

La multitud, abandonando la Plaza de los Trofeos, se había desparramado en Ejur y, algo distraído por mi tarea puramente mecánica, yo no podía menos que pensar, en el gran silencio matinal, en las múltiples aventuras que desde hacía tres meses habían llenado mi vida.

X

El 15 de marzo pasado, proyectando cierto viaje de larga duración a través de las curiosas regiones de América del Sur, yo me había embarcado en Marsella en el *Lyncée*, amplio y rápido navío destinado a Buenos Aires.

Los primeros días de viaje fueron tranquilos y soberbios. Gracias a la familiaridad de las comidas, tomadas en común, no tardé en conocer un grupo de pasajeros, de los que daré una lista sumaria y documentada:

1º El historiador Juillard que, poseedor de una linda fortuna, realizaba continuos viajes de placer, dando aquí y allá atinadas conferencias, famosas por su inteligente y atractiva claridad.

2º La vieja lituana Olga Chervonenkoff, antigua estrella del ballet de San Petersburgo... ahora obesa y bigotuda. Desde hacía quince años, retirada a tiempo del teatro, Olga se había rodeado de gran cantidad de animales que cuidaba con cariño, y vivía tranquila y reclusa en una pequeña propiedad que había comprado en Lituania, no lejos de su ciudad natal. Sus favoritos eran el alce Sladki y la burra Milenkaya, que venían al menor llamado de su voz y con frecuencia la seguían hasta las habitaciones. Últimamente un primo de la ex bailarina, establecido desde su juventud en la República Argentina, había muerto dejando una pequeña fortuna adquirida en las plantaciones de café. Única heredera, Olga, informada de la buena noticia por el notario del difun-

to, resolvió dirigirse a aquellos lugares para vigilar ella misma sus intereses. Partió sin demora, confiando su zoológico a los cuidados de una buena vecina, llena de celo y de devoción. A último momento, no pudiendo resolverse a una separación demasiado dolorosa, compró dos jaulas con claraboya para el alce y la burra, y las depositó con cuidado entre su equipaje. Entre cada parada la tierna viajera visitaba a los dos prisioneros, con una solicitud que no hizo más que acrecentarse en el barco.

3º Carmichaël, joven marsellés de veinte años, ya célebre por su prodigiosa voz de cabeza, que daba la ilusión total del timbre femenino. Desde hacía dos años Carmichaël recorría toda Francia, y había triunfado en todos los *café-concerts* vestido como mujer y cantando en la tesitura deseada, con agilidad y virtuosismo infinitos, los más terribles trozos del repertorio de soprano. Había tomado pasaje en el *Lyncée* a consecuencia de un espléndido contrato para el Nuevo Mundo.

4º Balbet, campeón francés de pistola y de espada, futuro favorito de un concurso internacional de armas de todas clases organizado en Buenos Aires.

5º La Billaudière-Maisonnial, constructor de objetos de precisión, impaciente por presentar en el mismo concurso un florete mecánico de estocadas múltiples y trascendentales.

6º Luxo, fabricante de pirotecnia, poseedor en Courbevoie de una amplia factoría donde se elaboraban todos los grandes fuegos de artificio de París. Tres meses antes de embarcarse, Luxo había recibido la visita del joven barón Ballesteros, riquísimo argentino que, desde hacía muchos años, llevaba una vida de locos gastos y continua ostentación en París. Decidido a volver a su país para casarse, Ballesteros quería, en ocasión de su boda, organizar unos inmensos fuegos artificiales en el parque de su castillo, cercano a Buenos Aires; además del precio convenido se haría un pago especial si Luxo iba en persona a arreglar el asunto. El fabricante aceptó

el pedido y prometió llevarlo él mismo a destino. Antes de separarse el joven barón, un poco mareado por su merecida reputación de buen mozo, formuló un pensamiento que, aunque revelaba una mentalidad de rasta-cuero, no carecía de sorpresa ni de originalidad. Él deseaba, como número final, unos cohetes que, al estallar, sembraran por el aire su propia imagen bajo distintos aspectos, en lugar de gusanos o estrellas multicolores, cuya banalidad le parecía fastidiosa. Luxo declaró que el proyecto era realizable y recibió al día siguiente una voluminosa colección de fotografías para que sirvieran de modelo; en ellas se veía a su fastuoso cliente luciendo los atuendos más variados. Un mes antes de la celebración del matrimonio, Luxo partió con su cargamento completo, sin olvidar el famoso *bouquet*, embalado aparte con cuidado especial.

7° El gran arquitecto Chenevillot, contratado por el mismo barón Ballesteros, que quería efectuar durante el viaje de bodas importantes reparaciones en el castillo, y había juzgado que sólo un constructor francés podría satisfacer sus deseos. Chenevillot llevó, pues, consigo algunos de sus mejores obreros, para que vigilaran estrictamente una tarea que había sido confiada a trabajadores argentinos.

8° El hipnotizador Darriand, deseoso de hacer conocer en el Nuevo Mundo algunas plantas misteriosas, cuyas alucinantes propiedades había logrado penetrar, y cuyo aroma podía despertar la agudeza sensorial de un sujeto al extremo de hacerle tomar por realidad unas simples proyecciones luminosas debidas a películas finalmente coloreadas.

9° El químico Bex, que desde hacía un año recoma desinteresadamente varias comarcas, con el solo fin de vulgarizar dos maravillosos descubrimientos científicos, fruto de ingeniosa y paciente labor.

10° El inventor Bedu, que llevaba a América un aparato perfeccionado que, colocado en la corriente de un

río, podía tejer automáticamente las más ricas telas, gracias a un curioso sistema de aspas. Al instalar en el Río de la Plata un aparato construido según sus planes, el inventor esperaba recibir de todos los fabricantes argentinos lucrativos pedidos de aparatos semejantes. Bedu diseñaba y coloreaba él mismo los diferentes modelos de seda, de damasco o de telas persas que deseaba obtener; el funcionamiento de las innumerables aspas, una vez arreglada de acuerdo a una figura indicadora, reproduciría estrictamente la misma muestra, sin ayuda ni vigilancia.

11° El escultor Fuxier que, por medio de un modelado interno milagrosamente sutil, depositaba en ciertas pastillas rojas de su confección el germen de numerosas imágenes seductoras, dispuestas a convertirse en humo ante el contacto inmediato de cualquier brasero. Otras pastillas, de un azul vivo y unido, se derretían súbitamente en el agua, produciendo en la superficie verdaderos bajorrelieves debido al preparado interno. Con la intención de difundir su descubrimiento, Fuxier llevaba a Buenos Aires una provisión intacta y abundante de las dos sustancias compuestas por él, para ejecutar, en el lugar y de acuerdo con los pedidos, algún grupo ligero encerrado en una pastilla roja, o un bajorrelieve líquido contenido en potencia en una pastilla azul. Este método de esculpir con un estallido súbito tenía una tercera aplicación: la de crear delicados temas en uvas capaces de madurar en algunos minutos. Fuxier se había provisto, para sus experiencias, de muchas cepas de viña cultivadas en macetas de rica tierra, cuyo riego y aireación vigilaba con cuidado.

12° Los dos banqueros asociados Hounsfield y Cerjat, a quienes distintos negocios de alta importancia llamaban a la República Argentina, y que viajaban acompañados de tres de sus agentes.

13° Una *troupe* numerosa que iba a Buenos Aires para representar una serie de operetas, y entre cuyos miem-

bros se encontraba el cómico Soreau y la estrella-cantante Jeanne Souze.

14º El ictiólogo Martignon, destinado a formar parte de una misión de sabios que debía embarcarse en Montevideo, en un pequeño yacht a vapor, para operar diversos sondeos en los mares del sur.

15º El doctor Leflaive, médico de abordo.

16º Adinolfi, la gran trágica italiana, que iba a presentarse por primera vez ante el público argentino.

17º El húngaro Skarioffszky, citarista de gran talento que, vestido de gitano, ejecutaba prodigiosas acrobacias en su instrumento, pagadas a precio de oro en ambos continentes por los organizadores de conciertos.

18º El belga Cuijper, dispuesto a recibir grandes salarios legítimamente ganados por su hermosa voz de tenor que, con el uso de un aparato hecho de un metal misterioso, se volvía mágica y formidable.

19º Una extraña reunión de fenómenos, de adiestrados y de acróbatas brillantemente contratados por tres meses en un circo de Buenos Aires. Este personal heteróclito comprendía al payaso Whirligig — al jinete Urbano, propietario del caballo Rómulo — a Tancredo Boucharressas, individuo sin brazos ni piernas, acompañado de sus cinco hijos, Héctor, Tommy, Mario, Bob y Stella — el cantor Ludovic — el bretón Lelgoualch Stéphane Alcott y sus seis hijos, — el prestigioso prestidigitador Jenn y el enano Filippo.

Durante una semana la navegación fue apacible y feliz. Pero en medio de la octava noche un terrible huracán se desató en pleno Océano Atlántico. La hélice y el timón fueron quebrados por la violencia de las olas y, tras dos días de una carrera enloquecida, el *Lyncée*, como un tronco inerte, fue a encallar contra la costa africana.

Ninguno faltó al llamado, pero ante el navío desfonda-

do, que sólo llevaba unos botes fuera de uso, debimos renunciar a toda esperanza de volver a alta mar.

Apenas desembarcados vimos lanzarse sobre nosotros, con ágiles zancadas, varios centenares de negros, que nos rodearon alegremente, manifestando su alegría con ruidosos clamores. Eran guiados por un joven jefe de rostro inteligente y abierto que, presentándose con el nombre de Seil-kor, nos sumergió en profunda sorpresa al contestar a nuestras primeras preguntas en un francés suelto y correcto.

Algunas palabras intercambiadas nos hicieron conocer la misión de Seil-kor, encargado de conducirnos hasta Ejur, capital del emperador Talú VII que, a la espera desde hacía unas horas del inevitable naufragio de nuestro navío, señalado por un pescador indígena, pensaba retenernos en su poder hasta el pago de un rescate suficiente.

Fue necesario inclinarse ante la fuerza numérica.

Mientras los negros se encargaban de descargar el barco, Seil-kor, cediendo a nuestras súplicas, se dignó darnos diversos detalles de nuestra futura residencia.

Sentado en una estrecha roca a la sombra de un alto acantilado, el joven orador empezó por contar su propia historia ante el grupo que formábamos, escuchando atentos tendidos aquí y allá sobre la blanda arena.

A los diez años, una vez que vagaba por la misma región a la que nos había arrojado la casualidad. Seil-kor encontró a un explorador francés llamado Laubé; éste, seducido por el rostro despierto del niño, resolvió llevarlo consigo y mostrar a los suyos aquel vivo recuerdo de su viaje.

Desembarcado en la costa occidental de África, Laubé había jurado no volver jamás sobre sus pasos; acompañado por una valiente escolta, avanzó bastante hacia el este; después, torciendo hacia el norte, franqueó el desierto a lomo de camello y llegó al fin a Trípoli, punto de llegada fijado de antemano.

En los dos años que duró el viaje, Seil-kor había aprendido el francés por oírlo a sus compañeros; sorprendido ante esta facilidad, el explorador había llevado su solicitud hasta dar al niño muchas y fructuosas lecciones de lectura de historia y de geografía.

En Trípoli, Laubé esperaba encontrar a su mujer y a su hija, quienes, según ciertos proyectos arreglados en el momento de la separación, debían desde hacía dos meses estar ya instaladas en el *Hotel de Inglaterra*, esperando el regreso de Laubé.

El explorador experimentó una emoción muy dulce al enterarse, por el portero del hotel, de la presencia de las dos queridas abandonadas, desde hacía tanto tiempo robadas a su tierno afecto.

Seil-kor, discretamente, salió a visitar la ciudad no queriendo molestar los primeros momentos de expansión esperados con tanta impaciencia por su protector.

Al volver después de una hora al gran vestíbulo de entrada, percibió a Laubé, quien lo llevó a su cuarto, situado en la planta baja, y brillantemente iluminado por una gran ventana abierta que daba sobre los jardines del hotel.

El explorador, que ya había hablado de Seil-kor como de un personaje muy inteligente, quería hacer al niño un examen sumario antes de presentarlo a las dos compañeras de su existencia.

Algunas preguntas sobre grandes hechos históricos obtuvieron respuesta satisfactoria.

Abordando de inmediato la geografía de Francia Laubé preguntó cuál era la capital de una serie de departamentos citados al azar.

Sentado frente a la ventana, Seil-kor, que no se había equivocado aún en aquel recitado casi mecánico, en el momento de nombrar la prefectura de Corrèze, se sintió desfallecer: una nube pasó ante sus ojos y sus piernas temblaron, mientras el corazón le daba en el pecho golpes sordos y apresurados.

Esta turbación era provocada por la vista de una deslumbrante niña rubia de unos doce años que, al atravesar el jardín, había cruzado un instante su maravillosa mirada azul y profunda con la mirada deslumbrada de Seil-kor.

Pero Laubé, que no había percibido nada, repitió impaciente:

—¿La capital de Corrèze?

La visión se había desvanecido y Seil-kor recobró bastante control sobre sí mismo como para contestar, con un murmullo:

—Tulle.

Eternamente el nombre de esa ciudad debía quedar ligado, en el recuerdo de Seil-kor, a la trastornadora aparición.

Terminado el examen, Laubé llevó a Seil-kor ante su mujer y su hija, Nina, en la cual el joven negro reconoció extasiado, con alegría divina, a la niña rubia del jardín.

La vida de Seil-kor fue desde entonces iluminada por la presencia continua de Nina, pues los dos niños, que eran de la misma edad, se reunían sin cesar para jugar y para estudiar.

Laubé, en el momento de nacer Nina, vivía con su mujer en Creta, donde preparaba un voluminoso trabajo sobre *Candia* y sus habitantes. Era, pues, en tierra extranjera que habían transcurrido los primeros años de la muchachita, tiernamente criada por una nodriza candiota que le había transmitido un ligero acento lleno de encanto y de dulzura.

Este acento seducía a Seil-kor, cuyo amor y devoción crecían hora tras hora.

Soñaba con tener a Nina entre sus brazos; en el fondo de su imaginación la veía presa de mil peligros, de los que él la salvaba con ardor, ante las miradas de los padres de ella, llenos de angustia y agradecimiento.

Estas quimeras iban a cambiarse bien pronto en brusca realidad.

Un día, de pie sobre una terraza del hotel que bañaba el mar, Seil-kor pescaba con su amiga, que estaba deslumbrante con un vestido azul marino que a él le gustaba con pasión.

De pronto Nina lanzó un grito de alegría, al percibir en el extremo del anzuelo que acababa de retirar del agua un pez pesado y movedizo. Acercando la extremidad del hilo, Nina aferró con fuerza su presa, para desengancharla. Pero ante el primer contacto tuvo una conmoción súbita y cayó desmayada. El pez, especie de raya de apariencia inofensiva, era nada menos que un *torpedo*, cuya descarga eléctrica había provocado aquel resultado inesperado.

Seil-kor levantó en brazos a Nina y la llevó al hotel donde, ante su padre y su madre que llegaron a toda prisa, ella recobró el sentido tras aquel desmayo de escasa importancia,

Disipadas las primeras inquietudes, Seil-kor bendijo la aventura que, al realizar su sueño, le había permitido estrechar un momento a su bienamada compañera.

El cumpleaños de Nina cayó unos días después de este acontecimiento, y Laubé quiso, en tal ocasión, dar un baile infantil al que serían invitadas algunas familias europeas que habitaban en la ciudad.

Resuelto a festejar el gran día recitando una fábula a su amiga, Seil-kor consagró buena parte de sus noches a cultivar, a escondidas, su memoria y su acento.

Deseoso de ofrecer, además, otro regalo a la muchachita, decidió arriesgar en el juego las escasas monedas que debía a la generosidad de Laubé.

Cierto casino de Trípoli, de fácil acceso, contenía un juego de caballitos al que podían apostar los bolsillos más modestos.

Favorecido por la suerte que, según se dice, acompaña las primeras tentativas, Seil-kor ganó bien pronto con ayuda de una martingala y pudo encargar, en la mejor

confitería del lugar, un monstruoso pastel de Savoya, destinado a aparecer en medio de la fiesta.

El baile, que se inició durante el día, llenó de feliz animación el gran salón del hotel. A eso de las cinco los niños pasaron a una pieza vecina y se sentaron ante una inmensa mesa, cargada de frutas y golosinas. En ese momento trajeron, de parte de Seil-kor, el famoso pastel, que fue saludado por ruidosas exclamaciones. Todos los ojos se clavaron en el dador quien, levantándose sin ninguna vergüenza, recitó su fábula con voz clara y sonora. Con el último verso los aplausos estallaron de todas partes y Nina, levantándose a su vez, propuso un brindis en honor de Seil-kor, que fue por un instante el rey del banquete.

Después de comer prosiguió el baile y Seil-kor y Nina valsearon juntos; después, fatigados por tantas vueltas, se detuvieron frente a madame Laubé que, de pie y tranquila, contemplaba con deleite la hermosa dicha infantil de la que se sentía rodeada.

Al ver a su hija acercarse con el compañero, la excelente mujer, agradecida por todas las atenciones de Seil-kor, se volvió sonriendo hacia el joven negro y le dijo con voz dulce, señalando a Nina:

—Bésala.

Presa de vértigo, Seil-kor rodeó a su amiga con sus brazos y depositó sobre las frescas mejillas dos castos besos, que lo dejaron embriagado y vacilante.

Tras esta celebración casi íntima, Laubé, repuesto de las fatigas tras su estadía en Trípoli, resolvió volver a Francia. El explorador poseía en los Pirineos, cerca de una aldea llamada Port d'Oo, un pequeño castillo familiar, cuya calma y aislamiento apreciaba mucho. Pensaba instalarse allí para hacer, con ayuda de notas, un relato detallado del viaje.

La partida fue fijada sin demora. Tras una hermosa travesía Laubé y los suyos desembarcaron en Marsella, donde tomaron el tren para Port d'Oo.

A Seil-kor le gustó mucho su nueva residencia. El castillo estaba situado en el admirable valle d'Oo, y todos los días el joven africano hacía con Nina largas escapadas al bosque, para aprovechar los últimos Tayos de un otoño tibio y clemente.

Una tarde, llevados hasta la aldea por el azar del paseo, los dos niños vieron bruscamente una *troupe* ambulante que, metida en una carreta y recorriendo al paso las calles llenas de curiosos, distribuía muchos prospectos, llamando la atención de la gente con discursos y golpes de bombo.

Dos prospectos fueron entregados a Seil-kor, que los leyó junto con Nina. El primero, en forma de cartelón, comenzaba con una larga frase anunciando en fuertes caracteres la sensacional llegada de la *troupe* Ferreol, compuesta de acróbatas, bailarines y equilibristas. La segunda mitad de la hoja contenía un enfático discurso incitando a los franceses a mantenerse despiertos, vista la presencia en su territorio del jefe de la banda, el famoso luchador Ferreol, capaz por sí solo de destruir ejércitos y dar vuelta las barricadas; el llamado comenzaba así: "Tiembla, pueblo francés...", y la palabra "Tiembla", destinada a captar todas las miradas, se destacaba como gran estrella, formando una especie de cabeza aislada.

El otro prospecto, de dimensiones más modestas, llevaba una simple afirmación: "Hemos sido vencidos por Ferreol", seguida de una cantidad enorme de firmas que, reproducidas en facsímil, provenían de los más temibles profesionales derrotados por el ilustre campeón.

Al día siguiente Seil-kor y Nina se dirigieron a la plaza de la aldea para asistir a la representación prometida. Un gran estrado se elevaba a pleno viento, y los dos niños se divirtieron mucho al ver los juglares, payasos, prestidigitadores y animales sabios, que por dos horas desfilaron ante sus ojos.

En cierto momento tres hombres colocaron a la dere-

cha, en el extremo del estrado, un fragmento de fachada renacentista, donde el primer piso tenía una gran ventana con balcón.

Bien pronto otro decorado parecido fue colocado a la izquierda, en el extremo opuesto del tablado, y uno de los cargadores ató, con un hilo de acero cuidadosamente colocado, los dos balcones, que quedaban exactamente uno frente al otro.

Apenas terminados los preparativos, se abrió discretamente la ventana de la derecha para dar paso a una mujer joven, vestida como las princesas del tiempo de Carlos IX. La desconocida hizo una señal con la mano y de inmediato se abrió la otra ventana, empujada por un caballero ricamente vestido, que a su vez salió al balcón. El recién llegado, con una casaca bordada, calzón corto y toca de terciopelo, llevaba una golilla y un misterioso antifaz, adecuados para la expedición clandestina que parecía preparar.

Después de un cambio de señales llenas de recomendaciones y promesas, el enamorado, montando a la balaustrada, puso el pie sobre el hilo de acero; después, con los brazos tendidos para guardar el equilibrio, se lanzó a franquear, por el sendero aéreo abierto a su audacia, la distancia que lo separaba de su hermosa vecina.

Pero bruscamente, mientras prestaba oído a lo que sucedía en el interior de la casa, como si espicara el paso de algún celoso, la joven entró precipitadamente en su casa, advirtiéndolo con un gesto al temerario amante que, a grandes zancadas, volvió al punto de partida y se eclipsó tras las cortinas.

Unos instantes después las dos ventanas se abrieron casi al mismo tiempo, y el peligroso viaje recomenzó con nueva esperanza. Esta vez el trayecto se realizó hasta el fin sin falsa alarma, y los dos amantes cayeron uno en brazos del otro, en medio de prolongadas ovaciones.

El hilo de acero y los decorados fueron retirados con presteza y una joven pareja española, surgiendo brusca-

mente, se puso a bailar un enloquecido bolero, acompañado de gritos y zapateos. La mujer, con mantilla, y el hombre, con chaqueta corta y sombrero, llevaban cada uno en la mano derecha una pandereta, sobre la que aplicaban, con ritmo, vigorosos puñetazos. Tras diez minutos de piruetas y descaderamientos continuos, los dos bailarines, para terminar, se inmovilizaron en una postura sonriente y graciosa, mientras la muchedumbre electrizada aplaudía con entusiasmo.

La representación terminó con varias victorias deslumbrantes del célebre Ferreol, y ya era noche cuando Seil-kor y Nina, encantados de la tarde pasada, regresaron, del brazo, al castillo.

Al día siguiente, encerrados por una lluvia fina y persistente, los dos niños debieron renunciar a su paseo cotidiano. Felizmente en el interior del castillo había unas grandes cocheras que ofrecían un vasto espacio adecuado para los juegos más desordenados; y fue a este refugio que los traviesos fueron a jugar.

Hechizada por el espectáculo del día anterior, Nina había llevado un canasto de costura para confeccionar a Seil-kor un traje que recordara al del bailarín de la cuerda floja. En el fondo de las cocheras, dos carretas colocadas frente a frente presentaban, gracias a sus lanzas delanteras erguidas, un campo de experiencia cómodo y fácil para las primeras tentativas de un equilibrista todavía novicio.

Armada de un par de tijeras, de una aguja enhebrada y de los dos prospectos que Seil-kor había conservado, Nina se puso a trabajar: en la primera hoja cortó un bonete y, en la segunda, un antifaz adornado de dos hilos, destinados a colocar en la parte posterior de las orejas.

La golilla exigió mayor cantidad de papel; en un rincón de la cochera yacía, tirado al azar, un paquete de viejos números de *Naturaleza*, periódico que Laubé recibía regularmente y donde publicaba todos sus relatos de

viaje. Arrancando la tapa azul de buen número de publicaciones, Nina logró formar un elegante cuello de color unido, y pronto, adornado por los tres objetos cuidadosamente ejecutados por la hábil obrera, Seil-kor debutó en la carrera funambulesca, recorriendo de un extremo al otro el camino estrecho y frágil proporcionado por la lanza de las carretas.

Alentados por este primer éxito, los niños quisieron copiar el bolero de la pareja española. Seil-kor dejó a un lado su disfraz de papel y se inició la danza, enloquecida y afiebrada; Nina, sobre todo, ponía extraño ardor en la mímica y golpeaba las manos para reemplazar la resonancia rítmica de la pandereta, y prolongaba los alegres retozos sin preocuparse de la fatiga o de perder el aliento. De pronto, detenidos en plena efervescencia por la campana de las comidas, los bailarines dejaron la caballeriza y volvieron al castillo.

El tiempo se había enfriado en el crepúsculo prematuro, y una especie de nieve derretida, penetrante y helada, caía lentamente desde el cielo opaco.

Empapada por la danza delirante y prolongada, Nina fue presa de un terrible estremecimiento que terminó en el comedor, donde ardía el primer fuego de la estación.

Al día siguiente reapareció el sol deslumbrante, alumbrando uno de los últimos días translúcidos y puros que preceden cada año la llegada del invierno. Queriendo aprovechar aquella tarde serena, que señalaba quizás el adiós supremo al buen tiempo, Seil-kor propuso alegremente a Nina un gran paseo por el bosque.

La muchachita, ardiendo de fiebre, pero creyendo que sólo tenía un malestar pasajero, aceptó la oferta del amigo y se puso en marcha a su lado. Seil-kor llevaba abundantes provisiones en un gran canasto, que se balanceaba en su brazo.

Después de una hora de marcha en pleno bosque, los dos niños se encontraron ante una inextricable maraña de árboles, que señalaba el comienzo de una meseta bos-

cosa e inexplorada que los campesinos llamaban “El Monte”. Este nombre estaba justificado por un extraordinario entretejido de ramas y de lianas: nadie podía aventurarse en “El Monte” sin temor de perderse para siempre.

Hasta ese momento, en el curso de sus locas escapadas, Seil-kor y la muchachita habían evitado sabiamente el inquietante límite. Pero, seducidos por lo desconocido, se habían prometido intentar algún día un audaz reconocimiento de la misteriosa región. Y ahora la ocasión parecía propicia a la realización del proyecto.

Seil-kor, previsor, resolvió señalar el camino de regreso a la manera de Pulgarcito. Abrió el canasto de provisiones, pero, recordando el error del célebre héroe, en lugar de utilizar el pan para marcar el camino, escogió un queso suizo de una blancura deslumbrante, cuyos trozos, poco tentadores para los estómagos de los pájaros, debían destacarse claramente sobre el fondo sombrío de musgo y de brezos.

Se inició la exploración: cada cinco pasos Seil-kor cortaba el queso con la punta del cuchillo y arrojaba al suelo el ligero fragmento.

Durante media hora los dos imprudentes se hundieron así en El Monte sin llegar al límite; el día empezó a declinar y Seil-kor, de repente inquieto, dio la señal de retirada.

Por algún tiempo el muchacho encontró con facilidad el camino, marcado sin interrupción. Pero pronto cesó el jalonamiento: algún animal hambriento, zorro o lobo, tras olfatear la sabrosa pitanza, había tragado los pedazos de queso, rompiendo así el hilo conductor de los dos extraviados.

Poco a poco el cielo se había cubierto y la noche se volvía opaca.

Seil-kor, enloquecido, se obstinó largo tiempo, pero en vano, por encontrar una salida del Monte. Nina, extenuada, temblando de fiebre, lo seguía trabajosamente, y

sentía sus fuerzas prontas a traicionarla a cada instante. Finalmente la pobre niña, dejándose caer a pesar de ella con un grito de desesperación, se acostó sobre un lecho de musgo ofrecido bajo sus pasos, mientras Seil-kor se acercaba a ella, ansioso y descorazonado.

Nina se durmió en un sopor morbosos: todo era negro y el frío intenso, el otoño acababa de iniciarse y una sensación invernal planeaba sobre la atmósfera húmeda y glacial. Seil-kor, conmovido, se quitó el saco para cubrir a la muchachita, a quien no osó privar de un reposo que parecía necesitar tanto.

Tras un prolongado sopor, atravesado por continuos sueños, Nina se despertó por su cuenta y se puso de pie, dispuesta a proseguir la marcha.

En el cielo ahora límpido las estrellas lanzaban sus fuegos más brillantes. Nina sabía orientarse: señaló con el dedo la estrella polar, y los dos niños, siguiendo una dirección invariable, llegaron después de una hora al lindero de El Monte. Una nueva etapa los condujo hasta el castillo, donde la muchachita cayó en brazos de sus padres, pálidos de angustia y de temor.

Al día siguiente, queriendo luchar contra la enfermedad que progresaba rápidamente, Nina se levantó como de costumbre y pasó a la sala de estudio, donde Seil-kor trabajaba en un deber de francés dado por Laubé.

Desde su regreso del África, la muchachita asistía al catecismo en la iglesia de la aldea; aquella mañana debía terminar un análisis destinado a entregarse al día siguiente.

Media hora de aplicación bastó para que terminara su tarea y llegara a la resolución final.

Luego de escribir las primeras palabras: "Tomo la resolución de...", se volvió hacia Seil-kor para pedirle consejo sobre la continuación, cuando un terrible ataque de tos la sacudió toda entera, provocando estertores dolorosos y profundos.

Seil-kor, aterrado, se acercó a la enferma, quien, en-

tre dos espasmos, le confesó todo: el estremecimiento sentido al salir de las cocheras... y la fiebre que no había cesado desde la víspera, seguramente agravados durante el peligroso sueño sobre el lecho de musgo.

Los padres de Nina fueron prevenidos sin tardanza y la muchachita debió acostarse de inmediato.

¡Ay! Ni los recursos de la ciencia ni las múltiples atenciones de una familia apasionadamente cariñosa pudieron vencer el terrible mal que, en menos de una semana, arrebató a la pobre niña al amor idólatra de los suyos.

Tras esta muerte súbita, Seil-kor, presa de desesperación, tomó horror a aquellos lugares, hasta entonces divinamente iluminados por la presencia de su amiga. La visión de los lugares tantas veces contemplados con Nina le hacía odioso el terrible contraste entre su duelo actual y la dicha pasada. Además, la estación fría aterraba al joven negro que, en el fondo de su corazón, guardaba la nostalgia del sol africano. Un día, dejando sobre la mesa una carta llena de cariño, de reconocimiento y de remordimientos hacia su amado protector, huyó del castillo llevando como santas reliquias el bonete, la golilla y el antifaz confeccionados por Nina.

Trabajando en diversas tareas en las granjas que le salieron al paso, logró reunir una suma suficiente para pagar el viaje hasta Marsella. Allí se contrató como fogonero en un navío destinado a las costas occidentales de África. Durante una parada en Porto-Novu desertó de su puesto y volvió a su país natal, donde su cultura y su inteligencia le consiguieron en poco tiempo un cargo importante cerca de la persona del emperador.

Nosotros escuchamos en silencio el relato de Seil-kor quien, detenido un momento a causa de la emoción inherente a tantos recuerdos torturantes, retomó luego la palabra para informarnos sobre el amo al que servía.

Talú VII, de ilustre origen, se jactaba de tener en sus venas sangre europea. En una época ya lejana, su antepasado Suán había conquistado el trono a fuerza de audacia, y después había decidido fundar una dinastía. Veamos ahora lo que la tradición contaba en este sentido.

Algunas semanas después del advenimiento de Suán, un gran navío, empujado por la tempestad, había zozobrado ante las costas de Ejur. Únicas sobrevivientes del desastre, dos doncellas de quince años, aferradas a un tronco solitario, lograron tocar tierra tras haber corrido miles de peligros.

Las náufragas, seductoras hermanas gemelas de nacionalidad española, eran tan parecidas entre sí que no se podía distinguir a la una de la otra.

Suán se enamoró de las encantadoras adolescentes y, en su ardiente deseo de una abundante progenitura, desposó a las dos el mismo día, feliz de afirmar la supremacía de su raza con un aditamento de sangre europea, destinado a impresionar en los tiempos presentes y futuros la imaginación fetichista de sus súbditos.

Fue también el mismo día y a la misma hora que las dos gemelas dieron a luz, al tiempo previsto, cada una un varón.

Talú y Yaúr —así fueron llamados los niños— provocaron de inmediato una grave preocupación a su padre que, desorientado por los dos nacimientos simultáneos, no sabía cómo elegir el heredero del trono.

El parecido perfecto de las esposas impedía a Suán pronunciarse sobre la prioridad de la concepción, única cosa capaz de hacer prevalecer los derechos de uno de los hermanos.

Se procuró inútilmente dilucidar este último punto interrogando a las dos madres: con ayuda de algunas palabras aborígenes, penosamente aprendidas, cada una testimonió audazmente en favor de su hijo.

Suán decidió someterse a la decisión del Gran Espíritu,

Con el nombre de “Plaza de los Trofeos” acababa de fundar en Ejur una vasta explanada cuadrangular, con el fin de colgar en el tronco de los sicómoros plantados en el borde numerosos despojos de enemigos temibles que, llenos de encarnizamiento, se habían esforzado en cerrarle el camino hacia el poder. Fue a colocarse en el extremo norte del nuevo emplazamiento e hizo depositar, en el mismo segundo, en un terreno convenientemente preparado, por un lado una semilla de palmera, por el otro, una semilla de árbol del caucho, y dedicó una a cada uno de sus hijos, señalando de antemano ante testigos; traduciendo la voluntad divina, el árbol que saliera primero de la tierra debía señalar al futuro soberano.

Los cuidados y los riegos fueron imparcialmente prodigados en los dos puntos fecundados.

Fue la palmera, plantada a la derecha, la que primero afloró a la superficie del suelo, proclamando así los derechos de Talú en detrimento de Yaúr, cuyo gomero tuvo todo un día de demora.

Apenas cuatro años después de su llegada a Ejur, las dos mellizas perecieron casi al mismo tiempo, víctimas de la fiebre y abatidas por la terrible prueba de una temporada particularmente ardiente.

Del naufragio habían podido salvar cierto retrato en miniatura que las representaba a ambas, tocadas con la mantilla nacional española. Suán conservó esta imagen, precioso documento destinado a constatar la esencia superior de su raza.

Talú y Yaúr crecieron y, con ellos, se desarrollaron los árboles plantados a su nacimiento. La influencia de la sangre española sólo se manifestó en los dos hermanos por una coloración algo más pálida de su piel negra, y por una menor acentuación del espesor de los labios.

Mientras vigilaba las etapas de su crecimiento, Suán se inquietaba a veces por las querellas sangrientas que algún día podrían estallar entre los hermanos a causa

de la sucesión. Felizmente una nueva conquista disipó en parte estas angustias, dándole ocasión de crear un reino para Yaúr.

El imperio de Ponukelé, fundado por Suán, estaba limitado al sur por un río denominado Tez, cuya desembocadura estaba situada no lejos de Ejur.

Más allá del Tez se extendía Drelchkaff, rica comarca a la que Suán, tras una campaña favorable, logró poner bajo su dominio.

De inmediato Yaúr fue destinado por su padre a subir un día al trono de Drelchkaff. Comparado con el imperio vecino, esta herencia parecía, en verdad, modesta. De todos modos, Suán esperaba calmar con aquel don los celos del hijo desheredado.

Los dos hermanos contaban veinte años cuando murió su padre. Las cosas siguieron su curso natural: Talú se convirtió en emperador de Ponukelé y Yaúr en rey de Drelchkaff.

Talú I y Yaúr I —así se los denominaba— tomaron numerosas esposas y fundaron dos casas rivales, siempre dispuestas a entrar en lucha. Los Yaúr reclamaban el imperio y discutían los derechos de Talú; éste, por su parte, fortificado por la intervención divina que lo había elegido para el rango supremo, reivindicaba la corona de Drelchkaff, de la que había sido frustrado por un simple capricho de Suán.

Una noche Yaúr V, rey de Drelchkaff, descendiente directo y legítimo de Yaúr I, atravesó el Tez con un ejército y penetró por sorpresa en Ejur.

El emperador Talú IV, biznieto de Talú I, debió huir para escapar a la muerte y Yaúr V, realizando el sueño de sus antecesores, reunió bajo un cetro único Ponukelé y Drelchkaff.

Para esta época la palmera y el gomero de la Plaza de los Trofeos habían alcanzado todo su desarrollo.

El primer cuidado de Yaúr V, al tomar el título de emperador, fue quemar la palmera consagrada a la raza

aborrecida de los Talú, y extirpar todas las raíces del árbol maldito, cuyo primer brote fuera de la tierra había despojado a los suyos.

Yaúr V reinó treinta años y murió en todo el apogeo de su poderío.

Su sucesor, Yaúr VI, cobarde e incapaz, se volvió impopular por sus constantes torpezas y por su crueldad. Talú IV, abandonando el lejano destierro en el que languidecía desde hacía tiempo, pudo entonces rodearse de numerosos partidarios que fomentaron una rebelión y sublevaron al pueblo descontento.

Yaúr VI, aterrado, huyó sin esperar el conflicto, y se refugió en su reino de Drelchkaff, donde logró conservar la corona.

Nombrado emperador de Ponukelé, Talú IV sembró una nueva semilla de palmera en la plaza despojada por Yaúr. Pronto brotó un árbol parecido al primero, cuyo sentido recordaba al evocar, como un emblema, la restauración de la rama legítima.

Desde entonces todo había marchado normalmente, sin usurpaciones violentas ni inconvenientes de sucesión. Actualmente Talú VII reinaba en Ponukelé, y Yaúr IX en Drelchkaff, perpetuando ambos las tradiciones de odio y celos que, durante tanto tiempo, habían dividido a sus abuelos. La gota de sangre europea, borrada desde hacía tiempo por numerosas uniones puramente nativas, ya no dejaba marca en la persona de los dos soberanos, parecidos a sus súbditos por la forma de la cara y el color de la piel.

En la Plaza de los Trofeos la palmera plantada por Talú IV abrumaba ahora, con su magnífico aspecto, al gomero casi muerto de vejez que la acompañaba.

En este momento de la narración Seil-kor tomó aliento, y después abordó algunos detalles más íntimos de la vida privada del emperador.

A comienzos de su reinado Talú VII se había casado con una joven ponukeliana, idealmente bella, llamada RuL.

Muy enamorado, el emperador se negaba a elegir otras compañeras, pese a las costumbres del país, donde se honraba la poligamia.

Un día de tormenta, Talú y RuL, entonces encinta de tres meses, se paseaban tiernamente por la playa de Ejur para admirar el sublime espectáculo ofrecido por el mar furioso, cuando vieron a lo lejos un navío en dificultades que, tras haber chocado contra un arrecife, se hundía a pique ante sus ojos.

Muda de horror, la pareja permaneció largo tiempo inmóvil, mirando el lugar fatal, donde flotaban algunos restos del naufragio.

Pronto el cadáver de una mujer de raza blanca, proveniente del barco desaparecido, flotó en dirección a la arena, hamacado por las olas en todas direcciones. La pasajera, acostada, con el rostro vuelto hacia el cielo, llevaba un traje de suiza formado por una falda oscura, un delantal con bordados multicolores y un coselete de terciopelo rojo que, descendiendo sólo hasta el talle, mostraba una blusa blanca escotada, con mangas largas y abullonadas. Detrás de la cabeza se veía brillar, en medio de la transparencia de las aguas, unas largas horquillas de oro colocadas en forma de estrella alrededor de un rodete sólidamente atado.

RuL, muy aficionada a los adornos, quedó fascinada por el coselete rojo y las horquillas de oro, de las que soñó apoderarse. Por su pedido, el emperador envió a

un esclavo que, trepado a una piragua, tenía el deber de traer a la ahogada.

Pero el mal tiempo volvía ardua la tarea y Rul, cuyo morboso deseo estaba aguijoneado por la dificultad a vencer, siguió ansiosamente, con alternativas de esperanza y desaliento, la peligrosa maniobra del esclavo, a quien sin cesar se le escapaba la presa.

Tras una hora de lucha incesante contra los elementos, el esclavo alcanzó al fin el cadáver, y logró subirlo a la piragua; se descubrió entonces el cuerpo de un niño de dos años sujeto a la espalda de la muerta, cuyo cuello estaba convulsivamente apretado por los débiles bracitos, todavía crispados. El pobrecito era sin duda hijo de la ahogada quien, a último momento, había intentado salvarse a nado con su preciosa carga.

La nodriza y el niño fueron transportados a Ejur; pronto Rul entró en posesión de las horquillas de oro, que colocó en círculo sobre sus cabellos, y después recibió el coselete rojo, que colocó coquetamente sobre el taparrabo que le ceñía las caderas. Desde entonces no dejó más aquellos adornos, que constituían toda su alegría; a medida que el embarazo avanzaba, aflojaba el cordón del coselete, que se deslizaba con agilidad por los ojales de fina terminación metálica.

A consecuencia del siniestro, el mar durante largo tiempo lanzó sobre la costa, en medio de desechos de toda clase, muchas cajas diversamente provistas, que fueron recogidas con cuidado. Encontraron, entre los restos, un gorro de marinero con la palabra: *Sylvandre*, nombre del desdichado navío naufragado.

Seis meses después de la tormenta, Rul dio a luz una niña apodada Sirdah.

Pero la hora de ansiedad experimentada por la joven madre antes del aterrizaje de la suiza había dejado sus huellas. La niña, por otra parte sana y bien formada, llevaba sobre la frente una mancha roja de forma espe-

cial, rodeada de largas rayas amarillas, que recordaban por su disposición las famosas horquillas de oro.

La primera vez que Sirdah abrió los ojos se pudo comprobar que bizqueaba atrocemente: la madre, muy orgullosa de su propia belleza, quedó humillada por haber procreado un esperpento, y tomó odio a aquella niña, que hería su vanidad. Por el contrario, el emperador, que deseaba ardientemente una hija, concibió un amor profundo por la pobre inocente, a la que rodeó de cuidados y de ternura.

Por esta época Talú tenía como consejero a un tal Mossem, negro de elevada estatura, a la vez brujo, médico y letrado, que desempeñaba el papel de primer ministro.

Mossem se enamoró de la encantadora Rul que, por su parte, sufrió el ascendiente del seductor consejero, cuya prestancia y gran saber admiraba.

La intriga siguió su curso inevitable y Rul, un año después del nacimiento de Sirdah, dio a luz un niño cuyos rasgos recordaban totalmente a los de Mossem.

Felizmente, Talú no percibió el fatal parecido. De todos modos, ese hijo quedó alejado de su corazón, donde Sirdah conservó el lugar de preferencia.

De acuerdo con una ley instituida por Suán, cada soberano, a su muerte, era reemplazado por el primer hijo, varón o mujer. Ya dos veces, en cada una de las ramas rivales, habían reinado mujeres, pero siempre su muerte prematura había transmitido a un hermano los derechos del rango supremo.

Mossem y Rul concibieron el atroz proyecto de hacer desaparecer a Sirdah, para que su hijo fuera emperador algún día.

Entretanto Talú, lleno de instintos bélicos, partió para una larga campaña dejando a Mossem en el poder, quien, durante la ausencia del monarca, debía ejercer una autoridad absoluta.

Los dos cómplices aprovecharon esta ocasión, favorable a la ejecución de su plan.

Al noreste de Ejur se extendía la Vorrh, inmensa selva virgen donde nadie osaba aventurarse, a causa de cierta leyenda que poblaba sus boscajes de genios malignos. Bastaba con abandonar allí a Sirdah, cuyo cuerpo, protegido por la superstición, estaría al abrigo de todas las búsquedas.

Una noche salió Mossem, llevando a Sirdah en brazos; a la noche siguiente, tras un largo día de marcha, llegó al linde de la Vorrh y, demasiado inteligente para creer en los cuentos sobrenaturales, penetró sin miedo entre el ramaje tupido que se ofrecía a su vista. Al llegar a un amplio claro, depositó sobre el musgo a la pequeña Sirdah dormida, y después volvió a la llanura por el mismo camino que acababa de atravesar, entre la espesura de ramas y de lianas.

Veinticuatro horas después entró de noche en Ejur: su partida y su regreso no habían tenido testigos.

Durante su ausencia, Rul se había apostado en el umbral de la casa imperial, con el fin de prohibir la entrada. Sirdah estaba gravemente enferma, dijo, y Mossem estaba junto a la niña para prodigarle sus cuidados. Tras el regreso de su cómplice, Rul anunció la muerte de Sirdah, y al día siguiente se simularon pomposos funerales.

La tradición exigía que, a la muerte de cada miembro de la familia reinante, se escribiera un acta mortuoria minuciosa, narrando en detalle los motivos del deceso. Poseedor de todos los secretos de la escritura ponukeliana, Mossem se encargó de la tarea, y grabó en un pergamino un relato imaginario de los últimos momentos de Sirdah.

El dolor del emperador fue inmenso cuando, a su regreso, se enteró de la muerte de su hija.

Pero nada podía hacerle imaginar la trama urdida contra Sirdah; los dos cómplices, ebrios de alegría, vie-

ron así triunfar a su gusto la odiosa maquinación que convertía a su hijo en único heredero del trono.

Pasaron los años en los que Rul no volvió a quedar embarazada. Contrariado por esta esterilidad, Talú, sin repudiar a la mujer que aún creía fiel, se decidió finalmente a tomar otras esposas, en la esperanza de tener una segunda hija cuyos rasgos le recordaran la imagen de su querida Sirdah.

Su expectativa fracasó: sólo engendró hijos, que no lograron hacerle olvidar a la pobre desaparecida.

Sólo la guerra lo distraía de su pesar: sin cesar emprendía nuevas campañas, haciendo avanzar los límites de su vasto dominio y clavando numerosos despojos en los sicómoros de la Plaza de los Trofeos.

Dotado de sensibilidad de poeta, había iniciado una vasta epopeya en la que cada canto celebraba uno de sus elevados hechos de armas. La obra se titulaba la *Jeruka*, palabra ponukeliana que evocaba el heroísmo triunfante. Lleno de orgullo y de ambición, el emperador se había prometido eclipsar con su personalidad a todos los príncipes de su raza, y transmitir a las generaciones futuras un relato poético de su reinado, que quería abrumador y glorioso.

Cada vez que terminaba un fragmento de la *Jeruka*, lo hacía aprender por sus guerreros que, al unísono, lo cantaban en coro en una especie de melopea lenta y monótona.

Pasaron los años sin que se levantaran nubes entre Mossem y Rul, que continuaban amándose en secreto.

Pero un día el emperador fue enterado de estas relaciones por una de sus nuevas esposas.

Incapaz de creer lo que tomaba por una audaz calumnia, Talú contó alegremente la cosa a Rul, invitándola a desconfiar de la envidia celosa de sus rivales, provocada por su avasalladora belleza.

Aunque tranquilizada por el tono jovial del empera-

dor, Rul husmeó el peligro y se prometió redoblar la prudencia.

Suplicó así a Mossem que fingiera tener una querida, a la que debía colmar ostensiblemente de honores y de riquezas para distraer las sospechas del monarca.

Mossem aprobó el proyecto, cuya realización le pareció, como a Rul, de urgente necesidad. Puso así sus miradas en una joven belleza de nombre Djizmé, cuyo rostro de ébano descubría, en medio de una embriagadora sonrisa, dientes de deslumbrante blancura.

Djizmé se acostumbró rápidamente a los privilegios de su elevada situación: Mossem se aplicaba a desempeñar bien su papel, satisfacía sus menores caprichos, y una palabra de la joven bastaba para obtener que sus protegidos recibieran inmerecidos favores.

Este crédito agrupó en torno a la favorita del ministro una nube de peticionantes, que se apresuraban a solicitar audiencia. Djizmé, dichosa y adulada, se vio forzada bien pronto a regimentar aquella invasión.

A pedido suyo, Mossem cortó en muchas hojas de pergamino una cantidad de rectángulos delgados y flexibles, en cada uno de los cuales trazó finamente la palabra "Djizmé", y donde figuraban después, en uno de los ángulos, por medio de un dibujo sumario, tres fases distintas de la luna.

Se trataba de unas verdaderas tarjetas de visita que, distribuidas en profusión, indicaban a los interesados los tres días de recepción escogidos para cada período de cuatro semanas por la poderosa intermediaria.

Djizmé se divertía jugando a la reina. En cada una de las fechas fijadas se adornaba magníficamente y recibía a la multitud de pedigüeños, acordaba su apoyo a unos y lo rehusaba a otros, segura de antemano que sus decisiones serían ratificadas por Mossem.

Sin embargo, faltaba una cosa a la dicha de Djizmé. Hermosa, ardiente y pictórica de juventud exuberante, se sentía arder de fiebre y de deseos.

Y Mossem, fiel a Rul, no había acordado jamás un beso a la mujer que pasaba, ante los ojos de todos, por su amante idolatrada.

Consciente del papel de biombo que debía desempeñar, Djizmé resolvió entregarse sin escrúpulos a cualquiera que supiera comprenderla y apreciarla.

En cada una de las audiencias había notado, en la primera fila de peticionantes, a un joven negro llamado Naír, que sólo le hablaba con emoción y timidez.

Muchas veces creyó percibir a Naír oculto tras un matorral, espiándola a la hora del paseo para verla un instante.

Bien pronto ya no dudó de la pasión que había inspirado al joven enamorado. Lo hizo entrar a su servicio y se entregó sin reservas al gracioso aspirante, cuyo furor sentimental compartió bien pronto.

Un pretexto muy plausible explicó ante los ojos de Mossem la asiduidad del nuevo paje con la favorita.

Ejur, en ese momento, estaba infestado por una legión de mosquitos cuya picadura provocaba fiebre. Y Naír sabía fabricar trampas que atrapaban infaliblemente a los peligrosos insectos.

Había descubierto, como anzuelo, una flor roja cuyo perfume, muy violento, atraía de lejos los animalitos que debía capturar. La cáscara de algunas frutas le proporcionaba, además, unos filamentos extremadamente tenues, con los que Naír ejecutaba una tela más fina que la de las arañas, aunque suficientemente fuerte como para capturar los mosquitos de paso. Este último trabajo requería gran precisión, y Naír sólo lograba realizarlo con ayuda de una prolongada fórmula, cuyo texto, recitado de memoria, indicaba, uno por uno, cada movimiento y cada nudo a formar.

Djizmé, como una niña, extraía un placer siempre renovado del espectáculo ofrecido por el industrioso entrecruce de hilos delicadamente tejidos por los dedos de su amante.

La presencia de Naír quedaba así explicada por la prodigiosa atracción que procuraba a Djizmé aquel talento, pleno de invención y de sutileza.

Artista de todos modos, Naír sabía dibujar, y descansaba de la absorbente fabricación de trampas diseñando retratos y paisajes, de ejecución extraña y primitiva. Un día envió a su amante una curiosa estera blanca, que había adornado pacientemente con una cantidad de pequeños croquis representando los temas más variados. Quería, por medio de este regalo, presidir el sueño de Djizmé, que descansó desde entonces cada noche sobre el blando lecho, cuyo contacto le recordaba sin cesar la tierna y atenta solicitud del bienamado.

La joven pareja vivía, pues, dichosa y tranquila, cuando una imprudencia de Naír descubrió la verdad ante los ojos de Mossem.

Algunas cajas traídas por el mar cuando el naufragio del *Sylvandre* contenían diversos artículos de vestir que, desde entonces, estaban sin usar. Djizmé, con autorización de Mossem, extraía de esta reserva una cantidad de adornitos que agradaban a su frivolidad descuidada y ligera.

Los guantes, sobre todo, divertían a la riente muchacha que, en cada ocasión algo solemne, se complacía en aprisionar sus manos y sus brazos dentro de los suaves forros de cuero de Suecia.

En sus búsquedas en el viejo, abundante y disparatado *stock*, Djizmé había descubierto un sombrero melón, con el que Naír se engalanó alegremente. A partir de entonces el joven negro no se presentaba jamás sin el rígido sombrero que, de lejos, lo hacía fácilmente reconocible.

Existía al sudeste de Ejur, no lejos de la ribera derecha del Tez, un inmenso y magnífico jardín llamado el "Behulifruen", atendido lujosamente por una multitud de esclavos. Talú, como verdadero poeta, adoraba las flo-

res, y componía las estrofas de su epopeya a la deliciosa sombra del grandioso parque.

En el centro del “Behulifruen” se extendía una especie de meseta bastante elevada que, cuidadosamente arreglada en terrazas, estaba cubierta por una admirable vegetación. Desde allí se dominaba el conjunto del amplio jardín, y al emperador le gustaba pasar largas horas de reposo instalado junto a la balaustrada de ramas y de follaje que rodeaba por todas partes aquel lugar, adorablemente fresco. Con frecuencia, por la noche, iba a soñar en compañía de Rul en cierto ángulo de la meseta, donde la vista era particularmente espléndida.

Incapaz de apreciar esta serena contemplación, que parecía serle fastidiosa, Rul invitó un día a Mossem a participar en el *tête-à-tête* imperial. Ciego y confiado como siempre, Talú no se opuso a la realización de este capricho: la presencia de Djizmé bastaría, por otra parte, para alejar de su espíritu toda malhadada sospecha.

Naír, que todas las noches tenía citas con su amiga, quedó desilusionado al enterarse por ella del acontecimiento que les impediría reunirse esa vez. Decidido de todos modos a acercarse a Djizmé, concibió un audaz proyecto que lo convertiría en el quinto miembro de la reunión de “Behulifruen”.

Pero ese día Djizmé daba audiencia a la multitud habitual de solicitantes, la recepción se había iniciado y Naír ya no pudo tener con la joven la larga charla privada requerida para exponer su complejo plan.

Tan letrado como artista, Naír conocía la escritura ponukeliana, que había enseñado a Djizmé en el curso de sus frecuentes y prolongadas entrevistas. Tomó, pues, la decisión de escribir a su amiga todas las urgentes recomendaciones que no podía darle de viva voz.

La carta fue trazada sobre un pergamino y luego, en medio de la muchedumbre, pasó hábilmente de manos de Naír a las de Djizmé, que rápidamente la deslizó dentro de su taparrabo.

Pero Mossem, que estaba entre la multitud, sorprendió la maniobra clandestina. Entonces, abrazando a Djizmé, que estaba acostumbrada a recibir en público muchas caricias de él, se apoderó de la epístola y se alejó para descifrarla.

Como encabezamiento, Naír había dibujado bajo forma de cortejo, los cinco personajes destinados a figurar en la escena de la noche: a la derecha, Talú avanzaba solo; detrás de él, Mossem y Rul hacían un gesto de burla, y eran a su vez burlados por Naír y Djizmé, que los seguían.

El texto contenía las instrucciones siguientes:

Una vez instalada en el ángulo de la fresca terraza, Djizmé atisbaría a Naír que, sin ruido, avanzaría por cierto sendero determinado; en la sombra, la silueta del joven negro sería fácilmente reconocible debido al sombrero melón, que habría de llevar. El lugar escogido por Talú para sus profundos ensueños estaba bordeado de bajadas casi a pico; de todos modos, aferrándose con los diez dedos a las raíces y matorrales, Naír podría elevarse con precaución hasta el nivel del distraído grupo; Djizmé dejaría pender su mano fuera de la balaustrada florida y luego, tras asegurarse de la identidad del visitante tocando ligeramente el sombrero, entregaría la mano a los besos de su amante, capaz de sostenerse un momento a fuerza de muñecas.

Después de grabar en la memoria todos los detalles que acababa de descubrir, Mossem volvió junto a Djizmé y, con pretexto de nuevos mimos, colocó el billete en el taparrabo de la favorita.

Herido en su amor propio y furioso ante la idea de ser, desde hacía tiempo, el hazmerreír de todos, Mossem buscó la manera de obtener una prueba flagrante contra los dos cómplices, a quienes deseaba castigar severamente.

Preparó todo un plan y se dirigió a Seil-kor que, ya en esta época, hacía varios años que servía al emperador

y que podía, por la noche, pasar por Naír, gracias a una perfecta conformidad de edad y de aspecto.

He aquí el plan de Mossem:

Tocado con el sombrero melón destinado a engañar, Seil-kor aparecería ante Djizmé en el sendero claramente designado en la misiva. Antes de iniciar el ascenso, el falso Naír trazaría en el sombrero, con una goma fresca y pegajosa, ciertos caracteres definidos. Djizmé, según su manía, iba a enguantarse para pasar la velada junto al emperador; en el prudente gesto que, según las instrucciones de la carta, debía preceder al beso, la favorita se acusaría a sí misma grabando, en el guante de piel de Suecia, los caracteres reveladores.

Seil-kor aceptó la misión. Por otra parte, hubiera sido imposible rehusar, porque Mossem era todopoderoso, y podía dar órdenes.

En primer lugar se trataba de detener a Naír en su expedición nocturna. Pero por miedo a una indiscreción que pudiera hacer fracasar sus combinaciones, Mossem rechazó toda ayuda ajena.

Obligado a actuar solo, Seil-kor recordó las trampas por medio de las cuales los cazadores capturaban animales en los bosques de los Pirineos. Provisto de cuerdas recogidas en el lejano naufragio del *Sylvandre*, fue a tender una trampa en medio del sendero que debía seguir Naír. Gracias a esta estratagema, Seil-kor se aseguró la delantera de su adversario, semiparalizado por traidoras trabas.

Realizado este trabajo, Seil-kor plantó al pie de la abrupta cuesta que debía trepar a la hora oportuna, cierta mezcla rápidamente compuesta con piedras de tiza y agua.

Al llegar la noche, fue a ocultarse no lejos del lazo tendido gracias a sus cuidados.

Naír apareció pronto y, bruscamente, metió el pie en la trampa cuidadosamente oculta. Un momento después

el imprudente era amordazado y atado por Seil-kor, que había caído sobre él de un salto.

Satisfecho de la victoria discreta y silenciosa, Seil-kor se encasquetó el sombrero de su víctima y se dirigió al lugar de la cita.

De lejos percibió a Djizmé, que atisbaba sin cesar, mientras platicaba distraída con la pareja imperial y con Mossem.

Engañada por la silueta y, sobre todo por el sombrero del recién llegado, Djizmé creyó reconocer a Naír, y tendió anticipadamente su brazo fuera de la balaustrada.

Al llegar al pie de la pendiente, Seil-kor mojó su dedo en la mezcla blanca y, por travesura, trazó en mayúsculas en el sombrero negro la palabra francesa "ATRAPADA", que aplicaba prematuramente a la desdichada Djizmé. Después se puso a trepar la cuesta, aferrándose penosamente a las escasas ramas capaces de sostenerlo.

Al llegar al nivel de la meseta, se detuvo y sintió la mano colgante que, tras acariciar el rígido fieltro, descendía para recibir el beso prometido.

Seil-kor apoyó en silencio los labios en la piel del guante, felizmente llevado por Djizmé, según las previsiones de Mossem.

Cumplida su tarea el joven descendió sin ruido.

En la meseta, Mossem había espiado atentamente la actitud de Djizmé. La vio levantar el brazo y descubrió, al mismo tiempo que ella, una "P" netamente grabada en el guante gris, que se extendía desde el nacimiento de los dedos hasta el fin de la palma.

Djizmé ocultó con vivacidad la mano, mientras Mossem se regocijaba por lo bajo al constatar el éxito de su maniobra.

Una hora después, Mossem se encontró a solas con Djizmé, le arrancó el guante manchado y sacó del taparrabo de la infortunada la carta acusadora, que puso bruscamente ante sus ojos.

Al día siguiente Naír y Djizmé, prisioneros, eran custodiados por salvajes centinelas, que no los perdían de vista.

Cuando Talú preguntó los motivos de esta medida rigurosa, Mossem aprovechó la ocasión de consolidar la confianza del emperador, cuyas sospechas temía siempre por él y por Rul. Presentó, pues, como venganza de enamorado celoso lo que sólo era el efecto de una cólera provocada por una herida de amor propio. Por cálculo exageró la profundidad de su resentimiento, y contó largamente al soberano todos los detalles de la aventura, incluso las particularidades referentes a la trampa, el sombrero y el guante. De todos modos, supo guardar en secreto su aventura con Rul, evitando mencionar los retratos comprometedores dibujados por Naír al principio de la carta.

Talú aprobó el castigo infligido por Mossem a los culpables, que siguieron en cautividad.

Habían pasado diecisiete años desde la desaparición de Sirdah, y Talú lloraba a su hija como el primer día.

Como conservaba de manera muy precisa en el recuerdo la visión de aquella niña tan lamentada, procuraba evocar, de manera imaginaria, la muchacha que tendría ahora ante los ojos, si la muerte no hubiese cumplido su obra.

Los rasgos de la niñita apenas destetada, nítidos en su espíritu, servían de base a su trabajo mental. Los amplificaba sin cambiar la forma, como acechando año tras año su gradual expansión, y lograba así crear para él solo, una Sirdah de dieciocho años, cuyo fantasma, muy definido, lo acompañaba sin cesar.

Un día, en el curso de una de las acostumbradas campañas, Talú descubrió a una niña seductora llamada Meisdehl, cuya vista lo dejó atónito. Tenía ante sí el vivo retrato de Sirdah, tal como la había encontrado a

la edad de siete años, en la serie ininterrumpida de imágenes forjadas por su pensamiento.

Fue al pasar revista a varias familias prisioneras, escapadas a las llamas de una aldea incendiada por él, que el emperador había percibido a Meisdehl. Se apresuró en tomar a la niña bajo su protección y, a su regreso a Ejur, la trató como a su propia hija.

Entre sus hermanos adoptivos Meisdehl distinguió bien pronto a un tal Kalj, de siete años como ella, que parecía designado para compartir sus juegos.

Kalj era de salud delicada y se temía por su vida, porque, en él, todo parecía acaparado por el espíritu. Superior a su edad, sobrepasaba a sus hermanos en inteligencia y en delicadeza, pero su delgadez daba lástima. Consciente de su estado, Kalj se dejaba invadir con frecuencia por una profunda tristeza, que Meisdehl decidió combatir. Presos de mutua ternura el uno por el otro, los dos niños formaban una pareja inseparable y, desde el fondo de su pesar, al ver siempre a la recién llegada al lado de su hijo, Talú se hizo la ilusión, por momentos, de tener una hija.

Poco tiempo después de la adopción de Meisdehl, algunos indígenas llegaron de Mihu, aldea situada en las cercanías de la Vorrh, para anunciar a los habitantes de Ejur que un incendio, provocado por la pólvora, devoraba desde la noche anterior la parte sur de la inmensa selva virgen.

Talú, trepando a una especie de palanquín llevado por diez robustos portadores, se dirigió al límite de la Vorrh, con el fin de contemplar el deslumbrador espectáculo, hecho para inspirar su alma de poeta.

Echó pie a tierra al caer la noche. Una fuerte brisa del noreste arrojaba hacia él las llamas, y el emperador permaneció inmóvil, contemplando el incendio que se propagaba rápidamente.

Toda la población de Mihu se había agolpado en los

alrededores para no perder nada de la grandiosa escena.

Dos horas después de la llegada del emperador, sólo quedaba una decena de árboles intactos, formando un espeso macizo que las llamas comenzaban a lamer.

Bruscamente vieron salir de aquel horno a una joven indígena de dieciocho años, acompañada por un soldado francés con uniforme de zuavo, armado de un fusil y cartucheras.

Al resplandor del incendio Talú descubrió sobre la frente de la joven una señal roja rodeada de líneas amarillas, que no podía engañar: tenía ante sus ojos a su bienamada Sirdah. Difería mucho del retrato imaginario construido por el dolor y tan perfectamente realizado por Meisdehl, pero esto poco importaba al emperador que, loco de alegría, se lanzó hacia la muchacha para abrazarla.

Después intentó hablarle, pero Sirdah, sorprendida, no comprendía su idioma.

Durante las efusiones del dichoso padre, un árbol consumido por la base cayó de repente, golpeando violentamente al zuavo en la cabeza, y haciéndole perder el sentido. Sirdah se lanzó de inmediato sobre el soldado, manifestando la más viva inquietud.

Talú no quiso abandonar al herido, que parecía inspirar a su hija un puro y afectuoso interés; además, contaba con las revelaciones de este testigo para aclarar el lejano misterio concerniente a la desaparición de Sirdah.

Unos instantes después el palanquín, llevado por los portadores, transportaba hacia Ejur al emperador, a Sirdah, y al zuavo, siempre inanimado.

Al día siguiente, Talú entró en su capital.

Al verse en presencia de su hija, Rul, presa de un loco terror y amenazada con la tortura, hizo una confesión total al emperador, quien, de inmediato, hizo arrestar a Mossem.

Al registrar la casa de su ministro en busca de una prueba de la indigna felonía, Talú descubrió el billete

amoroso que Naír había escrito a Djizmé meses atrás. Al verse ridiculizado en el dibujo de encabezamiento, el monarca entró en furor, y decidió enviar al suplicio a Naír por su audacia y a Djizmé por la duplicidad de la que se había hecho culpable al recibir tal obra sin denunciar al autor.

Rodeado de cuidados en una casa donde acababan de ponerlo, el zuavo recobró el sentido y contó su odisea a Seil-kor, llamado para entenderse con él.

Velbar —así se llamaba el herido —era nacido en Marsella. Su padre, pintor de decoraciones, le había enseñado desde temprano su oficio, y el niño, admirablemente dotado, se había perfeccionado en su arte siguiendo algunos cursos populares, donde se enseñaba gratuitamente el dibujo y la acuarela. A los dieciocho años, Velbar había descubierto que poseía una potente voz de barítono; durante días enteros, mientras trepado a un andamio pintaba alguna insignia, cantaba a plenos pulmones canciones de moda, y los paseantes se detenían a escuchar, maravillados por el encanto y la pureza de su generoso órgano vocal.

Cuando tuvo la edad del servicio militar, Valbar fue enviado a Bougie, para incorporarse al 5° de zuavos. Tras una dichosa travesía, el joven, contento de ver otro país, desembarcó en tierra africana una hermosa mañana de noviembre, y se dirigió de inmediato al cuartel en medio de un numeroso destacamento de conscriptos.

Los comienzos del nuevo zuavo fueron penosos, y estuvieron marcados diariamente por mil vejaciones. Un azar funesto lo había puesto bajo las órdenes del teniente Lecurou, bruto maniático y despiadado, que se vanagloriaba con orgullo de su legendaria ferocidad.

En esa época, para subvenir las necesidades de una tal Flora Crinis mujer exigente y pródiga, de quien él era amante, Lecurou pasaba horas en un local clandestino, donde funcionaba continuamente una tentadora ruleta. La suerte había favorecido hasta entonces al au-

daz jugador y Flora, ricamente mantenida, se presentaba en todas partes cubierta de alhajas y se pavoneaba en coche al lado del teniente, por la avenida más elegante de la ciudad.

Entretanto, Velbar continuaba el duro aprendizaje del oficio de soldado.

Un día, cuando el regimiento que regresaba a Bougie tras una larga marcha se encontraba aún en pleno campo, los zuavos recibieron orden de entonar una alegre canción, capaz de hacerles olvidar en parte las fatigas del camino.

A Velbar, cuya hermosa voz era conocida, le fue encargado cantar en solo los versos de un lamento interminable, mientras el regimiento entero cantaba en coro el refrán, siempre parecido.

En el crepúsculo atravesaron un bosquecillo donde un soñador aislado, sentado bajo un árbol, anotaba en un gran papel una melodía surgida en medio de la soledad y el recogimiento.

Al escuchar la voz de Velbar, más sonora en sí que el inmenso coro que le respondía periódicamente, el perezoso inspirado se levantó de golpe y siguió al regimiento hasta su entrada en la aldea.

El desconocido era nada menos que el compositor Faucillon, cuya célebre ópera *Dédale*, tras una brillante carrera en Francia, acababa de representarse sucesivamente en las principales ciudades de Argelia. Acompañado por los intérpretes de su obra, Faucillon estaba desde la víspera en Bougie, que figuraba entre las etapas de la triunfal gira.

Pero, a partir de la última representación, el barítono Ardonceau, fatigado por el abrumador papel de Dédalo y presa de una ronquera tenaz, estaba en la imposibilidad de presentarse ante el público; muy fatigado, Faucillon buscaba en vano con quien reemplazar al principal artista de su compañía, y había prestado atención al escuchar al joven zuavo que cantaba en el camino.

Al día siguiente, tras tomar informes, Faucillon fue a ver a Velbar, que saltó de alegría ante la idea de presentarse en un escenario. Fácilmente se obtuvo la autorización del coronel y, tras unos días de encarnizado trabajo bajo la dirección del compositor, el joven debutante se sintió a la altura de su tarea.

La representación tuvo lugar ante una sala colmada; en la primera fila de un *avant scène* reinaba Flora Trinis, junto al teniente Lecrou.

Velbar, magnífico en el papel de Dédalo, traducía como un artista consumado las angustias y las esperanzas del artista obsesionado por las grandiosas concepciones de su genio. Los cortinados griegos resaltaban su estampa soberbia, y el timbre ideal de su poderosa voz provocaba al fin de cada frase bruscos arrebatos de entusiasmo.

Flora no le quitaba los ojos de encima, clavaba en él los vidrios de sus impertinentes y sentía crecer en ella un sentimiento irresistible, que había nacido con la primera aparición del cantante.

En el tercer acto, Velbar triunfó en el aria principal de la ópera, especie de himno a la alegría y al orgullo con el cual Dédalo, al acabar la construcción del laberinto, no sin sentir una viva emoción ante la vista de su obra maestra, saludaba embriagado la realización de su sueño.

La admirable interpretación de este trozo arrollador terminó de turbar el corazón de Flora que, a partir del día siguiente, concibió un plan sutil para acercarse a Velbar.

Antes de realizar cualquier proyecto Flora, que era muy supersticiosa, consultaba siempre a la madre Angélica, vieja intrigante familiar y charlatana, a la vez tiradora de cartas, quiromántica, astróloga y prestamista por empeños que, mediante dinero, se ocupaba de toda suerte de tareas.

Llamada por una carta urgente, Angélica se presentó

en casa de Flora. La vieja era el tipo perfecto de tiradora de cartas, con su canasta grasienta y su amplia falda que, desde hacía diez años, le servía para desafiar los inviernos argelinos, a veces rigurosos.

Flora confesó su secreto y quiso saber, ante todo, si la llama había nacido bajo buenos auspicios. Angélica, de inmediato, sacó de la canasta un mapa del cielo, que clavó en el muro; después, tomando como punto de partida la fecha de la víspera, se sumergió en una grave meditación, pareciendo entregarse a un cálculo mental activo y complicado. Al fin señaló con el dedo la constelación de Cáncer, cuya influencia bienhechora debía preservar de daño los futuros amores de Flora.

Aclarado este primer punto, se trataba de llevar adelante la aventura de la manera más secreta posible, porque el teniente, desconfiado y celoso, espiaba con sigilo los menores movimientos de su querida.

Angélica volvió a meter el mapa en la canasta y sacó de las profundidades de ésta una vieja hoja de cartón agujereada irregularmente. Este aparato, llamado *reja* en lenguaje criptográfico, debía permitir a los dos amantes escribirse sin peligro. Una frase, escrita siguiendo los agujeros aplicados sobre una hoja de papel en blanco, podía volverse ininteligible con la aplicación de algunas otras letras trazadas al azar para llenar con orden los intervalos primitivamente vacíos. Sólo Velbar conocería el sentido de un billete al colocar sobre el texto una “reja” exactamente igual.

Pero este subterfugio requería una explicación previa, y volvía necesaria una discreta entrevista que enfrentara a Velbar y a Angélica. La vieja no podía ir al cuartel sin exponerse a un peligroso encuentro con el teniente, enterado de su amistad íntima con Flora; por otra parte, invitar a Velbar a que la visitara, sería despertar la desconfianza del joven zuavo, que sólo vería en el llamado el deseo interesado de una consulta paga. Angélica decidió, pues, fijar el encuentro en cualquier

lugar público, dando una señal de reconocimiento que evitaría toda sorpresa.

Bajo las miradas de Flora, la vieja escribió una carta anónima llena de seductoras promesas: Velbar debía instalarse al día siguiente en la terraza del café Leopold y pedir un “arlequín” en el preciso momento en que doblara a vísperas la campana de la iglesia Saint Jacques. De inmediato una persona de entera confianza se acercaría al joven soldado con el fin de trasmitirle las más halagadoras revelaciones.

Al día siguiente, a la hora fijada, Angélica se encontró en su puesto ante el café Leopold, no lejos del zuavo silencioso, que fumaba tranquilamente la pipa. La vieja no conocía a Velbar y temía cometer una imprudencia, por lo que esperó prudentemente la señal convenida para entrar en materia.

Bruscamente, cuando la llamada a un oficio sacudió la campana de la cercana iglesia de Saint Jacques, el zuavo, siguiendo sus informaciones, pidió un “arlequín”.

Angélica se acercó y se presentó y habló de la carta anónima mientras el mozo colocaba ante Velbar el “arlequín” solicitado, especie de mezcla de carnes multicolores y de legumbres disímiles apiladas en el mismo plato.

En pocas palabras la vieja explicó la situación y Velbar, encantado, recibió un doble perfecto de la “reja” confiada a Flora.

Los enamorados iniciaron sin demora una secreta y ardiente correspondencia. Velbar, que había cobrado una buena suma después de la representación de *Dédalo*, consagró una parte de las ganancias al alquiler y moblaje de un encantador retiro, donde podía recibir a su querida sin temor a los importunos; con el resto de la suma quiso hacer un regalo a Flora y eligió, en el primer joyero de la ciudad, una cadena de plata de la cual pendía un deslumbrador reloj, finamente cincelado.

Flora dio un grito de alegría al aceptar este encantador recuerdo, que prendió a su cintura; se convino que, ante

Lecurou, pretendería haber pagado ella misma aquella fantasía.

Sin embargo, pese a la constelación de Cáncer, la aventura debía tener un fin trágico.

Lecurou había notado ciertas rarezas en el carácter de Flora, y la siguió un día hasta el departamento alquilado por Velbar. Emboscado en una esquina, esperó dos largas horas y vio al fin salir a los dos amantes, que se separaron tiernamente después de marchar unos pasos.

A partir del día siguiente Lecurou cortó toda relación con Flora y cobró un odio mortal a Velbar, a quien se puso a perseguir cruelmente.

Sin cesar espiaba a su rival para pescarlo en falta, le infligía con encarnizamiento los más duros castigos, y los más injustos. Entrando el pulgar de la mano derecha, que levantaba, tenía la manía de anunciar los días de guardia pronunciando estas palabras: “Botones”, cosa que hacía arder la sangre en el rostro de Velbar, dispuesto, en esos momentos de rabia, a insultar a su superior.

Pero un ejemplo terrible recordó al joven zuavo la necesidad de frenar sus peligrosos impulsos de rebelión.

Se suponía que uno de sus camaradas, de nombre Suire, había llevado, entre los dieciocho y los veinte años, una vida muy animada. Frecuentador de los barrios bajos de Bougie, y viviendo en un mundo de prostitutas y de proxenetas, Suire, antes de entrar al regimiento, era una especie de “bravo” que, según ciertos comentarios, había cometido, mediante una paga, dos asesinatos que seguían impunes.

Suire, naturaleza salvaje y violenta, se plegaba con dificultad a las exigencias de la disciplina y soportaba mal las continuas reprimendas de Lecurou.

Un día el teniente, al inspeccionar el dormitorio, ordenó a Suire rehacer de inmediato su equipo, que no estaba en regla.

Suire estaba en un mal día y siguió inmóvil.

El teniente repitió la orden, y Suire respondió con una sola palabra: “No”.

Lecurou, furioso, insultó a Suire con su voz aguda, y habló con agria alegría de los treinta días de calabozo reservados a quien desobedecía una orden; después, antes de retirarse, como supremo insulto, lo escupió en la cara.

En ese momento Suire perdió la cabeza y, apoderándose de su bayoneta, golpeó en pleno pecho al odioso teniente, a quien debieron retirar.

Aunque había perdido el sentido y sangraba, Lecurou no había sido más que levemente herido por el arma, que se había deslizado de costado.

De todos modos Suire fue llevado ante un consejo de guerra y condenado a muerte.

Lecurou, ya restablecido, comandó el pelotón de ejecución, del que formó parte Velbar.

Cuando el teniente gritó: “Atención”, Velbar, al pensar que iba a dar la muerte, se sintió sacudido por un gran estremecimiento.

Bruscamente resonó la palabra “Fuego”, y Suire cayó, golpeado por doce balas.

Velbar guardó eternamente el recuerdo de aquel terrible momento.

Flora proclamaba ahora libremente su aventura con Velbar, pero, desde que Lecurou la había abandonado, la pobre muchacha contraía sin cesar numerosas deudas. Conociendo la casa de juego que durante algún tiempo había procurado recursos al teniente, resolvió probar la suerte y todos los días iba a sentarse junto a la mesa de la ruleta.

Una persistente mala suerte le hizo perder hasta el último luis.

Recurrió entonces a Angélica y la vieja, oliendo un buen negocio, prestó de inmediato, por un interés usurario, una suma bastante grande, garantizada por los

muebles y las alhajas, que eran ahora todo lo que la solicitante poseía.

Ay... el juego se llevó bien pronto este nuevo capital.

Un día, instalada ante la carpeta verde, Flora, agitada y nerviosa, arriesgaba sus últimas monedas de oro. Bastaron unos golpes para consumir su ruina. Aterrada la infeliz, viendo en un relámpago sus alhajas vendidas y sus muebles arrebatados, fue bruscamente presa de ideas suicidas.

En ese momento se oyó un gran ruido en la puerta del establecimiento clandestino, y alguien entró gritando: “¡La policía!”

El pánico se apoderó de los asistentes, y algunos abrieron las ventanas buscando una salida. Pero cuatro pisos separaban al balcón de la calle, volviendo imposible toda fuga.

Pronto fue forzada la puerta y una docena de agentes en ropa civil invadió la antecámara y penetró de inmediato en la sala.

El tumulto general llevó al colmo la sobreexcitación de Flora. La visión del escándalo, unida al espectro de la miseria, apresuró el cumplimiento de su fatal proyecto. De un salto corrió al balcón y se precipitó sobre el pavimento.

Al día siguiente, al enterarse conjuntamente del drama de la casa de juego y de la desaparición de su querida, Velbar tuvo un siniestro presentimiento. Se dirigió pues a la Morgue donde vio, colocada sobre el cadáver de una mujer con el rostro triturado e irreconocible, la famosa cadena de plata que él había regalado a la pobre Flora. Este indicio sirvió para establecer la identidad de la muerta, cuyas exequias fueron pagadas por el joven zuavo, que vendió de inmediato, a bajo precio, los muebles recientemente adquiridos con el dinero de sus vales.

La muerte de Flora no calmó el odio de Lecrou,

quien, más que nunca, abrumaba a su rival con injurias y castigos.

Una noche de mayo, en el descanso de una marcha nocturna realizada sin claro de luna, a la única luz de las estrellas, Lecurou se acercó a Velbar, a quien infligió ocho días de calabozo bajo pretexto de descuido en su uniforme. Después el teniente se puso a insultar fríamente al joven zuavo que, pálido de ira, se esforzaba por dominarse.

Finalmente Lecurou renovó el fin de su escena con Suire, escupiendo a Velbar en la cara; éste tuvo un deslumbramiento y, con un gesto instintivo, sin darse cuenta de lo que hacía, dio con toda su fuerza una bofetada al teniente. Pero bruscamente, las consecuencias terribles de este gesto casi involuntario se le aparecieron con aterradora claridad, mientras una visión rápida le mostraba el atroz ejemplo de Suire cayendo bajo las balas del pelotón de ejecución. Empujando al teniente y a algunos sargentos que se habían apresurado a asistir a su jefe, Velbar se fue directamente al campo, y pronto se encontró al abrigo de toda persecución gracias a la oscuridad de la noche.

Llegó al puerto de Bougie y logró ocultarse en la bodega del *Saint Irenée*, gran navio a vapor que partía para América del Sur.

Al día siguiente el *Saint Irenée* levó anclas; pero cinco días después, desamparado tras una tempestad, naufragó frente a Mihu. Contando el *Sylvandre* y el barco de las mellizas españolas, era la tercera vez que un hecho semejante se producía en estos parajes después del lejano advenimiento de Suán.

Saliendo bruscamente de su escondite, Velbar, siempre de uniforme, con el fusil y las cartucheras provistas, fue a mezclarse a la masa de pasajeros.

Los habitantes de Mihu, terribles caníbales, pusieron a los náufragos bajo buena custodia para refocilarse con su carne; cada día un prisionero, tras una rápida ejecu-

ción, era devorado ante los ojos de todos los demás. Pronto Velbar quedó solo, tras ver desaparecer el último de sus infortunados compañeros.

El día de su suplicio decidió intentar lo imposible para escapar a sus verdugos. Cuando vinieron a buscarlo logró abrir rápidamente, a golpes de culata, un paso entre la muchedumbre, y después se puso a correr al azar, escoltado por una veintena de caníbales que se lanzaron en su persecución.

Tras una hora de desenfrenada carrera, cuando las fuerzas empezaban a flaquearle, percibió la selva de Vorrh y redobló su ardor en la esperanza de ocultarse en los espesos macizos de la inmensa espesura.

Por su parte los caníbales, excitados por sus propios gritos, lograron acercarse al fugitivo y fue en el momento que iban a alcanzarlo cuando Velbar penetró entre los primeros árboles. La cacería terminó muy pronto, ya que los nativos no se atrevían a aventurarse en el sombrío refugio de los malos genios.

Velbar vivió tranquilo en el seguro refugio que le ofrecía la Vorrh, y no se arriesgaba jamás a salir, temeroso de ser atrapado por los feroces antropófagos. Se había construido así una pequeña cabaña de ramas y se alimentaba de frutos y raíces, guardando preciosamente su fusil y sus cartuchos en previsión de un ataque de las fieras.

El día de la fatal bofetada al teniente, Velbar llevaba consigo su caja de acuarelas y su álbum. Con el agua de un arroyo que corría sobre un suelo pedregoso logró fundir los colores y amenizar con su trabajo los largos días de soledad. Quería resumir en imágenes el sombrío drama de Bougie y aportó todos sus cuidados al cumplimiento de esta tarea absorbente.

Pasaron largos meses sin traer cambio alguno en la situación del pobre recluso.

Un día, Velbar oyó unas quejas lejanas, repetidas por los ecos generalmente silenciosos de su vasto dominio.

Al acercarse al lugar de donde provenía el ruido, descubrió a Sirdah, abandonada hacía poco tiempo por Mossem, y tomó en brazos a la pobre criatura, cuyos gritos cesaron de inmediato. Unos días antes había capturado, con ayuda de una trampa, una pareja de búfalos salvajes, que retenía prisioneros con ayuda de fuertes lianas atadas a los cuernos y fijadas al tronco de un árbol. La leche de la hembra le sirvió para criar a su hija adoptiva, y su vida, hasta entonces solitaria, tuvo una meta y un interés.

A medida que crecía Sirdah, llena de gracia y de encanto a pesar de su bizquera, devolvía a su bienhechor en ternura todo lo que él le otorgaba cada día. Velbar le enseñó el francés y le recomendó que nunca saliera de la Vorrh, temiendo que cayera en manos de los salvajes enemigos que tan cruelmente la habían entregado a la muerte, y que seguramente iban a reconocerla gracias a la señal que marcaba su frente.

Los años pasaron y la niña se transformaba ya en mujer cuando un violento incendio, que consumió la Vorrh, expulsó a los dos reclusos que, hasta último momento, se protegieron bajo el abrigo cada vez más restringido de los grandes árboles.

Una vez fuera del refugio donde hacía tanto tiempo que vivía escondido, Velbar esperaba caer en poder de los caníbales de Mihu. Pero felizmente la presencia del emperador lo libró de este terrible peligro.

Talú, cuando Seil-kor le tradujo el relato de Velbar, prometió recompensar dignamente al salvador de su hija.

Pero, ¡ay!, careció de tiempo para realizar tan generoso proyecto.

En efecto: Velbar no sobrevivió al terrible choque que recibió en ocasión de la caída del árbol incendiado. Una semana después de su llegada a Ejur, lanzó el último suspiro entre los brazos de su hija adoptiva que, hasta

el fin, cuidó valerosamente con la máxima ternura a aquel bienhechor tan devoto, único apoyo de su infancia.

Talú, queriendo rendir a Velbar un homenaje supremo, encargó a Seil-kor que enterrara gloriosamente el cuerpo del zuavo, en el lado oeste de la Plaza de los Trofeos.

Copiando modelos de la escultura francesa Seil-kor, ayudado por numerosos esclavos, depositó el cadáver en el lugar elegido, y lo cubrió luego con una gran piedra funeraria donde fueron colocados el uniforme, el fusil y las cartucheras, con toda simetría. Las acuarelas biográficas encontradas en los bolsillos del zuavo sirvieron para decorar, detrás de la tumba, una especie de panel cubierto de tela negra.

Después de esta muerte, que le produjo un doloroso estupor, Sirdah, naturaleza dulce y cariñosa, dio todo su afecto al emperador. Seil-kor le había revelado en francés el secreto de su nacimiento, y ella quería, a fuerza de atenciones, recompensar a su padre por los largos años de separación con que la injusta suerte había afligido a ambos.

Con la ayuda de Seil-kor estudió el idioma de sus antepasados, a fin de hablar corrientemente con sus futuros súbditos.

Cada vez que sus pasos la llevaban cerca de la tumba de Velbar, ella posaba piadosamente los labios sobre la piedra consagrada al querido difunto.

La vuelta de Sirdah no trajo sombras sobre Meisdehl, siempre tiernamente amada por el emperador que, pese a los últimos acontecimientos, se complacía en contemplar en ella la imagen animada del famoso fantasma irreal tantas veces evocado antes.

En recuerdo de su antiguo amor, Talú concedió la vida a Rul, quien, desde entonces, perteneció al número de esclavas designadas para los cultivos de Behulifruen, y debía doblarse todo el día sobre la tierra, cavando o escardando sin descanso. La venganza del mo-

marca no llegó a extenderse hasta el hijo adulterino, cuyo parecido con Mossem no había cesado de acentuarse con los años. Trastornado por la llegada de Sirdah, y por el descubrimiento del lejano complot tramado en su favor, el desdichado joven, que se creía llamado un día a reinar bajo el nombre de Talú VIII, contrajo una enfermedad de languidez y sucumbió en pocas semanas.

Mossem, Naír y Djizmé fueron reservados para terribles suplicios, diferidos día a día por el emperador, que quería imponer como expiación a los culpables la angustia de una espera cruel y prolongada.

Un negro llamado Rao, discípulo de Mossem, que le había transmitido su compleja sabiduría, fue nombrado para reemplazar al ministro caído en desgracia en las importantes funciones de consejero y de gobernante.

Pero Rul, abrumada de humillaciones, había jurado vengarse. Irritada especialmente contra Sirdah, cuyo regreso le había provocado tantas desdichas, buscaba un medio de satisfacer su odio contra aquella hija, cuyo nacimiento maldecía.

Tras varias reflexiones, la infame madre imaginó lo que sigue:

Una enfermedad que castigaba al país de manera endémica se manifestaba por la aparición de dos manchas blancas, muy contagiosas, que se extendían bajo los ojos y se espesaban más cada día.

Sólo el hechicero Bachkú, viejo silencioso y solitario, sabía curar la dolorosa afección con ayuda de un unguento secreto. Pero la curación rápida no podía producirse más que en un lugar sagrado, situado en el lecho mismo del Tez. Sumergido con el paciente en cierto determinado remolino, Bachkú, usando su bálsamo, arrancaba fácilmente las dos placas, que eran arrastradas por la corriente hacia el mar, donde su terrible contagio ya no era temible. Muchos enfermos recobraron de inmediato la vista después de la operación, otros, menos favorecidos,

siguieron para siempre ciegos, debido a la gran extensión del mal que, poco a poco, había invadido todo el globo ocular.

Rul conocía el carácter contagioso de las llagas. Un día, engañando la vigilancia de los guardianes de esclavos de Behulifruen, llegó al borde del mar y, con ayuda de una piragua, alcanzó la desembocadura del Tez. Sabía que Bachkú operaba siempre a la caída de la noche, para brindar a los sujetos recién curados una penumbra dulce y apacible. Protegida por el sombrío velo crepuscular, aguardó sin ser vista la llegada de las placas extraídas por el brujo, y recogió una al azar del paso de la corriente; después regresó a la ribera, al punto de embarque.

En medio de la noche penetró sin ruido en la habitación de Sirdah, cuya choza era contigua a la del emperador, después, avanzando con precaución, guiada por un rayo de luna, frotó dulcemente los párpados de su hija dormida con la peligrosa placa que conservaba entre los dedos.

Pero Talú, despierto por los leves pasos de Rul, se precipitó en la choza de Sirdah, a tiempo para ver el acto criminal. Comprendió de inmediato la finalidad de la desnaturalizada madre, a quien arrastró brutalmente fuera para ponerla en manos de tres esclavos, encargados de no perderla de vista.

El emperador volvió de inmediato junto a Sirdah, a quien el ruido había sacado de su profundo sueño. El mal ya estaba actuando y un velo empezaba a tenderse sobre los ojos de la pobre niña.

Por orden de Talú y destinada a una muerte atroz, Rul fue encarcelada junto con Mossem, Naír y Djizmé.

Al día siguiente la enfermedad de Sirdah había realizado aterradores progresos: dos placas opacas, formadas en pocas horas sobre sus ojos, la volvían totalmente ciega.

Deseoso de una operación inmediata, el emperador, al

caer la noche atravesó el Tez con su hija y se acercó a la gran cabana habitada por Bachkú.

Pero el lugar consagrado para el tratamiento mágico quedaba sobre la ribera izquierda del río y, por este solo hecho, pertenecía al Drelchkaff.

Y el rey Yaúr IX, enterado del crimen de Rul y previendo la llegada del padre y de la hija, se había apresurado a dar a Bachkú instrucciones severas y precisas.

El brujo dio su palabra y rehusó atender a Sirdah por orden de Yaúr, quien, se apresuró a añadir, exigía la mano de la muchacha a cambio de una curación realizada en sus dominios.

En efecto, gracias al matrimonio proyectado, Yaúr, llamado un día a participar en la sucesión de Talú, reuniría bajo su poder Ponukelé y Drelchkaff.

Asqueado por este mensaje y por la idea de ver sus Estados en poder de la rama enemiga, Talú no se dignó responder y volvió con su hija a Ejur.

A partir de este acontecimiento, producido unas escasas semanas atrás, la situación quedó estacionaria, y Sirdah siguió ciega,

XII

Tendidos siempre sobre la fina arena, a la sombra del alto acantilado, todos habíamos seguido, sin interrupción, las peripecias del largo drama narrado por Seil-kor.

Entre tanto los negros habían extraído de las profundidades del *Lyncée* una cantidad de objetos y de cajas que se habían echado bruscamente sobre los hombros, obedeciendo una orden de Seil-kor, cuya voz clara, terminado el relato, acababa de dar la señal de partida. Varias tandas debían completar la descarga del navío, cuyo botín entero habría de ser, poco a poco, transportado a Ejur.

Unos instantes después, formando columna en medio de los negros doblados bajo los múltiples fardos, nuestro

grupo, guiado por Seil-kor, se dirigió en línea recta hacia la capital anunciada. El enano Filipo era llevado como un niño por su maestro de ceremonias, Jenn, mientras Tancredo Boucharessas se pavoneaba, con una familia de gatos sabios, sobre un cochecito para inválido empujado por su hijo Héctor. Al frente Olga Chervonenkoff, seguida por Sladki y Milenkaya, marchaba no lejos del jinete Urbano que, montando sobre su caballo Rómulo, dominaba orgullosamente todo el grupo.

Necesitamos media hora para llegar a Ejur, donde pronto vimos al emperador que, para recibirnos, había reunido a su alrededor, en la Plaza de los Trofeos, a su hija, sus diez esposas y todos sus hijos, treinta y seis a la sazón.

Seil-kor cambió unas palabras con Talú y nos tradujo en seguida la orden emanada de la voluntad soberana: cada uno de nosotros debía escribir una carta a uno de los suyos con el fin de obtener un rescate cuya importancia variaría según la apariencia exterior del firmante, terminada esta tarea, Seil-kor, dirigiéndose al norte con un numeroso destacamento indígena, fue a Porto Novo con el fin de enviar a Europa la preciosa correspondencia; una vez poseedor de las sumas exigidas, el fiel mandatario compraría diversas mercaderías que sus hombres, siempre bajo sus órdenes, traerían a Ejur. Después el mismo Seil-kor nos serviría de guía hasta Porto Novo, donde tendríamos todas las facilidades para repatriarnos.

Cada carta debía contener una advertencia especial al destinatario, en el sentido de que la menor tentativa para liberarnos sería la señal de nuestra muerte inmediata. De todos modos, la pena capital estaba ya reservada a los que no se podía rescatar.

Por un extraño escrúpulo Talú, que no quería presentarse como un salteador, nos dejó en entera posesión de nuestro dinero de bolsillo. Por lo demás, la cantidad obtenida con los despojos inmediatos no habría representado más que un débil aumento sobre el inmenso producto global de los rescates proyectados.

Se desembaló un voluminoso fardo de papeles y cada uno se apresuró a confeccionar una carta señalando la suma liberadora, cifra que era fijada por Seil-kor a instigación del emperador.

Ocho días después Seil-kor se dirigió a Porto Novo, acompañado por los mismos negros que, aparecidos ante nuestros ojos después de la catástrofe, en menos de una semana, yendo y viniendo, habían transportado a Ejur el botín completo de nuestro desdichado navío, frecuentemente visitado por la multitud de pasajeros.

Esta partida significó para nosotros el comienzo de una vida monótona y fastidiosa. Llamábamos a gritos la hora de la liberación, dormíamos por la noche en cabañas destinadas para uso nuestro, y pasábamos los días leyendo o hablando en francés con Sirdah, muy dichosa de conocer a los compatriotas de Velbar.

Para crear una fuente de distracción y de ocupación, Juillar tuvo la idea de fundar, por medio de un grupo escogido, una especie de extraño club, donde cada miembro debería distinguirse por una obra original, o por una exhibición sensacional.

Las adhesiones afluyeron de inmediato y Juillard, a quien correspondía el honor de la primera idea, debió aceptar la presidencia de la nueva asociación, que tomó el pretencioso título de "Club de los Incomparables". Cada inscripto debía prepararse a una gran representación de gala destinada a festejar el regreso liberador de Seil-kor.

El club necesitaba una sede central, y Chenevillot se ofreció para levantar una pequeña construcción que sería, en cierto modo, el emblema del grupo. Juillard aceptó y le rogó que diera al monumento, teniendo en cuenta futuras exhibiciones, la forma de un escenario ligeramente elevado.

Por lo la autorización del emperador era indispensable

para elegir un trozo de terreno sobre la Plaza de los Trofeos.

Sirdah, totalmente entregada a nuestra causa, se encargó de intervenir frente a Talú quien, encantado de que quisieran embellecer su capital, recibió de muy buena gana el pedido, aunque preguntó de todos modos cuál era la finalidad del edificio proyectado. Sirdah habló brevemente de la función de gala y el emperador, satisfecho de antemano, ante la fiesta imprevista, nos dio espontáneamente toda la libertad para que eligiéramos, en el botín del *Lyncée*, los objetos necesarios para la organización del espectáculo.

Cuando la muchacha nos confió el feliz resultado de su misión, Chenevillot, ayudado por sus obreros, a quienes no faltaban utensilios, derribó un gran número de árboles en Behulifruen. Los troncos fueron cortados como tablo-nes, y la construcción se elevó en la Plaza de los Trofeos, en el lado más distante del mar.

Deseosos de crear cierta emulación entre los distintos miembros del club, Juillard resolvió inventar una nueva condecoración, reservada a quienes más la merecieran. Tras buscar largamente alguna insignia, a la vez inédita y fácil de fabricar, se decidió por la mayúscula griega *delta*, que, le pareció, reunía las condiciones requeridas. Dislocando un viejo recipiente encontrado entre las mercaderías del *Lyncée*, obtuvo una lámina de hojalata, en la que pudo recortar seis triángulos coronados por un anillo: suspendidos de un pedacito de cinta azul, cada *delta* así formada quedó destinada al pecho de un *caballero* de la orden.

Además, con el propósito de fundar una distinción suprema y única, Juillard, sin cambiar de modelo, talló una *delta* gigante, para ser llevada a la izquierda.

Las condecoraciones debían ser devueltas al fin de la función de gala.

Entretanto, todos se preparaban de antemano para el gran día.

Olga Chervonenkoff, que había decidido bailar *El Paso de la Ninfa*, su más restallante triunfo de antaño, ensayaba casi siempre a escondidas, con la esperanza de recobrar su antigua flexibilidad.

Juillard bosquejaba una brillante conferencia sobre la historia de los Electores de Brandeburgo, con retratos ilustrativos.

Después de haber prometido figurar en el programa, Balbet, cuyo equipaje contenía armas y municiones, se encontró con todos sus cartuchos mojados: el alta mar, aprovechando una larga vía de agua provocada al encallar, había invadido parcialmente la bodega del *Lyncée*. Al corriente de este contratiempo, Sirdah ofreció generosamente el arma y los cartuchos de Velbar. La oferta fue aceptada y Balbet entró en posesión de un excelente fusil Gras, acompañado de veinticuatro cartuchos conservados en perfecto estado gracias a la sequedad del clima africano. Dejando todo en su lugar sobre la tumba del zuavo, el ilustre campeón anunció para el día de la función de gala un prestigioso ejercicio de tiro, completado por un sensacional asalto con el florete mágico de La Billaudière-Maisonniel.

Los bultos de Luxo habían sufrido por la inundación más aun que los de Balbet, y todos sus fuegos de artificio, por suerte asegurados, estaban perdidos irremediablemente. Sólo el paquete final, cuidadosamente empaquetado aparte, había escapado al desastre, y Luxo decidió embellecer la compleja fiesta presentando aquel grupo de deslumbradores retratos que, por otra parte, ya no podrían llegar a tiempo para el casamiento del barón Ballesteros.

El ictiólogo Martignon pasaba las horas en el mar, en una piragua procurada por Sirdah. Armado de una enorme red de larga cuerda, extraída de una de sus valijas, realizaba continuos sondeos, esperando hacer algún des-

cubrimiento interesante, que sirviera para enriquecer el programa de la función de gala.

Todos los otros miembros del club: inventores, artistas, domadores, fenómenos y acróbatas se ejercitaban en sus diversas especialidades, deseosos de estar en posesión de todos sus medios el día de la solemnidad.

En cierta parte del *Lyncée*, particularmente dañada por el choque, se habían descubierto doce vehículos de dos ruedas, especie de carros romanos adornados de llamativas pinturas. En el curso de sus giras, las familias Boucharesses y Alcott, reunidas, empleaban esta carrocería para realizar un curioso ejercicio musical.

Cada uno de los carros, una vez puesto en marcha, dejaba oír una nota pura y vibrante producida por el movimiento de las ruedas.

En el momento de la exhibición, Stéphane Alcott y sus seis hijos, además de los cuatro hermanos Boucharesses y de la hermana, aparecían de pronto en el circo, conduciendo aisladamente los dos carros, arrastrados cada uno por un único caballo, sumariamente adiestrado.

El conjunto de coches sonoros, colocados uno al lado del otro en la pista circular, daban la escala diatónica de *do*, desde el *la* grave hasta el *sol* sostenido.

A una seña de Stéphane Alcott se iniciaba un paseo lento y melodioso. Los coches avanzaban uno tras otro, seguían un orden y un ritmo determinados y ejecutaban una cantidad de aires populares, cuidadosamente elegidos entre los refranes o estribillos desprovistos de modulaciones. El alineamiento era pronto quebrado por el calor y la frecuencia de las notas: algún carro, al emitir una ronda, sobrepasaba en cuatro o cinco metros al carro vecino que, encargado de producir una simple semicorchea, apenas avanzaba algunas líneas. Diseminados por toda la extensión de la pista, los caballos, hábilmente castigados, partían siempre en el momento requerido.

Once carros se habían roto en el naufragio. El único que quedaba intacto fue confiscado por Talú a beneficio

del joven Kalj quien, cada día más débil, necesitaba largos y saludables paseos que no lo fatigaran.

Un sillón de mimbre proveniente del *Lyncée* fue puesto y fijado por las cuatro patas sobre la plancha del vehículo, cuyas ruedas, al girar, producían un *do* sobreagudo.

Un esclavo situado entre las dos camillas completaba el conjunto, que pareció encantar a Kalj. Desde entonces se veía con frecuencia al joven enfermo, instalado en el sillón de mimbre y valientemente acompañado por Meisdehl, que marchaba a su lado.

XIII

En tres semanas Chenevillot terminó un pequeño escenario, de apariencia muy coqueta. De los obreros, y todos habían demostrado un celo infatigable, el pintor de paredes Toresse y el tapicero Beaucreau merecían particulares elogios. Toresse, muy desconfiado de las mercaderías americanas, se había provisto de barriles llenos de pinturas diversas, y había cubierto así el edificio entero con un magnífico tono rojo; sobre el frontón las palabras “Club de los Incomparables” estaban rodeadas de una multitud de rayos que simbolizaban la gloria de la brillante asociación. Beaucreau, que a su vez llevaba una cantidad de telas destinadas a Ballesteros, se había servido de un delicado damasco escarlata para dos grandes cortinas que se unían en medio del estrado y se apartaban hasta los montantes. Una seda blanca, con finos arabescos de oro, servía para ocultar el muro de tablas del fondo.

La obra de Chenevillot obtuvo gran éxito, y Carmichaël quedó encargado de inaugurar el nuevo escenario cantando, con su maravillosa voz de cabeza, algunas romanzas de su repertorio.

El mismo día, a eso de las cuatro, Carmichaël tras desembalar sus ropas femeninas, se retiró a su cabaña

y reapareció una hora después, enteramente transformado.

Llevaba un vestido de seda azul adornado por una ondulante cola sobre la que se leía, en negro, el número 472; una peluca de mujer, de espesos cabellos rubios, armonizaba maravillosamente con su cara aún imberbe y completaba la curiosa metamorfosis. Interrogado sobre el motivo de la extraña cifra inscripta en su falda, Carmichaël nos contó la anécdota siguiente:

Hacia fines del invierno, apremiado por ir a Estados Unidos, donde lo esperaba un brillante contrato, y retenido en Marsella hasta el 14 de marzo, fecha del sorteo de conscriptos, Carmichaël, entre todos los barcos, había elegido el *Lyncée*, que partía el 15 del mismo mes.

Por esta época el joven cantaba noche a noche, con atronador éxito, en el *Folies-Marseillaises*. La mañana del 14 de marzo, cuando apareció en la alcaldía, todos los conscriptos reunidos reconocieron sin dificultad a su célebre compatriota, y espontáneamente, tras el sorteo, le hicieron una fiesta a la salida.

Siguiendo su ejemplo, Carmichaël debió prender al sombrero un flexible número, lleno de deslumbrantes lentejuelas y, durante una hora, se realizó por las calles de la ciudad un alegre y fraternal paseo, acompañado de cabriolas y canciones.

En el momento de despedirse, Carmichaël distribuyó entradas gratuitas entre sus nuevos amigos que, por la noche, irrumpieron entre los bastidores del *Folies-Marseillaises*, blandiendo con gestos ligeramente avinados los sombreros, siempre adornados por hermosísimas imágenes. El más vacilante de todos, hijo de uno de los principales sastres de la ciudad, al ver a Carmichaël con vestido de baile y a punto de salir a escena, sacó de su bolsillo un par de tijeras y una aguja de hilo que llevaba envueltas en un gran trozo de seda negra y, con insistencia de borracho, quiso coser en el elegante vestido el número 472, que había correspondido esa mañana a su ilustre camarada.

Carmichaël, riendo, se prestó de buena gana a esta rara fantasía y, tras diez minutos de trabajo, tres cifras artísticamente recortadas y cosidas se destacaban en negro sobre la larga cola.

Unos instantes después los conscriptos, instalados en la sala, aclamaban ruidosamente a Carmichaël, bisaban todas las canciones y gritaban: “Viva el 472”, con gran regocijo de los espectadores, que veían con sorpresa el número trazado sobre la falda del joven cantante.

Al partir al día siguiente, Carmichaël no tuvo tiempo de descoser el extravagante adorno, que ahora quería conservar como un precioso recuerdo de su ciudad natal, de la cual un simple capricho de Talú podía alejarlo para siempre.

Terminado el relato, Carmichaël se dirigió a la escena de los Incomparables y cantó de manera arrebatadora la *Aubade* de Daricelli. Su voz de cabeza, subiendo con una agilidad inaudita hasta la nota más alta de soprano, realizaba las más desconcertantes vocalizaciones: las escalas cromáticas partían como cohetes, y los trinos, fabulosamente rápidos, se prolongaban al infinito.

Una prolongada ovación saludó la cadencia final, seguida de inmediato por cinco nuevas romanzas, no menos sorprendentes que la primera. Carmichaël, al salir de la escena, fue calurosamente festejado por todos los espectadores, llenos de emoción y agradecimiento.

Talú y Sirdah, presentes desde la iniciación del espectáculo, participaron visiblemente en el entusiasmo. El emperador, estupefacto, giraba alrededor de Carmichaël, cuyo excéntrico atuendo parecía fascinarlo.

Bien pronto algunas palabras imperiosas, que fueron diligentemente traducidas por Sirdah, nos informaron que Talú, deseoso de cantar a la manera de Carmichaël, exigía del joven artista un número de lecciones, y la primera debía comenzar allí sin más ni más.

Sirdah no había terminado de hablar cuando el em-

perador subió a escena, dócilmente seguido por Cannichaël.

Allí, durante media hora, Talú, con una voz de falsete muy pura, se esforzó en copiar servilmente los ejemplos proporcionados por Carmichaël quien, muy sorprendido al comprobar la extraña facilidad del monarca, desplegaba un celo infatigable y sincero.

Al terminar esta sección inesperada, la trágica Adinolfá quiso probar desde el punto de vista declamatorio la acústica de la Plaza de los Trofeos. Vistiendo un magnífico vestido de azabache endosado en unos minutos para la circunstancia, subió a escena y recitó versos italianos, acompañados por una impresionante mímica.

Meisdehl, la hija adoptiva del emperador, acababa de unirse a nosotros, y pareció petrificada ante las actitudes geniales de la célebre artista.

Al día siguiente Adinolfá tuvo una gran sorpresa mientras paseaba bajo las cúpulas perfumadas de Behulifruen, cuya ardiente vegetación atraía diariamente a su alma vibrante, siempre en busca de esplendores naturales o artísticos.

Desde hacía unos momentos la trágica atravesaba una región muy arbolada, tapizada de flores magníficas. Pronto vio un claro en medio del cual Meisdehl improvisaba ante Kalj, en una jerga sin palabras llena de entusiasmo, la mímica prodigiosa que la víspera, tras la lección de Talú, había atraído todas las miradas hacia el escenario de los Incomparables.

A unos veinte pasos estaba estacionado el carro, custodiado por el esclavo tendido sobre un lecho de musgo.

Adinolfá, sin hacer ruido, escuchó un rato, espiando a Meisdehl, cuyos gestos la sorprendían por su graciosa justeza. Interesada en la revelación de este primer instante dramático, se acercó a la muchachita para enseñarle los principios fundamentales del movimiento y el porte escénicos.

Aquella clase de ensayo dio inmensos resultados. Meisdehl comprendía sin dificultad las más sutiles indicaciones, y encontraba espontáneamente juegos de fisonomía personales y trágicos.

En los días siguientes muchas clases fueron consagradas al mismo estudio, y Meisdehl se convirtió bien pronto en una verdadera artista.

Alentada por los maravillosos progresos, Adinolfi quiso enseñar a su alumna una escena entera, destinada a ser repetida en la función de gala.

Procurando dar gran relieve a la presentación de su protegida, la trágica concibió una idea ingeniosa, que la llevó necesariamente a decirnos algunas palabras sobre su pasado.

Todos los pueblos del mundo aclamaban a Adinolfi, pero los ingleses, especialmente, profesaban por ella un culto ardiente y fanático. Las ovaciones que le prodigaba el público londinense no se parecían a las de ningún otro, y sus fotografías se vendían a millares en todos los rincones de Gran Bretaña, que se había convertido en una segunda patria para ella.

Deseosa de poseer una residencia fija para las prolongadas temporadas que pasaba cada año en la ciudad de las brumas, la trágica compró, al borde del Támesis, un suntuoso y antiguo castillo; el propietario, un tal lord Dewsbury, arruinado por peligrosas especulaciones» le vendió en bloque, a vil precio, el inmueble y todo lo que contenía.

Desde esta vivienda se llegaba fácilmente a Londres, conservando al mismo tiempo la ventaja del espacio y del aire libre.

Entre los diferentes salones de la planta baja, destinados a la recepción, la trágica prefería una amplia biblioteca, cuyos muros estaban adornados por viejos libros con preciosas encuadernaciones. Un gran estante lleno de obras de teatro llamaba con más frecuencia la atención de la gran artista que, muy versada en el

idioma inglés, pasaba largas horas hojeando las obras de arte nacionales de su país de adopción.

Un día Adinolfi había sacado a la vez y puesto sobre la mesa diez volúmenes de Shakespeare, con el fin de buscar cierta nota cuya existencia conocía, sin recordar exactamente el título del drama comentado.

Encontrada y transcripta la nota, la trágica se apoderó hábilmente de los libros para volver a ponerlos en su lugar; pero, al llegar frente a la biblioteca, percibió una espesa capa de polvo extendido sobre el estante vacío. Depositando provisoriamente su carga sobre un sillón, creyó limpiar con el pañuelo la superficie lisa y polvorienta, y llevó su cuidado hasta usar el improvisado plumero sobre el fondo mismo del mueble, cuya parte vertical reclamaba también limpieza.

De pronto resonó un ruido seco, producido por un resorte secreto, que Adinolfi acababa de poner en juego al oprimir involuntariamente cierto punto determinado.

Una plancha estrecha y delgada saltó brusca, descubriendo un escondite donde la trágica, muy conmovida, descubrió y extrajo con infinitas precauciones un viejo manuscrito apenas legible.

Adinolfi llevó de inmediato su descubrimiento a Londres, a lo del gran experto Creighton quien, tras un rápido examen hecho a lupa, dejó escapar un grito de estupefacción.

No había duda que tenían ante los ojos el manuscrito de *Romeo y Julieta*, trazado por la mano misma de Shakespeare.

Deslumbrada por esta revelación, Adinolfi encargó a Creighton que le entregara una copia fiel y neta del precioso documento, que podía conservar alguna escena desconocida de prodigioso interés. Después, informada del valor del voluminoso manuscrito autógrafo, que el experto calculó a un precio fabuloso, retomó, soñadora, el camino de su nueva vivienda.

Según el contrato de venta, preciso y formal, todo el contenido del castillo pertenecía, por derecho, a la trágica. Pero Adinolfi era demasiado escrupulosa para aprovechar una circunstancia fortuita que volvía vergonzosamente ventajoso el contrato. Escribió por lo tanto a lord Dewsbury para contarle la aventura, y le envió por cheque el total de la suma calculada por el experto para la impresionante reliquia.

Lord Dewsbury testimonió su ferviente gratitud con una larga carta de agradecimiento, donde daba la explicación probable del misterioso descubrimiento. Sólo uno de sus antepasados, Albert Dewsbury, gran coleccionista de autógrafos y de libros raros, era capaz de haber imaginado aquel escondrijo para preservar de robos a un manuscrito de tal importancia. Pero Albert Dewsbury, muerto bruscamente en plena salud, con el cráneo destrozado por un terrible accidente de equitación, no había tenido tiempo de revelar a su hijo, como seguramente pensaba hacerlo en sus últimos momentos, la existencia de un tesoro tan bien enclaustrado que, a partir de entonces, había permanecido en su sitio.

Al cabo de quince días, Creighton llevó en persona el manuscrito a la trágica, junto con dos copias, la primera escrupulosamente conforme al texto lleno de arcaísmos y de oscuridad, la segunda perfectamente clara y comprensible, verdadera traducción modernizada como idioma y caracteres.

Tras la partida del experto, Adinolfi tomó la segunda copia y se puso a leerla con atención.

Cada página la sumergía en una estupefacción más creciente.

Muchas veces ella había representado el papel de Julieta, y conocía de memoria el drama. Pero, mientras leía, descubría sin cesar réplicas, juegos de escena, detalles de mímica o de vestuario directamente nuevos o ignorados.

Así, de un extremo a otro la pieza estaba colmada de

riquezas que, sin desnaturalizar el fondo, lo adornaban con numerosos cuadros pintorescos o imprevistos.

Segura de tener entre manos la verdadera versión del drama de Verona, la trágica se apresuró en anunciar su descubrimiento a *The Times*, donde apareció una página entera con citas del manuscrito.

La publicación tuvo una resonancia inmensa. Artistas y sabios acudieron a la vieja morada de Dewsbury, para ver el extraordinario manuscrito, que Adinolfi permitía hojear sin dejar de ejercer una incesante vigilancia.

Pronto se formaron dos partidos y surgió una violenta polémica entre los partidarios del famoso documento y los adversarios, que lo declaraban apócrifo. Las columnas de los diarios estaban llenas de discusiones exaltadas, y las pruebas y los detalles contradictorios se convirtieron bien pronto en el tema de las conversaciones en Inglaterra y en el mundo entero.

Adinolfi quiso aprovechar esta efervescencia para montar la pieza de acuerdo a la nueva versión, reservándose el papel de Julieta, cuya creación sensacional podía aureolar su nombre con un brillo inefable.

Pero ningún director aceptó la tarea propuesta. Los innumerables gastos de montaje exigidos por cada página del manuscrito asustaban a los más audaces, y la gran artista llamó en vano a todas las puertas.

Descorazonada, Adinolfi perdió interés en el asunto, y pronto terminó la polémica, destronada por un crimen sensacional que, bruscamente, captó la atención del público.

Y era la escena final del drama de Shakespeare lo que Adinolfi quería hacer representar por Meisdehl, de acuerdo a las indicaciones del célebre manuscrito. La trágica tenía a su disposición la copia modernizada, tomada al acaso en vista de ciertos posibles tratos con los productores americanos. Kalj, tan fino y tan bien dotado, sería un Romeo encantador, y la mímica, muy cargada, sus-

tituiría fácilmente al diálogo, inaccesible para ambos muchachos; por otra parte, la carencia de texto no podía estorbar la comprensión de un tema tan popular.

A falta de vestuario completo, era necesario encontrar algún trozo de ropa o adorno que hiciera reconocibles a ambos personajes. El peinado ofrecía en este sentido los elementos más simples y fáciles de ejecutar. Pero, según el manuscrito, los dos amantes estaban vestidos de talas con ornamentos rojos, y unos tocados que hacían juego, *ricamente bordados*.

Esta última indicación molestaba a Adinolf, y la obsesionaba, un día, en el curso de su habitual paseo entre los macizos de Behulifruen. Súbitamente, mientras caminaba con la mirada fija en tierra, absorta en sus reflexiones, se detuvo al oír una especie de monólogo lento y entrecortado. Dio vuelta la cabeza y percibió a Juillard quien, sentado a la turca sobre el césped, tenía un cuaderno en la mano y escribía allí notas que pronunciaba luego en voz alta. Una revista ilustrada, abierta en el suelo, llamó la atención de la trágica, por ciertos tonos rojizos que estaban justamente en armonía con sus íntimos pensamientos. Se acercó a Juillard, quien elogió el poderoso encanto del lugar de recogimiento que había descubierto. Era allí que, tras la terminación de la conferencia para la preparación de la función de gala, iba todos los días, en medio de la quietud y el silencio, a preparar un largo trabajo sobre la guerra de 1870. Con un gesto mostró, esparcidas a su alrededor, numerosas obras aparecidas durante la terrible lucha y, entre éstas, la gran revista, cuyas páginas, percibidas por la trágica, mostraban con bastante realismo una carga de Reichshoffen y un episodio de la Comuna; los tonos rojos, tomados a la izquierda de los uniformes y los tocados de plumas y a la derecha de las llamas de un incendio, podían dar de lejos la ilusión de los bordados reclamados por el manuscrito shakespeariano. Deseosa de emplear como tela aquel papel coloreado, según su deseo, Adi-

nolfa hizo el pedido a Juillard quien, sin hacerse rogar, arrancó las páginas deseadas.

Con ayuda de unas tijeras y unos alfileres, la trágica confeccionó para Kalj y Meisdehl los tocados clásicos de los amantes de Verona.

Arreglado este primer punto, Adinolfa retomó la obra de Shakespeare, a fin de estudiar con cuidado los detalles de la puesta en escena.

Algunos episodios de la parte final encontraban su explicación en un largo prólogo, que comprendía dos cuadros consagrados a la infancia de Romeo y Julieta, cuando todavía no se conocían.

Y Adinolfa se compenetró especialmente en este prólogo.

En el primer cuadro, Romeo niño escuchaba las lecciones de su preceptor, el padre Valdivieso, sabio monje que inculcaba a su alumno los principios de moral más puros y religiosos.

Desde hacía muchos años Valdivieso pasaba las noches consagrado al trabajo, rodeado de un *in-folio* que era su dicha, y de viejos pergaminos cuyos secretos no escapaban jamás a su infalible sagacidad. Dotado de una memoria inmensa y de una elocución arrebatadora, deleitaba a su discípulo con relatos muy coloridos, cuyo sentido ocultaba casi siempre una enseñanza útil. La escena inicial era totalmente cubierta por este personaje, con algunas interrupciones ingenuas del joven Romeo.

Los recuerdos bíblicos se acumulaban en los labios del monje. Evocaba minuciosamente la tentación de Eva, después narraba la aventura del silencioso Thisias quien, en plena Sión, en medio de una orgía, vio aparecer el espectro de Dios padre, terrible y enfurecido.

Después venían detalles según la leyenda de Feior de Alejandría, el joven disipado contemporáneo de Tais.

Desesperado por el abandono de una amante adorada, que le había dado a entender la ruptura con el olvido voluntario de una cita de amor, Feior, renunciando a su

existencia de placer y buscando consuelo en la fe, se retiraba a un desierto para vivir como anacoreta, y venía a veces a sembrar la buena nueva en los lugares testigos de sus errores pasados.

Tras largas privaciones, Feior había alcanzado una delgadez extrema; su cabeza, naturalmente voluminosa, parecía inmensa, junto a su cuerpo hético, y las sienes resaltaban especialmente a los lados del rostro enflaquecido.

Un día Feior se había presentado en la plaza pública en el momento en que los ciudadanos convocados discutían asuntos de Estado. En aquella época dos asambleas, la de los jóvenes y la de los viejos, se reunían un día fijo en esa especie de foro, y la primera proponía audaces proyectos de leyes, rectificadas por la segunda en el sentido de la moderación. Los dos grupos se disponían formando un cuadrado perfecto, de aproximadamente un acre de extensión.

La aparición de Feior, famoso por su súbita conversión, suspendió por un instante las deliberaciones.

De inmediato el neófito, según su costumbre, se puso a predicar con ardor el desprecio por las riquezas y los placeres, atacando sobre todo al grupo de jóvenes, a quienes parecía reprochar directamente todos los vicios y todas las ignominias.

Airados por esta actitud provocadora, los interpelados se lanzaron sobre él y lo tiraron con furor al suelo. Demasiado débil para defenderse, Feior se levantó penosamente y se alejó acongojado, maldiciendo a sus agresores. De pronto, al volver una calle, cayó de rodillas, en éxtasis, a la vista de su antigua amante, que pasó sin reconocerlo, ricamente vestida y seguida por una multitud de esclavos. Por un instante, Feior se sintió reconquistado por su ardiente pasión: pero, al desvanecerse la visión, logró controlarse y regresó al desierto, donde, tras algunos años de continua penitencia, murió habiendo vencido sus inclinaciones y siendo perdonado.

Después de la leyenda de Feior, el monje Valdivieso

describía dos martirios famosos, el de Jeremías, lapidado por sus compatriotas con ayuda de piedras sílex cortantes y puntiagudas, y el de San Ignacio, entregado a las fieras, que laceraron su cuerpo, mientras su alma, como antítesis, subía al paraíso, que se presentaba bajo el aspecto feérico de una isla maravillosa.

El conjunto de estos discursos ofrecía gran unidad. Sus sorprendentes temas tenían como objeto evidente atraer hacia el bien al espíritu de Romeo, y explicaban además la facilidad con la cual Julieta, imagen del amor puro y conyugal, se apoderaba victoriosa del joven, entregado en el primer momento a intrigas frívolas y envilecedoras.

El segundo cuadro del prólogo, conmovedor paralelo del primero, mostraba a Julieta niña sentada junto a su nodriza, que la hechizaba con cuentos graciosos o terribles; entre otros personajes fabulosos pintados por la nodriza, estaba el hada bienhechora Urgela, que sacudía sus trenzas para desparramar hasta el infinito monedas de oro a su paso, después la ogra Pergovedula que, horrenda a causa de su cara amarilla y sus labios verdes, comía dos terneras como cena, cuando faltaban niños para satisfacer su apetito.

En la escena final, que Adinolfi quería representar, reaparecían ante los ojos de los amantes una cantidad de imágenes tomadas del prólogo, ya que, luego de haber absorbido un brebaje envenenado, los jóvenes eran presa de continuas alucinaciones.

Según las indicaciones del manuscrito, todos estos fantasmas formaban una serie de cuadros vivos, cuya rápida sucesión debía provocar insuperables dificultades en Ejur.

Adinolfi pensó entonces en Fuxier, cuyas pastillas de pintoresco efecto podrían sustituir los trajes y los accesorios.

Accediendo al deseo de la trágica y prometiendo poner a punto todas las visiones demandadas, Fuxier, muy al tanto de las sutilezas del idioma inglés, se engolfó en el

prólogo y en la parte final, que le proporcionaron amplio material para un trabajo interesante.

Una mención especial del manuscrito reclamaba, junto a la tumba de Julieta, un hogar con un fuego verdense, para iluminar con un resplandor trágico la escena conmovedora representada por los dos amantes. Este brasero, cuyas llamas fueron coloreadas con sal marina, parecía indicado para consumir las pastillas evocadoras. Adinolf, que iba a pintarrajearse para aparecer al fin bajo los rasgos de la ogra Pergovedula, podría esconderse tras la tumba y, oculta de todos, echar en el hogar, en el momento oportuno, determinada generadora de tal imagen.

Este procedimiento no excluía la representación. Dos apariciones, la de Capuleto, vestido con un traje de reflejos de oro, y la de Cristo, inmóvil sobre su famoso asno, debían ser realizadas por Soreau, que poseía en su reserva de ropa todos los elementos necesarios para su composición. La transformación se realizaría en unos segundos, al abrigo de todas las miradas, y la dócil Milenkaya fue requerida para la circunstancia. Chenevillot prometió poner en el telón de fondo dos finas rejillas hábilmente pintadas, que la iluminación de una lámpara a reflector volvería transparentes, a una hora determinada; detrás, dos nichos de tamaño suficiente serían colocados a la altura requerida.

Finalmente el espectro de Romeo debía descender del cielo ante el cadáver mismo y uno de los hermanos de Kalj, de edad y rasgos similares, fue designado para el papel de sosías. Se preparó, con el resto de la página consagrada a los coraceros de Reichshoffen, un segundo tocado similar al primero, y Chenevillot imaginó fácilmente, con una cuerda y una polea del *Lyncée*, un sistema de suspensión movido a mano.

Para evocar a Urgela se tomó, del cargamento del navío, una muñeca intacta, en el fondo de una caja enviada a un peinador de Buenos Aires. En poco tiempo pudo construirse un zócalo con meditas, para sostener el busto

blanco y rosado, con grandes ojos azules. No lejos de la caja, numerosas fichas doradas, semejantes a luises de veinte francos, se habían desparramado desde un paquete desfondado-, lleno de juegos diversos; con ayuda de un poco de cola, las fichas fueron levemente pegadas a la magnífica cabellera rubia suelta y tendidas en diseminadas mechas; el menor sacudimiento haría caer esta deslumbrante moneda, que el hada generosa sembraría profusamente.

Para el resto de la puesta en escena, que comprendía la tumba y el brasero, hubo que dirigirse a Chenevillot.

Según un breve pasaje del manuscrito, Romeo colocaba en el cuello de Julieta, despierta de su sueño letárgico, un rico collar de rubíes, destinado en el momento, según creencia del joven esposo, a adornar el frío cadáver de la bienamada.

Este detalle proporcionó a Bex ocasión para utilizar un bálsamo de su invención, cuyo empleo había sido siempre exitoso en el curso de sus sabias trituraciones.

Se trataba de un anestésico suficientemente poderoso para volver la piel indiferente a las quemaduras; aplicando a sus manos este producto protector, Bex podía maniobrar a cualquier temperatura cierto metal inventado por él y denominado *bexium*. Sin el descubrimiento previo del precioso ingrediente, el químico no habría podido realizar el del *bexium*, cuya especialidad reclamaba precisamente extremadas variaciones térmicas.

Para reemplazar el collar de rubíes, que no podía encontrarse en Ejur ni siquiera como imitación, Bex propuso sustituirlo por unos carbones encendidos atados a un hilo de amianto. Bastaba con que Kalj sacara del brasero la extraña joya resplandeciente y roja para adornar a Meisdehl, cuya garganta y hombros estarían inmunizados por el bálsamo infalible.

La trágica aceptó la oferta de Bex, luego de asegurarse el consentimiento de Meisdehl, que se mostró valerosa y confiada.

Todo el cuadro debía representarse sin diálogos. Pero, en sus estudios de mímica, Kalj y Meisdehl mostraban tanta inteligencia y buena voluntad que Adinolfi, alentada por el éxito, hizo aprender a sus alumnos algunos fragmentos de frases traducidos al francés y adecuados para explicar las diferentes apariciones. La tentativa dio rápidos resultados, y entonces sólo fue necesario perfeccionar, hasta la fecha de la función de gala, los conmovedores juegos escénicos tan bien comprendidos por los dos niños.

XIV

Estimulado por el éxito del Teatro de los Incomparables, Juillard propuso otra fundación, que debía recalentar los espíritus para el gran día y proporcionar a Chenevillot ocasión de ejercer una vez más sus talentos de constructor. Se trataba de dar acciones a todos los miembros del club, y de instituir un juego de azar en el cual el gran premio sería el cordón de la nueva orden. Adoptado el proyecto, sin demora se dedicaron a su ejecución.

Cincuenta pasajeros comenzaron por formar un fondo de diez mil francos poniendo cada uno doscientos francos, y cada miembro del club estuvo representado por cien acciones, simples trozos de papel con la correspondiente firma.

Todas las acciones reunidas fueron entreveradas un buen rato, como naipes, y agrupadas luego en cincuenta paquetes iguales, distribuidos lealmente entre los cincuenta pasajeros.

El día de la función de gala los diez mil francos serían distribuidos entre los accionistas del dichoso elegido como portador de la insignia suprema del Delta; hasta entonces las acciones tendrían tiempo de sufrir toda clase de fluctuaciones, según las posibilidades que pudiera ofrecer cada uno de los concursantes.

Los miembros del club debían permanecer ajenos a

todo tráfico, por los mismos motivos que las apuestas están prohibidas para los jockeys.

Fueron necesarios intermediarios para arreglar el ir y venir de los títulos entre los diferentes jugadores. Hounsfeld, Cerjat y sus tres comisionados, tras aceptar todos el papel de agente de cambio, recibieron en depósito el total de la canasta, y Chenevillot debió crear otro edificio destinado a las transacciones.

Al cabo de quince días una pequeña Bolsa en miniatura, reproducción exacta de la Bolsa de París, se elevaba frente a la escena de los Incomparables. El monumento, hecho de madera, daba la ilusión completa de la piedra, gracias a una capa de pintura blanca puesta por Toresse.

Para dejar campo libre al útil edificio, los despojos mortales del zuavo fueron desplazados algunos metros hacia el sur, al igual que la lápida siempre acompañada de un paño negro con brillantes diseños.

La originalidad de una especulación que tomaba por objeto a la persona misma de los Incomparables, reclamaba un lenguaje aparte, y se decidió que sólo serían ejecutables las órdenes dadas en alejandrinos.

A las seis, el día mismo en que terminó su construcción, la Bolsa se abrió por primera vez, y los cinco agentes de cambio ocuparon cinco mesas colocadas especialmente detrás de la pequeña columnata. De inmediato leyeron en alta voz cantidad de boletines puestos en sus manos por los jugadores que los rodeaban, donde figuraban órdenes de compra y venta escritas en torpes versos de doce pies, llenos de ripios y de hiatos. Se estableció un escote de acuerdo a la importancia de la oferta y la demanda, y las acciones, pagadas y entregadas, pasaban de mano en mano. Sin cesar, nuevos boletines afluían sobre las mesas y, durante una hora, hubo un tráfico fabuloso y lleno de estruendo. Cada número precedido de un artículo servía para indicar uno de los valores. Al fin de la sesión el *Carmichaël* valía cincuenta y dos francos, y

el *Tancredo Boucharessas* dos luises, mientras el *Martignon* se pagaba veintiocho centavos y el *Olga Chervonenkoff* sesenta centavos. El *Balbet*, a causa del ejercicio de tiro, que prometía mucho, tuvo una cotización por catorce francos, y el *Luxo* se cotizaba a dieciocho francos ochenta centavos, gracias a la sorprendente pieza de artificio de la que se esperaban inmensos resultados.

La Bolsa cerró exactamente a las siete pero, a partir de ese día, abrió diariamente durante veinte minutos, con gran alegría de los especuladores, entre los cuales un gran número, sin preocuparse del resultado final, sólo pensaba en golpes de audacia jugando a la suba o a la baja, y hacía circular con este fin toda clase de rumores. Un día el *Carmichaël* bajó nueve puntos debido a una pretendida ronquera del joven cantante; al día siguiente se supo que la noticia era falsa, y el valor aumentó bruscamente doce francos. El *Balbet* sufrió también fuertes oscilaciones, debido a informes continuos y contradictorios sobre el buen funcionamiento del fusil Gras y el grado de conservación de los cartuchos.

Gracias a las lecciones diarias, Talú había logrado cantar la *Aubade* de Daricelli repitiendo una tras otra las medidas sopladas por Carmichaël, apostado cerca de él: el emperador quiso ahora adoptar el atuendo femenino, que desde el primer instante había provocado su apetito, y completar su educación cultivando el arte de los gestos y del porte. Sirdah tradujo el deseo de su padre que, ayudado por el joven marsellés, se engalanó cuidadosamente, lleno de alegría infantil, con el vestido azul y la peluca rubia, cuya doble rareza deslumbraba su alma de poeta rey, con tendencias a la bufonería.

El emperador, disfrazado de cantante, subió a escena y esta vez Carmichaël, al dar la lección, descompuso con lentitud los diversos movimientos de brazo que le eran familiares, al mismo tiempo que enseñaba a su alumno a marchar con soltura, echando atrás, con un hábil golpe de pie, la larga y molesta cola. Por otra parte, Talú es-

tudiaba siempre con mucha prolijidad, y logró cumplir honrosamente la tarea que se había impuesto.

Una serie de cuadros vivos debía ser representada, el día de la función de gala, por los cantantes de opereta, ricamente provistos de trajes y accesorios.

Soreau, que había tomado a su cargo la iniciativa y realización del proyecto, decidió comenzar con una *Fiesta de los Dioses Olímpicos*, fácil de realizar con los elementos disponibles de *Orfeo en los Infiernos*.

Para los otros grupos Soreau se inspiró en cinco anécdotas, respectivamente recogidas en sus giras por América del Norte, Inglaterra, Rusia, Grecia e Italia.

En primer lugar, venía un cuento canadiense oído en Québec, especie de leyenda infantil, cuyo resumen es éste:

En las riberas del lago Ontario vivía un rico plantador, de origen francés, llamado Jouandon.

Viudo desde hacía poco tiempo, Jouandon volcaba toda su ternura en su hija Úrsula, graciosa niña de ocho años confiada a los cuidados de la devota Maffa, india hurona dulce y previsora, que la había amamantado con su leche.

Jouandon fue presa de las maniobras de una intrigante llamada Gervaise, a quien su fealdad y pobreza destinaban a vestir santos, y a quien se le puso en la *cabeza* casarse con el opulento plantador.

Débil de carácter, Jouandon creyó en la comedia amorosa hábilmente representada por aquella furia, que pronto se convirtió en su segunda esposa.

La vida se volvió entonces intolerable en la vivienda, antes tan apacible y radiante. Gervaise instaló en su departamento a su hermana Ágata y a sus hermanos: Claude y Justin, los tres tan envidiosos como ella; y este grupo infernal imponía la ley, gritando y gesticulando de la mañana a la noche. Úrsula, principalmente, servía de blanco a las burlas de Gervaise y sus acólitos, y sólo con gran trabajo Maffa lograba sustraerla a los malos tratos que la amenazaban.

Al cabo de dos años Jouandon murió tuberculoso, minado por la pena y los remordimientos, acusándose de haber hecho la desgracia de su hija y la suya propia, con aquella deplorable unión, que no había tenido la fuerza de romper.

Gervaise y sus cómplices se encarnizaron más que nunca con la desdichada Úrsula, a quien esperaban hacer morir como a su padre, para acaparar sus riquezas.

Indignada, Maffa se dirigió un día a los guerreros de su tribu, y pintó la situación al viejo hechicero Nô, reputado por el alcance de su poder.

Nô prometió castigar a los culpables y siguió a Maffa, que lo guió hasta la morada maldita.

Al llegar junto al Ontario divisaron a lo lejos a Gervaise y Ágata, que se dirigían hacia la ribera escoltadas por sus dos hermanos, que llevaban a Úrsula, muda e inmóvil.

Los cuatro monstruos, aprovechando la ausencia de la nodriza, habían atado a la niña, a quien iban a arrojar a las aguas profundas del lago.

Maffa y Nô se ocultaron detrás de un grupo de árboles, y los otros llegaron a la costa sin haberlos visto.

En el momento en que los dos hermanos balanceaban el cuerpo de Úrsula para arrojarlo a las olas, Nô pronunció una fórmula mágica y sonora, que provocó de inmediato cuatro metamorfosis súbitas.

Gervaise se convirtió en burra y quedó colocada frente a un pesebre lleno de apetitosos cereales, pero, en cuanto se acercaba a la abundante pitanza, una especie de sedal le cerraba las mandíbulas, impidiéndole satisfacer su hambre. Cuando, harta de este suplicio, quería huir de la desilusionante tentación, una reja de oro se elevaba ante ella, cerrándole el camino con aquel obstáculo imprevisto, dispuesto a surgir en cualquier punto de un recinto estrictamente delimitado.

Ágata, convertida en oca, corría enloquecida, perse-

guida por Bóreas, que resoplaba sobre ella a plenos pulmones y la azotaba con una rosa pinchuda.

Claude conservó el cuerpo de hombre, pero su cabeza se transformó en cabeza de jabalí. Tres objetos de diverso peso, un huevo, un guante y una brizna de paja se pusieron a saltar entre sus manos que, contra su voluntad, los lanzaban continuamente al aire para recogerlos con soltura. Semejante a un juglar que, en lugar de dirigir sus juguetes, se dejara arrastrar por ellos, el desdichado huía *en* línea recta, siguiendo una especie de vertiginosa imantación.

Justin, convertido en pez, fue lanzado al lago, donde debía, infinitamente, dar la vuelta a toda velocidad, como un caballo suelto en un hipódromo gigantesco.

Maffa y Nô se acercaron a Úrsula para librarla de sus ataduras.

Llena de compasión y olvidando todo rencor, la muchachita, que había visto el cuádruple fenómeno, quiso interceder en favor de sus verdugos.

Pidió al brujo un medio para hacer cesar el hechizo, defendió con ardor la causa de los culpables que, según ella, no merecían un castigo eterno.

Conmovido por tanta bondad, No le dio un dato precioso: una vez por año, en el aniversario y a la hora precisa del hechizo, los cuatro embrujados debían encontrarse en el punto preciso de la costa ocupado por la burra, única sedentaria durante las carreras vagabundas de los tres errantes: este encuentro sólo duraría un segundo, ya que ni un momento de reposo era tolerado a los infortunados corredores; si, en ese instante apenas apreciable, una mano generosa, armada de cualquier instrumento, lograba pescar el lucio y echarlo sobre la costa, el encanto se rompería y los cuatro malditos recobrarían la forma humana; pero la menor torpeza en el gesto liberador haría postergar para el año siguiente la posibilidad de una nueva tentativa.

Úrsula guardó en la memoria todos los detalles de esta

revelación y dio las gracias a No, quien regresó solo a su tribu.

Un año después, unos minutos antes de la hora prescrita, Úrsula subió a una barca junto con Maffa, y esperó al lucio junto al lugar donde la burra seguía codiciando inútilmente el pesebre, siempre lleno.

De pronto la niña percibió a lo lejos, en las aguas transparentes, el rápido pez que aguardaba; al mismo tiempo, desde dos puntos opuestos del horizonte, corrían hacia el mismo punto el juglar con cabeza de jabalí y la oca, cruelmente azotada por Bóreas.

Úrsula sumergió verticalmente su gran red, cortando el camino al pez, que penetró como una flecha en el instrumento flotante.

Con un movimiento brusco, la joven pescadora lanzó al pez contra la ribera. Pero sin duda la expiación no era aún suficiente, pues la malla, aunque era fina y sólida, dejó pasar al cautivo, que cayó al agua y continuó su loca carrera.

El juglar y la oca, reunidos un instante junto a la burra, se cruzaron sin disminuir la velocidad y desaparecieron pronto en direcciones opuestas.

Según todas las evidencias, el fracaso de Úrsula se debía a alguna influencia sobrenatural, ya que, después del acontecimiento, no se vio ningún desgarrón en la malla intacta de la red.

Tres nuevas tentativas, separadas cada vez por un año de intervalo, dieron el mismo resultado negativo. Finalmente, al quinto año, Úrsula hizo un gesto tan rápido y tan hábil que el lucio tocó el extremo de la costa, antes de lograr deslizarse a través de la red que lo apresaba.

De inmediato los cuatro consanguíneos recobraron la forma humana y, aterrados por la eventual perspectiva de un nuevo hechizo, dejaron de inmediato el país, donde nadie volvió a verlos.

En Inglaterra, Soreau se había enterado de otro hecho, contado en los *Recuerdos de Haendel* por el conde de Corfield, amigo íntimo del gran compositor:

En 1756 Haendel, viejo y privado de la vista desde hacía cuatro años, ya no abandonaba su casa de Londres, donde sus admiradores lo visitaban en masa.

Una noche el ilustre músico se encontraba en su sala de trabajo, en el primer piso, habitación amplia y suntuosa que prefería a los salones de la planta baja, a causa de un órgano magnífico adosado a uno de los paneles.

En medio de una luz muy viva, algunos invitados platicaban ruidosamente, distraídos por una copiosa comida que les había ofrecido el gran maestro, muy aficionado a las carnes delicadas y al buen vino.

El conde de Corfield, allí presente, llevó la conversación hacia el genio del anfitrión, cuyas obras maestras elogió con el entusiasmo más sincero. Los otros hicieron coro, y cada uno admiró la fuerza de aquel don creador innato, que los legos no podían adquirir ni siquiera a costa de la labor más encarnizada.

Según afirmaba Corfield, una frase encerrada en una frente ornada por la divina chispa podía, banalmente desarrollada por un simple técnico, animar muchas páginas con su solo aliento. Por el contrario, añadía el orador, un tema ordinario, tratado por el cerebro mejor inspirado, debía fatalmente conservar su pesadez y su torpeza, sin lograr disimular la marca indeleble de su chato origen.

En este momento intervino Haendel y declaró que, si se le daba un motivo construido mecánicamente de acuerdo a un procedimiento hallado al azar, él se comprometía a escribir un oratorio entero, digno de figurar en la lista de sus obras.

Como la afirmación provocara ciertos murmullos de duda, Haendel, animado por las libaciones del festín, se levantó bruscamente, declarando que deseaba, de in-

mediato y ante testigos, establecer el armazón del trabajo en cuestión.

A tientas, el ilustre compositor se dirigió hacia la chimenea y sacó del florero, donde se encontraban reunidas, varias ramas de ílex, provenientes de la última Navidad. Las colocó sobre el mármol y llamó la atención sobre su número, que se elevaba a siete; cada rama debía representar una de las notas de la gama y llevar un signo cualquiera que pudiera hacerla reconocible.

Madge, la vieja gobernanta del maestro, muy experta en trabajos de costura, recibió de inmediato la orden de proporcionar al momento siete delicadas cintas de diferentes colores.

La ingeniosa mujer no se turbó por tan poco y, tras una corta ausencia, presentó siete moños, cada uno muestra de uno de los siete colores del prisma.

Corfield, a pedido del gran músico, ató una cinta a cada rama, sin romper la regularidad del alineamiento.

Terminada la tarea, Haendel invitó a los asistentes a contemplar un instante la gama representada ante sus ojos, y cada uno debía esforzarse por guardar en la memoria la correspondencia de los colores y las notas.

Después el maestro mismo, con su tacto prodigiosamente afinado por la ceguera, procedió al minucioso examen de las ramas, registrando cuidadosamente en el recuerdo cada particularidad creada por la disposición de las hojas o por la separación de las espinas.

Una vez seguro de sí, Haendel reunió en la mano izquierda las siete ramas de ílex y señaló la dirección de su mesa de trabajo, rogando a Corfield que trajera consigo la pluma y el tintero.

Al salir de la habitación guiado por uno de sus fieles, el maestro ciego se hizo conducir cerca de la escalera, cuya rampa blanca y chata se prestaba muy bien a sus designios.

Tras entreverar largo rato las ramas de ílex, que ya no conservaban rastros del orden primitivo, Haendel lla-

mó a Corfield, quien le tendió la pluma mojada en el tintero.

Rozando al azar, con los dedos disponibles de la mano derecha, una de las ramas pinchudas, ya que todas poseían para él una personalidad individual, reconocible al tacto, el ciego se acercó a la rampa, donde escribió sin dificultad, en letras comunes, la nota indicada por el rápido contacto.

Tras descender un escalón tanteando de nuevo el tupido ramo, Haendel, con el mismo procedimiento de toque puramente fantasioso, obtuvo una segunda nota, que escribió más abajo en la rampa.

El descenso continuó así, lento y regular. A cada escalón el maestro, conscientemente, removía el ramo en todas direcciones para buscar, con la punta de los dedos, la designación de algún sonido inesperado, prontamente grabado en caracteres suficientemente legibles.

Los invitados seguían paso a paso a su anfitrión, verificando fácilmente el trabajo por el examen de los lazos de diversos colores. A veces Corfield tomaba la pluma y la mojaba en la tinta, antes de darla al ciego.

Al cabo de diez minutos, Haendel había escrito la nota vigésimo tercera y descendió el último peldaño, quedando en la planta baja. Ocupando una banqueta se sentó un momento y descansó de la tarea dando a sus amigos la razón que lo había llevado a escoger una manera tan extraña de inscripción.

Sintiendo que su fin estaba próximo, Haendel había llevado a la ciudad de Londres toda su casa, destinada a convertirse en museo. Una gran cantidad de manuscritos, de curiosidades y recuerdos de toda especie, volvían cautivante una visita al hombre ilustre. Y, sin embargo, el maestro era perseguido por el deseo de acrecentar sin cesar el atractivo de peregrinajes futuros. Por esto, escogiendo una ocasión propicia, había hecho esa noche, a mano, un monumento impercedero, autografiando allí el tema incoherente y extraño, del cual, el número de

escalones primitivamente ignorados, acababa de fijar la longitud, sólo para él, añadiendo de este modo una particularidad suplementaria al lado mecánico y querido de la composición.

Repuesto después de algunos momentos de inmovilidad, Haendel, escoltado por sus amigos, volvió al salón del primer piso, donde la velada terminó alegremente. Corfield se encargó de transcribir musicalmente la frase elaborada por el capricho del azar, y el maestro prometió seguir estrictamente las indicaciones del cañamazo, reservándose sólo dos libertades: primero la de los valores, y luego la del diapasón, que evolucionaba sin trabas de una a otra octava.

A partir del día siguiente Haendel se puso a la tarea con la ayuda de un secretario acostumbrado a escribir al dictado.

La ceguera no había debilitado en modo alguno la actividad intelectual del célebre músico.

Tratado por él, el tema de contornos fantásticos tomó un aire interesante y bello, debido a ingeniosas combinaciones de ritmo y de armonía.

La misma frase de veintitrés notas se reproducía sin cesar, presentada cada vez bajo un nuevo aspecto, y llegó a constituir por sí sola el famoso oratorio *Vesper*, obra poderosa y serena, cuyo éxito dura todavía.

Soreau, al recorrer Rusia, había tomado notas históricas sobre el zar Alejo Mijáilovich.

Hacia fines de 1648, Alejo, casi niño y ya emperador desde hacía tres años, dejaba gobernar a sus dos favoritos, Plechaief y Morosov, como se les daba la gana, y las injusticias y las crueldades creaban descontento por todas partes.

Plechaief especialmente, detestado por todos los que se le acercaban, sembraba a su paso implacables rencores.

Una mañana de diciembre corrió un rumor por el pa-

lacio: Plechaief, aullando de dolor en el fondo de sus aposentos, se retorció en medio de atroces convulsiones, con los ojos inyectados en sangre y espuma en los labios.

Cuando el zar, acompañado por su médico, visitó al favorito, un espectáculo aterrador se presentó ante sus ojos. Tendido sobre la alfombra, Plechaief, con los miembros crispados, el rostro y las manos azulados, acababa de exhalar el último suspiro.

Se veía una mesa con los restos del desayuno que había comido el difunto. El médico se acercó y reconoció por el olor, en algunas gotas del líquido en el fondo de la taza, los rastros de un veneno violento.

El zar ordenó una investigación inmediata e hizo comparecer a todos los servidores de Plechaief. Pero no pudo obtenerse ninguna confesión y, por otra parte, las requisas más minuciosas no dieron ningún resultado.

Alejo empleó entonces un método que debía llevar al culpable a traicionarse a sí mismo. A vistas y oídas de todos se encerró en su capilla para rogar a Dios que lo inspirara. Una hora más tarde abrió la puerta y llamó a todos los servidores sospechosos, que penetraron en silencio en el recinto.

Volviéndose hacia uno de los muros, Alejo mostró a los recién llegados un vitral precioso, cuyo admirable mosaico transparente evocaba a Cristo en la cruz, agonizando al caer el día. Casi a nivel del horizonte el sol, pronto a desaparecer, estaba representado por un disco rojo, perfectamente regular.

Por orden de Alejo, dos servidores salidos del grupo llegaron hasta el vitral escalando el reborde de piedra, que tenía una saliente suficiente. Armados de cuchillos, los hombres despegaron las lajas de pomo soldadas a la circunferencia del astro radiante, y lograron asir con los dedos el redondel de vidrio, que llevaron, brillante e intacto, a manos del zar.

Antes de utilizar el extraño objeto, Alejo contó, como

sigue, una visión que acababa de tener en el mismo lugar, en medio del recogimiento y la soledad:

Encerrado desde hacía unos minutos, Alejo había rogado a Dios que le revelara el nombre del culpable, cuando una súbita claridad le hizo levantar los ojos. Vio entonces, en el vitral ahora incompleto, la imagen de Jesús, que parecía animarse. Los ojos del Crucificado lo miraban ardientemente y pronto los labios, ágiles y vivos, articularon la siguiente frase: “Quita del vitral ese sol, que ilumina mi suplicio; al atravesar ese prisma, santificado por mi agonía, tus miradas aniquilarán al culpable que, como castigo, sufrirá los efectos del veneno vertido por su mano”. Dichas estas palabras, la imagen de Cristo había recobrado la inmovilidad primera y el zar, deslumbrado por el milagro, había rezado todavía largo rato para dar gracias al Señor.

El grupo de servidores había escuchado el relato sin hacer el menor movimiento.

Alejo, en silencio, llevó lentamente el sol rojo a nivel de sus ojos y miró uno por uno, a través del diáfano disco, a los criados alineados ante él.

Era con razón que el zar había contado con las consecuencias de la exaltación religiosa para alcanzar su meta, pues sus palabras habían impresionado profundamente al auditorio. De pronto, al ser alcanzado por la mirada investigadora que brillaba tras el vidrio de colores, un hombre vaciló y dio un grito, dejándose caer entre los brazos de sus compañeros, con los miembros retorcidos, la cara y las manos azuladas, semejante a Plechaief agonizante. El zar se acercó al desdichado que reconoció su crimen antes de expirar entre atroces sufrimientos.

Grecia había proporcionado una poética anécdota a Soreau quien, durante su estadía en Atenas, aprovechaba sus horas de libertad para visitar, en compañía de un guía, las bellezas de la ciudad y de la campiña circundante.

Un día, en el fondo del bosque de Arghyros, el guía

llevó a Soreau hasta un cruce sombrío, pidiéndole que escuchara un eco renombrado por su sorprendente pureza.

Soreau obedeció, pronunciando una serie de palabras y sonidos, que fueron de inmediato reproducidos con sorprendente precisión.

El guía hizo entonces el relato siguiente, que dio bruscamente al lugar un interés insospechado:

En 1827, ídolo de toda Grecia, que le debía su independencia, Canaris ocupaba, desde escaso tiempo atrás, un lugar en el Parlamento helénico.

Una noche de verano, el ilustre marino, acompañado por algunos íntimos, vagaba lentamente por el bosque de Arghyros, disfrutando del encanto de un prestigioso crepúsculo y hablando del porvenir del país, cuya dicha constituía su única preocupación.

Al llegar al cruce sonoro, Canaris, que por primera vez visitaba esos parajes, recibió de uno de sus compañeros la clásica revelación del fenómeno acústico, puesto a prueba por todos los paseantes.

Queriendo a su vez oír la voz misteriosa, el héroe se dirigió al lugar designado y lanzó al azar la palabra "Rosa".

El eco repitió fielmente el vocablo, pero, con gran sorpresa de todos, un perfume de rosa exquisito y penetrante se expandió en el mismo momento por los aires.

Canaris renovó la experiencia, nombrando sucesivamente las flores más perfumadas: y cada vez la respuesta clara y súbita llegó rodeada de una bocanada embriagadora del aroma correspondiente.

Al día siguiente la noticia, que corrió de boca en boca, exaltó el entusiasmo de los griegos por su salvador. Según ellos, la naturaleza misma había querido honrar al triunfador, sembrando bajo sus pasos el alma delicada y sutil de los más maravillosos pétalos.

Un acontecimiento diario más moderno recordaba a Soreau su estadía en Italia.

Se trataba del príncipe Savellini, cleptómano incorregible que, pese a su inmensa fortuna, recorría las estaciones de tren y, en general, todos los lugares llenos de gente, y realizaba cada día, con maravillosa habilidad, una abundante cosecha de relojes y billeteras.

La locura del príncipe lo llevaba, sobre todo, a desvalijar a los pobres. Vestido con suprema elegancia y adornado con inestimables alhajas, iba a los barrios más pobres de Roma, donde buscaba con refinamiento los bolsillos más grasientos, para sumergir en ellos sus manos cargadas de anillos.

Al llegar un día a una calle de mala fama, repleta de ramera y de proxenetas, vio de lejos un grupo que le hizo apresurar el paso.

Al acercarse distinguió treinta o cuarenta atorrantes de la peor especie, rodeando en un círculo a dos compinches, que se batían a cuchilladas.

El príncipe creyó que una nube pasaba ante sus ojos: jamás se le había presentado una ocasión igual para satisfacer su vicio.

Ebrio de alegría, apretando las mandíbulas para impedir el castañeteo de dientes, dio unos pasos vacilantes hacia aquellas piernas temblorosas, mientras el pecho era martilleado por unos sordos latidos del corazón, que le cortaban la respiración.

Ayudado por el sangriento espectáculo que cautivaba todos los espíritus, el cleptómano pudo ejercer su arte con toda libertad, explorando con habilidad manual sin igual los bolsillos hechos en las telas azules, o en la pana.¹

Moneditas, groseros relojes, bolsas de tabaco y baratijas de todo tipo se sumergieron en el fondo de las inmensas cavidades interiores que el príncipe había hecho abrir en su lujoso sobretodo de piel.

¹ La pana era tela de gente pobre en esta época.

Pronto algunos agentes, atraídos por la pendencia, se precipitaron sobre el grupo y se apoderaron de los dos combatientes, que llevaron a la comisaría, junto con el príncipe, cuyas maniobras no se les habían escapado.

Una requisa hecha en el palacio Savellini sacó a la luz los innumerables latrocinios del pobre maniático.

Al día siguiente un atroz escándalo estalló en los diarios, y el noble cleptómano se convirtió en la fábula de toda Italia.

Ayudado por Chenevillot, que prometió su ayuda para la obtención ficticia de todos los accesorios, Soreau se entregó febrilmente a la realización de los cuadros proyectados.

Para la Fiesta de los Dioses, una cuerda negra, imposible de percibir sobre un fondo del mismo color, debía sostener a Mercurio en el aire; el mayordomo se encargaría de preparar una mesa ricamente servida.

La leyenda del lago Ontario requería trabajos más complejos. Prestada por Olga Chervonenkoff, la burra Milenkaya, llevando a los lados de la mandíbula los dos fragmentos extremos de un freno ilusorio, representaría su papel frente a un afrecho falso, que fabricado con finísimas películas de papel amarillo no ofrecía ninguna tentación peligrosa, capaz de revelar la falsedad de la trampa. Soreau había fijado su elección en el momento preciso de una de las infructuosas tentativas para librar a los hechizados. Stella Boucharessas representaba a la caritativa Úrsula, esforzándose en vano por atrapar al pez fugitivo; cerca de ella, Jeanne Souze, con la cara y las manos pintadas, representaba a la fiel Maffa. Frente a la burra, Soreau, caracterizado como Boreas, perseguiría una oca extraída del almacén del mayordomo: las alas del ave estaban separadas por un andamiaje invisible, y sus patas, pegadas al suelo con una goma tenaz, conservarían la actitud de una rápida fuga. Entre los accesorios de la "troupe" se encontró, para adornar al

juglar, una cabeza de jabalí perfectamente realizada. Dicha cabeza servía generalmente como adorno carnavalesco en el tercer acto de cierta opereta, donde todos los personajes a la vez concurrían, en un momento dado, al baile de máscaras de un riquísimo rastacuero.

Para el cuadro de Haendel componiendo, Chenevillot recibió indicaciones muy precisas de Soreau, que había visto con sus propios ojos, en Londres, la célebre escalera, rigurosamente conservada en el museo de South Kensington.

La aparición del zar Alejo era fácil de arreglar, al igual que la de Canaris, que sólo era peliaguda por la mezcla forzada de perfumes intensos y variados.

Este último problema sólo podía ser resuelto por Darriand quien, mientras investigaba sus plantas oceánicas, se había entregado a múltiples estudios sobre todos los aromas vegetales.

El hábil sabio, proyectando nuevos trabajos para ocupar los momentos libres de su viaje, se había provisto de esencias de todas clases que, mezcladas con arte, podían proporcionar los aromas más diversos.

Oculto entre bastidores, Darriand repetiría, como un eco, el nombre de las flores convocadas, y abriría por unos segundos algún frasquito lleno de un compuesto muy volátil, cuyas emanaciones irían bruscamente a golpear, de todos lados, el sentido olfativo de los espectadores.

En la escena de la cleptomanía Soreau, evocando al príncipe Savellini, vestiría un amplio sobretodo de piel que, durante la travesía, le había servido para desafiar, sobre el puente, el aliento siempre vivo de alta mar.

Carmichaël encargado del papel de recitador, explicaba en pocas palabras el tema, sintetizado por cada uno de los seis grupos.

Había en Ejur un ejemplar de cautivante originalidad, representado por Fogar, el hijo mayor del emperador.

Con apenas quince años, este adolescente nos sorprendía a todos por su rareza, a veces aterradora.

Atraído por lo sobrenatural, Fogar había recibido de boca del hechicero Bachkú diversas recetas mágicas, que de inmediato había perfeccionado a su manera.

Poeta por instinto, como su padre, el joven amaba apasionadamente la naturaleza. El océano, sobre todo, ejercía sobre su espíritu un encanto irresistible. Sentado en la playa, pasaba horas contemplando las cambiantes olas y soñando en los secretos maravillosos encerrados en el líquido abismo. Excelente nadador, se bañaba voluptuosamente en el fascinador elemento, sumergiéndose lo más posible, para explorar furtivamente los espacios misteriosos que perseguía su precoz imaginación.

Entre otras prácticas tenebrosas, Bachkú había enseñado a Fogar el medio de entrar, sin ayuda alguna, en un estado letárgico vecino de la muerte.

Tendido sobre el primitivo jergón que le servía de lecho, el joven, inmovilizándose en una especie de éxtasis hipnótico, lograba suspender poco a poco los latidos de su corazón, deteniendo completamente las oscilaciones respiratorias de su tórax.

A veces, al terminar la experiencia, Fogar sentía algunos fragmentos de venas obstruidos por la sangre, ya coagulada.

Pero el caso estaba previsto y, para remediarlo, el adolescente tenía siempre a su alcance cierta flor especial indicada por Bachkú.

Con una de las espinas del tallo abría la vena obturada para extraer de allí una piedra compacta. De inmediato un solo pétalo, exprimido entre los dedos, soltaba un líquido violeta, del que bastaban unas gotas para cerrar la herida, mortalmente peligrosa.

Perseguido por el obsesionante deseo de visitar las profundidades submarinas, que poblaba a su pesar de deslumbrantes fantasmagorías, Fogar resolvió cultivar aquel arte misterioso, que le permitía aniquilar temporariamente sus funciones vitales.

Su suprema ambición era sumergirse largo tiempo bajo las aguas, aprovechando el estado hipnótico que controlaba tan perfectamente el juego de los pulmones.

Gracias a un entrenamiento progresivo, pudo permanecer media hora en esa muerte ficticia, adecuada para servir a sus proyectos.

Empezó por tenderse en el lecho, otorgando así a la circulación una calma bienhechora, que le facilitaba la tarea.

Al cabo de algunos minutos, con el corazón y el pecho inmovilizados, Fogar conservaba aún una semiconciencia de sueño, acompañada de una actividad casi maquinal.

Intentó de inmediato ponerse de pie pero, al dar algunos pasos a la manera de los autómatas, volvió a caer al suelo por falta de equilibrio.

Despreciando los obstáculos y los peligros, Fogar deseaba intentar sin demora la expedición acuática proyectada desde hacía tiempo.

Se dirigió a la playa, provisto de una flor violeta con espinas, que depositó en un agujero de la roca.

Después, tendido sobre la arena, logró entregarse al sueño hipnótico.

Pronto su respiración se detuvo, y el corazón cesó de latir. Entonces, como un sonámbulo, Fogar se levantó y penetró en el mar.

Sostenido por el elemento compacto, guardó fácilmente el equilibrio, y descendió sin vacilar los abruptos tramos que formaban la continuación de la costa.

Una ranura en la roca le dio súbito acceso a una especie de laberinto profundo y redondeado, que exploró al azar, descendiendo siempre.

Libre y ligero, recorrió las galerías estrechamente si-

nuosas, donde nunca un buzo hubiera arriesgado su tubo de aireación.

Tras mil vueltas desembocó en una amplia caverna, cuyas paredes, cubiertas de una sustancia fosforescente, brillaban con suntuoso esplendor.

Extraños animales marinos poblaban por todos lados este feérico refugio, que sobrepasaba en magnitud las visiones imaginarias creadas de antemano por el adolescente.

Bastaba tender la mano para apoderarse de las más sorprendentes maravillas.

Fogar dio algunos pasos hacia una esponja viva, que se mantenía inmóvil en el reborde saliente de una de las paredes. Los efluvios fosforescentes, atravesando el cuerpo del animal, mostraban, en el centro del tejido embebido, un corazón humano de pequeño tamaño, unido a una red sanguínea.

Con muchas precauciones Fogar tomó el raro ejemplar que, extraño al reino vegetal, no era retenido por ningún vínculo.

Un poco más arriba, tres muestras no menos extrañas aparecían colgadas de la pared.

La primera, de forma muy alargada, llevaba una hilera de finos tentáculos semejantes a la franja de un mueble o de un vestido.

La segunda, chata y blanda como una simple tela, semejaba un mezquino triángulo adherido por la base al muro: poderosas arterias formaban por todas partes rayas rojas, completadas por dos ojos redondos y fijos como arvejas negras, que daban al conjunto flotante el aspecto del pabellón nacional de algún pueblo ignorado.

La última muestra, más pequeña que sus vecinas, llevaba en el lomo una especie de caparazón muy blanca, semejante a una pompa de jabón solidificada, extraña a fuerza de finura y liviandad.

Uniendo a la esponja este triple botín, Fogar quiso tomar el camino de regreso.

De pronto, recogió en un extremo de la gruta un gran bloque gelatinoso. No encontrándole ninguna particularidad interesante, lo depositó al azar sobre una roca cercana, cuya superficie estaba erizada de pinchos y asperezas.

Como si despertara ante el contacto de las puntas dolorosas, el bloque se estremeció y elevó, en señal de angustia, un tentáculo parecido a una trompa, dividido en su extremo en tres ramas divergentes.

Cada una de esas ramas terminaba en una ventosa que recordaba el horrible brazo de los pulpos.

A medida que las puntas penetraban más y más en la carne, el sufrimiento del animal aumentaba.

Y su desesperación se manifestó de pronto de manera inesperada: las ramas con ventosas se pusieron a girar como los rayos de una rueda, aumentando poco a poco la velocidad, hasta ahora razonable.

Deslumbrado ante la vista de aquel extraño aparato, Fogar retomó el bloque, juzgado ahora como digno de atención. Al dejar la superficie espinosa que lo atormentaba, el animal cesó bruscamente sus manejos para recaer en la inercia inicial.

El joven llegó a la salida de la gruta.

Allí una forma flotante le cerró el paso, colocándose a la altura de sus ojos.

Se hubiera supuesto alguna placa metálica, redonda y leve, que descendía con lentitud, retenida por la densidad del agua.

Con un gesto del brazo, Fogar intentó apartar el obstáculo.

Pero, apenas rozada, la placa porosa y sensitiva se replegó sobre sí misma, cambiando de contorno y hasta de matiz.

Apoderándose ávidamente de este nuevo ejemplar, al que primeramente había juzgado sin valor, Fogar comenzó la ascensión por el corredor tortuoso ya recorrido.

Sostenido por la presión líquida, llegó sin fatiga a la

playa, donde pudo dar algunos pasos antes de dejarse caer.

Poco a poco el corazón y los pulmones recobraron sus funciones, y el sueño letárgico fue seguido por una lucidez total.

Fogar miró alrededor, recordando a medias su viaje solitario.

La experiencia, más prolongada que de costumbre, había multiplicado en sus venas las obstrucciones, debidas a la coagulación de la sangre.

Corriendo apresurado, Fogar se apoderó de la flor violeta, de la que previsoramente se había provisto.

La operación habitual, seguida de la cicatrización inmediata, lo libró de unos guijarros alargados, que tiró al azar en la arena.

De inmediato se produjo un movimiento en el grupo de animales marinos que, desde la caída del adolescente, habían quedado desparramados en el suelo.

Acostumbrados sin duda a alimentarse por succión con la sangre de sus víctimas, los tres ejemplares de la pared vertical, obedeciendo un instinto irresistible, se apoderaron glotonamente, para regodearse, de los finos terrones, tiernos y cuajados.

Este banquete inesperado se hizo con el rumor de un ligero hipo de glotonería, exhalado por el extraño molusco de la caparazón blanca.

Entretanto, el bloque de las tres ramas giratorias, la esponja y la placa chata y gris, seguían inmóviles sobre la unida arena.

Totalmente recobrado, Fogar corrió a Ejur, y volvió llevando a la playa un recipiente que llenó de agua de mar antes de alojar allí a los huéspedes de la gruta submarina.

En los días siguientes Fogar, muy orgulloso del resultado de su zambullida, proyectó para el día de la función de gala una curiosa exhibición de sus hallazgos.

Había estudiado con atención los seis ejemplares que,

vez fuera de su elemento, continuaron viviendo siempre en perfecta inmovilidad.

Pero esta inercia desagradaba a Fogar y, rechazando la idea vulgar de una presentación en agua de mar, quiso destacar el valor de sus pupilos como los domadores muestran sus bestias en una feria.

Recordando la rapidez con la cual la mitad de su "troupe" se había apoderado de los guijarros sanguíneos lanzados por él a la playa, resolvió emplear de nuevo el mismo procedimiento de sobreexcitación.

La experiencia se iniciaría con una sesión de sueño letárgico, hecha ante todos por el joven negro perezosamente tendido en su catre, en medio de los diversos animales dispuestos con simetría.

Para la esponja se presentó un medio fácil, procurado por el azar.

Durante los primeros ensayos intentados para acostumar a sus alumnos al aire libre, Fogar, queriendo actuar poco a poco, tenía cuidado de verter de vez en cuando cierta cantidad de agua de mar sobre aquellos tejidos vivos, que hubieran perecido en una gran sequía.

Un día, cuidadoso de conservar su provisión de agua marina, el joven utilizó agua dulce e inició la distribución por la esponja, que de inmediato se contrajo enérgicamente para expresar su horror ante aquel líquido, mal adaptado a sus funciones vitales.

Una ducha idéntica, administrada el día fijado, debía forzosamente provocar los mismos efectos, determinando la actividad exigida.

El bloque gelatinoso se mostró especialmente apático.

Por suerte, Fogar, pensando en la gruta, recordó las asperezas rocosas que, al penetrar dolorosamente en las carnes del animal, habían provocado el movimiento giratorio de las tres ramas divergentes.

Buscó el medio de imitar con elegancia las puntas de piedra, torcidas e irregulares.

Cierto fru-fru persiguió entonces su memoria y, ante

su espíritu surgió el vestido elegido por Adinolfi para inaugurar la escena de las Incomparables.

Encargó a Sirdah pedir a la trágica algunas de las más gruesas agujas de azabache cosidas a la seda.

Adinolfi puso el vestido entero a su disposición, con generosidad, y la cosecha se acrecentó con la falda y el corpiño, abundantemente provistos.

Una escasa cantidad de cemento, pedido a uno de los obreros de Chenevillot, formó una delgada capa, extendida regularmente sobre un trozo de alfombra. Pronto cien agujas de azabache, plantadas en distintas filas semejantes en la sustancia todavía blanda, pero pronta a solidificarse, irguieron verticalmente sus puntas finas y amenazadoras.

Para dar más interés a la exhibición del bloque gelatinoso, Fogar quiso fijar una presa a cada una de las ventosas en que terminaban las tres ramas giratorias, cuya fuerza muscular y rapidez de evolución serían así mejor apreciadas.

A su pedido, la familia Boucharesses prometió el concurso de tres gatos sabios, que sólo sufrirían un aturdimiento pasajero.

La placa grisácea, una vez salida del agua, se volvía rígida como el zinc.

Pero Fogar, soplando sobre ella, determinaba, en cualquier sentido, muchos balanceos graciosos y sutiles que convenía usar para la función de gala.

Queriendo obtener sin fatiga pulmonar transformaciones continuas y prolongadas, el joven, siempre traducido por su hermana, recurrió a Bex en persona quien, con una pila de recambio eventualmente consagrada a cierta orquesta termo-mecánica, surgida de sus laboriosas vigiliadas, fabricó un ventilador a hélice, práctico y ligero.

El aparato ofrecía, con un solo abanico, la ventaja de una regularidad perfecta, y de un aliento dulce e ininterrumpido.

Fogar, siempre al lado de Bex, había espiado con pasión la colocación de las diferentes piezas que componían el ingenioso instrumento generador de brisa.

Con su curiosa facultad de asimilación, había comprendido todas las finezas del mecanismo, y expresaba con gestos su admiración por algún rodaje delicado, o por alguna tuerca de detención hábilmente colocada.

Interesado por aquella extraña naturaleza, tan inesperada en semejante país, Bex inició a Fogar en algunos de sus secretos químicos, llevando su complacencia hasta hacer funcionar ante el muchacho su orquesta automática.

Fogar quedó petrificado ante los diversos órganos que, al ponerse en marcha, producían oleadas de armonía rica y variada.

Sin embargo, un detalle lo sorprendía por su relativa pobreza y, gracias a la intervención de Sirdah, allí presente, pudo solicitar a Bex varias explicaciones.

Estaba sorprendido al ver que cada cuerda era incapaz de producir más de un sonido por vez. Según él, unos roedores, habitantes de una zona especial de Behulifruen, tenían una especie de crin, en la que cada pelo, suficientemente tenso, era capaz de engendrar, ante cualquier frotamiento, dos notas simultáneas y distintas.

Bex rehusó creer un cuento semejante y, encogiéndose de hombros, se dejó llevar por Fogar quien, seguro de lo que decía, quería llevarlo al refugio de dichos roedores.

Junto a su guía, el químico se aventuró en las profundidades de Behulifruen, hasta llegar a un lugar lleno de agujeros en forma de madrigueras.

Fogar se detuvo y, después, dedicó a Bex una mímica sorprendente, trazando con el dedo varios relampagueantes zig-zags, mientras imitaba con la garganta el arrastre de los truenos.

Bex hizo señal de aprobadora comprensión: el joven acababa de explicarle, de manera muy clara, que los roedores, actualmente esparcidos en la espesura, tenían

mucho el ruido de la tempestad y corrían apresurados a sus madrigueras al oír los primeros rugidos del trueno.

Al levantar los ojos, Bex percibió la inmutable pureza del cielo, y se preguntó a dónde quería llegar Fogar; pero éste adivinó su pensamiento y, con un ademán, le indicó que esperara con paciencia.

Aquel rincón como espumadera estaba sombreado por unos extraños árboles, cuyos frutos, parecidos a gigantes bananitas, habían caído al suelo por todos lados.

Con los dedos, Fogar peló sin dificultad uno de los frutos, y amasó el interior blancuzco y maleable, para quitarle su forma ligeramente curvada.

Obtuvo así un bloque cilíndrico perfectamente regular, que perforó a lo largo con ayuda de una ramita delgada y recta.

En el agujero luminoso y hueco deslizó cierta liana recogida de uno de los troncos y después consolidó el conjunto amasando otra vez rápidamente.

Poco a poco el fruto se había convertido en una verdadera vela, cuya mecha, muy inflamable, se encendió súbitamente gracias a varias chispas, provocadas por Fogar rozando dos piedras elegidas con cuidado.

Pronto Bex comprendió la finalidad de aquellos complicados trabajos.

La vela, puesta de pie sobre una piedra chata, hacía oír, al arder, unos estremecimientos sonoros y prolongados, que recordaban exactamente el ruido del trueno.

El químico se acercó, intrigado por las extrañas propiedades del fruto combustible, que parodiaba hasta el engaño el furor de una tempestad violenta.

De pronto un ruido de galope resonó bajo los montes, y Bex vio aparecer una banda de animales negros que, engañados por el mentiroso rayo, volvían a la madriguera a toda prisa.

Cuando el rebaño estuvo a su alcance, Fogar, tirando una piedra al azar, mató uno de los roedores, que quedó

tendido en el suelo, mientras sus congéneres se sumergían en las innumerables cuevas.

Después de apagar la mecha vegetal, cuya ruidosa carbonización ya no tenía razón de ser, el adolescente recogió el roedor y lo puso ante los ojos de Bex.

El animal presentaba una ligera semejanza con una ardilla y tenía, a lo largo de casi todo el espinazo, una crin negra, tupida y dura.

Al examinar la pelambre, el químico percibió ciertas nudosidades raras, capaces sin duda de producir los dobles sonidos que tanto atraían su curiosidad.

En el momento de dejar el lugar, Fogar, por consejo de su compañero, recogió la vela apagada, de la que sólo se había consumido una pequeña porción.

De vuelta a Ejur, Bex quiso verificar de inmediato la afirmación de su joven guía.

Escogió, en el lomo del roedor, varias crines de nudosidades distintas.

De inmediato, buscando una especie de apoyo resonante, talló dos delgadas planchas de madera que pegó una contra otra, con el fin de agujerearlas juntamente con una cantidad de puntos imperceptibles, regularmente espaciados.

Terminada esta tarea, cada sólida crin atravesó fácilmente la doble superficie, y después fue anudada voluminosamente en los extremos, para que se mantuvieran allí mucho tiempo.

Las planchas, separadas lo más posible, fueron sujetas a dos postes verticales, que determinaron de inmediato una fuerte tensión en las crines, transformadas en cuerdas musicales.

Fogar proporcionó él mismo una rama flexible y fina que, recogida en el centro de Behulifruen, y cortada luego a lo largo, ofrecía una superficie interna perfectamente lisa y un poco pegajosa.

Cortado con cuidado por Bex, el fragmento de la ramita se convirtió en un frágil arco, que de pronto

atacó sin dificultad las cuerdas del minúsculo laúd, tan rápidamente obtenido.

Según la predicción de Fogar, todas las crines, al vibrar aisladamente, producían dos notas simultáneas de igual sonoridad.

Bex, entusiasmado, decidió al joven a presentar el día de la función de gala el inconcebible instrumento, al igual que la vela vegetal tan fácil de encender.

Alentado por el éxito, Fogar buscó nuevas maravillas capaces de aumentar aún el interés de su presentación.

Al ver, una noche, a un marinero del *Lyncée* lavando ropa en la corriente del Tez, quedó sorprendido ante el parecido de uno de los animales marinos con la espuma de jabón extendida sobre las aguas.

Terminada la tarea, el marinero, por broma, dio el jabón a Fogar, acompañando este regalo intencionado con una frasecita amistosa sobre el color de piel del joven negro.

El adolescente, torpemente, dejó caer el cuadrado húmedo, que se deslizó entre sus dedos, pero que, recogido de inmediato, le inspiró un doble proyecto con respecto a la función de gala.

En primer lugar, Fogar pensó en colocar sobre el jabón al animal de caparazón blanca que, confundido de esta manera con una masa inerte, iba a impresionar a los espectadores con la brusca revelación de su personalidad moviente. Después, queriendo beneficiarse de las propiedades extrañamente resbaladizas de aquella sustancia nueva para él, Fogar quiso usar de alguna manera el pedazo de jabón, vuelto inestable por una humedad suficiente.

En este sentido, el joven recordó un lingote de oro percibido por Bachkú en el fondo del Tez, un día en que el agua estaba más límpida que de costumbre. Sumergiéndose rápidamente, el hechicero se apoderó del

brillante objeto, que guardó después con la más celosa solicitud.

Dada su forma de cilindro redondeado en los extremos, el lingote se prestaba muy bien a la difícil experiencia concebida por Fogar.

Pero el hechicero apreciaba demasiado su hallazgo para separarse de él ni un instante.

Recelando que el Tez debía guardar otros lingotes semejantes al primero, Fogar proyectó una zambullida en agua dulce, de la que esperaba con certeza fructuosos resultados. Como el jugador favorecido por la suerte, no veía más que el éxito, y ya se consideraba de antemano como poseedor de varios cilindros preciosos que, por su brillo, unido al interés de su proveniencia, desencadenarían muchos comentarios, y servirían para adornar su catre, ya tan ricamente ornamentado por extraños animales.

Provisto de una nueva flor violeta, Fogar se tendió a la orilla del Tez y esperó un nuevo sueño letárgico.

Obtenido el curioso estado de semiconciencia favorable a sus designios, rodó hasta la costa y desapareció en las profundidades del río, en el sitio mismo en que Bachkú había encontrado el lingote.

Arrodillado en el fondo, Fogar hurgó la arena con los dedos y, tras pacientes búsquedas, encontró tres brillantes cilindros de oro que, acarreados sin duda desde lejanas regiones, habían adquirido con el roce un pulimento nítido y perfecto.

El joven acababa de levantarse, dispuesto a volver a la superficie de las aguas, cuando se detuvo súbitamente, como clavado al suelo por la sorpresa.

Una planta enorme, de color blancuzco, largamente extendida en toda su amplitud, se erguía ante él, como una caña gigantesca.

Y, sobre la pantalla así desplegada, Fogar se vio a sí mismo arrodillado en la arena, con el cuerpo inclinado hacia adelante.

Pronto la imagen se transformó, evocando al mismo personaje en una postura algo distinta.

Después se produjeron otros cambios, y el adolescente atónito vio sus principales gestos reproducidos por la extraña placa sensible, que parecía funcionar para él desde su lenta llegada al fondo del río.

Uno tras otro, los tres lingotes extraídos de la arena brillaron en la tela viva, que traducía fielmente todos los colores, con una leve atenuación, debida a la opacidad del líquido elemento.

Apenas terminada, volvió a recomenzar la serie de cuadros iguales y en idéntico orden.

Sin esperar el fin de este nuevo ciclo, Fogar abrió el suelo alrededor de la inmensa pantalla blanca, que pudo así arrancar del suelo con la raíz intacta.

Varias plantas de la misma especie, pero más jóvenes, brotaban en diversas partes. El hábil nadador arrancó algunas y subió al fin con su cosecha y sus lingotes.

Vuelto a la vida plenamente consciente y liberado de los guijarros sanguíneos por la flor violeta, Fogar corrió a encontrarse en su choza con el fin de examinar a gusto los preciosos vegetales.

La primera planta repetía sin cesar la misma serie de cuadros clasificados en un orden invariable.

Pero las otras, aunque rigurosamente similares desde el punto de vista científico, no presentaban asidero apreciable a las impresiones luminosas.

Según toda la evidencia, era sólo en una fase de su gigantesca madurez cuando los niveos juncos captaban los contornos coloreados que impresionaban su tejido.

El joven se prometió aguardar este momento para sacarle partido.

Las visiones fijadas en la planta inicial no podían satisfacerlo realmente, dada su apariencia turbia y nebulosa.

Fogar quería crear imágenes netas y finas, dignas de ser ventajosamente colocadas ante todos los ojos.

Sin ayuda alguna, Fogar extrajo del Behulifruen una cantidad de tierra vegetal, que colocó en una espesa capa contra una de las paredes de su cabaña.

Trasplantó aquí las cañas monstruosas que, semejantes a algunas algas anfibias, se adaptaron sin dificultad a este nuevo cultivo, puramente terrestre.

Desde entonces el joven negro permaneció siempre confinado en su choza, vigilando cuidadosamente su cantero, que cuidaba con solicitud constante.

Un día, inclinado sobre el angosto macizo, vio que una de las plantas, ya muy alta, parecía haber alcanzado cierto grado de amplitud.

Súbitamente se produjo un proceso en el tejido vegetal, y Fogar examinó aun de más cerca.

La superficie blancuzca y vertical se renovaba a intervalos regulares por obra de una serie de extraños movimientos moleculares.

Una sucesión de transformaciones se efectuó así, durante un período de tiempo muy prolongado; después el fenómeno cambió de naturaleza y Fogar, esta vez apenas sorprendido, vio sus propios rasgos reproducidos con vigor sobre la planta, ávida de asimilación pictórica.

Diferentes posturas y expresiones del modelo único desfilaron unas tras otras sobre la pantalla, interiormente agitada por continuas perturbaciones, y el adolescente tuvo la confirmación del enigma que apenas había adivinado: su llegada al fondo del Tez había coincidido con la fase registradora en la evolución de la primera planta que, de inmediato, se había apoderado, ávida, de las imágenes situadas ante ella.

Por desgracia, la nueva serie de figuras, perfecta como nitidez, carecía en absoluto de estética o de interés. Fogar, distraído, había tomado una serie de poses barrocas, y sus retratos, llenos de muecas, se sucedían con la más fastidiosa monotonía.

Notando que una planta vecina parecía próxima a entrar en el período de receptividad luminosa, el joven

se ocupó de preparar de antemano un conjunto de visiones dignas de retener un momento la atención.

Pocos días antes, atravesando el Behulifruen con su provisión completa de tierra vegetal, Fogar había descubierto a Juillard, instalado bajo el tupido follaje.

El trabajador estaba en su lugar favorito —el mismo en donde Adinolfi lo había ya descubierto—, inclinado sobre uno de los viejos libros ilustrados.

Esta vez, entregado a búsquedas de otro tipo, Juillard hojeaba un precioso *in folio*, enriquecido por grabados orientales suntuosamente coloridos.

Tras haberse distraído durante unos instantes en la contemplación de las deslumbradoras páginas, Fogar prosiguió su camino, sin despertar siquiera la atención del pensador, profundamente absorto.

Entretanto el libro, que asediaba su recuerdo, se le antojó hecho para realizar sus proyectos.

A escondidas de Juillard, se apoderó de la lujosa obra. Las láminas, contempladas a gusto, despertaron su curiosidad, y fue en busca de Sirdah para conocer el sentido del relato.

La muchacha se hizo leer por Carmichaël el texto, un poco denso, y pudo así dar a su hermano el resumen de un cuento árabe titulado: *El Poeta y la Mora*.

En Bagdad vivía por aquel entonces un rico comerciante llamado Schahnidjar.

Cultivando con refinamiento todas las alegrías de la vida, Schahnidjar amaba con pasión el arte, las mujeres y la buena mesa.

El poeta Ghiriz, miembro del séquito del comerciante, tenía la misión de componer muchas estrofas alegres o quejasas, y de cantarlas después hechiceramente, con tonadas hábilmente improvisadas.

Como quería ver la vida color de rosa desde el instante de despertar, Schahnidjar exigía de Ghiriz unas cotidianas canciones al alba, destinadas a ahuyentar dulcemente del cerebro la pálida teoría de los bellos sueños.

Puntual y obediente, el poeta descendía cada mañana al magnífico jardín que rodeaba por todas partes el palacio de su amo. Frente a las ventanas del rico hombre dormido, Ghiriz se detenía frente a una fuente de mármol de donde escapaba un esbelto chorro de agua lanzado por un tubo de jade.

Levantando hasta la boca una especie de portavoz de metal tierno y delicado, Ghiriz se ponía a cantar alguna nueva elegía surgida de su fecunda imaginación. Debido a una extraña resonancia, la ligera trompeta utilizada doblaba cada sonido en la tercia inferior. Y el poeta ejecutaba de este modo un verdadero dúo solitario, logrando acrecentar así el atractivo de su prestigiosa dicción.

Pronto Schahnidjar, totalmente despierto, aparecía en la ventana con su favorita Neddu, la hermosa mora de quien estaba locamente enamorado.

Ghiriz, en el instante de verla, había sentido su corazón latir violentamente. Miró embriagado a la divina Neddu que, por su parte, le lanzaba largas miradas, cargadas de ardiente amor.

Terminadas las canciones matutinas, la ventana volvía a cerrarse y el poeta, vagando bajo un cielo azul, llevaba en su pecho la deslumbradora visión, ¡ay!, demasiado fugitiva. Ghiriz amaba con pasión a Neddu, y se sabía amado por ella.

Cada anochecer, como aficionado convencido, Schahnidjar, queriendo ver la puesta de sol, subía con la favorita a cierto montículo arenoso, donde la vista podía tenderse largamente hacia el lado occidental.

En lo alto de la estéril tumescencia, el amable comerciante se recobraba alegremente, ante el espectáculo ofrecido por el horizonte ensangrentado.

Tras la completa desaparición de la opulenta bola de fuego, Schahnidjar descendía del brazo de su compañera, pensando de antemano en los sabios platos y en

las bebidas escogidas destinadas a producirle el bienestar y el júbilo.

Ghiriz esperaba el momento de la retirada y, al verse solo, corría a besar con ardor las huellas netamente grabadas en la arena blanda por los menudos pies de Neddu.

Estas eran las alegrías más intensas del poeta, que no tenía manera de comunicarse con la mora, celosamente espiada por Schahnidjar.

Un día, harto de amar sin esperanzas de acercamiento, Ghiriz fue a consultar al chino Keu-Ngan, que ejercía en Bagdad el doble oficio de profeta y hechicero. Interrogado sobre el porvenir de una intriga hasta ahora tan trabada, Keu-Ngan llevó a Ghiriz a su jardín y allí soltó un gran pájaro de presa que se puso a describir en el aire amplias curvas majestuosas y cada vez mayores.

Examinando las evoluciones del poderoso volador, el chino predijo al poeta la próxima realización de sus deseos.

El pájaro, al ser llamado, fue a posarse sobre el hombro de su amo que, seguido por Ghiriz, volvió a su laboratorio.

Inspirado por numerosos documentos esparcidos a su alrededor, el chino escribió en un pergamino ciertas instrucciones, que el poeta debía seguir para alcanzar su meta.

Al recibir el trabajo, Ghiriz entregó a Keu-Ngan algunas monedas de oro como precio de la consulta.

Una vez fuera, el poeta, lleno de esperanza, se apresuró a descifrar el precioso enigma.

Allí encontró la receta de una preparación culinaria muy compleja, cuyo humo bastaría para sumergir a Schahnidjar en un sueño profundo y duradero.

Además, una fórmula mágica estaba claramente trazada al pie de la página.

Pronunciada tres veces en alta voz, esta prolongación

incoherente de sílabas produciría en el plato cargado de elementos somníferos una resonancia cristalina, en íntimo contacto con el sopor del molesto espía.

Durante todo el tiempo en que la campanilla fuera fuerte y rápida, los dos amantes podrían abandonarse libremente a su embriaguez, sin temor del durmiente, profundamente aletargado.

Un “de-crescendo” progresivo, que anunciaría de lejos el momento del despertar, les avisaría a tiempo el peligro.

Ghiriz preparó para esa misma noche el plato en cuestión, y lo colocó en una fuente de plata en medio de la mesa copiosamente cargada de su amo.

A la vista de una especialidad nueva, arreglada de manera desconocida, Schahnidjar, encantado, tomó la fuente con las dos manos, para aspirar voluptuosamente las extrañas emanaciones.

Pero, abrumado al instante por un pesado sopor, se dejó caer, con los ojos cerrados y la cabeza colgante.

Ghiriz articuló claramente el triple hechizo, y el plato, que había caído sobre la mesa, hizo oír con fuerza un tintineo sonoro y precipitado.

Enterada por su poeta de la eficaz intervención del chino, la hermosa Neddu trastabilló de dicha, y proyectó una escapada nocturna al inmenso jardín de Schahnidjar.

El negro Stingo, fiel esclavo de la mora, fue dejado de guardia junto al comerciante, con la misión de avisar a los dos amantes del primer síntoma de debilidad observado en la campanilla indicadora.

Protegidos por la absoluta fidelidad del centinela, Ghiriz y Neddu escaparon corriendo, libres de toda zozobra.

Gozaron de una larga noche de embriaguez en un edén encantador, en medio de las flores más raras, y se durmieron apaciblemente al nacer el alba, acunados por el murmullo de una cascada.

El sol estaba ya a mitad de su curso cuando Stingo vino a dar la voz de alerta, anunciando el próximo fin del tintineo mágico, que acababa de debilitarse.

Despertados de pronto, los dos amantes, llenos de recuerdos voluptuosos, enfrentaron con horror la perspectiva de una nueva separación.

Neddu sólo pensaba en sacudir el yugo de Schahnidjar y huir con Ghiriz.

De pronto apareció una cebra, traída a aquel lugar por la casualidad de una carrera vagabunda.

Aterrada por la presencia de unos personajes inesperados que le cerraban el camino, el animal quiso volver sobre sus pasos.

Pero ante una orden de su ama, el negro dio un salto y atrapó por el hocico al animal, prontamente dominado.

Ghiriz había comprendido el pensamiento de Neddu: listo y ligero montó sobre la cebra y ayudó a su compañera a subir en ancas.

Después de un momento, los dos fugitivos, tras una señal de despedida a Stingo, se alejaron al galope en el rápido corcel. La mora enarbolaba, riendo de su pobreza, una bolsa con algunas monedas de oro, única fortuna para los gastos de la aventurera pareja. Ghiriz, que el día anterior había dado todo lo que poseía a Keu-Ngan, no podía añadir nada a este modesto peculio.

Tras una carrera loca e ininterrumpida la cebra, extenuada, cayó al suelo por la noche, en medio de una selva tenebrosa.

Seguros de haber evitado momentáneamente toda persecución, Ghiriz y Neddu quisieron aplacar su hambre, aguijoneada por la fatiga y por el azote del aire.

Los dos amantes dividieron la tarea. Ghiriz debía buscar frutos sabrosos, y Neddu algún manantial fresco, que sirviera para calmar la sed.

Un árbol centenario, de tronco gigantesco fácilmente reconocible, fue elegido como punto de reunión, y cada uno se puso en campaña en la creciente penumbra.

Después de varias vueltas, Neddu descubrió la fuente buscada.

La joven quiso regresar entonces, pero, en medio de la noche que caía rápida, se fue extraviando y, presa de angustia, vagó durante dos horas sin poder encontrar el árbol inmenso señalado como meta.

Loca de dolor, Neddu se puso a orar, haciendo el voto de ayunar diez días seguidos si lograba encontrar a Ghiriz.

Reconfortada por este impulso hacia el poder supremo, retomó la marcha con nuevo coraje.

Poco tiempo después, sin saber por qué misteriosos circuitos, se encontró frente a Ghiriz que, con la mirada hosca, sin atreverse a dejar el lugar convenido, la esperaba llamándola a gritos.

Neddu se precipitó en brazos del poeta, agradeciendo a Alá su pronta intervención.

Ghiriz mostró su cosecha de frutos, pero Neddu rehusó tomar su parte, contando los detalles de su eficaz voto.

Al día siguiente los dos fugitivos continuaron a pie el camino iniciado; durante la noche, la cebra había escapado de los lazos que la ataban.

Por varios días la pareja anduvo de aldea en aldea, vagando a la ventura.

Neddu empezaba a sufrir las torturas del hambre. Aunque estaba desesperado, Ghiriz no se atrevía a pedirle que rompiera su promesa, por temor de atraer sobre ella la cólera celeste.

Al décimo día, la joven estaba tan débil que apenas podía avanzar, apoyada en el brazo de su amante.

De pronto vaciló y cayó exánime al suelo.

Ghiriz pidió socorro y vio llegar a una vendedora de vituallas, cuya tienda se elevaba junto al camino.

Sintiendo que la muerte estaba a punto de robarle su amada, el poeta tomó una rápida determinación.

A pedido suyo, la tendera trajo diversos alimentos y

Neddu, abriendo los ojos, se repuso con deleite gracias a aquella comida bienhechora.

Dueña de nuevas energías, la joven se puso en marcha a fin de escapar a los numerosos emisarios que el rico Schahnidjar, cuya ardiente pasión conocía, había enviado ya detrás de sus huellas.

Pero una inquietud la atormentaba sin tregua: el remordimiento de haber roto el ayuno antes del plazo fijado.

Un encuentro hecho al día siguiente aumentó sus temores, que súbitamente adquirieron una precisión más terrible.

En pleno campo, un hombre con aire de loco se acercó a ella y, gesticulando, sembró la turbación en su alma, prediciéndole una caída vertiginosa y rápida como castigo por el perjurio.

Pasaron algunos días, en los cuales Ghiriz y Neddu guardaron silencio, dolorosamente impresionados por la extraña profecía.

Hacia la noche, a la vuelta de un camino, la joven lanzó un grito de terror, procurando apartar con la mano alguna horrible visión.

Frente a ella innumerables ojos sin cuerpo ni cara aparecían de dos en dos, mirándola duramente, con reprobación y severidad.

Además, esas miradas fascinantes la atraían poco a poco hacia el borde del camino, que daba sobre un abismo insondable, erizado de peñascos rocosos.

Ignorante de esta brusca alucinación, Ghiriz no comprendió en absoluto el terror de su amiga.

De pronto, sin poder intentar un gesto para retenerla, vio a Neddu arrastrada hacia el precipicio por una fuerza invencible.

La desdichada cayó golpeando su cuerpo de roca en roca, seguida en su caída por los ojos amenazadores, que parecían reprocharle su ofensa a la divinidad.

Ghiriz, inclinado sobre el abismo, quiso compartir la suerte de su amante y, de un salto, se lanzó al vacío.

Los dos cadáveres cayeron uno junto al otro, reunidos por toda la eternidad en la profundidad inaccesible.

Fogar había escuchado con atención el relato de Sirdah.

Las iluminaciones tomaban ahora para él una significación clara y llena de unidad, que volvía decisiva la utilización proyectada.

Por prudencia, además de su inofensivo latrocinio, el adolescente había sustraído, al mismo tiempo que el *in-folio*, un álbum para escolares donde cada página contenía un retrato de animal, con la denominación latina de la especie.

Las coloridas escenas del cuento árabe podían resultar escasas, mientras que, esta segunda obra, donde cada imagen se bastaba a sí misma, bastaría a llenar un copioso suplemento capaz de alimentar hasta el fin el espectáculo reclamado por la planta.

Armado del *in-folio* y con el álbum en reserva, Fogar aguardó la hora propicia como observador consciente y avisado.

Llegado el momento, colocó sucesivamente ante la enorme tela blanca, cuyas transformaciones atómicas espiaba, todos los grabados orientales escalonados según el orden del relato.

Terminada esta serie, abrió el álbum y logró registrar una página a último momento.

Terminada la fase receptiva, el joven pudo constatar el logro perfecto de su operación al ver las imágenes desfilar con nitidez sobre la pantalla vegetal delicadamente impresa.

Sólo faltaba cuidar la planta, destinada a reproducir indefinidamente los delicados cuadros que, ahora, formaban parte de ella misma.

Fogar dejó secretamente las dos obras en su lugar;

Juillard, absorbido por un nuevo estudio, ni siquiera sospechó su momentánea desaparición.

Dueño de los elementos completos de su exhibición, el adolescente encontró un medio ingenioso de coordinación.

Tomó el partido definitivo de reunir todo bajo su lecho cuadrado, que le era tan cómodo para obtener el sueño letárgico generador de los guijarros sanguíneos.

Chenevillot dotó al lecho de los anexos deseados, que fueron adaptados con cuidado a la forma especial de tal animal o tal objeto.

El abigarramiento automático de la pantalla gigantesca parecía destinado a distraer a los espectadores durante el síncope voluntario, que debía prolongarse con monotonía.

Sin embargo, la primera fase del desvanecimiento ofrecía un verdadero atractivo a causa de la desaparición gradual de la vida y del aliento y, por esto, convenía dejar a Fogar como “estrella” exclusiva hasta el momento de la postración absoluta, que lo volvía semejante a un cadáver.

Con este fin, Chenevillot colocó la planta como dosel del lecho y detrás de ella un faro eléctrico con un brillante reflector.

Escogiendo para la experiencia una hora bastante oscura, las visiones cambiantes serían alternadamente deslumbradoras o secretas, según el dócil capricho de una corriente manejable.

Fogar, que quería hacerlo todo él mismo, debía ocuparse de dar la corriente. Pero, durante la somnolencia letárgica, una rigidez completa de las piernas y de los brazos era necesaria para provocar la condensación sanguínea. Chenevillot unió entonces la corriente eléctrica a una especie de palo horizontal, terminado en una muleta, que podía aplicarse a la axila izquierda del durmiente. Todavía bastante lúcido como para aguardar la llegada de la primera imagen, el adolescente podría,

con un movimiento imperceptible del brazo, encender la luz en el momento deseado.

Una pequeña alcoba, provista de iluminación especial, serviría para mostrar en todos sus detalles la estructura interior de la rara y viva esponja.

Cuando Chenevillot terminó su trabajo, Fogar se ejercitó con paciencia en hacer saltar el jabón húmedo sobre los tres lingotes de oro fijados al pie del catre por tres sólidos soportes con garras.

Rápidamente adquirió una maravillosa habilidad en este difícil juego, realizando verdaderos prodigios de precisión y de equilibrio.

Entretanto, se ocupaba solícitamente de la planta.

La raíz, cuidadosamente respetada, reposaba ahora en una maceta de asperón fijada al lecho. Un riego regular mantenía la vitalidad de los tejidos, cuyas impresiones, sin cesar renacientes, guardaban toda su nitidez.

XVI

Desde nuestra llegada a Ejur, el húngaro Skarioffszky ejercitaba cotidianamente su cítara de timbre puro y turbador.

Metido en su uniforme de gitano, que nunca se quitaba, el hábil virtuoso interpretaba aturdidores trozos, que tenían el don de despertar a los indígenas.

Todas sus sesiones eran seguidas por un grupo de ponukelianos atentos y numerosos.

Irritado por este público molesto, el gran artista quiso escoger para su trabajo un retiro solitario y seductor, bien al abrigo de visitas inoportunas.

Cargado con la cítara y con el soporte plegadizo, se dirigió al Behulifruen, bajo cuyo elevado follaje se sumergió con paso vivo sin parecer vacilar respecto a la dirección a seguir.

Tras una etapa bastante larga, se detuvo al borde de un manantial, en un paraje pintoresco y encantador.

Skarioffszky conocía ya este lugar lleno de aislamiento y de misterio; un día incluso había intentado bañarse en el límpido arroyo, que corría con mil reflejos sobre brillantes rocas de mica; pero, para su gran sorpresa, no pudo vencer la resistencia del agua, cuya prodigiosa densidad impedía toda penetración un poco profunda; poniéndose entonces en cuatro patas, logró atravesar en todos los sentidos el pesado río, sin mojar su cuerpo, que se mantuvo sobre la superficie.

Abandonando por esta vez el extraño curso de agua, Skarioffszky se apresuró a instalar la cítara y el soporte ante una roca baja, que pudiera servir de base.

Bien pronto, sentado ante el instrumento, el virtuoso se puso a tocar lentamente cierta melodía húngara impregnada de ternura y de languidez.

Al cabo de algunos compases, aunque estaba absorto en el movimiento de sus cuerdas, Skarioffszky tuvo la intuición visual de que algo se estaba desplazando por el lado del río.

Una rápida mirada le permitió percibir un gusano enorme que, saliendo del agua, comenzaba a trepar la orilla.

Sin interrumpirse, el gitano, mediante una serie de miradas furtivas, vigiló al recién llegado, que se acercaba suavemente a la cítara.

Deteniéndose ante el soporte, el gusano se acurrucó sin miedo a los pies del húngaro que, bajando los ojos, lo vio inmóvil, a ras del suelo.

Olvidando el incidente, Skarioffszky prosiguió su ejercicio, y durante tres largas horas, su poético instrumento derramó sin cesar oleadas de armonía.

Al llegar la noche, el ejecutante se puso al fin de pie; al contemplar el cielo puro, exento de toda amenaza de lluvia, resolvió dejar la cítara en el lugar, para el próximo estudio.

En el momento de dejar su retiro percibió al gusano que, volviendo sobre sus rastros, se dirigía hacia la costa, desapareciendo pronto en las profundidades de la ribera.

Al día siguiente Skarioffszky se instaló de nuevo junto al extraño arroyo e inició su tarea con un caprichoso vals lento.

En la primera interpretación, el virtuoso se distrajo levemente al ver el gusano colosal que, saliendo de la corriente, se dirigió a ocupar su puesto de la víspera, donde permaneció graciosamente enroscado hasta el fin de la sesión musical.

Una vez más, antes de retirarse, Skarioffszky pudo ver al inofensivo reptil que, saturado de melodía, se sumergía sin ruido en el tranquilo arroyo.

La misma historia se renovó durante muchos días. Al igual que los encantadores de serpientes, el húngaro, con su talento, atraía infaliblemente al gusano melómano que, una vez atrapado, ya no podía salir de su éxtasis.

El gitano se interesó vivamente en el reptil, cuya confianza lo sorprendía; una noche, terminado el trabajo, le cerró el camino con la mano para procurar atraparlo.

El gusano, sin miedo alguno, trepó por los dedos que se le ofrecían, y después se enroscó con muchas vueltas alrededor de la muñeca del húngaro, que progresivamente fue levantando la manga.

Skarioffszky quedó sorprendido por el peso formidable que debió soportar. Adaptado al medio denso del agua del río, el gusano, pese a su flexibilidad, tenía un peso inmenso.

Esta primera experiencia fue seguida de muchas otras. El gusano aprendió a conocer a su amo y a obedecer al menor llamado de su voz.

Tal docilidad hizo surgir en la mente del gitano la idea de una domesticación, que podría dar preciosos resultados.

Se trataba de lograr que el gusano sacara él mismo

ciertos sonidos a la cítara, cultivando pacientemente su misteriosa pasión por la conmoción sonora de las capas de aire.

Tras largas reflexiones, Skarioffszky imaginó un aparato adecuado para utilizar el peso de la onda especial habitada por el gusano.

Las rocas de la ribera le proporcionaron cuatro placas de mica sólidas y transparentes que, talladas finamente y soldadas luego con arcilla, formarían un recipiente adaptable a ciertos fines. Dos ramas resistentes, plantadas verticalmente en el suelo a cada lado de la cítara, sostendrían en su extremo bifurcado el aparato de base baja y delgada, en forma de artesa.

Skarioffszky enseñó al gusano a meterse en el recipiente de mica, y después a cubrir, al extenderse, una ranura abierta en la arista inferior.

Armándose de una gran vaina de fruta, rápidamente recogió del río algunas pintas de agua, que vertió en la artesa transparente.

Después, con la punta de una ramita, levantó, durante un cuarto de segundo, un ínfimo fragmento del cuerpo extendido.

Una gota de agua escapó y fue a golpear una cuerda, que vibró con pureza.

La experiencia, renovada varias veces en la región vecina, dio como resultado una serie de notas que formaron un *ritornello*.

Súbitamente el mismo contexto musical fue repetido por el gusano que, por sí mismo, dejó pasar el líquido, con una serie de estremecimientos realizados sin error en los lugares deseados.

Jamás Skarioffszky había imaginado una comprensión tan rápida. Su tarea le pareció, a partir de entonces, fácil y fructífera.

Compás tras compás, enseñó al gusano muchas melodías húngaras, vivaces o melancólicas.

El gitano usó su ramita para educar al reptil que, de

inmediato, reproducía sin ayuda el fragmento solicitado.

Al ver el agua deslizarse en el interior de la cítara por una de las dos aberturas de resonancia, Skarioffszky, con ayuda de una aguja, practicó bajo el instrumento un agujero imperceptible, que dejaba caer en fina cascada el exceso de líquido acumulado.

La provisión se renovaba a veces en la cercana ribera, y el trabajo marchaba muy bien.

Pronto, impulsado por una creciente ambición, el húngaro, con una ramita en cada mano, quiso obtener dos notas a la vez.

El gusano se prestó de golpe a esta nueva exigencia, y los trozos de la cítara, invariablemente basados en el choque perfecto y simultáneo de dos varillas, fueron todos abordables.

Decidido a presentarse en la función de gala como domador y no como ejecutante, el gitano, durante muchos días, se entregó con pasión a su tarea educadora.

Al fin, multiplicando las dificultades, ató una ramita a cada uno de sus diez dedos, y logró enseñar al gusano muchas acrobacias polifónicas, generalmente excluidas de su repertorio.

Seguro ya de poder exhibir el sorprendente reptil, Skarioffszky buscó ciertos perfeccionamientos capaces de mejorar el aparato en su conjunto.

A su pedido, Chenevillot reemplazó por una doble montura metálica, fijada en el soporte mismo de la cítara, las dos ramas bifurcadas que hasta entonces habían sostenido el recipiente de mica.

Además, un afelpado parcial con que cubrió el instrumento, estaba destinado a dulcificar el choque retumbante de las pesadas gotas de agua.

Para evitar una inundación en la Plaza de los Trofeos, una cazuela con un canal afelpado debía recoger la delgada cascada escapada de la cítara.

Terminados estos preparativos, Skarioffszky completó la educación de su gusano que cada día, con los primeros

sonidos de la cítara, salía veloz del espeso río, donde el húngaro se apresuraba a echarlo de nuevo al terminar el trabajo.

XVII

De todos los hijos del emperador, Rhejed, de doce años, era el más travieso y el más turbulento.

Pasaba los días inventando mil juegos extraños, a veces tan extravagantes que ponían su vida en peligro.

El Behulifruen, teatro habitual de sus hazañas, le proporcionaba muchas ocasiones de satisfacer sus fogosas inclinaciones.

A veces el ágil negrito escalaba un árbol inmenso para recoger nidos en las ramas más elevadas; a veces, a pedradas, cazaba pájaros o cuadrúpedos, que también sabía atrapar por medio de ingeniosas trampas.

Un día, en el momento de desembocar en un estrecho claro, Rhejed percibió un roedor de pelo rojo, que parecía olfatear el aire como para escoger su camino.

El niño tenía en la mano una fuerte pértiga recientemente sacada de un matorral. Con un golpe de esta arma primitiva mató al roedor, que cayó de lado en medio del espacio descubierto.

Al acercarse, Rhejed notó una baba abundante que escapaba de la garganta del cadáver, exhalando un hedor especial, prodigiosamente fuerte. Asqueado por este espectáculo, atravesó el claro y siguió su camino.

Súbitamente oyó un violento batir de alas y vio, al volverse, un formidable pájaro de presa con largas patas de zancudo que, tras algunos giros concéntricos, caía bruscamente sobre el roedor.

Rhejed volvió sobre sus pasos con idea de matar al pájaro, que atacaba ya el cadáver a golpes de pico.

Queriendo herir con precisión la cabeza, especialmen-

te vulnerable, se acercó suavemente de frente, cuando el pájaro bajaba el pico.

El niño, muy sorprendido, distinguió, sobre el pico, dos aberturas olfativas que, sin duda despertadas a la distancia por el olor de la extraña baba, habían advertido y después llevado al pájaro impaciente a gustar del prometido festín.

Siempre armado de su pértiga, Rhejed tomó impulso y golpeó en pleno occipucio al ave, que se abatió sin un grito.

Pero al examinar de más cerca su nueva víctima, el muchacho se sintió retenido en el suelo por un imán invisible.

Su pie derecho descansaba sobre una gran piedra chata, cubierta por la baba del roedor.

Esta sustancia, a medias seca, formaba una goma irresistiblemente poderosa, y Rhejed sólo logró soltar su pie a costa de violentos esfuerzos, generadores de rasguños profundos y crueles.

Temiendo pegarse de nuevo, el travieso, una vez libre, no pensó más que en alejarse vivamente del peligroso sitio.

Después de un momento, algunos débiles estremecimientos de alas le hicieron volver la cabeza, y percibió en el aire otra ave de la misma raza que, prevenida por el olor, cada vez más penetrante, se lanzaba con rapidez hacia la tentadora presa.

Rhejed concibió entonces un plan audaz, basado a la vez en las propiedades adhesivas de la sorprendente baba y en la turbación evidente que el olor exhalado por ella provocaba en el grupo de ciertas aves de poderosa envergadura.

Diferentes hierbas, recientemente removidas, le indicaron el último camino seguido por el roedor.

En un punto de este sendero, susceptible de ser seguido en poco tiempo por animales de diversa especie,

Rhejed abrió un pequeño pozo, que cubrió totalmente con ligeras ramas.

Al día siguiente, encantado del éxito de su trampa, el niño retiró de la estrecha excavación, para llevar vivo en una jaula, un roedor con melena roja, en todo semejante al primero.

Obedeciendo a un sentimiento de emulación suscitado por los proyectos de Fogar, el aventurero Rhejed quiso participar en la función haciéndose llevar por los aires por uno de esos pájaros con olfato, abundantes en el Behulifruen.

El roedor muerto a último momento proporcionaría abundante baba, la que, atrayendo con sus emanaciones al ave requerida, serviría de rápido agente de una ingeniosa construcción aérea.

Esta última condición requería el empleo de un objeto chato, adecuado para recoger la goma animal que, simplemente derramada en el suelo, hubiera sido inutilizable.

Rhejed, explorando los restos del *Lyncée*, descubrió una liviana puerta de armario, muy adecuada a sus fines.

El niño sólo expuso en parte su proyecto, guardando para sí, por miedo de un infalible *veto* paterno, todo lo que se refería a su viaje por el azur.

XVIII

Hacía dos meses que Seil-kor había partido y esperábamos con impaciencia su regreso pues, terminados los preparativos para la función de gala, sentíamos que el aburrimiento, hasta entonces combatido por el trabajo o la maduración de ideas, no tardaría en apoderarse otra vez de nosotros.

Por suerte, un incidente muy inesperado vino a ofrecernos una poderosa distracción.

Una noche, Sirdah hizo el relato de un grave acontecimiento ocurrido ese mismo día.

A eso de las tres, un embajador del rey Yaúr, tras atravesar el Tez en una piragua, se hizo llevar a la cabana de Talú, a quien aportaba buenas noticias: el soberano de Drelchkaff, enterado de lo que pasaba en Ejur, estaba obsesionado por el deseo ardiente de oír cantar, con voz de falsete, al emperador, vestido con sus esplendorosas ropas; concedería sin condición la curación de Sirdah si el padre de la joven ciega consentía en subir en su presencia al escenario de los Incomparables para cantar, con emisión femenina, la *Aubade* de Dariccelli.

Halagado por el pedido y encantado de poder devolver tan fácilmente la vista a su hija, Talú esbozaba ya una respuesta afirmativa cuando Gaiz-duh —éste era el nombre del embajador negro— se acercó unos pasos para hacer secretas revelaciones en voz baja. El pretendido deseo tan ardientemente formulado no era más que una treta para permitir a Yaúr la libre entrada a Ejur, a la cabeza de numerosa escolta. Conociendo el orgullo de Talú, y sabiendo de antemano que su temible vecino iba a querer deslumbrarlo recibéndolo en medio de todas sus tropas, el rey esperaba hacer caer en la trampa al ejército enemigo, dentro del espacio relativamente restringido de la Plaza de los Trofeos. Mientras la población de Ejur, atraída por la ceremonia, se aglomera al borde de la explanada, el ejército de Drelchkaff pasaría el Tez sobre un puente de piraguas rápidamente improvisado, y después se extendería alrededor de la capital como un cinturón humano, con el fin de invadir por todos los lados a la vez el lugar de la representación. Al mismo tiempo, Yaúr daría a su escolta la señal de ataque, y los guerreros ponukelianos, presa en una emboscada, serían masacrados por sus fogosos agresores que, entre muchas otras ventajas, tendrían la de la sorpresa. Dueño de la situación, Yaúr se haría procla-

mar emperador, tras reducir a la esclavitud a Talú y a toda su descendencia.

Gaiz-duh traicionaba sin remordimiento a su amo, que retribuía mal sus servicios y que, con frecuencia, era brutal con él. Como precio de la delación se entregaba a la generosidad de Talú.

Decidido a sacar partido de la advertencia, el emperador envió a Gaiz-duh con la misión de invitar al rey Yaúr para el día siguiente, a la puesta de sol. Olfateando de antemano una magnífica recompensa, el embajador partió lleno de esperanza, mientras Talú preparaba ya en su mente todo el plan de defensa y de ataque.

Al día siguiente, por orden del emperador, la mitad de las tropas ponukelianas se ocultó en los macizos del Behulifruen, mientras el resto se dividía en pequeños grupos en las cabañas del barrio más meridional de Ejur.

A la hora dicha, Yaúr y su escolta, comandada por Gaiz-duh, subieron a una docena de piraguas y atravesaron el Tez.

Apostado en la orilla derecha, Rao, sucesor de Mossem, espío el desembarco, después llevó al rey a la Plaza de los Trofeos, donde Talú esperaba sin armas, con su vestido femenino y rodeado sólo por un puñado de defensores.

Al llegar, Yaúr lanzó una mirada a su alrededor y pareció turbado por la ausencia de guerreros, a los que pensaba hacer caer en la trampa. Talú se adelantó y ambos monarcas cambiaron algunas palabras, que Sirdah, que había quedado junto a nosotros, tradujo en voz baja.

De pronto Yaúr, procurando en vano disimular su inquietud, preguntó si no iba a tener la dicha de ver a las hermosas tropas ponukelianas, cuya audacia y ferocidad eran tan elogiadas. Talú contestó que su huésped se había adelantado levemente a la hora fijada, y que los guerreros, actualmente ocupados en engalanarse, llegarían dentro de unos instantes a aglomerarse en la

explanada, para realzar con su presencia el brillo de la representación. Tranquilizado por esta afirmación, pero temiendo despertar con su pregunta imprudente las sospechas del emperador, Yaúr fingió de inmediato ocuparse de frivolidades. Se puso a admirar apasionadamente el atavío de Talú, mientras manifestaba el ardiente deseo de poseer un vestido semejante.

Al oír estas palabras el emperador, que buscaba la ocasión de ganar tiempo hasta la llegada del ejército enemigo, se volvió bruscamente hacia nuestro grupo y, por intermedio de Sirdah, nos dio orden de buscar en nuestros equipajes un atavío semejante al suyo.

Acostumbrada a representar el *Fausto* de Goethe en todas sus giras. Adinolfi salió corriendo y volvió unos momentos después trayendo entre sus brazos el vestido y la peluca de Margarita.

Al ver el regalo que le ofrecían, Yaúr dejó escapar alegres exclamaciones. Arrojó las armas al suelo y pudo, gracias a su extremada flacura, meterse sin dificultad en el vestido, que se colocó por encima del taparrabo; después, poniéndose la peluca rubia de espesas trenzas, dio algunos pasos majestuosos, realmente alegre del efecto producido por su extraño disfraz.

Pero un inmenso clamor resonó de pronto fuera y Yaúr, olfateando alguna traición, se apresuró a tomar sus armas y a huir con su escolta. Sólo Gaiz-duh, listo a combatir en las filas enemigas, se unió a los guerreros ponukelianos que, siguiendo a Talú y a Rao, se precipitaron tras el rey. Atraído por el conmovedor espectáculo que se preparaba, nuestro grupo salió corriendo en la misma dirección, y llegó en poco tiempo al límite sur de Ejur.

Pronto nos dimos cuenta de lo que acababa de suceder. El ejército de Drelchkaff, según la decisión real, había atravesado el Tez por un puente de piraguas; en el momento en que el último hombre ponía el pie en la orilla derecha, las bandas de Talú, lanzando gritos

como señal, habían salido de las cabañas de Ejur y de los macizos del Behulifruen, rodeando al enemigo por todas partes y utilizando en beneficio propio la táctica imaginada por Yaúr. Ya el suelo estaba colmado de muertos y de heridos del Drelchkaff, y la victoria parecía conquistada por las tropas del emperador.

Yaúr, siempre con su vestido y su peluca, se lanzó con valor al combate y luchó junto a los suyos. Armado de una lanza, Talú, recogiendo la cola del vestido con el brazo izquierdo, se precipitó sobre él, y un extraño duelo tuvo lugar entre los dos monarcas de apariencia carnavalesca. El rey logró primero parar varios golpes, pero pronto el emperador, con una hábil estocada, agujereó profundamente el corazón de su antagonista.

En seguida descorazonados por la muerte de su jefe, los ejércitos del Drelchkaff, cada vez más diezmados, no tardaron en entregarse, y fueron llevados a Ejur en condición de cautivos.

Todos los cadáveres, exceptuando el de Yaúr, fueron lanzados al Tez, que se encargó de llevarlos al mar.

XIX

Poco antes de la victoria de Talú una noticia sorprendente se extendió hasta Ejur: se comentaba la presencia, junto a Yaúr, de una pareja de europeos, una joven y su hermano, llevados más allá del Tez por el azar de una exploración.

El hermano parecía desempeñar un papel muy apagado, pero la viajera, cautivante y bella, proclamaba orgullosamente su aventura con Yaúr, en quien sus encantos, llenos de atractivo, habían producido de entrada una impresión profunda.

Después de la batalla, Talú hizo que le trajeran a los dos desconocidos, que quedaron en libertad para vagar

sin custodia, a la espera de un decreto sobre la suerte que les estaba reservada.

La exploradora —una francesa de nombre Louise Montalescot— se unió pronto a nosotros y, dichosa de encontrarse entre compatriotas, nos puso al corriente de las diversas peripecias cuyo encadenamiento la había conducido, junto con su hermano, hasta esta lejana comarca africana.

De origen modesto, Louise era nacida en los alrededores de París. Su padre, empleado en una fábrica de loza, ganaba regularmente su vida fabricando diversos modelos de vasos y recipientes; en esta tarea había demostrado verdadero talento de escultor, cosa que no envanecía al buen hombre.

Louise tenía un hermano menor, objeto de su más vivo cariño. Norbert —así se llamaba el muchacho— se ejercitó desde la más temprana infancia bajo la dirección de su padre y logró, con gran facilidad, modelar delicadas estatuillas en forma de frascos o de palmariorias.

Enviada desde temprana edad a la escuela, Louise demostró sorprendentes disposiciones para el trabajo; gracias a un brillante concurso, obtuvo una beca en un liceo de niñas, y pudo así realizar serios estudios. A los veinte años, dueña de todos sus diplomas, vivió fácilmente del producto de sus lecciones, y se perfeccionó sola en todas las ramas de las letras y las ciencias. Devorada por la pasión de una tarea fecunda, lamentaba el tiempo que debía consagrar al sueño y al alimento.

Su fanatismo la llevaba sobre todo hacia la química, y buscaba con terquedad, en el curso de sus vigias, cierto gran descubrimiento que, desde hacía tiempo, germinaba en su espíritu. Se trataba de obtener, con un procedimiento enteramente fotográfico, una fuerza motriz suficientemente precisa para guiar un lápiz o un pincel. Louise estaba ya a punto de llegar a la meta; pero le faltaba aún cierto fluido muy importante, hasta

el momento inencontrable. Los domingos salía a herborizar en los bosques de los alrededores de París, buscando en vano la planta desconocida que debía perfeccionar su mezcla.

Entonces, al leer en diversos relatos de exploradores feéricas descripciones de la flora tropical, la muchacha soñó en recorrer las ardientes regiones del centro africano, segura de centuplicar, en medio de una vegetación sin igual, sus escasas posibilidades de éxito.

Para distraerse de su idea fija, Louise trabajaba diariamente en un corto tratado de botánica, llamativo y lleno de imágenes, obra de vulgarización destinada a poner de relieve las sorprendentes maravillas del mundo vegetal. Pronto terminó este opúsculo que, editado en gran cantidad de ejemplares, le proporcionó una pequeña fortuna.

Viéndose dueña de esta inesperada suma, la muchacha no pensó más que en realizar el gran viaje, tan ardientemente deseado.

Pero desde hacía algún tiempo sentía una molestia en el pulmón derecho —una especie de opresión penosa y persistente, que le daba la sensación de una provisión de aire imposible de expulsar. En busca de una opinión autorizada, antes de emprender la lejana expedición, fue a consultar al doctor Renesme, cuyas admirables obras sobre las enfermedades del pecho había leído.

El gran especialista quedó sorprendido ante el extraño caso. Un tumor interno se había formado en el pulmón de Louise, y la atonía de la parte enferma volvía incompleta la expulsión del aire aspirado.

Según Renesme, el mal era provocado, sin duda alguna, por ciertos gases nocivos que la muchacha había absorbido en el curso de sus experiencias químicas.

Era urgente crear una salida ficticia para el aire, pues sin esta precaución el tumor seguiría creciendo indefinidamente. Además, el aparato respiratorio estaría provisto de una sonoridad cualquiera destinada a comprobar

en todo instante su buen funcionamiento —la menor obstrucción de uno de los principales órganos podía permitir que la tumescencia realizara irreparables progresos.

Admirablemente dotada desde el punto de vista físico, Louise, pese a la gravedad de su carácter, no carecía de cierta coquetería. Desesperada por la revelación de Renesme, buscó el medio de volver gracioso y estético, dentro de lo posible, el instrumento protético que, desde entonces, formaría parte de su persona.

Tomando como pretexto su próxima partida para comarcas peligrosas, resolvió adoptar el traje masculino, cuya comodidad convenía perfectamente a las dificultades de la audaz exploración.

Su elección se fijó en un uniforme de oficial: de este modo podría dar a los tubos sonoros el aspecto de agujetas, imitando el subterfugio con el que se disimulan las cornetas para sordos en las monturas de los abanicos o de los paraguas.

Renesme se prestó de buena gana a la realización de este capricho, y construyó un aparato de acuerdo a los planes solicitados.

La operación tuvo un éxito total: el tumor, situado en la parte baja del pulmón, fue puesto en comunicación con el aire exterior por medio de una estrecha abertura, a la que fue a adaptarse un tubo rígido subdividido en muchas agujetas, huecas y resonantes.

Gracias a la acción bienhechora de esta sopapa, Louise pudo llevar sin temores una vida de fatiga y de trabajo. Cada noche debía obstruir la abertura por medio de un botón metálico, tras retirar el aparato, que era inútil durante la respiración tranquila y regular del sueño.

Cuando se vio por primera vez con su traje de oficial, la joven quedó un poco consolada de su triste desventura. Encontró su nuevo atuendo muy conveniente y pudo admirar el efecto de su magnífica cabellera rubia,

que dejó caer en bucles naturales bajo un gorrito de policía, pícaramente requintado sobre la oreja.

Ni siquiera en los períodos más activos de sus absorbentes estudios, Louise había descuidado a su hermano Norbert.

Su ternura por él se había vuelto aún más atenta tras la desaparición de sus padres, muertos casi al mismo tiempo en el curso de un terrible invierno, generador de epidemias mortales.

Norbert ocupaba ahora el puesto de su padre en la fábrica de loza, y poseía un maravilloso don manual para ejecutar con rapidez toda clase de figuritas llenas de vida y gracia. Aparte de este talento muy real, el joven tenía escasa inteligencia y se sometía por completo a la excelente influencia de su hermana.

Louise quiso compartir con Norbert su súbita opulencia: resolvió, pues, llevarlo en su magnífico viaje.

Desde hacía cierto tiempo la muchacha se interesaba en una urraca encontrada en extrañas condiciones. El pájaro se le había aparecido por primera vez un domingo, en pleno bosque de Chaville. Las doce del mediodía acababan de sonar a lo lejos y Louise, luego de una fatigante sesión de herborismo, se había sentado al pie de un árbol para hacer una comida frugal. De pronto una urraca, audaz y golosa, se acercó a ella a saltitos, como esperando las migas de pan, que le fueron arrojadas con abundancia. El pájaro, lleno de agradecimiento, se acercó aun más sin demostrar susto, y se dejó acariciar y agarrar por la generosa dadora que, conmovida ante esta confiada simpatía, lo llevó a su casa y empezó a educarlo. Pronto la urraca, al menor llamado, corría a posarse en el hombro de su ama, y llevaba la obediencia hasta traer en el pico cualquier objeto ligero señalado con el dedo.

Louise se aficionó tanto a su alada compañera que no pudo aceptar la idea de abandonarla a cuidados merce-

narios. Por eso llevó consigo al pájaro el día en que, llena de exuberante optimismo, tomó en compañía de su hermano el expreso de Marsella.

Llevados a Porto–Novo en un rápido vapor, el hermano y la hermana reclutaron a toda prisa una pequeña escolta de hombres blancos y se dirigieron hacia el sur. El proyecto de Louise era llegar al Vorrh, que le había sido señalado por varios libros de exploradores; era allí, sobre todo, que su imaginación descubría de antemano todas las maravillas vegetales.

Su esperanza no se vio defraudada cuando, tras largas fatigas, conoció la imponente selva virgen. De inmediato inició sus investigaciones, y experimentaba una alegría inmensa al ver, a cada paso, bajo la forma de una flor o de una planta, algún nuevo tesoro desconocido.

Antes de la partida, Louise había compuesto químicamente cierto líquido corrosivo, destinado a facilitar su tarea. Una gota de esta solución, derramada sobre cualquier vegetal, debía revelar, por medio de una combustión parcial acompañada de un ligero humo, la presencia indudable de la esencia buscada.

Pero, pese a la enorme variedad de ejemplares acumulados en el Vorrh, los ensayos continuamente repetidos eran infructuosos. Durante muchos días Louise prosiguió su tarea con coraje, penetrando cada vez más en la admirable espesura. A veces, al percibir en algún árbol una hoja rara y atrayente, la señalaba a la urraca, que la arrancaba con el pico para entregársela.

Todo el Vorrh fue así recorrido de norte a sur, sin ningún resultado. Louise, desesperada, repetía maquinalmente la experiencia de costumbre, cuando de pronto una gota de su preparación, echada por prurito de conciencia en una nueva planta, provocó la breve combustión vanamente esperada desde hacía tanto tiempo.

La muchacha tuvo un momento de embriaguez que recompensó las decepciones pasadas. Recogió un buen montón de la preciosa planta, fina y rojiza, cuyas semi-

llas, cultivadas en invernadero, debían proporcionarle la provisión futura.

Fue a la caída de la noche que la viajera hizo su memorable descubrimiento; acamparon en el sitio mismo en que se habían detenido, y cada uno se tendió para dormir, tras una abundante comida durante la cual se tomaron todas las decisiones para volver pronto a Porto-Novo.

Pero al día siguiente, al despertar Louise y Norbert, se encontraron solos. Los compañeros los habían traicionado, robando, tras haber cortado las correas, cierto saco de cuero llevado siempre en bandolera por la muchacha, y que contenía, en sus diversos compartimentos, una carga de oro y billetes. Procurando evitar una denuncia, los miserables habían esperado llegar a la etapa más lejana, para quitar toda posibilidad de regreso a los dos abandonados, privados de víveres.

Louise no quiso tentar lo imposible procurando regresar a Porto-Novo; por el contrario, marchó hacia el sur, en la esperanza de llegar a alguna aldea indígena desde donde pudiera hacerse repatriar con la promesa de una recompensa. Hizo amplia provisión de frutos y salió rápidamente del Vorrh, atravesando toda la inmensa selva sin encontrar huella de Velbar ni de Sirdah, a quienes el incendio iba a expulsar dentro de poco, de su retiro.

Después de algunas horas de marcha, Louise debió detenerse ante el Tez, cuyo curso, a cierta distancia de Ejur, remontaba sensiblemente hacia el norte. En ese momento un tronco de árbol descendía a la deriva por el curso de agua. A un signo de su hermana, Norbert agarró el largo despojo, e impulsados por una fuerte rama a manera de remo, los dos desterrados pudieron cruzar el río, instalados más o menos sobre la corteza húmeda. La muchacha aprovechó con alegría esta ocasión de poner una barrera entre ella y sus guías que,

acaso arrepentidos de haber dejado vivos a sus víctimas, podían ser capaces de algún regreso ofensivo.

A partir de este punto, el hermano y la hermana siguieron invariablemente la ribera izquierda del Tez, y cayeron así en poder de Yaúr, a quien la hermosura de Louise turbó profundamente.

En el curso de sus estudios, la muchacha se había mezclado a un mundo de estudiantes y estudiantas, cuyas doctrinas, muy avanzadas, le habían dejado huella: de buena gana proclamaba el desprecio a ciertas convenciones sociales y, a veces, hasta defendía el amor libre. Yaúr, joven y de rostro impresionante, ejerció un poderoso atractivo sobre su imaginación, amante de lo inesperado. Y, según sus ideas, dos seres atraídos el uno hacia el otro por un impulso recíproco no debían sentirse trabados por prejuicio alguno. Dichosa y orgullosa del lado romántico de la aventura, se entregó sin reservas al rey extranjero, cuya pasión se había encendido a la primera mirada.

Todo proyecto de regreso a la patria quedó demorado por este acontecimiento imprevisto.

Lejos ya del traidor follaje del centro del Vorrh, los guías habían abandonado cierto bolso, cuyo contenido, inútil para ellos pero infinitamente precioso para Louise, se componía de una cantidad de objetos e ingredientes referentes al gran descubrimiento fotográfico, hasta ahora inacabado.

La joven reinició sus trabajos con ardor, no dudando ya del éxito ahora que poseía el inhallable fluido proporcionado por las plantas rojas de la selva virgen.

Sin embargo, la tarea exigía aún muchos tanteos, y la meta no estaba alcanzada en el momento de la batalla del Tez.

Al terminar su relato, Louise nos confesó el violento pesar que le había causado la muerte del desdichado Yaúr, cuyo ardiente recuerdo planearía ya sobre toda su existencia.

Al día siguiente de la victoria, el emperador nos envió a Sirdah encargada de una misión compleja.

Talú, que a las funciones de soberano reunía las de jefe religioso, debía coronarse él mismo rey de Drelch-kaff, título al que le daba derecho su última conquista.

Y el monarca pensó realzar el brillo de la insigne proclamación haciéndola coincidir con la función de gala de los Incomparables.

Con el fin de impresionar a sus súbditos, nos pidió, entre otras cosas, que le indicáramos alguna tradición grandiosa en uso entre los blancos.

Juillard habló de inmediato del santo óleo, y se ofreció a proporcionar por adelantado todos los detalles necesarios acerca del óleo consagrado. Al mismo tiempo, Chenevillot decidió erigir un altarcito al lado norte de la Plaza de los Trofeos.

Arreglada esta primera cuestión, Sirdah continuó el enunciado de las demandas.

Como Yaúr IX no tenía ningún pariente en la línea de Yaúr I, su muerte señalaba la extinción de la raza.

Para embellecer la ceremonia de la consagración y afirmar los derechos incontestables de Talú, el emperador deseaba exponer una especie de pieza genealógica, en la cual, tomando a Suán como punto de partida, se marcaría de manera emocionante la destrucción de la rama rival.

Muy orgulloso de su origen europeo, el emperador quiso que, en el documento proyectado, figurara el antiguo retrato que, piadosamente transmitido de padres a hijos en la línea de los Talú, representaba a las dos hermanas españolas, esposas de Suán.

Juillard se encargó de buena gana de fabricar esta acta dinástica, destinada a ornamentar el altar, ya levantado en la mente de Chenevillot.

Además de estos diversos detalles, una curiosa repre-

sentación sería proporcionada por el cadáver mismo del desdichado Yaúr.

La lanza con la cual el emperador había herido al rey difunto tenía en la punta, como muchas armas ponukelianas, un veneno muy violento que, determinando una muerte infalible, tenía además la extraña propiedad de impedir por cierto tiempo la putrefacción de los tejidos.

El cuerpo del ilustre vencido podría, pues, incluso tras una larga espera, ser colocado para la solemnidad bajo el gomero caduco, dedicado a la raza de los Yaúr.

Según el emperador, la humillación impuesta a la planta maldita reclamaba, por contraste, una decoración gloriosa para la palmera plantada más tarde por Talú IV.

El obrero pintor Toresse fue encargado de componer un escrito conmemorativo recordando la ya lejana restauración, cuya fecha coincidía exactamente con la génesis del árbol.

Sirdah nos dijo también que el día de la coronación estaría marcado por el suplicio de los culpables, cuyo verdugo sería Rao.

Gaiz-duh, a su pedido de una espléndida recompensa, no había obtenido del emperador más que una respuesta: *“Eres traidor y serás castigado como traidor”*, y su cabeza habría de ser cortada con una hoja de hacha hecha de madera especial, tan resistente como el hierro y propia a evitar todo derramamiento de sangre.

A Mossem se le quemaría la planta de los pies con un hierro enrojecido, que grabaría uno a uno los mentirosos caracteres trazados en otra época, por él mismo, en el acta de defunción de Sirdah.

Rui perecería por el pinchazo de las largas agujas de oro que desde hacía años adornaban su cabellera: las puntas atravesarían la carne por los ojales del coselete rojo, convertido ahora en pingajo por el prolongado uso.

Para Djizmé, el emperador, cuya imaginación estaba al borde de sus recursos, nos pidió que le indicáramos

algún suplicio de uso en nuestro país. Chenevillot tuvo entonces una idea que, evitando todo sufrimiento a la condenada, tendría la ventaja de postergar su muerte, quizá hasta una fecha lejana. Entre sus bagajes el arquitecto poseía un pararrayos de reciente modelo, que destinaba al castillo del barón Ballesteros. Sería fácil, durante la próxima tormenta directa, poner a Djizmé en contacto con el hilo conductor del aparato, y hacerla electrocutar por las nubes. Pero el mal tiempo era raro en Ejur, y algún acontecimiento imprevisto que librara a la infortunada podía muy bien preceder al primer resplandor de un futuro relámpago.

El industrioso Naír debía salvar la vida a causa de las útiles trampas que fabricaba para destruir mosquitos. Pero para el autor del billete ilustrado dirigido a Djizmé una simple cautividad exenta de tormentos constituía, al parecer, un castigo demasiado dulce, y Talú quiso que se levantara junto a la Plaza de los Trofeos una especie de zócalo, donde estaría fijada la trampa, tendida cierta noche por Seil-kor. Condenado a una inmovilidad continua, y apenas con sitio para tenderse a dormir, Naír, con el pie preso en la argolla que ya una vez le había sido fatal, debería trabajar sin descanso en la confección de las más delicadas máquinas. Para añadir el suplicio moral a la enervante molestia física, el sombrero melón, los guantes de piel de Suecia y la carta con viñetas, verdaderos instrumentos de su ridícula desventura, estarían colocados sin cesar al alcance de su vista.

Para que la representación de la coronación fuera más completa, Talú reclamaba también una prisión, donde los condenados, pruebas vivas de su poder absoluto, pudieran asistir a su triunfo.

Después de exponer estas siniestras noticias, Sirdah nos participó un acontecimiento dichoso, fijado también para el día de la función de gala. Se trataba de su propia curación que sería realizada por el hechicero Bach-

kú, sometido ahora a la autoridad de Talú. En su impaciencia, el emperador había querido llevar a su hija ante el hábil operador la noche misma de la batalla del Tez. Pero Sirdah se había negado a recobrar la vista en ese día manchado por tanta sangre derramada. Prefería reservar esta dicha suplementaria para la fecha de la coronación, ya señalada por la esplendorosa glorificación de su padre.

Algunas palabras referentes a los Montalescot terminaron el recado de Sirdah.

A los ojos del emperador, Louise había merecido el castigo supremo por el solo hecho de haber tenido una relación amorosa con su enemigo mortal, de quien todo recuerdo debía desaparecer. Talú llegaba incluso a englobar al inofensivo Norbert en el odio que le inspiraba todo aquello que, de cerca o de lejos, hubiera gozado del favor de Yaúr. Pero Sirdah, rica en argumentos, había picado la curiosidad de su padre hablando del gran descubrimiento que preocupaba a la joven Louise; deseoso de ver funcionar el aparato proyectado, Talú prometió postergar el juicio de la estudiante, que podría así proseguir libremente con su trabajo.

Ocho días bastaron a Chenevillot para ejecutar los nuevos trabajos.

Al norte de la Plaza de los Trofeos se levantaba un pequeño altar, con muchos escalones; enfrente, en el lado sur, se elevaba una cárcel destinada a los condenados y, no lejos del Teatro de los Incomparables, se veía elevarse, provisto de todos los accesorios exigidos, un zócalo de madera donde Naír fue instalado de inmediato.

Atraído especialmente por la idea de hacer perecer a Djizmé por una chispa celeste, Talú aprobó en todo el proyecto de Chenevillot. Enterada del tipo de suplicio que la aguardaba, la desdichada obtuvo del empe-

rador dos supremos favores: el de morir sobre la colcha blanca con múltiples diseños que su amante le había ofrecido en otra época, y el de llevar al cuello, en el momento fatal, un mapa de triple faz de la luna que, evocando los días de brillantes recepciones, le recordaría en medio de la desdicha, su tiempo de esplendor todopoderoso.

Chenevillot se sirvió de la colcha en cuestión para tapizar un aparato de electrocución que sólo podía hacer funcionar el rayo.

XXI

Los Montalescot se acostumbraron pronto a su nueva residencia. Louise se ocupaba con pasión de su sorprendente descubrimiento, mientras Norbert exploraba curiosamente el Behulifruen o la ribera derecha del Tez.

La urraca presa, siempre fiel, era la admiración de todos por su ternura e inteligencia; el pájaro, que cada día realizaba nuevos progresos, ejecutaba con seguridad maravillosa las órdenes más diversas dictadas por su ama.

Un día, vagando por las riberas del Tez, Norbert quedó seducido por la extraordinaria maleabilidad de una tierra amarillenta, ligeramente húmeda, de la que se apresuró a hacer provisión. El joven pudo, desde entonces, ocupar sus ocios en modelar, con su facilidad habitual, deliciosas estatuitas bien plantadas que, una vez secadas al sol, adquirirían la consistencia y el aspecto de la terracota. Talú, manifiestamente interesado en estos trabajos artísticos, parecía elaborar algún proyecto, al cual, una circunstancia fortuita, llevó pronto a la total madurez.

Desde que estábamos en Ejur, diversas bestias comestibles, embarcadas en el *Lyncée* para ser sacrificadas en el curso del viaje, habían contribuido poco a poco a nues-

tra alimentación. Gracias al mayordomo parsimonioso, que cuidaba mucho esta preciosa reserva, quedaban todavía algunos terneros, destinados a seguir la suerte de sus compañeros. El previsor cocinero se decidió al fin a utilizar ese grupo de sobrevivientes, y nos sirvió un día una comida donde, además de las apetitosas lonjas de la primera víctima, había un plato de bofes finamente sazonado. Talú, que por curiosidad instintiva se había mostrado siempre ávido de nuestros platos europeos, gustó cuidadosamente esta última preparación, cuya procedencia y aspecto natural quiso conocer de inmediato.

Al día siguiente Sirdah, triste y angustiada, vino a vernos de parte de su padre, cuyas penosas instrucciones completó con una serie de apreciaciones personales.

A su manera de ver, Talú execraba a Louise, cuya imagen se asociaba siempre en su pensamiento a la del rey Yaúr. El hermano y la hermana estaban confundidos en un mismo sentimiento de loca aversión, y el emperador sólo les concedería un doble indulto a cambio de prodigios irrealizables, de los que había laboriosamente arreglado todos los detalles, con un refinamiento lleno de maliciosa crueldad.

Entre los fardos y cajones reventados cuando el accidente del *Lyncée*, se encontraba una buena cantidad de juguetes, consignados a un comerciante de Buenos Aires. Talú se hizo mostrar en detalle todos los artículos, para él nuevos, contenidos en los paquetes; se interesó especialmente en los objetos mecánicos, cuya cuerda a resortes manejaba él mismo. Había descubierto, sobre todo, cierto ferrocarril que lo deslumbraba con su maravilloso rodar sobre un complejo conjunto de rieles fácilmente desmontables. Era de este divertido invento que había surgido, en parte, el proyecto que Sirdah venía a exponer en detalle.

Inspirado por su última comida, Talú exigía al pobre Norbert la construcción de una estatua en tamaño natural, cautivante como tema y bastante liviana como para

rodar, sin deteriorarlos, sobre dos rieles crudos hechos de la misma materia inconsistente tan bien preparada el día anterior por el cocinero. Además, sin hablar ahora de un peso especial, el emperador reclamaba tres obras escultóricas más o menos articuladas, de las que sólo la sabia urraca, con ayuda del pico o de las patas, podría poner en movimiento el mecanismo.

Cumplidas estas condiciones, a las que se unía el buen funcionamiento del aparato cuya terminación ocupaba a Louise, quedaría asegurada la libertad del hermano y de la hermana, que podrían entonces unirse a nuestro destacamento para llegar a Porto–Novo.

Pese al extremado rigor de este ultimátum, Louise, sin entregarse al abatimiento, comprendió que su deber consistía en alentar y guiar a Norbert.

Se trataba, en primer lugar, de encontrar una materia a la vez ligera, flexible y resistente, que pudiera servir para construir una estatua casi imponderable.

Al azar buscamos en los equipajes sacados del navío, y Louise lanzó bruscamente un grito de alegría al descubrir algunos paquetes importantes, cargados de ballenas de corsé, uniformemente negras. Al consultar las etiquetas, comprobamos que el envío era hecho por una casa en liquidación, que sin duda había cedido barato una parte de sus reservas a algún fabricante americano. Como los intereses en juego eran demasiado graves para permitir escrúpulos, Louise se apoderó de la mercadería, dispuesta a compensar más adelante al destinatario.

Para elegir el tema cautivante impuesto por las instrucciones del emperador, la joven no tuvo más que dejar vagar al azar su memoria, copiosamente enriquecida por innumerables lecturas. Recordó así una historia narrada por Tucídides en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* donde, en rápidos preliminares, el ilustre cronista procura comparar el carácter ateniense con la mentalidad espartana.

Veamos cuál es, en sustancia, el clásico relato, tantas veces traducido por numerosas generaciones de estudiantes.

Un rico lacedemonio llamado Ktenas tenía a su servicio un gran número de ilotas.

En lugar de despreciar a estos esclavos, envilecidos por sus conciudadanos hasta el nivel de bestias de carga, Ktenas sólo pensaba en elevar su nivel moral y sensible por medio de la instrucción. Su meta noble y humanitaria era convertirlos en iguales y, para forzar a los más perezosos a trabajar con celo, había recurrido a severos castigos, sin temer a veces usar su derecho de vida y muerte.

El más recalcitrante del grupo era, sin duda, un tal Saridakis quien, tan mal dotado como apático, se dejaba sobrepasar sin vergüenza por todos sus camaradas.

Pese a los más duros castigos, Saridakis seguía estancado, y consagraba vanamente horas enteras a la simple conjugación de los verbos auxiliares.

Ktenas vio en esta manifestación de completa incapacidad la ocasión de impresionar de modo terrible el espíritu de sus alumnos.

Dio tres días a Saridakis para grabar definitivamente en la memoria el verbo εἶμί. Pasado el plazo el ilota, ante todos sus condiscípulos, debería pronunciar la lección frente a Ktenas, cuya mano, armada de un estilete, se hundiría a la menor falta en el corazón del culpable.

Seguro de antemano que el amo actuaría de acuerdo a sus aterradoras promesas, Saridakis torturó su cerebro e hizo heroicos esfuerzos para prepararse a la prueba suprema.

El día fijado, Ktenas, reuniendo a sus esclavos, se colocó frente a Saridakis, dirigiendo hacia el pecho del desdichado la punta del estilete. La escena fue breve: el recitante se equivocó groseramente en el dual del único imperfecto, y un golpe sordo resonó súbito en medio de un silencio angustiado. El ilota, con el cora-

zón traspasado, giró un instante sobre sí mismo y cayó muerto a los pies del inexorable justiciero.

Sin vacilar, Louise adoptó este conmovedor modelo.

Ayudado por las indicaciones de su hermana, Norbert logró levantar, sobre flexibles ballenas, una estatua liviana, provista de ruedas. Los clavos y utensilios necesarios al trabajo fueron entregados por Chenevillot, que construía personalmente una balanza bien equilibrada, adecuada para recibir a último momento los rieles frágiles y delicados. Para completar aquella obra, llena de vigor impresionante, Louise trazó en letras blancas, sobre el zócalo negro, un largo título explicativo, que precedía la conjugación del famoso dual murmurado por los labios expirantes del ilota.

Las efigies con movimiento encargadas por el emperador reclamaban otros tres temas.

La entusiasta Louise era admiradora de Kant, cuyos retratos asediaban netamente su espíritu. Bajo sus miradas, Norbert ejecutó un busto del ilustre filósofo, teniendo cuidado de vaciar el interior del bloque y de dejar en la parte superior de la cabeza una capa arcillosa de espesor nulo. Chenevillot colocó en la cavidad craneana un juego de lámparas eléctricas con poderosos reflectores, cuyo resplandor debía representar las llamas geniales de algún pensamiento luminoso.

Louise se inspiró después en una vieja leyenda bretona que relata de manera conmovedora la heroica y célebre mentira de la monja Perpetua, que no temió arriesgar la vida al rehusar entregar a los esbirros encargados de perseguirlos, dos fugitivos ocultos en su convento.

Esta vez fue un grupo entero lo que Norbert debió modelar con arte y paciencia.

Finalmente el joven, dócil instrumento de su hermana, evocó al Regente inclinado ante Luis XV; a la estudiante le gustaba la antítesis contenida en la humilde muestra

de respeto otorgada a un niño por el personaje más poderoso del reino.

Cada obra estaba provista de un mecanismo muy simple, especialmente adaptado al pico y a las patas de la urraca, cuya educación dio más trabajo de lo que podía esperarse.

En efecto, el nuevo trabajo era mucho más complejo que las insignificantes muestras de fuerza dadas hasta ahora por el pájaro. Los movimientos debían ejecutarse seguidamente, sin piloto ni indicaciones, y el ave retenía con dificultad una serie de tantas evoluciones, diferentes y precisas. Norbert ayudó a su hermana en el laborioso aprendizaje, que era menester llevar bien a cabo.

Entretanto, Louise proseguía activamente sus trabajos químicos, cuyas últimas manipulaciones exigían un local preparado de una manera especial desde el punto de vista de la luz.

A su pedido, Chenevillot edificó una especie de casita muy exigua, cuyas paredes, prudentemente privadas de salidas, no dejaban pasar ningún rayo.

Una luz amarillenta muy atenuada debía penetrar únicamente en el laboratorio; un vidrio de color, aunque estuviera oscurecido por la más densa opacidad, no hubiera podido producir más que efectos desastrosos sobre la extraña placa sensible en preparación.

La solución del problema la encontró Juillard, que había asistido a las conversaciones de Louise y del arquitecto.

El sabio poseía, en su gran caja de libros, un precioso ejemplar de *La Bella de Perth*, proveniente de la primera edición de la célebre obra. Las páginas, antiguas en más de un siglo, estaban totalmente amarillentas, y podían servir para tamizar y apagar la enceguecedora claridad del sol africano.

Pese al precio inestimable de esta pieza extremadamente rara, Juillard, sin vacilaciones, la ofreció a la es-

tudiante, que la encontró perfectamente adaptable a sus proyectos y agradeció calurosamente a su amable donante.

Chenevillot cortó las páginas en forma de tejas que, colocadas en diversos espesores y mantenidas por una delicada estructura, formarían la parte superior de la casita. Una abertura practicada en el centro de este frágil techo permitiría a la prisionera aspirar a veces un poco de aire puro, además de cubrir con cuidado los diversos utensilios e ingredientes. La prudencia, en un caso tan grave, estaba por encima de la comodidad, y era por esta abertura única que Louise haría sus entradas y salidas, utilizando dos pequeñas escalas dobles, con escalones chatos, fabricadas por el arquitecto para esta finalidad especial. En efecto: la menor infiltración luminosa podía comprometer el éxito del trabajo, y la abertura del techo se prestaba mejor que una puerta lateral a tener un cierre hermético, garantizado por su propio peso.

La casita se elevaba sobre la Plaza de los Trofeos, no lejos de la Bolsa, separada de ésta por las estatuas de Norbert, correctamente alineadas. Antes de colocar el techo, Chenevillot había amueblado el interior, que contenía una de las escalas dobles, una mecedora y una mesa cargada de los objetos necesarios para el maravilloso descubrimiento.

Louise pasó desde entonces la mayor parte de los días encerrada en el laboratorio, entre sus drogas, sus probetas y sus plantas; empleaba los momentos libres en entrenar a la urraca, que la acompañaba, siempre fiel, en el seno del frágil calabozo.

Cuando se la interrogaba sobre el resultado de sus trituraciones químicas, la joven parecía llena de esperanza y de alegría.

En medio de estos acontecimientos reapareció Seil-kor, a la cabeza de sus cargadores negros, doblados bajo el peso de las numerosas mercaderías compradas con el dinero de los rescates. Cada tributario había pagado de acuerdo a sus medios, y las familias de los marineros más pobres, reuniendo sus economías, se habían resignado a verter su contingente dentro del conjunto.

Tras una larga conferencia con el emperador, Seil-kor vino a traernos noticias. Como las cartas enviadas por nosotros habían proporcionado una suma suficiente, nuestra liberación, por este lado, no sufriría demora. Pero era necesario cumplir una condición imprevista.

Después del combate sangriento librado contra las tropas del Drelchkaff, Talú, refugiado en la soledad del boscoso Behulifruen, había pasado muchas horas componiendo numerosas estrofas sonoras que, tomando como tema la victoria obtenida sobre Yaúr, deberían enriquecer la *Jeruka* con un canto suplementario, titulado *La Batalla del Tez*.

En ocasión de la coronación, el emperador haría cantar toda la epopeya por sus tropas; pero el nuevo canto, terminado esa misma mañana, era ignorado por los guerreros negros, y largos estudios serían necesarios para que aprendieran versos tan numerosos.

En consecuencia, Talú encargaba a Carmichaël la tarea de ejecutar el día fijado, con su resplandeciente voz de falsete, la nueva porción de la obra. Tal elección ofrecería además la ventaja de poner de relieve las estrofas desconocidas del vasto poema, y de marcar esta *primera parte*, que sería así sensacional.

Para cantar *La Batalla del Tez*, el joven marsellés debería conservar su traje masculino, porque Talú quería coronarse soberano de Drelchkaff con el atavío que había llevado el día de la victoria, atuendo de gran efecto, cuya forma le parecía particularmente majestuosa. El empe-

rador contaba, por otra parte, participar en el programa, vocalizando la *Aubade*, de Dariccelli.

Terminada la explicación, Seil-kor entregó a Carmichaël una gran hoja de papel, cubierta con palabras extrañas pero perfectamente legibles, cuya peligrosa pronunciación se encontraba fielmente reproducida por medio de la escritura latina; se trataba de *La Batalla del Tez*, transcrita al instante por el joven negro bajo el dictado del emperador.

La tonada consistía en la repetición continua de un único motivo, muy breve, que Seil-kor enseñaría fácilmente a Carmichaël.

Contando con el terror para obtener una interpretación perfecta, Talú castigaba de antemano cualquier falla de memoria con tres largas horas de plantón, durante las cuales, trabajando para una nueva recitación lírica sometida al mismo código, Carmichaël, inmóvil y de pie, con el rostro vuelto hacia uno de los sicómoros de la Plaza de los Trofeos, repasaría la lección, bajo la cercana vigilancia de un negro.

Después de obtener el consentimiento forzado del joven cantor, Seil-kor, siempre por cuenta de Talú exigió de nosotros un simple consejo sobre el papel que podrían desempeñar en la ceremonia de la coronación los treinta y seis hermanos de Sirdah.

Se nos ocurrió que los niños de esa edad, nombrados como pajes de servicio, añadirían pintoresquismo al cuadro, si se encargaban de llevar la larga cola de su padre en el momento en que éste se dirigiera majestuosamente hacia el altar. Pero sólo seis podrían ubicarse alrededor de la cola, y se imponía tirar suertes. Chenevillot se encargó entonces de fabricar un gran dado de juego, que serviría para nombrar a los elegidos entre los numerosos muchachitos divididos en seis filas.

En cuanto a las diez esposas del emperador, debían

ejecutar la *Luenn'chetuz*, danza hierática, íntimamente ligada a ritos raros y solemnes.

Al terminar, Seil-kor nos mostró una larga banda de pergamino enroscada y cubierta por grupos bélicos groseramente diseñados por Talú.

En el curso de sus campañas, el emperador, sin escribir nada, tomaba notas cotidianas, únicamente basadas en la imagen, fijando con ayuda de croquis, mientras el recuerdo era fresco y preciso, las diferentes operaciones realizadas por las tropas.

Una vez de regreso a la capital, Talú se servía de esta guía estratégica para componer sus versos y, en una palabra, teníamos ante los ojos la trama misma de la *Jeruka*.

Habiendo descubierto entre nuestros equipajes un barómetro registrador, cuyo funcionamiento se hizo explicar, Talú soñaba con ver sus diseños desfilar automáticamente sobre el rollo móvil del precioso instrumento.

La Billaudière-Maisonnial, acostumbrado a tareas delicadas, se encargó de realizar el imperial deseo: sacó de la caja barométrica el frágil instrumento, cuyo movimiento aceleró, y pronto un ingenioso aparato, revestido por una banda de pergamino, funcionó cerca del escenario de los Incomparables.

XXIII

Pasaron algunos días, durante los cuales Carmichaël aprendió como un loro el texto bárbaro de *La Batalla del Tez*. Guiado por Seil-kor había retenido sin pena la extraña tonada adaptada a las estrofas, y se sentía capaz de cantar a la perfección el nuevo fragmento de la *Jeruka*.

En la Bolsa, el *Carmichaël* no había cesado de subir desde que un canto ponukeliano, obra prodigiosamente

rara como palabras y como música, había sustituido al repertorio habitual del joven marsellés.

Al acercarse el gran día, la especulación adquirió nuevo impulso, y una última sesión, que prometía ser animada, debía tener lugar justamente antes de iniciarse la representación.

Bedú, deseoso de contribuir a la magnificencia de la función de gala, había tejido un rico manto destinado al emperador en su coronación y había instalado, más allá del Tez, su famoso telar, que no había sufrido nada durante el encallamiento.

Bedú había dibujado un mapa del África rodeado de una amplia porción de mar, y había marcado en rojo vivo toda la comarca sometida al cetro de Talú.

El límite sur de Drelchkaff, imperfectamente conocido, dejaba el campo libre al artista que, por obsecuencia, prolongó el reino hasta el cabo de Buena Esperanza, cuyo nombre trazó con todas las letras.

Ajustadas las palancas, la máquina fue puesta en movimiento, y pronto un pesado ropaje de gala estuvo listo a caer, en el momento solemne, sobre los hombros del monarca.

Alentado por este éxito, Bedú quiso dar una sorpresa a Sirdah, que siempre nos había testimoniado tanta bondad y cariño.

Diseñó para ella un suntuoso modelo de capa, donde los temas de adorno reproducían muchas conmovedoras escenas del Diluvio.

El inventor contaba tener a punto el aparato la mañana misma de la coronación para hacerlo funcionar ante Sirdah quien, tras su curación, no podría dejar de contemplar con vivo placer la visión proporcionada por el trabajo feérico del prodigioso mecanismo.

Como la operación de Bachkú debía realizarse al caer la noche, un faro de acetileno, encontrado entre el material del Lycée, e instalado luego al borde del agua

lanzaría sobre la máquina, como dardos, los rayos deslumbrantes proyectados por su reflector.

Para ampliar el espectáculo consagrado al río, Fuxier resolvió confeccionar numerosas pastillas azules que, sumergidas en la corriente, crearían en la superficie del agua toda clase de imágenes, claras y fugitivas.

Antes de ponerse a la obra, nos consultó colectivamente sobre la elección de los temas a tratar, y recogió en conjunto una serie de ideas, de las que sólo recordó las siguientes:

1º Perseo llevando la cabeza de la Medusa.

2º Una fiesta española acompañada de danzas enloquecidas.

3º La leyenda del poeta provenzal Giapalu que, yendo un día a buscar inspiración en el lugar pintoresco donde el Var brotaba del suelo, dejó sorprender sus secretos por el viejo río, que curiosamente se había inclinado para leer por encima de su hombro. Al día siguiente, las ondas murmurantes recitaron desde el comienzo hasta la desembocadura nuevos versos que, con el toque del genio, fueron pronto conocidos en toda la comarca, sin que se supiera el nombre del autor. Giapalu, atónito, quiso en vano establecer su paternidad: lo trataron de impostor, y el pobre poeta murió de pena, sin haber conocido la gloria.

4º Una particularidad del País de Jauja respecto de la regularidad del viento, que daba a los habitantes la hora exacta, sin necesidad de cuidar o de dar cuerda a los relojes.

5º Una aventura galante del príncipe de Conti, contada por él mismo, en términos discretos, en su correspondencia:

En la primavera del año 1695, Francisco Luis de Borbón, príncipe de Conti, fue huésped de un octogenario, el marqués de XXX, cuyo castillo se elevaba en medio de un parque inmenso y umbroso.

El año anterior el marqués se había casado con una mujer joven, de quien se mostraba muy celoso, y hacia la cual tenía tan sólo las atenciones que un padre debe tener.

Todas las noches el príncipe de Conti iba a reunirse con la marquesa, cuyos veinte años difícilmente se resignaban a una soledad eterna.

Estas visitas exigían precauciones interminables. A fin de contar en caso de alerta con un pretexto para su huida, el príncipe dejaba en el parque, después de cada entrevista, un arrendajo domesticado, que hacía tiempo lo seguía en todos sus viajes.

Una noche, movido por alguna sospecha, el marqués fue a golpear la puerta de su invitado. Al no obtener respuesta, penetró en la habitación vacía y vio la ropa del ausente tirada sobre un mueble.

El octogenario se dirigió sin tardanza a las habitaciones de su mujer, conminándola a recibirlo de inmediato. La marquesa abrió sigilosamente la ventana y la cerró del mismo modo, mientras su amante se deslizaba hasta el suelo. La maniobra se realizó en pocos segundos y el cerrojo de la puerta pudo ser levantado en el plazo requerido.

El viejo celoso entró sin decir una palabra y examinó vanamente todos los rincones del dormitorio. Después, al pasarle por la cabeza la idea de una evasión por la ventana, salió del castillo y se puso a hurgar en el parque.

No tardó en descubrir a Conti, semidesnudo, quien le informó de las investigaciones que practicaba a consecuencia de la huida de su arrendajo.

El marqués decidió acompañar a su invitado para saber si éste decía la verdad. Después de unos pasos, el príncipe exclamó: “¡Allí está!”, mostrando el arrendajo domesticado, parado en la rama de un árbol, y que a la primera llamada vino volando a pararse sobre un dedo de su amo.

Las sospechas del anciano quedaron instantáneamente disipadas y el honor de la marquesa se salvó.

En posesión de estos cinco temas, Fuxier volvió a empezar, en su bloque de materia azul, el trabajo minucioso que ya había realizado para el modelado interno de las diversas pastillas rojas exigidas para la representación del cuadro shakespiriano.

XXIV

Una mañana Seil-kor estuvo a punto de perecer, víctima de su devoción por el emperador. A eso de las diez lo trajeron, cubierto de sangre, a la Plaza de los Trofeos, y lo pusieron en manos del doctor Leflaive.

El accidente había sido causado por un acontecimiento rápido e inesperado.

Minutos antes, el traidor Gaiz-dur había logrado escapar. Seil-kor, testigo de este golpe de audacia, se había lanzado detrás del fugitivo, a quien había atrapado sin demora y asido por el brazo izquierdo.

Gaiz-dur, que empuñaba un arma en la mano derecha, se había vuelto lleno de ira para golpear la cabeza de Seil-kor; la breve demora traída por esta brusca escena, permitió a los guardias acudir y regresar con el prisionero y el herido a la vez.

El doctor Leflaive curó la herida y prometió que iba a salvar al enfermo.

A partir del día siguiente todo peligro de muerte se había disipado del todo, pero empezaron a manifestarse ciertas perturbaciones psíquicas, causadas por una importante lesión del cerebro. Seil-kor había perdido la memoria y se negaba a reconocer cualquier rostro.

Darriend, en ocasión de visitar al enfermo, vio una maravillosa posibilidad de realizar un milagro con sus plantas hipnóticas. Dueño de varias películas, vírgenes de

toda coloración, pidió a Bedú que pintara sobre una de aquellas largas bandas, flexibles y transparentes, cierto número de escenas tomadas del período más notable de la vida de Seil-kor.

El idilio con Nina debía tener, sin disputa, la preferencia. Llevado junto a su amiga, que él creería realmente presente ante sus ojos, el joven iba a sentir acaso una conmoción saludable y capaz de volverle bruscamente todas sus facultades.

Entre las reliquias del pobre demente se encontró una amplia fotografía que mostraba a Nina de frente y que proporcionó a Bedú indicaciones muy valiosas.

Después de terminar la preparación de sus pastillas, Fuxier, a pedido nuestro, tuvo la amabilidad de completar su serie de experiencias con la eclosión de un racimo de uvas, en el cual cada uva contenía un tema diferente.

Se buscó, por uno y otro lado nuevas inspiraciones. En libertad para fijar la importancia del racimo, Fuxier limitó el número de uvas a diez y estableció los siguientes temas:

1º Un panorama de la Galia celta.

2º La famosa visión del conde Valtguire, que vio en sueños a un demonio serruchando el cuerpo de su enemigo mortal, Eudes, hijo de Roberto el Fuerte. Alentado por este signo, que parecía prometerle el apoyo del cielo, entregando a su adversario a la muerte y a la condena, Valtguire dejó de lado toda prudencia y redobló su encarnizamiento en la campaña sangrienta que llevaba a cabo contra Eudes y sus partidarios. Este entusiasmo le fue fatal y fue la causa de su captura y degollación inmediata.

3º Una evocación de la Roma antigua en el momento de su máximo esplendor, simbolizado en los Juegos del Circo.

4º Napoleón victorioso en España, pero execrado por una población siempre dispuesta a sublevarse.

5° Un Evangelio de San Lucas dando cuenta de los tres milagros hechos por Jesús sobre la descendencia de los esposos Guedaliel, cuya humilde choza, iluminada por la presencia del Divino Maestro, se llenaba repentinamente de ecos radiantes después de haber albergado el más amargo de los duelos. Dos días antes de la visita celestial, el mayor de los hijos, un jovencito de quince años, pálido y débil, había muerto de repente mientras practicaba su oficio de cestero. Extendido en el lecho, aún tenía entre los dedos crispados, la antena de mimbre que había estado trabajando en el momento fatal. De las dos hermanas que amaban mucho al difunto, la primera había quedado muda a causa de la conmoción que le produjo la vista del cadáver; en cuanto a la menor, era una pobre defectuosa, fea y jorobada, incapaz de consolar a sus padres en el doble duelo. Al entrar, Jesús extendía el brazo hacia la impresionante áfona que, inmediatamente curada, se ponía a cantar a plena voz un trino interminable que parecía anunciar la vuelta de la alegría y de la esperanza. Un segundo gesto del brazo todopoderoso, enderezado esta vez hacia el lecho mortuario, devolvía la vida al muerto que, retomando la tarea interrumpida, se ponía a anudar, con sus dedos diestros, la tira de mimbre flexible y dócil. En el mismo instante una nueva maravilla se mostraba a los ojos de los padres estupefactos: Jesús rozaba con un dedo a la pobre jorobada, que de repente se embellecía y se ponía derecha.

6° La Balada de Hans el Robusto, leñador legendario de la Selva Negra que, a pesar de su edad muy avanzada era capaz de cargar él solo sobre sus hombros más troncos y más ramas que sus seis hijos reunidos.

7° Un pasaje del *Emilio*, en el cual Jean Jacques Rousseau describe minuciosamente la primera impresión viril sentida por su héroe a la vista de una joven desconocida, con un vestido encarnado, sentada ante su puerta.

8° Una reproducción del cuadro de Rafael titulado *Satán herido por la Espada del Ángel*.

Provisto de estos materiales, Fuxier se puso manos a la obra, regalándonos el cautivante espectáculo de su labor extraña y paciente.

Sentado ante su cepa, buscaba el germen de la vida futura, mediante instrumentos de acero de una extrema delicadeza: los mismos que le habían servido para la confección interior de sus pastillas.

A veces extraía de una minúscula cajita distintas materias colorantes apropiadas para amalgamarse a los personajes en el curso de su desenvolvimiento.

Durante horas proseguía su labor milagrosa, empeñándose exclusivamente en la parte precisa en donde debían surgir los granos, previamente despojados de sus semillas por esta terrible trituración.

XXV

Cuando todo el mundo declaró estar listo, Talú fijó la fecha de la coronación y eligió en el calendario ponukeliano un día que equivalía al 25 de junio.

El 24 el ictiólogo Martignon, que no había interrumpido jamás sus excursiones en piragua a lo largo de las costas, se presentó muy perturbado por un descubrimiento sorprendente que acababa de hacer mientras practicaba un sondaje en profundidad.

Martignon sostenía cuidadosamente entre sus brazos abiertos un acuario cubierto por una estera ligera, negándose a mostrar el contenido con el propósito de preservar los efectos para el día siguiente.

Este acontecimiento permitió prever alguna importante fluctuación del *Martignon* en la última función.

El 25 de junio, a partir de las dos de la tarde, todos se acicalaron para la gran festividad.

Una alcuza que debía representar la Ampolla Santa fue extraída de una aceitera del *Lyncée* y puesta luego sobre

el altar para uso de Talú, a quien Juillard había enseñado a untarse la frente.

Cerca del frasco pusieron una gran hoja de pergamino colgante, una especie de Bula que, dictada a Rao por el emperador, sintetizaba una proclamación solemne.

Balbet, que había ideado un concurso de tiro inédito, plantó en el suelo, a la derecha del altar, un grueso poyo tallado por un obrero de Chenevillot; detrás, erigiéndose en el eje buscado, un tronco de sicómoro ofrecía una superficie limitada que, verticalmente achatada por orden del arquitecto, debía detener las balas sin que hubiera riesgos de rebotes enojosos.

En la parte alta del poyo el ilustre tirador colocó un huevo escalfado que el cocinero, por especial recomendación, había hecho cocer minuciosamente, con el fin de solidificar la clara sin destruir en lo más mínimo la consistencia blanda de la yema.

El huevo, perfectamente fresco, acababa de ser puesto por una de las gallinas embarcadas en Marsella a bordo del *Lyncée*.

Olga Chervonenkoff, los cabellos y el busto ornados con hojas arrancadas en el Behulifruen, se había endosado un vestido de bailarina penosamente improvisado por ella. Héctor Boucharessas le había cedido una de sus mallas sobrantes, la que, pacientemente cortada y recosida, aprisionaba ahora las piernas y los muslos de la imponente matrona; varias cortinas de ventana escogidas en el *stock* del tapicero Beaucreau proporcionaron el tul para la falda, y el conjunto se completó con un coselete celeste muy escotado, que provenía de un vestido de ceremonia llevado por la lituana en vista de las veladas a pasar en los grandes teatros de Buenos Aires.

Ya en otros tiempos, cuando ejecutaba sobre la escena *El Paso de la Ninfa*, Olga, esbelta y ligera, aparecía montada sobre un ciervo en medio de un decorado boscoso de tipo salvaje y profundo; con el deseo de realizar una entrada similar, la ex bailarina tenía intenciones de

hacerse llevar por Sladki, pues un ensayo practicado el día anterior había demostrado que el gracioso animal era lo bastante fuerte para soportar algunos instantes el enorme peso de su ama.

Mientras esperaba la hora de salir a escena, el alce, dócil y fiel, marchaba apaciblemente al lado de la lituana.

Bedú había terminado esa misma mañana la película pintada destinada a despertar la memoria adormecida de Seil-kor. Deseando obtener proyecciones más nítidas, Darriand resolvió intentar el experimento a noche cerrada, utilizando el bonete, el antifaz y la golilla cortados antes por Nina; el contacto de estos tres objetos, conservados piadosamente por el precoz enamorado, podía efectivamente contribuir, en buena medida, a la resurrección repentina de los antiguos recuerdos.

Gracias a un trabajo encarnizado, Louise Montalescot había encontrado la solución, tanto tiempo buscada, del problema. Pasando toda la noche en su laboratorio, iluminado suficientemente por una luna a la sazón llena y muy brillante, la joven estaba segura de poder terminar su aparato, ya en condiciones de funcionar en las horas del amanecer. Los poéticos claros de la aurora habrían de prestarse perfectamente para un primer ensayo de reproducción automática y Talú, lleno de curiosidad, dio su aprobación a Sirdah, que estaba encargada de presentarle este proyecto de experiencia matutina.

En cuanto a la urraca, desempeñaba ahora su papel con infalible seguridad, y el emperador sólo tenía que elegir el momento para probarla. El mismo ilota había de ser movido por el pájaro sobre los dos rieles que Norbert acababa de fabricar con una cantidad de bofe solicitada al cocinero.

Al promediar las cuatro, Mossem, Rui, Gaiz-duh y Djizmé fueron encerrados en la cárcel construida por Chenevillot.

Rao guardó la llave y se ocupó luego de reclutar un montón de esclavos capaces de ayudarlo en sus tareas de organizador, confiadas a él desde hacía mucho tiempo por el emperador.

Talú no tardó en aparecer de punta en blanco.

Todo el mundo estaba presente para el espectáculo, inclusive las tropas ponukelianas que debían cantar la *Jeruka*.

Al darse cuenta que llegaba la hora solemne, Juillard hizo una recomendación a nuestro grupo, reunido ya en el sur de la explanada.

En lo que se refiere a la distribución de condecoraciones, el historiador estaba decidido a apoyarse tan sólo en las impresiones del público negro, cuyo instinto ingenuo —pensaba él— le permitía tener un juicio sincero y justo.

Como nuestros aplausos podían influir sobre los espectadores nativos y perturbar especialmente la tarea del distribuidor de insignias, fuimos invitados a mantener una inmovilidad muda después de cada una de las exhibiciones.

Esta consigna tenía además la ventaja de frenar de antemano el entusiasmo parcial e interesado que uno u otro candidato al Gran Cordón del Delta podía inspirar a algunos jugadores que habían adquirido acciones.

A último momento, con el deseo de asegurarse una aparición sensacional, el emperador encargó a Rao que formara, en las afueras de la Plaza de los Trofeos, un cortejo que habría de avanzar lentamente en un determinado orden.

Entre nosotros se estableció el silencio y ya se conoce la forma en que la ceremonia de la coronación y la ulterior representación de gala, completadas después de una noche apacible con el experimento de Louise Montalescot, fueron seguidas por la cantilena enervante que Carmichaël purgaba en mi compañía, bajo la vigilancia de un centinela aborígen.

Después de tres largas horas el joven marsellés, temiendo un segundo castigo, se encarnizaba en repetir *La Batalla del Tez*, que canturreaba ahora de modo impecable, sin que yo pudiera discernir la más mínima falta en el texto, sombreado por las ramas del sicómoro.

De repente Talú apareció a la distancia y vino a nuestro encuentro, acompañado de Sirdah.

El emperador venía en persona a liberar a su maravilloso intérprete, a quien quería someter sin tardanza a un nuevo examen.

Encantado de que se lo sometiera a prueba en un momento en que su memoria, nuevamente ejercitada, le daba seguridad sobre sí mismo, Carmichaël, siempre fiel a su registro de soprano, se puso a cantar pacientemente su incomprensible canción, que articuló esta vez hasta el fin sin un solo error.

Maravillado por esta perfecta ejecución, Talú tomó de nuevo el camino de la choza imperial, después de encargarse a Sirdah que transmitiera al interesado su plena satisfacción.

Al verse en libertad gracias a esta grata sentencia, Carmichaël me sacó de las manos, rompiéndolo en pedazos con gozoso apresuramiento, el texto infernal que le recordaba tantas horas acongojadas y fastidiosas de trabajo.

Después de haber aprobado en mí mismo su gesto de inocente venganza, abandoné con él la Plaza de los Trofeos para ir a ocuparme de los diversos equipajes, que ya nada retenía.

Nuestra partida se efectuó ese mismo día, en las primeras horas de la tarde. Los Montalescot se habían unido al cortejo que, dirigido por Seil-kor ya plenamente restablecido, estaba compuesto por todos los naufragos del *Lyncée*.

Talú había puesto a nuestra disposición un cierto nú-

mero de nativos encargados de llevar nuestros víveres y los pocos petates que nos habían quedado.

Una camilla llevada por cuatro negros fue reservada a Olga Chervonenkoff, que seguía sufriendo las consecuencias de su recaladura.

Diez días de marcha fueron suficiente para llegar a Porto Novo; aquí, abrumado por las expresiones de agradecimiento que merecían sus leales servicios, Seil-kor nos dijo adiós y emprendió con su escolta el camino de Ejur.

El capitán de un gran barco que partía a Marsella aceptó repatriarnos. Todos teníamos apuro por volver a Francia, pues después de estas perturbadoras aventuras ya nadie pensaba en seguir el viaje al continente americano.

La travesía transcurrió sin incidentes y el 19 de julio nos despedimos los unos de los otros en el muelle de la Joliette, después de intercambiar cordiales apretones de manos, de los cuales quedó tan sólo excluido Tancredo Boucharessas.